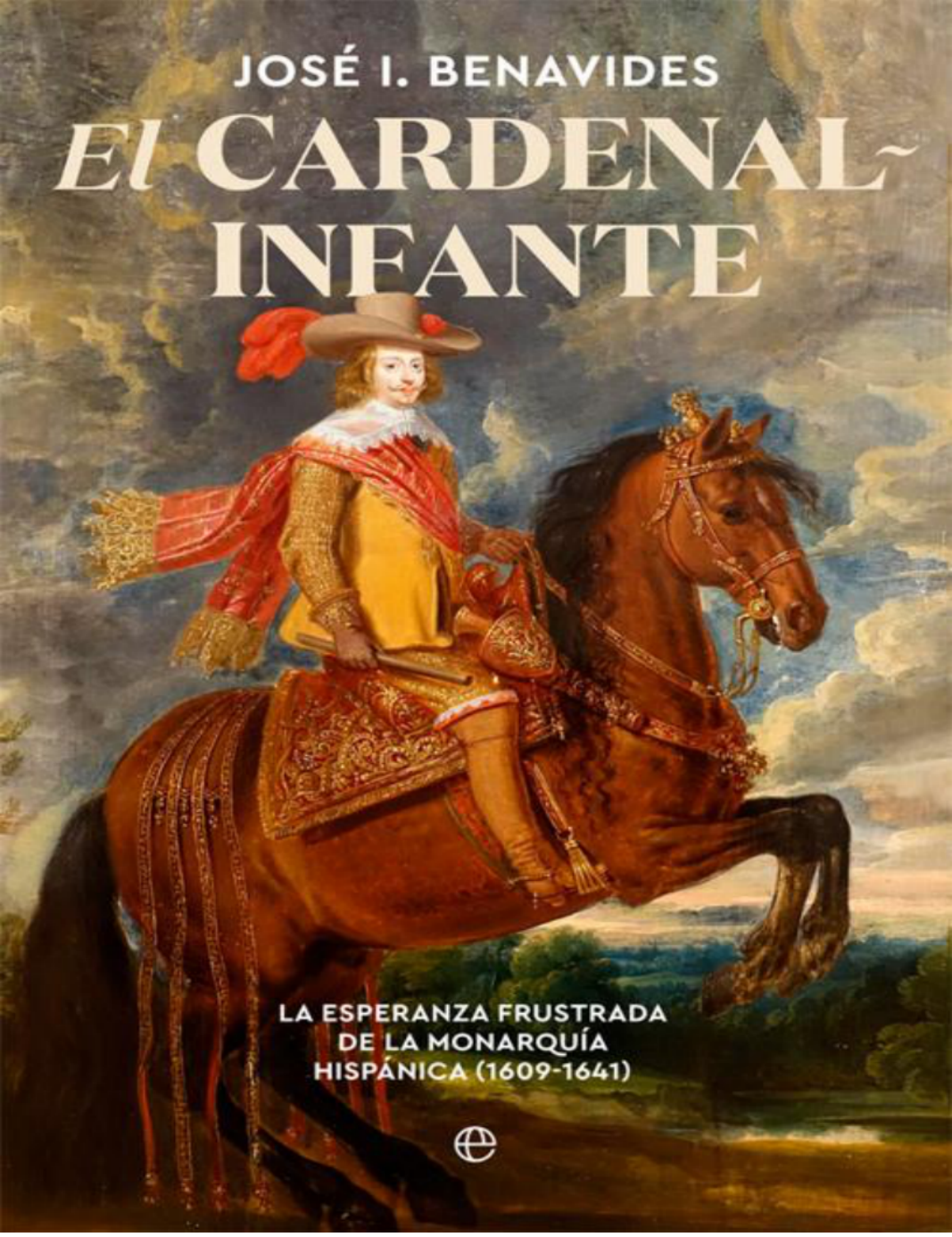
JOSÉ I. BENAVIDES

El CARDENAL-INFANTE



LA ESPERANZA FRUSTRADA
DE LA MONARQUÍA
HISPÁNICA (1609-1641)

EL CARDENAL-INFANTE

José I. Benavides

El cardenal-infante

La esperanza frustrada de la Monarquía hispánica (1609-1641)

la esfera de los libros

Primera edición: octubre de 2020

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (*www.conlicencia.com*; 91 702 19 70 /93 272 04 47).

© José Ignacio Benavides López-Escobar, 2020

© Del prólogo: Miguel Ángel Ochoa Brun, 2020

© La Esfera de los Libros, S. L., 2020

Avenida de San Luis, 25

28033 Madrid

Tel. 91 296 02 00

www.esferalibros.com

Imágenes: Wikimedia Commons

ISBN: 978-84-9164-865-9

Depósito legal: M. 12.971-2020

Fotocomposición: Creative XML, S.L.

Impresión: Anzos

Encuadernación: De Diego

Impreso en España-*Printed in Spain*

ÍNDICE

PRÓLOGO

PRIMERA PARTE. LA JUVENTUD ESPAÑOLA
1. MADRID. AÑOS DE JUVENTUD Y DE FRUSTRACIÓN
2. LA PUERTA HACIA EL FUTURO
3. INTERMEDIO EN CATALUÑA
4. ¿REBELDE CON CAUSA?

SEGUNDA PARTE. DE ESPAÑA A FLANDES
5. EL AVISPERO EUROPEO
La Guerra de Sucesión de Mantua
La Guerra de los Treinta Años
Los vaivenes con Inglaterra
Francia: de la «*guerre du renard*» a la guerra abierta
El problema de la Valtelina
6. PREPARANDO EL PASO POR ALEMANIA
7. MIENTRAS TANTO, EN FLANDES
8. UN INTERREGNO: EL GOBIERNO DE AYTONA
9. EL CAMINO HACIA LA GLORIA

TERCERA PARTE. FLANDES, MI SEPULTURA
10. BRUSELAS: *REFUGIUM PECCATORUM*
11. EL GOBIERNO DEL INFANTE-CARDENAL. ROOSE
12. 1635. LA QUIEBRA DE LA HISTORIA
13. Y LA GUERRA SE AÑADIÓ A LA GUERRA
14. 1636. EL AÑO DE CORBIE
15. MANIOBRAS DIPLOMÁTICAS
16. 1637. UN AÑO DE REVESES
17. UN AÑO FAVORABLE
18. UNA GRAN TEMPESTAD
19. Y SUS TERRIBLES CONSECUENCIAS
20. EL ÚLTIMO ACTO

A MODO DE EPÍLOGO 349

ANEXOS
DRAMATIS PERSONAE
ABREVIATURAS UTILIZADAS
BIBLIOGRAFÍA

PRÓLOGO

UN FINO HISTORIADOR ACERCA DE UN PERSONAJE BRILLANTE

El presente libro hace honor por igual al autor y al personaje que describe. José Ignacio Benavides, diplomático e historiador, se ha ganado justo aprecio por sus anteriores valiosas obras sobre diversos ámbitos y personajes del rico panorama diplomático español de la Era Barroca. El siglo XVII ha sido, y sigue siendo, un escenario de fecundas apreciaciones para la acción internacional de España, aquella España de los Austrias, tan merecedora del recuerdo y de la admiración. El autor de este libro la ha abordado con rigor y con documentación, dos requisitos imprescindibles para quien afronta un estudio del pasado histórico. Estaba garantizado su mérito, teniendo en cuenta la calidad de especialista de la época que el autor se ha sobradamente ganado con sus investigaciones en las obras precedentes. Ese mérito en esta se asevera.

Son muchos los comentarios que la grata lectura suscitará a todo lector. Desde el comienzo resulta sugestivo (y útil para el resto) todo lo que se expone acerca de la relación del Cardenal-Infante don Fernando con su hermano, el rey don Felipe IV, y con el conde-duque de Olivares. Básico todo para entender la mayor parte de lo que sigue. Muy hábil resulta el certero y ajustado modo de cómo se contextualizan los temas iniciales del momento: la guerra de Mantua, la de los 30 años, el Edicto imperial de Restitución y sus consecuencias, los vaivenes (que muy bien conoce el autor) de Inglaterra o la *Journé des Dupes*.

Y desde luego, el comienzo de los deberes de gobierno otorgados a don Fernando. Se reitera y enjuicia la característica de tales sucesos en aquellos tiempos de la gobernación española, a saber: el contraste entre la colosal importancia de las responsabilidades y la vacilación entre los poderes concedidos y las reservas con que se los limitaba. El miedo tal vez al exceso de poder, las necesarias y penosas economías («que no gaste más de un real de lo inexcusable») y la complejidad de aquel enrevesado tablero de ajedrez que era Europa, que aquí aparece bien retratada. La enemistad de Francia, la enormidad del peso de lo gobernado, la versatilidad de amigos dudosos (Saboya, por ejemplo), las comprensibles vacilaciones del pariente emperador, a su vez, aquejado de parecido ingente agobio.

De pronto felizmente, la resonante victoria de Nördlingen, un enorme respiro, el abrazo de los dos homónimos primos Fernando que el pincel de Rubens inmortalizó (Rubens, a su vez, protagonista de sucesos diplomáticos junto a otros tantos embajadores, Oñate, Aytona, Benavente y Benavides, Castañeda, Mirabel…).

Se refiere con amenidad lo que esperaba el Infante en Flandes. El rocambolesco episodio de la fuga y exilio de la reina María de Medici en Bruselas (otra vez plasmado por el pincel de Rubens en la Galería de Luxemburgo), las decepciones de la admirable Isabel Clara Eugenia, los colaboradores de gobierno del Infante (su paso de Cardenal-Infante a Infante-Cardenal, como se la califica).

Los análisis se basan en la irrefutable prueba de las fuentes, sobre todo el venerable Archivo General de Simancas, que se maneja aquí con riqueza, con buen juicio y loable profusión. Agrada comprobarlo a cada paso. La correspondencia es reveladora y sus citas se utilizan con oportunidad.

Y, por supuesto, se disfruta con los resonantes éxitos de nuestra querida y admirada Monarquía Hispánica. Se padecen los horrores de la guerra, que el autor se ve obligado a describir con detalle. Y al fin uno se conduele del fallecimiento (¡a los 32 años!) del buen Cardenal-Infante y del fin de su azarosa, rica y fiel peripecia vital. Y uno accedería a sentirse conforme con los sentimientos (a la vez ciertos e imaginables) que se sugieren en el supuesto epílogo, osado e inteligente guiño del atrevido autor al lector ilusionado.

Una cosa favorece, claro está. Aquella época es inmensamente sugestiva. Un historiador puede adentrarse en ella como en un cuadro de pintura barroca. Sus capítulos se recorren como las salas de un museo: paisajes de viaje, campos y fragores de batalla, cabalgadas y cañonazos, recibimientos principescos, intrigas palaciegas o movimientos de embajadores. Se advierte que el autor se ha podido contagiar con gusto de esos ambientes.

Y, finalmente, el personaje es atractivo. Sus pasos se siguen con interés, con complacencia, casi con participación en éxitos y esperanzas, con contrariedad en reveses y desilusiones. Hermano de un rey poderosísimo. A veces malquisto de ministros ambiciosos, cardenal de la Santa Iglesia romana y primado de la toledana, gobernador en Italia y en Tierras Bajas españolas, huésped definitivo de El Escorial. Por todo eso merecía la pena la biografía, completando a Novoa, van der Essen, Elliott o Quintín Aldea.

Un libro, pues, que generosamente invita a rememorar y, gustosamente, a disfrutar de los avatares de un época feraz en sucesos, así como de las acciones de un personaje ilustre. Sea recibido con placer y aprovechamiento.

Miguel Ángel Ochoa Brun.

Embajador de España.

Miembro de número de la Real Academia de la Historia.

PRIMERA PARTE. LA JUVENTUD ESPAÑOLA

Son muchos los descuidos que tenemos y, entre ellos, no es el de menor consideración lo poco que se cuida de la Historia.

Voto del conde-duque de Olivares en el Consejo de Estado,
27 de octubre de 1634 (AGS, Estado, 2.335)

La Historia no es sino la reconstrucción, siempre incompleta y problemática, de algo que ya no existe.

PIERRE NORA

1. MADRID. AÑOS DE JUVENTUD Y DE FRUSTRACIÓN

El 16 de mayo de 1609 nacía en San Lorenzo de El Escorial un nuevo hijo de Felipe III y la reina Margarita de Austria. Este nacimiento aumentó la alegría con que se habían recibido en la corte los anteriores hijos que aún permanecían vivos, en una época en que la terrible mortalidad infantil no permitía ni a nobles ni a plebeyos hacer planes para el futuro. En 1601 había nacido la infanta Ana Mauricia (futura esposa de Luis XIII de Francia); en 1605 el príncipe Felipe, heredero de la corona, y a ellos siguieron la infanta María (1606), que casó con el emperador Fernando III, y el infante Carlos (1607). La sucesión de la casa de Austria parecía quedar asegurada no solo con la garantía de tres varones, sino que además, contaba con dos infantas que serían otros tantos peones para desplegar la política matrimonial que permitiría consolidar en Europa la preeminencia de la casa de Austria y la Monarquía hispánica.

La inacabable guerra iniciada en 1568 en Flandes parecía encontrar una posible vía de solución con la firma el 9 de abril de 1609 de la Tregua de los Doce Años, que aunque aceptada a regañadientes por Felipe III permitía prometer un respiro en el aspecto militar y, sobre todo, en la maltrecha economía de la corona. La fracasada experiencia de la Junta de Desempeño, que en 1607 llevó a la cárcel a las hechuras de Lerma, Franqueza y Ramírez de Prado, había obligado a declarar ese año la primera suspensión de pagos del reinado, dejando en manos de los prestamistas unos créditos que valían poco más que el papel en que se reseñaban. Y es que, contra lo anunciado, la cesión de la soberanía de los Países Bajos a los archiduques Alberto e Isabel ni había finalizado la guerra ni había aliviado la hacienda real. Los gastos no solo no habían disminuido, sino que habían aumentado, y el inestable equilibrio en los Países Bajos se mantenía por el apoyo de la fortuna y el prestigio de Ambrosio Spínola, que, desde su llegada a Flandes, asumió el control militar y los gastos del asedio de Ostende. La consecuencia fue que Felipe III empezaba ya a contemplar una tregua «que tanto nos conviene», como primer paso hacia una paz más duradera.[1]

1 Consulta de una Junta de Gobierno, 16 de enero de 1607, AGS, Estado, 2.025.

Eran momentos en que comenzaba a sentirse en España cierto espíritu de agotamiento. Apenas tres meses después de la firma de la

tregua, Quevedo publicaba su *España defendida*, en la que advertía al rey y al valido «de la decadencia de las costumbres que trajeron a Roma los períodos de paz». Para el importante grupo de halcones cuya influencia se extendía por el Consejo de Estado, las embajadas o las posesiones españolas en Italia, la firma de la tregua era un pernicioso ataque a la reputación de España, aquel valor supremo cuya merma o pérdida significaba la ruina política y moral de la Monarquía.[2] Pero esta visión pesimista no existía solo en España: Sully, el viejo y experimentado ministro de Enrique IV de Francia, llegó a hablar de «*réputation du passé*», y el corsario inglés Walter Raleigh afirmaba que «el imperio español ha sido muy quebrantado y en los últimos años ha comenzado a declinar». Tan mal debía verse la situación en la misma corte madrileña que el omnipresente Lerma se eclipsó en aquel momento, dejando solo al rey para que firmase la tregua. Ni siquiera el intento de presentar la expulsión de los judíos como un ejemplo de firmeza que equilibrara la «cesión» de la tregua sirvió para cambiar la consideración del momento. Decididamente, había muchos, dentro y fuera, para los que España aparecía como una «reputación del pasado».

2 En este grupo de «reputacionistas» hay que destacar personalidades como Diego de Ibarra, los duques de Frías y de Osuna, el marqués de Villafranca, el conde de Fuentes, Baltasar de Zúñiga o Iñigo de Cárdenas que tanta presión ejercerán sobre la política española en los años siguientes.

Lerma había dejado campo libre en esos primeros años a las críticas formuladas a la política del difunto Felipe II (lo que equivalía a un intento de «matar al padre»), para que estas críticas le sirvieran como justificación de su poder casi omnímodo y para desarrollar una nueva política en busca de una *Pax hispánica* totalmente distinta de la seguida en el anterior reinado. Feros considera que la denominación de *Pax hispánica* resulta en cierto modo un espejismo al compararla con la *Pax romana* del emperador Augusto, pues mientras esta resulta de la dominación de la Roma imperial, la lermiana era consecuencia de la creciente debilidad de la Monarquía hispánica.[3] En todo caso, Lerma parecía creer que la casi arruinada España (es decir, Castilla) podría enfrentarse con sus enemigos uno a uno, pero que resultaba utópico pretender hacerlo con todos a la vez:

3 A. Feros, *El duque de Lerma. Realeza y privanza en la España de Felipe III*, p. 369.

1. En las Provincias Unidas parecía imposible encontrar un camino para terminar honrosamente la guerra, y si Spinola había logrado importantes triunfos (Ostende, Frisia), otras acciones desafortunadas (La Esclusa) parecían dejar la situación militar en tablas. El coste humano y económico obligaba a buscar una solución que, a corto o medio plazo, permitiera desembarazarse de este eterno problema. Felipe III, en su empecinamiento por someter a los súbditos rebeldes,

consideraba una tregua como un medio de dar un respiro a sus ejércitos y su hacienda para, más tarde, reanudar la guerra con mayor ímpetu.

2. La paz de Vervins (1598), firmada por Felipe II con Francia, significaba abandonar —al menos temporalmente— el largo enfrentamiento entre ambas monarquías. Esta paz se vio reafirmada por los acuerdos de 1604, que suprimían los aranceles del 30 por 100 que gravaban el comercio entre ambas naciones. Aunque formalmente se hubiera alcanzado la paz, la política de Enrique IV era «*la guerre du renard*», por la que apoyaba con soldados y, sobre todo, con dinero a los rebeldes de las Provincias Unidas y a todo protestante o morisco que se pusiera a su alcance y contribuyera a causar problemas a España.

3. En Inglaterra, el fallecimiento en 1603 de la reina Isabel I había abierto nuevas perspectivas con el acceso al trono de Jacobo I y la nueva dinastía de los Estuardo. No cabía olvidar que España se había puesto al lado de la madre de Jacobo, la católica María, reina de Escocia, considerada mártir tras su ejecución por orden de la hereje y excomulgada Isabel. Resultado de esta nueva situación fue el tratado de Londres (1604) por el que ambas naciones renunciaban formalmente a la guerra, lo que ni evitó que Londres siguiera ayudando de forma más o menos encubierta a las Provincias Unidas, ni sirvió para suavizar la durísima situación de los católicos en la isla, agravada aún más por el Complot de la Pólvora de 1605.

4. El Sacro Imperio Romano Germánico era apenas una expresión geográfica y la posibilidad de que en el futuro el archiduque Fernando de Estiria, cuñado de Felipe III, accediese a la corona imperial permitía esperar la confirmación de la fidelidad entre ambas ramas de la casa de Austria. Las coronas del Imperio (Bohemia, Hungría, Austria, etc.), y la colección de principados, ducados, margraviatos y otros estados más o menos grandes o fuertes componían un mosaico tan difícil de gobernar como parecía serlo un Imperio español repartido por tantos territorios y tantos continentes. Al fin los enfrentamientos religiosos desembocaron en la Guerra de los Treinta Años, auténtica guerra mundial en la que hombres y dinero se despeñaban en un trágico pozo.

Con el nacimiento de los infantes Carlos y Fernando se siguió el esquema tradicional en el destino de los hijos de las grandes familias: Felipe, el mayor, era el heredero de los títulos y la fortuna de la casa de Austria; Carlos estaba destinado a servir con las armas, y el tercero, Fernando, se vería destinado —*velis nolis*— al estado eclesiástico, tuviera o no vocación para ello. Así pronto se pensó en dirigir a Fernando a una vida para la que siempre demostró muy escasa predisposición y su educación fue encomendada a la condesa de

Altamira, esposa del caballerizo mayor del rey y cuñado de Lerma, dama con quien mantuvo durante toda la vida un profundo lazo de cariño.

El infante fue un buen alumno, que se sentía atraído sobre todo por los aspectos culturales y los ejercicios propios de la milicia. Ya desde muy joven se vio que el estado eclesiástico estaba muy lejos de su interés y de sus deseos. Se sentía claramente soldado y no clérigo, sin que le produjese la menor preocupación que esto resultara patente a los ojos del rey, del valido y de la corte. Sus primeros años estuvieron marcados por la ausencia de su madre (la reina falleció cuando Fernando contaba apenas dos años) y por el escaso interés que Felipe III mostraba por la educación de sus hijos. Hay que recordar el contraste de esta actitud con la del francés Enrique IV, que reunió en un mismo lugar a su numerosa prole (legítima y bastarda), para que todos recibieran una misma educación que él seguía muy de cerca.[4]

4 Cabe recordar como anécdota el cuadro de Ingres en el que un asombrado embajador español es recibido por Enrique IV a cuatro patas y sobre cuya espalda cabalgan sus hijos.

Desde el punto de vista político, la situación comenzaba a complicarse seriamente para Lerma, pues a la prisión en 1607 de sus hechuras Franqueza y Ramírez de Prado, se añadió la caída en desgracia de Rodrigo Calderón («el valido del valido»), sospechoso de haber envenenado a la reina. Había que buscar con urgencia una vía de escape, y por ello, cuando el infante era un niño de diez años, Lerma trató de dejarle de lado y, desde 1612, comenzó sus intentos de obtener el capelo y ocupar el arzobispado de Toledo, que no solo era el cargo de mayor relevancia en la Iglesia española, sino que poseía unas rentas que hacían de su titular uno de los hombres más ricos de España. Pero sus numerosos enemigos no podían aceptar tales pretensiones, para lo que contaban con la oposición de fray Luis de Aliaga, confesor del rey, y también del mismo Consejo de Estado.[5] Para Aliaga y para los consejeros las aspiraciones de Lerma parecían tan lejos de la realidad como de lo conveniente y, tratando de contrariar los intentos de Lerma, Aliaga no solo hizo toda la presión posible ante el nuncio sino que, para lograr el apoyo del propio rey, tuvo la idea de que se propusiera al infante Fernando como futuro arzobispo de Toledo y, hasta su mayoría de edad, se designase a algún prelado de prestigio para ocuparse de la administración de la sede.

5 Después de haber sido el confesor de Lerma, Aliaga fue confesor real desde diciembre de 1608 hasta la muerte del rey en 1621.

La alarma de Lerma hacía que la tensión fuera creciendo en el nido de intrigas que era la corte madrileña y el confesor acabó por lograr el extrañamiento de la última hechura que quedaba al valido, el presuntuoso Rodrigo Calderón, cuya misión en Bruselas en 1612 le

había permitido mantenerse *in extremis* en la corte, una jugada con la que Lerma quedaba ya al descubierto. Para complicar aún más la situación, el propio hijo de Lerma, el duque de Uceda, se unió a sus enemigos. A Lerma no le iba quedando otra vía de escape que alegar la corta edad del infante y su poca inclinación hacia la vida religiosa, para continuar sus esfuerzos en pos del capelo y del arzobispado de Toledo, cuyas rentas le permitirían escapar de sus enemigos y satisfacer su inagotable ansia de dinero. En este ambiente cada vez más cargado, en marzo de 1614 el valido hizo llegar a la secretaría de Estado vaticana sus deseos de ser nombrado cardenal, colocando al papa en una situación extremadamente difícil, por lo que Roma desplegó sus mejores armas diplomáticas intentando convencerle de renunciar a sus propósitos. Pero Lerma no solo no estaba dispuesto a ceder, sino que al capelo pretendía añadir la sede toledana y sus jugosas riquezas.

El rey no estaba dispuesto a permitir estas maniobras, pero su deseo de que el capelo y Toledo fueran atribuidos a su hijo suscitó también reservas en la Curia y el propio papa Paulo V manifestó claramente sus dudas, lo que provocó las quejas de Felipe III. El rey se consideraba la cabeza de la lucha contra la herejía y parecía estimar que estas concesiones entraban en sus atribuciones, como si se tratara del nombramiento de generales o virreyes. Por otro lado, Francia tampoco aceptaba quedar al margen del debate, pues consideraba que, si el papa cedía ante la petición española, a largo plazo esto podía significar que Fernando tuviera más fácil el camino hacia la magistratura suprema de la Iglesia y, por ende, hacia el control de un colegio cardenalicio cuyos movimientos obedecían frecuentemente más a puros intereses políticos que a la inspiración del Santo Espíritu.

Al fallecer en diciembre de 1618 el arzobispo de Toledo, pariente de Lerma, Felipe III se precipitó en escribir al papa, solicitando la concesión del capelo para su hijo. Pero este, preocupado por la edad del infante y conocedor de su carácter y de su escasa inclinación por la vida religiosa, optó por dar largas a la petición. A estas alturas, la paulatina retirada de los asuntos públicos de Lerma, que al fin había obtenido en marzo anterior un capelo que le permitía escapar de las consecuencias de su valimiento, y la influencia del confesor real resultaron determinantes. En julio de 1619 el papa se vio obligado a ceder y nombró a Fernando cardenal y titular de Santa Maria in Porticu, al tiempo que designaba un administrador de la sede toledana, provocando la protesta del rey que estimaba que esto le correspondía a él en virtud de su patronato eclesiástico. El papa cedió de nuevo y confió la administración al propio Fernando, con lo que un infante nacido para las armas quedó sometido a un yugo al que su naturaleza no le inclinaba. En marzo de 1620 el joven cardenal tomó

posesión de la sede de Toledo (aunque sin aparecer por la ciudad), quedando así cerrado el círculo que le aprisionaba.

Cuando se decidió destinar a Fernando a la sede toledana hubo que modificar el enfoque de su educación, abandonando las artes y la milicia y orientándolo hacia una formación puramente religiosa. Tras años por este camino, el fallecimiento de Felipe III el 31 de marzo de 1621 quizá le hizo esperar un cambio que le permitiera seguir la carrera de las armas, que constituía su verdadera vocación. El ascenso al trono de su hermano Felipe anuló su esperanza de escapar a su destino y le produjo un sentimiento de frustración que fue aumentando en los años siguientes. A ello contribuyeron las presiones que sobre el nuevo rey ejerció el conde-duque de Olivares, con sus consejos sobre la conveniencia de mantenerle en el estado eclesiástico agitando el espejismo de alcanzar algún día el solio de San Pedro, objetivo al que el infante podría difícilmente oponerse, y aunque esto pudiera ser un anhelo supremo para un hombre de la Iglesia, no parece honradamente que fuera el futuro deseado por Fernando.

El resultado fue una creciente enemistad de los infantes hacia el ministro, pues veían con alarma el ascendiente que iba adquiriendo sobre su hermano y el cerco que imponía a su alrededor, lo que hacía temer que se repitiera la omnipotencia que Lerma había tenido en el reinado anterior. Como señala Elliott, Olivares temía por su parte que alrededor de Carlos y Fernando pudieran crearse camarillas que le pondrían en una situación delicada y podían representar un peligro para el mismo trono. El carácter bondadoso de Carlos podría permitir que a su alrededor se creara un grupo de (mala) influencia que, en el caso de don Fernando, dotado de un carácter más fuerte, sería un peligro aún mayor para el valido.

A estas tensiones hay que añadir lo que significaba la falta de sucesión del monarca. Su matrimonio con Isabel de Borbón no había producido aún un heredero, por lo que, si Felipe IV fallecía, daría lugar a una situación cuya gravedad no escapaba a nadie y, menos que nadie al propio Olivares. Por ello el llamado Gran Memorial de 1624[6] analizaba el tratamiento que convendría dar a los infantes para tratar de evitar la aparición de esta difícil coyuntura:

6 J. H. Elliott, *Olivares*, p. 197. M. Rivero, en *El conde-duque de Olivares. La búsqueda de la privanza perfecta* manifiesta dudas sobre la autoría de Olivares del Gran Memorial, lo que rechaza Elliott (*Memoriales*, p. 78), por considerar que no se aporta ninguna prueba concreta para pensar lo contrario.

> Conviene mucho que los infantes sean estimados y respetados mucho de todos los otros vasallos, Grandes y no Grandes […] Es menester que cuide mucho de que su sumisión a los reyes sea sin ninguna diferencia a la del más particular vasallo […] se puede ajustar la sumisión de manera que baste como V. M. lo platica hoy con sus hermanos, que, mostrándoles mucho amor en algunas cosas, les hace menos cortesía que a muchos vasallos. Y así es conveniente y siempre necesario estar con extraordinaria atención sin descuidarse en nada que sea consentirles ninguna falta de respeto ni disimular la menor

> desobediencia porque en consintiendo una se perderá infinito y se aventurarán graves daños.

Por ello aconsejaba rodearles de personas que no suscitaran sentimientos de ambición en los infantes, y que se les pusieran «criados medianos», es decir gente, que no tuviera ambiciones que satisfacer, y castigar cualquier desviación de conducta de estos criados que pagarían no menos que con la cabeza. Y recordando antiguos precedentes, insistía en que: «[…] este es punto que V. M. no debe descuidar nunca, sino tener a todas horas puestos los ojos en él con la memoria de los inconvenientes grandes que se han seguido en estos reinos de no estar siempre velando en atajar los daños que por esta vía pueden ofrecerse».[7]

7 Cit. en Elliott, de la Peña y Negredo (eds.), Gran Memorial (Instrucción secreta dada al rey en 1624), *Memoriales y cartas del conde-duque de Olivares*, pp. 89-90. Este y los otros escritos de Olivares que se mencionan en este capítulo se basan en esta edición.

Como se diría que estos consejos parecían insuficientes a Olivares para mantener a los infantes en esa «jaula dorada» en la que pretendía retenerlos, insistía en que:

> Conviene totalmente cerrarles y prohibirles la comunicación de los Grandes y ministros de importancia fuera de los confidentes y favorecidos de V. M. […] y para que esta comunicación no pueda ser aun por terceras personas de los que sirven a los señores infantes y los oficios mayores de sus casas conviene darlos a personas totalmente dependientes de V. M. o de sus ministros favorecidos.

Parece que buscando compensar este cerco, Olivares proponía se les diera «hacienda, pero ha de ser con limitación, pero no con miseria». En definitiva, atarlos siempre corto, vigilando para que nadie osara socorrerles en esta «limitación», y prohibiendo expresamente semejante tentación a los criados que se les dieran. Por lo tanto, buscaba tenerles muy controlados tanto a través de las personas que habían de servirles como por las mercedes económicas que pudieran recibir de mano del rey. Y aunque deseaba «procurar acomodarlos con la grandeza que se debe a sus personas», aconsejaba mantenerlos lejos («en otras provincias y reinos que no sean de V. M.») por vía de casamiento y «entretanto tenerlos a la mano lo más cerca que sea posible». Con una metáfora casi hípica (no hay que olvidar la gran afición de Olivares a los caballos) se debía llevar a cabo con los brazos abiertos y el freno en la mano.

Por influencia del ministro, desde febrero hasta mediados de abril de 1624 tuvo lugar un viaje del rey a Andalucía. Elliott estima que el propósito del valido era hacer ante el joven Felipe IV una auténtica exhibición de su influencia en esa región y, al mismo tiempo, obtener unos fondos tan necesarios para mantener el gasto de la corte y para la hacienda (la guerra en los Países Bajos había sido reiniciada por la orden testamentaria de Felipe III y confirmada por su sucesor). Pero lo

que se prometía un camino de rosas, pronto apareció lleno de espinas. Quizá no sea demasiado arriesgado añadir a estos motivos el paralelismo que se podría establecer entre este viaje y aquellos con los que Lerma alejaba de la corte a Felipe III. En ambos casos se mantenía aislado al rey, de modo que el valido se transformaba en el único camino para acceder a él y el canal por el que, forzosamente, tenía que transitar todo, de la hacienda a los honores, de la decisión de hacer la guerra o la paz a los nombramientos en los puestos clave del Estado. El hecho de que el único que acompañara al rey fuera Carlos es otro elemento que quizá pudiera abonar esta suposición. Si a la muerte de Felipe III Olivares pudo decir a Uceda «¡todo es mío!», ¿por qué habría de cambiar de opinión tan solo tres años después?

El viaje no hizo más que aumentar el resentimiento de los infantes hacia el ministro que, ante la gravedad que esto suponía, hizo llegar al rey unos consejos sobre el modo en que se podría actuar en este delicado asunto. La situación de los infantes parecía haberse transformado en una auténtica obsesión para Olivares y volvió a la carga en 1625 en su Memorial sobre la reformación del Consejo de Hacienda. Aunque el problema de los infantes estaba lejos del propósito que indica el título del memorial, ello no fue obstáculo para que el ministro volviera de nuevo sobre el asunto:

> También se me ofrece luego el negocio grande y arduo de lo que se debe hacer con los señores infantes, don Carlos y don Fernando, príncipes a quienes conviene acomodar conforme a su grandeza, porque dificultosamente los conserva el tiempo donde su edad los tiene aún reducidos, ni cuando así fuera es justo que el rey nuestro señor tenga estos príncipes como con sujeción tan grande que puedan los mal intencionados considerarlo por especie de prisión, estado que es fuerza que obligue a reventar algún día [...].8

8 Reformación del Consejo de Hacienda, AHN, libro 870.

Parece tratarse de un nuevo intento de ir preparando al rey para otro memorial centrado en la forma en que, en opinión del ministro, se podría o debería ir dando solución al futuro de los hermanos del rey. El diferente carácter de Carlos y de Fernando hacía preciso estudiar distintos caminos y ofrecer al soberano posibles soluciones ante lo que pudiera acabar siendo una futura fuente de problemas. Convenía aprovechar la juventud de los infantes para buscar caminos que desembarazasen al rey de preocupaciones y de la posibilidad de que, a falta de sucesión real, alguno de ellos se transformara en un imán para esos «mal intencionados», a semejanza de lo ocurrido en épocas anteriores, y esto desembocara en situaciones peligrosas para el trono. Olivares no podía por menos que considerar que en situaciones de crisis (que no dejaban de ser una posibilidad latente), los descontentos zumbaban como moscones alrededor de quien, en su opinión, puede dar cauce a sus ambiciones sin tener en cuenta intereses más altos. Esto explica por qué el ministro se sentía obligado

a insistir en el problema del futuro de los infantes. La historia de España ya había dado ejemplos de lo que esto podía significar como problemas para la corona, y los *malcontents* de las guerras de religión que habían azotado Francia en el siglo anterior eran un aviso que no cabía olvidar. Y como la historia tiende a repetirse, pocos años después Gastón de Orléans (el hermano de Luis XIII) fue la prueba viva de que un rey joven sin sucesión y con un hermano ambicioso pueden poner en peligro un trono y arruinar un país.

Por tanto, había que poner al rey frente a las opciones posibles para evitar situaciones que a medio o largo plazo pudieran transformarse en males mayores. Para ello lo primero que parecía necesario a Olivares era alejar de España a los infantes, atribuyéndoles cargos y territorios y estudiando el elenco de las princesas adecuadas para el matrimonio con Carlos (aunque tampoco se descartaba la posibilidad de que Fernando contrajera matrimonio). En estas condiciones, las propuestas del ministro eran «el [mayor] negocio de cuantos miran a la materia de Estado, así de estos reinos como de la persona real. El más dificultoso de cuantos pueden ofrecerse en el estado presente»,[9] y no cabía más posibilidad que poner ante el rey las opciones posibles para evitar situaciones que, a medio o largo plazo, pudieran transformarse en males mayores.

9 Otro papel del conde-duque al señor Felipe IV sobre el estado de los señores infantes don Carlos y don Fernando, 1625. Recogido en J. H. Elliott, de la Peña y Negredo, *Memoriales y cartas del conde-duque de Olivares*, p. 163.

Hay que tener en cuenta que la estrecha amistad entre don Fernando y los hermanos Moscoso (hijos de doña Leonor de Sandoval, hermana de Lerma y educadora del infante) constituía a todas luces una influencia negativa en el carácter del joven y resultaba necesario alejarles de su intimidad. Permitir que estos miembros de la facción lermista siguieran tan cerca de don Fernando era abrir una puerta para el regreso de esta peligrosa familia y eso era más de lo que Olivares estaba dispuesto a permitir, ya que representaba una posibilidad cierta de que adversarios del rey encontraran un banderín de enganche para sus propósitos. Para ello había que desplegar todas las dotes diplomáticas del ministro, cuyo ascendiente sobre el rey era un constante motivo de resentimiento por parte de Carlos y Fernando. Para alejar a Melchor, Olivares logró enviarle a la sede episcopal de Segovia y otro hermano, Baltasar, persona de carácter honrado, fue más tarde arzobispo de Toledo. Pero había otro hermano, Antonio, de que se había convertido en el lado oscuro de la personalidad de Fernando, sobre quien gozaba de una influencia negativa.

¿Cómo alejar a los infantes de España de estas compañías sin provocar un terremoto político, sin mengua de su dignidad y sin peligro para la Monarquía? Conviene referirse al nuevo papel que el

ministro elevó al rey para su consideración en un tema tan sumamente delicado y que venía a completar el Gran Memorial. Los infantes habían alcanzado ya la edad adulta y en tal condición era necesario estudiar seriamente las posibilidades de encauzarlos hacia el gobierno de alguno de los territorios de la corona, así como la conveniencia de un matrimonio con princesas que estuvieran suficientemente dotadas y cuyo rango no desmereciera del proyecto. Además, había otro elemento que era preciso tener muy en cuenta: la falta de sucesión de Felipe IV que, pese al tiempo transcurrido desde su matrimonio, no había producido un heredero, lo que era siempre un peligro para la corona y un atractivo para aquellos que pretendieran influir sobre los infantes.

Ignorando cómo reaccionó el rey a este documento, solo nos cabe imaginar que, o bien le prestó escasa atención, o bien le provocó grandes dudas, pues no es hasta el año siguiente cuando los archivos nos permiten encontrar una referencia detallada al problema. En septiembre de 1626, una junta especial examinó el problema y trató de desglosar las diferentes opciones y de considerar, no ya simplemente los riesgos que existían en esos momentos, sino los que se podrían presentar en el futuro. Ese documento[10] pone de relieve las dudas existentes, pero los miembros de esta junta no fueron capaces de ofrecer una solución, como lo prueba que, nada menos que dos años más tarde, se siguiera estudiando el problema.

10 J. H. ELLIOTT, *El conde-duque de Olivares*, p. 161, indica que se trata de un borrador escrito por el marqués de Montesclaros.

En un primer análisis, la junta se reunió en ese mes en dos ocasiones, para concluir que la idea de enviar a Fernando a Orán o a Flandes no parecía acertada. En cuanto a Carlos, visto su carácter plácido, tampoco fue bien vista la posibilidad de enviarlo a Flandes. Los miembros de la junta se mostraron contrarios a que fuera nombrado Príncipe de la Mar y tampoco les sedujo la posibilidad de encargarle de los virreinatos de Sicilia, Portugal o de la Corona de Aragón. Sin embargo, en una segunda reunión celebrada pocos días después se abrió paso la posibilidad de que Carlos fuese nombrado gobernador de Portugal y generalísimo del Mar Mediterráneo. Pero «si las cosas de palacio van despacio», en el alcázar de los Austrias las cosas se movían con una lentitud exasperante: nada menos que dos años más tarde aún no se había tomado una decisión sobre estos asuntos y meses después la situación se complicó por la grave enfermedad de Felipe IV. Pero, sin adelantar acontecimientos, resulta conveniente recordar el contenido del documento de 1625 y que Olivares consideraba en esos momentos como el más dificultoso.

El problema del matrimonio de los infantes (en principio solo de Carlos, pues el estado eclesiástico de don Fernando parecía hacerlo

más difícil) resultaba de compleja solución pues, «no hay en Europa mujeres con quien puedan casar Sus Altezas que tengan todas las partes necesarias para el fin que deseamos». Pese a ello, Olivares pasaba revista a las posibles candidatas, mostrando su preferencia por la segunda hermana de la duquesa de Lorena,[11] y dejando a la decisión del Consejo de Estado (a la vista de la dote…) cuál sería la más conveniente. El ministro insistía en la necesidad de «casarle y apartarle de tropiezos» y ponerle casa moderada (don Fernando la tenía desde tiempo por su condición cardenalicia) con gente muy cuerda y encabezada por un Grande de Castilla. Y siempre estar avizor «por si se ofrece algún casamiento aventajado para cualquiera de Sus Altezas», lo que trasluce cierto maquiavelismo, pues pensaba que Fernando podría liberarse de su estado si resultaba más conveniente para los intereses de la corona.

11 Claudia de Lorena, princesa de Vaudemont, de trece años y cuñada de Carlos IV de Lorena, que tantos problemas provocaría posteriormente en Flandes como aliado o adversario de España.

La cesión de un territorio también ofrecía dificultades pues «ningún reino de los de V. M. separado es hoy suficiente para disponer los medios de su defensa y conservación». Así, Olivares descartaba Flandes («por ser tan llano el inconveniente»), Italia (Milán, Sicilia, Nápoles), las Indias, la India, las islas del Mediterráneo y, finalmente, las fronteras de África. En definitiva, no parecía posible una solución «para dar hacienda sin precisiones a Sus Altezas conforme a su calidad […] con que viene a estar encerrado el discurso y preso sin hallar medios posibles para la buena dispensación de tan gran negocio». Pese a todas sus reservas, más adelante en el mismo documento, y tras estudiar el posible matrimonio y la constitución de una casa, Olivares sugirió al rey que enviase a su hermano Carlos a Sicilia como virrey y capitán general (siguiendo la pauta de lo hecho en Flandes con la infanta Isabel Clara Eugenia).

Faltaba todavía proponer alguna solución para el infante Fernando: Olivares aconsejó procurar «sumamente asentarle en el camino eclesiástico y afianzarle en él, metiéndole en la cabeza hacerle papa». Juzgando el carácter del infante aseguraba al rey que esto sería fácil de conseguir «porque naturalmente es vano», pero, teniendo en cuenta la edad del infante, había que buscar medios de hacerle esperar hasta que llegase ese momento, para lo que sugería que «para no estar ocioso ni arrinconado» se le enviase a Orán (que era distrito de su arzobispado), dándole el gobierno de todas las plazas de aquella frontera y algunos navíos para tenerle ocupado. Una segunda posibilidad —muy distinta de ese exilio africano— sería enviarle a Alemania para que se educase con el emperador, y conseguirle la coadjutoría del obispado de Tréveris o del de Maguncia para

mantenerle firmemente atado a esa vida eclesiástica para la que tan poca afición siempre había demostrado.[12] Y, finalmente, cabía aún la coda de un posible matrimonio.

12 Cabe recordar que cuando el nuncio le comunicó la concesión del capelo, la reacción del infante fue escasamente entusiasta: «Mucha merced me ha hecho Su Santidad».

Como se ve, Olivares sometía al rey unas posibilidades y sus contrarias: no hay damas de alcurnia suficiente, pero señala su favorita; no hay territorios que puedan ser cedidos, pero indica los que pudieran serlo; don Fernando es clérigo, pero podría casarse… En esas condiciones, y dado el carácter del rey, esperar que Felipe IV se decidiera a resolver el futuro de sus hermanos era, como decía el bueno de Sancho Panza, «pedir cotufas en el golfo».

Para complicar aún más la tensa situación, el rey cayó gravemente enfermo en 1627, lo que produjo un terremoto político de primera magnitud. Una corona para la que no había descendencia sin haber asegurado la continuidad, una joven reina viuda y extranjera, dos hermanos de muy diferente carácter que podían aspirar a la sucesión, una nube de partidarios de uno o de otro que veían en ello la posibilidad de medrar… Demasiadas tensiones y demasiadas decisiones para el joven rey que, a sus aficiones culturales innegables, unía otras menos recomendables.

2. LA PUERTA HACIA EL FUTURO

Aunque parecía que las admoniciones de Olivares al rey respecto al destino de los infantes podían dar resultado, la tendencia de Felipe IV a no decidir y el sincero cariño que sentía por sus hermanos retrasaban una y otra vez la decisión. A ello se sumó a finales del verano de 1627 un problema que estuvo a punto de desencadenar un movimiento de consecuencias muy graves. El 10 de agosto de 1627 el rey comenzó a sentirse enfermo de calentura y, con la bárbara actuación de los médicos de la época, cuya única ciencia parecía reducirse a sangrar —o desangrar— a sus víctimas, los síntomas se agravaron de tal manera que, a partir del día 27, se empezó a temer seriamente por su vida. Como siempre en tales casos las explicaciones más fáciles corrieron enseguida por los mentideros, achacando la enfermedad a un problema venéreo o a un accidente («una cuchillada»), consecuencia de las escapadas galantes a las que tan aficionado era el rey.

El estado y el futuro de los infantes eran temas que se repetían como un acorde permanente en las preocupaciones del conde-duque de Olivares, que había logrado convencer al rey para que en septiembre de 1626 se creara una junta con el objetivo de proponer soluciones para las funciones que se podrían atribuir a don Carlos y don Fernando. Sin embargo, por exceso de precaución, los miembros de esa junta[13] parecían temer que examinar temas tan escabrosos como una discusión acerca de la posibilidad de la muerte del rey y su sucesión, que consideraban como cosa de «grandes riesgos, atrevimiento y aún desacato».[14] En todo caso se consideraba que, en pro de la tranquilidad del reino, resultaba aconsejable alejar a los hermanos del rey para evitar que, si fallecía Felipe IV, pudieran transformarse en el desencadenante de una guerra civil, aunque atribuirles algún territorio de los que componían la Monarquía hispánica, con el consiguiente poder militar y político, significaría plantar el germen de su destrucción. ¿Qué solución cabría adoptar entonces?

13 Bajo la dirección de Olivares, en esta junta había personalidades importantes como Hinojosa, Montesclaros, Monterrey o fray Iñigo de Brizuela, obispo de Segovia y antiguo confesor del archiduque Alberto.

14 Borrador de una consulta que se hizo sobre cosas de los infantes. Materia secreta, 13 de septiembre de 1626, Archivo del Duque del Infantado. Recogido por M. Rivero, *El conde-duque de Olivares*, pp. 192 y ss.

Lo que se ofrecía como más claro era la conveniencia de alejar de la corte con la mayor urgencia a don Fernando antes de adoptar una decisión sobre don Carlos, cuyo carácter más tranquilo parecía presentar menos peligro. La idea de hacer a don Carlos Príncipe de la Mar y Vicario de Italia también resultaba sumamente complicada, ya que el primer nombramiento podría plantear serios problemas para la coordinación del mando de las flotas del Atlántico y del Mediterráneo, mientras que el segundo podría provocar dificultades en su relación con los demás representantes del rey en Italia. Un nombramiento en Cataluña o en Portugal también planteaba serias dudas, ya que la siempre compleja relación de estos territorios con la corte hacía extremadamente complicado que don Carlos pudiera ocupar algún cargo en los mismos. Aunque la decisión final se inclinó por el nombramiento como virrey de Portugal, todas estas cuidadosas elucubraciones se vinieron abajo por el fallecimiento del infante antes de que tuviera ocasión de tomar posesión del cargo.

En lo que se refiere a don Fernando, tras reunirse repetidamente la junta preparó un documento en el que se proponía su envío a Barcelona para que, en un intento de evitar los problemas producidos el año anterior, presidiese las Cortes en representación del rey y fuese acompañado de consejeros de experiencia que no solo le ayudaran en su misión sino, sobre todo, ejercieran un cierto control sobre él, dadas su juventud e inexperiencia.

La gravedad de la situación provocada por la enfermedad del rey hizo que la corte, e incluso la propia Monarquía, comenzase a dislocarse en distintas direcciones que iban desde el temor por la falta de sucesión real a la escasa respuesta popular cuando se trató de elevar preces públicas por la curación del enfermo. Aún más grave resultaba el fortalecimiento de camarillas que, alrededor de los infantes, parecían tener un único objetivo: descabalgar a Olivares de su puesto. La enfermedad se había producido en un momento de grave descontento ante los elevados precios de las subsistencias (en este año se produjo la primera quiebra del reinado) y el resentimiento hacia las medidas con que Olivares trataba de enderezar una situación económica muy difícil. Desde la nobleza hasta el pueblo, todos encontraban motivos para hacer duras críticas al rey y a su ministro. Tan apurada fue la situación y tan grave el descontento que Olivares, una vez superada la crisis, llegó a considerar que el mundo había estado tan subvertido que «acá hemos visto estos días la mar por el cielo».[15] Que la crítica había alcanzado límites casi insospechados se puede comprobar en las reflexiones del ministro una vez pasada la tormenta:

15 Olivares a Aytona, 6 de septiembre de 1627, cit. en J. H. Elliott, *op. cit.*, p. 360.

> Lo que a nadie se encubrió fue que jamás se ha visto la libertad con que se vio y oyó

hablar en descrédito y vituperio de la real persona, costumbres y partes de V. M. por lo universal y particular del pueblo y de los que son más; que en aquella ocasión oyeron y vieron las plazas, las calles, los confesionarios y los rincones de palacio y plegue a Dios que no hayan sido las antecámaras. Y, por ventura, basta [...].16

16 Papel del conde-duque para el señor Felipe IV sobre los naturales de los señores infantes don Carlos y don Fernando y lo sucedido en el discurso de la enfermedad que padeció dicho señor rey, 10 de octubre de 1627. Recogido en J. H. Elliott, de la Peña y Negredo, *Memoriales y cartas del conde-duque de Olivares*, p. 198.

El temor por el posible fallecimiento del rey se planteaba de la forma más aguda e inmediata en la falta de sucesión. A pesar de los años transcurridos desde la consumación del matrimonio con Isabel de Borbón, no había aún un heredero que permitiese asegurarla. Y si el fallecimiento de la infantita María Eugenia el 21 de julio fue un golpe tan trágico como había ocurrido en ocasiones anteriores, quedaba sin embargo un atisbo de esperanza: la reina estaba nuevamente en estado y si esta vez tenía un hijo y se lograba que saliera adelante, quedaría a salvo la sucesión a la corona.

La situación planteada con la enfermedad de Felipe IV parecía reflejar la imagen de lo que estaba sucediendo en Francia: un rey, Luis XIII, enfermo y sin sucesión, enfrentado con su madre María de Médicis y su hermano Gastón de Orléans, que conspiraban incansablemente desde su refugio en Bruselas, poniendo en peligro la corona; y un primer ministro, Richelieu, odiado por la nobleza y la población, y que intentaba mantener el rumbo del Estado. Resulta difícil imaginar si algo peor podía encontrarse como ejemplo, aunque afortunadamente Felipe IV no había nunca desdeñado a su esposa como tan cruelmente lo había hecho Luis XIII.

En tan grave trance, el rey dictó un testamento, redactado por Álvaro de Villegas (administrador del arzobispado toledano) y el protonotario Jerónimo de Villanueva y, al parecer, basado en unas notas preparadas por el marqués de Montesclaros.17 Conforme a ese documento, la reina quedaría como regente durante la minoría del hijo que esperaba y los dos infantes la acompañarían formando una especie de consejo de regencia en el que también participaría Olivares, a cuyo cargo quedarían los asuntos de gobierno y la educación del menor. Si el nacido fuera hembra, contraería matrimonio llegado el momento con su tío el infante don Carlos. Felipe IV insistía con semejante mandato en la terrible tendencia a la consanguinidad de los Austrias y que desembocaría en el triste heredero fruto de su segundo matrimonio con su sobrina, la archiduquesa Mariana de Austria. Si el príncipe Baltasar Carlos no hubiese fallecido en su plena y prometedora juventud, quizá la historia se hubiera podido escribir de una manera muy diferente.

17 J. H. Elliott, *op. cit.*, p. 364.

Parecería que Olivares había perdido por completo cualquier

sentido de la proporción, pues durante la enfermedad del rey no se le ocurrió peor idea que prohibir el acceso de los grandes de España a sus apartamentos. La dura reacción ante tan desplazada muestra de autoridad hizo crecer aún más la enemistad con quienes debería haber podido apoyarse en estos momentos para asegurar un cierto grado de serenidad en la corte. Pero no fue únicamente ese choque con la grandeza lo que constituyó un grave problema suplementario: él mismo había caído enfermo, posiblemente por la tensión nerviosa que inevitablemente le producía la situación y la continua atención al enfermo sino, probablemente también, a causa de la enorme carga de trabajo que recaía sobre sus hombros sin poder contar con el amparo del rey para sus decisiones. Esto podía significar la pérdida de su condición, que era lo que tantos deseaban.

En estas circunstancias, además del error que fue la prohibición a los grandes, no tuvo otra idea, para encontrarse más cerca del rey, con quien intercambiaba notas continuamente, que pretender desalojar de sus apartamentos al infante don Fernando. Esto era más de lo que un airado infante estaba dispuesto a soportar y es fácil imaginar la forma en que respondió a las pretensiones del valido. Afortunadamente, gracias a un intermediario, Olivares logró entrevistarse con el infante y, asegurándole su fidelidad a la corona y sus buenos propósitos hacia él, consiguió a duras penas conjurar la tormenta y restablecer las relaciones entre ambos, aunque la desconfianza de don Fernando no desapareciera por completo. Una vez más, su angustia le llevó a pretender obtener licencia para abandonar la corte y recluirse en su amada Sevilla. Su amigo y confidente, el conde de La Roca, narra que, como último servicio, el ministro había previsto acompañar el cadáver de Felipe IV al monasterio de El Escorial, y desde allí entregar a la reina y los infantes un documento dándoles cuenta de todos los asuntos de Estado y, así liberado, marchar a alguna de sus propiedades sin regresar a la corte. Sin embargo, la curación del rey provocó la suya de modo casi milagroso y, como dice el mordaz Novoa, «con este antídoto, surgió de la cama y partió allá».

Otra dirección en que parecía descoyuntarse la Monarquía era la existencia de las camarillas que intentaban medrar alrededor de los infantes. A falta de sucesor directo, era al infante don Carlos a quien correspondería heredar la corona. Dotado de un carácter apacible y casi abúlico, era de temer que Carlos pudiera convertirse fácilmente en un polo de atracción para aquellos descontentos que pretendían obtener beneficios a su sombra. A diferencia de lo que ocurría con su hermano don Fernando, don Carlos no tenía casa propia y el grupo de sus partidarios estaba encabezado por el almirante de Castilla, Juan Alonso Enríquez (cuñado de Lerma), desterrado por sus repetidas faltas de respeto al rey en Barcelona en 1626. A la sombra del

almirante aparecían miembros del defenestrado clan de Lerma que no querían aceptar la desaparición de su influencia ante la actitud de Baltasar de Zúñiga y de Olivares desde el principio del nuevo reinado.

A diferencia de su hermano, el infante don Fernando tenía un carácter recio y sus desencuentros con Olivares venían desde tiempo atrás. Ya años antes la formación de su casa (que exigía su condición de cardenal y arzobispo de Toledo) había dado lugar a problemas que no auguraban nada bueno para el futuro. Su círculo más cercano estaba formado, como ya dijimos, por el clan de los Moscoso, hijos de la marquesa de Altamira y sobrinos de Lerma, y haber convivido con ellos durante tantos años hacía lógico que figuraran en su entorno. En un primer momento el más cercano de estos hermanos fue Melchor, pero Olivares, descontento de su influencia sobre el infante, decidió alejarle nombrándole obispo de Segovia. Otro de los hermanos, Baltasar, también cercano, pero de honrado carácter y que no buscaba ningún objetivo político personal fue nombrado cardenal a los veintiséis años y más tarde arzobispo de Toledo.

Tratando de reemplazar al incómodo Melchor, Olivares tuvo la mala idea de nombrar gentilhombre de la cámara del infante a Antonio, otro de los hermanos Moscoso. Pronto se vio que esta elección era aún peor que la de Melchor, ya que, en palabras del ministro, acabó por transformarse en el «dueño absoluto de la gracia del infante», al que no solo arrastró a una desgraciada serie de aventuras amorosas, sino que ocupó el cargo de administrador de la diócesis toledana actuando de manera poco compatible con lo que cabía esperar de quien ocupara este puesto. La tendencia a las aventuras amorosas juveniles parece que sirvió para que más tarde don Fernando continuara con esa costumbre, y en 1641 fue padre de una niña llamada Mariana que, como ocurría siempre en estos casos, fue recluida en el monasterio de las Descalzas Reales en Madrid, donde profesó y falleció ya anciana a principios del siglo XVII. Y en 1667 apareció en Roma un extravagante individuo sin oficio ni beneficio, llamado don Fernando, y que venía recomendado a la embajada de España nada menos que por quien decía ser su sobrina: la emperatriz Margarita de Austria (hija de Felipe IV y la archiduquesa Mariana de Austria). La muy escasa afición que don Fernando siempre demostró por la vida clerical parece quedar confirmada con estos sucesos.

Los espías de Olivares en la corte le mantenían al tanto de los movimientos de la camarilla que rodeaba a don Fernando y que parecía estar urdiendo un complot contra el ministro. Parece posible que el grupo hubiera estado encabezado por Manuel de Moura, marqués de Castel Rodrigo, insatisfecho con la concesión de la grandeza de España con la que había sido premiado al inicio del reinado. Por ello pareció conveniente «desterrarle» a Lisboa en 1626

por sus lazos familiares con Portugal.

Prácticamente el único cemento que unía a los miembros de las camarillas, más pendientes de sus personas que del bien de la corona, era el odio a Olivares a quien pretendían derrocar. Como señalaba el ministro: «[…] el mal que me desean no es por hacérmelo, sino por tener ellos… no puedo creer que hay en la tierra otros hombres más sedientamente ambiciosos […]». Aunque estos intrigantes trataban de escudar sus pretensiones tras la persona de los infantes, el ministro defendía a estos ante el rey asegurando que «pondré mi cabeza como he dicho que no han llegado a la primera malicia», pero esta defensa no era obstáculo para que dejara bien clara su convicción de que eran esos ambiciosos los responsables de la enemistad que don Fernando no dejaba de mostrarle «sobre resoluciones tomadas por V. M.», y que, aunque ambos infantes parecían actuar coordinadamente en este triste episodio, la razón es que estaban influidos por «personas ambiciosas y que, a oscuras de V. M. … se introducen y estrechan con sus altezas».[18]

18 Papel…, *op. cit.*

Al fin se restableció el rey y la recuperación de su salud trajo consigo un resultado sumamente beneficioso para la corona. Resulta falsa y exagerada la tesis que ha presentado a Felipe IV antes de 1627 como un rey preocupado únicamente por las aventuras amorosas y los placeres que le ofrecía su poder. Lo cierto es que trabajaba seriamente, leyendo y anotando las consultas de los diferentes consejos (a los que asistía con frecuencia a través de unas ventanillas que había mandado abrir para oír sin ser visto) y los escritos de los virreyes y embajadores que llegaban continuamente a su escritorio. Y durante los días de su enfermedad en los que vio cercana la muerte, tuvo sobrada ocasión para reflexionar sobre el arrepentimiento que había mostrado su padre en este trance: cercano a la muerte, Felipe III comprendió que era falta gravísima su dejadez al haber encomendado el funcionamiento y el cuidado de la Monarquía a las manos de un valido omnipotente cuya principal ansia fue la de enriquecerse a costa de todo y de todos. Tras esta meditación, aunque en lo sucesivo sin prescindir del apoyo de Olivares, Felipe IV se dedicó con mayor entusiasmo a la labor de gobierno y pasaba horas sin cuento estudiando todos los documentos que llegaban a su mesa de trabajo y en los que escribía de su puño y letra decisiones con las que no tenía empacho en contradecir las propuestas formuladas por consejos y ministros.

3. INTERMEDIO EN CATALUÑA

Tras el «año milagroso» de 1625, con los triunfos de las armas españolas, Olivares era consciente de la dificultad de asegurar la defensa de los múltiples territorios que componían el mosaico de la Monarquía hispánica si no contribuían todos conforme a sus posibilidades. Por ello ideó un plan, conocido como la Unión de Armas, que permitiera asegurar la defensa mutua con la condición imprescindible de contar con la colaboración de todos. Conforme a este plan, cada territorio debería aportar un número de soldados establecido en función de su población y de su riqueza. Conforme a estos parámetros, Olivares calculó que los reinos de la Corona de Aragón deberían contribuir con las siguientes cuotas: Cataluña, 16.000 hombres; Aragón, 10.000, y Valencia, 6.000.

Para convencer a los responsables de aceptar este plan había que dar respuesta antes a las quejas que los virreyes de Aragón, Cataluña y Valencia hacían llegar a la corte: el rey, desde su accesión al trono, no había visitado esos territorios para jurar sus leyes y confirmar sus privilegios. Por añadidura, eran fuertes los temores de que tal visita tuviese como fin unificarlos bajo una corona, una ley (la castellana) y una moneda, poniendo en peligro los particularismos y privilegios locales. Cierto es que Olivares «aspiraba a algo más noble y más ambicioso que una castellanización directa de todos los dominios del rey»[19] y, si bien en su mente había un propósito claro de ir procediendo a un proceso de «castellanización» de las provincias y reinos peninsulares, ello corría parejo a una intención no oculta de «descastellanizar» los cargos de la corte y de la administración, permitiendo su acceso a una nueva clase nobiliaria y funcionarial procedente de fuera de Castilla que ocupara puestos que estaban reservados a los castellanos. Tal política ya se encuentra delineada en el Gran Memorial de 1624.

19 J. H. Elliott, *La rebelión de los catalanes*, p. 182.

El núcleo de la cuestión radicaba en que para hacer aceptar los compromisos que significaba la Unión de Armas tenían obligatoriamente que ser aprobados por las Cortes de cada uno de los territorios. De acuerdo con la ley, las Cortes solo podían celebrarse en presencia del rey. Para cumplir este requisito el Consejo de Estado fue partidario del viaje y en consecuencia se convocaron las Cortes de Valencia (en Monzón), Aragón (en Barbastro) y Cataluña (en Lérida).

Con la elección de Lérida y no de Barcelona se trataba de reducir el peso y la influencia de esta ciudad y buscar un camino más fácil para la aprobación de las propuestas.

El 7 de enero de 1626 el rey, acompañado por el infante don Carlos, inició un viaje que acabaría en malas condiciones. Tras la llegada a Aragón a mediados de mes se procedió a la inauguración de las Cortes y, a continuación, la comitiva se desplazó a Valencia, cuyas Cortes se inauguraron el día 31. Pero el resultado fue francamente mediocre, pues ninguna de las dos asambleas aceptó íntegramente la carga que suponía la Unión de Armas. En Aragón no fue ni un éxito ni un fracaso, pues sus Cortes aceptaron únicamente equipar 2.000 hombres durante quince años, y Valencia solo aceptó aportar una modesta suma de dinero, pero ningún soldado. La carga que recaía sobre una Castilla esquilmada y el egoísmo que mostraban las otras provincias y reinos peninsulares se retrata en los versos con los que Quevedo nos hace llegar, a través de los siglos, la descarnada realidad:

En Navarra y Aragón
No hay quien tribute un real;
Cataluña y Portugal
Son de la misma opinión;
Solo Castilla y León
Y el noble reino andaluz
Llevan a cuestas la cruz.

Tras estas decepcionantes etapas, la comitiva real llegó a Barcelona el 26 de marzo. Al día siguiente Felipe IV prestó los juramentos que se le requerían, con lo que se pudo abrir la sesión de las Cortes. Los recelos de los representantes de los tres brazos obligaban a buscar un miembro de la nobleza catalana que hiciera en su caso de «facilitador» para suavizar la difícil relación que se auguraba. El elegido fue el duque de Cardona, la persona de mayor prestigio para esta misión, pero cuyos muchos enemigos le dificultarían la tarea. Sumándose a este inestable equilibrio otra personalidad complicó aún más la situación: Juan Alonso Enríquez, almirante de Castilla y miembro de la familia Lerma, que en dos ocasiones fue tan irrespetuoso con el rey que este le ordenó retirarse a sus tierras, enfrentamiento que fue la semilla del grave problema que, durante la posterior enfermedad de Felipe IV, provocó su influencia sobre el infante don Carlos.

Para suavizar la situación y avanzar hacia la Unión de Armas, Felipe IV aceptó que las Cortes discutieran primero los asuntos propios de los catalanes antes de estudiar (y, en su caso, aprobar) las peticiones reales. Incluso se ofreció crear una compañía que habría transformado Barcelona en un gran centro comercial para el Mediterráneo que podría competir con los existentes. Pero ni siquiera esta propuesta que habría significado una gran ventaja para Cataluña fue bien recibida y las discusiones se veían estorbadas por el llamado

dissentiment (declaración de disconformidad), que impedía adoptar decisiones si no había unanimidad entre los tres brazos de las Cortes. Todo parecía empantanarse sin que se pudiera ver un atisbo de acercamiento de las posiciones. Como subraya Parker, los tres grupos de oposición catalana se esforzaban por fomentar un sentimiento del nosotros frente al ellos y de desconfianza ante todo lo que viniera de Madrid.[20]

20 G. Parker, *El siglo maldito*, p. 449.

Tras esas inútiles discusiones, el protonotario Jerónimo de Villanueva comunicó a las Cortes que se les concedían solo dos días para discutir y resolver los asuntos propios y renovó la petición de un contingente de 16.000 hombres como cuota de participación en la defensa común de la Monarquía. El ultimátum provocó tal indignación que, salvo un pequeño grupo de nobles, la gran mayoría de los miembros de las Cortes abandonó las reuniones, quedando las Cortes totalmente inoperantes. Esto provocó que el rey y Olivares abandonaran Barcelona al día siguiente. Ello era un verdadero terremoto político cuya única solución habría sido el regreso de Felipe IV y que provocó que en los años siguientes se encallara cualquier intento de aproximación y no se siguiera «ninguna política coherente con Cataluña».[21] Así el viaje acabó de mala manera y sin alcanzar ni un solo objetivo.

21 J. H. Elliott, *op. cit.*, p. 231.

El intento de obtener fondos de las Cortes de Cataluña venía impuesto por la situación crónica de la hacienda real que obligó a Felipe IV a declarar la primera bancarrota de su reinado en 1627. Tras los éxitos de 1625 los problemas se acumulaban mientras los precios se disparaban; en 1626 los prestamistas se habían negado a pagar las letras enviadas por valor de más de millón y medio de escudos, los holandeses trataban de bloquear los puertos de los Países Bajos y el fracaso del socorro de Grol (Groenlo) hacía que se volviera a la realidad tras el espejismo que supuso el triunfo en el asedio de Breda. Tras declarar la bancarrota, eran demasiados problemas y contratiempos como para no tragarse el orgullo y acudir de nuevo a Barcelona con la esperanza de obtener al menos dos millones de ducados.

En septiembre de 1628 el rey informó a la infanta doña Isabel Clara Eugenia del proyecto de enviar a don Fernando a Flandes ya como cosa decidida e inminente. Si el anuncio fue acogido con satisfacción en los Países Bajos, en la corte suscitaba reservas dada la juventud y la inexperiencia política del infante. Como ya era costumbre, las complicaciones dentro y fuera del reino demoraron la decisión final: rumores de una posible abdicación del elector de Colonia (que era

además príncipe-obispo de Lieja); el deseo de Felipe IV de ir personalmente a Flandes acompañado por sus hermanos; la decisión de enviar a don Fernando, que se renovaría en 1630… Todas estas idas y venidas muestran cómo los acontecimientos modificaban proyectos que, si un día parecían firmes, al poco tiempo volvían a quedar en el aire. En marzo de 1631 el rey confirmaba su decisión de nombrar al marqués de Santa Cruz, que era gobernador general de Milán, como gobernador de las armas y mayordomo de don Fernando, pero en septiembre una nueva marcha atrás parecía abandonar la idea al contemplar el proyecto de su propio viaje a los Países Bajos acompañado de sus hermanos.[22]

22 Felipe IV al secretario Andrés de Rozas, 21 de marzo de 1631, AGS, Estado, 2.045.

Tras la enfermedad de rey en 1628 se decidió el envío de don Fernando a los Países Bajos, pero había que encontrar el modo y la excusa para hacerlo. ¿En qué condiciones podría incardinarse al joven infante en aquellas tierras? Dada su condición, no parecía posible que fuera como segundo de nadie, ni siquiera de alguien del rango y carisma de la infanta doña Isabel Clara Eugenia. Tras muchas cavilaciones se consideró que la solución sería encargar a la infanta de los asuntos políticos y que su sobrino estuviera al frente de las tropas como gobernador de las armas. Para disfrazar esto de alguna manera, pareció que la mejor solución era que acompañara al rey en el nuevo viaje previsto a Barcelona para intentar resolver el problema que se venía arrastrando desde que las Cortes catalanas habían quedado en el aire en 1626, tras el fracaso de las peticiones formuladas.

Para justificar el viaje se argumentó que don Fernando acompañaba al rey para tomar el mando de las tropas que se estaban concentrando en Perpiñán para participar en la guerra de Mantua y que posteriormente viajaría a Milán y los Países Bajos. Pero se planteó un nuevo problema: la presencia de Antonio Moscoso junto al infante. Olivares se había equivocado al cambiar un Moscoso (Melchor) por otro (Antonio), cuya mala influencia sobre don Fernando era un continuo quebradero de cabeza. Ante el proyectado destino en Flandes, el infante quería hacerse acompañar por «su privado», provocando una seria advertencia de doña Isabel, que hizo muy patente que los flamencos no aceptarían que llegase acompañado de un amigo de tan mala fama y desaconsejó formalmente la idea. No parecía posible hacer cambiar de opinión al infante y, tras muchas cavilaciones, se decidió que Moscoso podría ser enviado más tarde a Milán so capa de una embajada. La decisión de que su favorito no le acompañase motivó un grave enfrentamiento entre don Fernando y Olivares que, para evitar mayores consecuencias, expuso al rey su preocupación por esta mala influencia sobre el infante. Olivares recomendó que se aplazara su viaje a Flandes (donde María de

Médicis y Gastón de Orléans añadían un elemento perturbador a la crítica situación) y optar por mantenerle en Barcelona, con lo que provocó de nuevo el disgusto de don Fernando.

Además, España se había involucrado en la Guerra de los Treinta Años y esta decisión se vio agravada en 1628 por la pérdida de la flota en las aguas cubanas y casi inmediatamente Olivares decidió intervenir en la guerra de sucesión de Mantua. Todo esto iría consumiendo hombres y dinero en tal cantidad que parecía difícil que la hacienda real pudiera hacer frente a tales contingencias. En estas condiciones de necesidad de la Monarquía —con frentes abiertos en Flandes, Italia y el Imperio—, era necesario evitar repetir los errores que en 1626 habían impedido cualquier acuerdo con los catalanes y no cabía más que aceptar que sus Cortes se tomaran todo el tiempo necesario para las discusiones. En abril de 1631, el rey, acompañado de sus hermanos, inició el nuevo viaje a Barcelona, donde llegó el 3 de mayo. Fue durante este viaje cuando Olivares aprovechó para mantener una larga y franca entrevista con don Fernando, durante la cual le hizo ver dónde estaba su obligación para con el rey y logró sentar para el futuro las bases de una amistad sincera y de confianza entre ambos.

Como ni Felipe IV ni Olivares estaban dispuestos a sufrir de nuevo la desairada situación anterior, se decidió dejar en Barcelona a don Fernando para que, antes de viajar a Milán, lidiara con el problema, pues era evidente que el rey no podía permanecer indefinidamente en la ciudad. Así se convino que, a la marcha del rey, don Fernando ocupase su lugar como presidente de las Cortes y ostentase el cargo de virrey. Olivares tuvo que emplearse a fondo para conseguir la aceptación de esta propuesta, pues los catalanes consideraban que menguaría su capacidad para conferir privilegios y mercedes. Desde el primer momento, el virrey duque de Cardona informó detalladamente de las dificultades que se iban a encontrar, pues parecía dudoso que se aceptara la habilitación de don Fernando como presidente de las Cortes y más dudoso aún que aceptaran conceder el subsidio que se les pedía. Confirmando los malos augurios, la sustitución fue inicialmente rechazada y, solo tras un serio enfrentamiento, Olivares consiguió que las Cortes aceptaran que las presidiera el infante. Tras la correspondiente ceremonia de apertura, el rey pudo iniciar el 18 de mayo su regreso a Madrid. Era la despedida definitiva del cardenal-infante y sus hermanos, a los que nunca volvería a ver.

El ambicioso Antonio Moscoso no estaba dispuesto a perder su situación privilegiada cerca de don Fernando y cuando el rey y su séquito iban de regreso hacia Madrid apareció de nuevo con la pretensión de reunirse con su amigo y señor en Barcelona. No pareció suficiente que Felipe IV le ordenara tajantemente dar media vuelta, y

hasta el propio Olivares tuvo que intervenir para hacerle comprender la futilidad de su empeño. Todo ello no era más que aplazar el problema sin resolverlo y, al fin, sería el destino el que lo solucionara. Cuando estaba ya en camino con el ejército por Alemania, Moscoso falleció víctima de uno de esos brotes de «pestilencia» tan frecuentes en aquellos tiempos y especialmente en tropas que debían avanzar por territorios que no ofrecían las comodidades de la corte.

Ahora la doble misión de don Fernando en Barcelona era conseguir, sin la presencia física del rey, que se reanudaran unas Cortes suspendidas años antes con tan mal ambiente y, por otra parte, obtener una respuesta favorable a la petición de una contribución económica que tanto necesitaba la Monarquía para auxiliar al ejército español que combatía en Alemania al mando de Gonzalo Fernández de Córdoba. La situación era muy delicada, ya que, en 1630, Gustavo Adolfo de Suecia había entrado en la Guerra de los Treinta Años, invadiendo el territorio del Imperio con tal ímpetu que se apoderó de parte del Palatinado y de la ciudad de Múnich, lo que obligó al emperador a refugiarse en la frontera con Austria. En septiembre de 1631 Gustavo Adolfo deshizó al de la Liga Católica en la batalla de Breintenfeld.

Don Fernando quedaba solo en Barcelona con unas instrucciones[23] que le dejaban muy estrecho margen y que habían sido redactadas por el protonotario Villanueva, auxiliado para este encargo por un grupo de consejeros bajo la dirección del conde de Oñate, y en el que figuraban, entre otros, Cardona y Martín de Axpe (que sería su secretario de Estado y de Guerra en Flandes). Su misión venía enmarcada por dos cortapisas. En primer lugar, su actividad política quedaba controlada por los consejeros designados por el rey (y, evidentemente, por Olivares). Oñate unía a esta condición la de ser embajador extraordinario ante el emperador y era precisamente el encargo recibido lo que produjo mayor disgusto a don Fernando, pues antes de su marcha el rey le había encomendado de forma muy especial la vigilancia de su hermano que «[…] aunque tiene buen discurso y buen natural, importa mucho tener a su lado a una persona como la vuestra…».[24]

23 Instrucciones para el cardenal-infante como virrey de Cataluña, 20 de mayo de 1632, AGS, Estado, 2651. Hay copia en AGR, SEG, 2.288.

24 G. de Torquemada, *Gaceta y nuevas de la corte de España*, cit. en Q. Aldea, *España y Europa en el siglo XVII*, vol. II, p. 81.

En segundo lugar, se veía constreñido por las dos instrucciones relativas a su misión. Una se refería a su actitud como virrey y estaba fechada el 19 de junio, y la otra, que regía su acción como presidente de las Cortes, fue firmada el 10 de julio.

La primera instrucción se puede resumir en sus obligaciones

respecto de la buena administración del gobierno y de la justicia, la protección de la religión, el control de la elección de las personas que deberían ocupar los cargos y el buen cumplimiento por parte de estos y, finalmente, la defensa del territorio y del patrimonio real, aspecto de especial relevancia, si se tiene en cuenta la actividad de los ejércitos de Luis XIII en las plazas estratégicas de Perpiñán y Salses, en el Rosellón.

La instrucción como presidente tenía como objetivo fundamental terminar las Cortes tras la obtención del subsidio de tres millones de ducados que tanta falta hacía. Demostrando desconocer la realidad de Cataluña, el rey argumentaba que «[…] esta provincia es la más aliviada de tributos de todas cuantas poseo en mi Monarquía y a la que hoy más precisa obligación corre de asistirme… por ser la más extendida, sobrada y de mayor población […]». También recibía el encargo de examinar determinadas constituciones catalanas para que el rey dispusiera de suficientes elementos de juicio en su posible modificación. Si no se llegaba a una solución favorable, el infante estaba autorizado a disolverlas invocando la autoridad real. Aunque se le concedía esta posibilidad los enfrentamientos hicieron que finalmente don Fernando se limitara al gobierno del Principado sin entrar en nuevas e inútiles discusiones. Tanto es así que como narra su panegirista Diego de Aedo «[…] los más ratos desocupados empleaba en estudiar las fortificaciones, artillería, formar escuadrones y otras ciencias de importancia, dignas de príncipe tan grande y propias de su valor e inclinación […]».

Un problema de protocolo complicó la esperanza de que la reunión pudiera desarrollarse sin incidentes: los *consellers* arguyeron anteriores privilegios para permanecer, como si se tratara de grandes de España, cubiertos en presencia del infante durante la ceremonia de juramento como virrey que se realizó en la catedral de Barcelona el 26 de mayo. Hubo que recurrir a una estratagema para evitar el choque: el duque de Cardona, pese a ser grande, acudió descubierto, por lo que, al tratarse del noble de mayor categoría del Principado, los *consellers* se vieron obligados a imitarle y tuvieron que descubrirse. Esto provocó la indignación de los barceloneses. El *conseller en cap* de Barcelona, Bernat Sala, fue objeto de duras críticas en el pleno del Consell de Cent (Consejo de Ciento), que se celebró tras la ceremonia. Sala estaba tan angustiado que llegó a afirmar que temía que la multitud quemase a los *consellers* y hasta veía la hoguera medio encendida.

Pese a la buena voluntad del infante, que trató de interceder para mantener el privilegio en ciertos casos, el Consell de Cent decidió enviar un embajador a la corte, boicotear los actos que debían contar con la presencia de los *consellers* y presentar un *dissentiment* contra todos los actos de gracia y justicia. Pero ni Olivares ni el Consell de

Cent se mostraban dispuestos a ceder, bloqueando la resolución de cualquier asunto. Por parte catalana se estaban redactando entre bastidores unas constituciones que alarmaron de tal modo a Oñate que puso en conocimiento del rey el intento de reducir Cataluña «casi a una república libre y encomendada a la real protección de V. M.».[25]

25 J. H. Elliott, *La rebelión de los catalanes*, p. 250.

Tras muchas idas y venidas, Olivares dio instrucciones para que seis representantes de las Cortes se presentaran al infante para ser informados de un escrito conciliatorio que trataba de explicar las razones del rey. El esfuerzo fue vano, pues la mayoría decidió que no había lugar de retirar el *dissentiment*, y también fue inútil el intento del obispo ante el Consell de Cent, pues «si algunas personas estaban proyectando deliberadamente hundir las Cortes, lo consiguieron plenamente»,[26] ante lo que Olivares optó por prorrogarlas indefinidamente. La concatenación de los problemas políticos internos y el aumento de los problemas de la situación internacional hicieron que, finalmente, la estancia de don Fernando en Cataluña apenas llegase a un año (3 de mayo de 1632-11 de abril de 1633). No obstante, en lo que se podría calificar de un golpe de la fortuna, la flota de Nueva España había llegado sana y salva a puerto procurando un respiro.

26 J. H. Elliott, *op. cit.*, p. 254.

Por otro lado, la presencia en el Rosellón del ejército francés y una loca expedición de Gastón de Orléans suponían un peligro inminente de guerra, por lo que se decidió que don Fernando dejara Barcelona para inspeccionar las fortificaciones de la frontera. Bajo estos auspicios comenzaba la carrera militar el cardenal-infante y le permitía ir aspirando a sus nunca ocultados deseos de ser hombre de guerra y no de iglesia.

En esta tensa situación, a finales de 1632 la infanta Isabel comunicó las pésimas noticias de la traición de van den Bergh y la pérdida de Maastricht, seguida de las de Venloo, Ruremonde y Limburgo.[27] La infanta advertía también del peligro que se cernía sobre las plazas del Rin y de sus dificultades para socorrer Juliers y Geldres. Estos reveses fueron el detonante que aceleró el fin de la estancia de don Fernando en Barcelona, para alivio de doña Isabel, que consideraba su partida hacia Flandes como el único remedio a la crisis y (recordando el odio que habían suscitado allí Granvela y Bedmar), aconsejaba que prescindiese de sus hábitos eclesiásticos, pues los cardenales no estaban bien vistos en los Países Bajos. La alegría de doña Isabel ante el anuncio de la llegada a los Países Bajos del cardenal-infante se refleja en su carta a Felipe IV:

27 Isabel a Felipe IV, 8 de noviembre de 1632, AGR, SEG, Rº. 205.

> […] Quedo contentísima de la prisa con que V. M. me dice que enviará a su hermano […] juzgo es el solo remedio para lo de aquí. Pero tengo que suplicar a V. M. una cosa que creo se ha de reír de ello, pero yo le suplico muy de veras y sin saber la voluntad del infante… y es que V. M. le mande quitar los hábitos porque son muy mal recibidos aquí los cardenales y así será muy bien recibido sin ellos. Y son muy embarazosas las faldas largas para la guerra y para todo, y espero que Nuestro Señor inspirará a V. M. que nos haga esta merced […].[28]

28 Doña Isabel a Felipe IV, 28 de noviembre de 1632, AGS, Estado, 2.047.

Con la marcha del cardenal-infante de Cataluña se cierra el ciclo con el que Olivares había soñado de convertir a Felipe IV en el «rey de España»[29] y los proyectos de unión y centralización se vendrían abajo apenas siete años más tarde, cuando las sublevaciones de Portugal y Cataluña dieron definitivamente al traste con el edificio soñado por el valido. En abril de 1633 el infante embarcó rumbo a Génova y Milán camino de Flandes, hacia lo que, dejadas a un lado las ataduras clericales, sería su carrera militar hasta su muerte en plena juventud. Le acompañaban en el viaje diez galeras de España, siete de Sicilia y la patrona de Génova, en las que navegaban ochocientos soldados de la famosa infantería de España.

29 Gran Memorial, Recapitulación del dictamen en materia de Estado de todos los reinos.

4. ¿REBELDE CON CAUSA?

Las relaciones entre el cardenal-infante y su hermano habían estado siempre marcadas por el más profundo cariño y respeto y los enfrentamientos con Olivares habían quedado solventados tras su decisiva entrevista durante el viaje a Barcelona. Pero repentinamente surgió un punto en que el carácter de don Fernando le hizo rebelarse contra lo que, en su opinión, era una mengua de la alta consideración que le era debida, no solo como infante de España, sino como futuro gobernador general de Milán. Si bien Aldea se refiere a él como «posible sucesor de la corona»,[30] hay que tener en cuenta que ya había un heredero de Felipe IV, el príncipe Baltasar Carlos, nacido en 1629, con lo que, aun desaparecido el infante don Carlos, no parece probable que una lejana esperanza de la sucesión en la corona fuera el elemento que agudizara el arrebato del carácter del cardenal-infante.

30 Q. Aldea, *España y Europa en el siglo XVII*, tomo III, vol. I, p. 131.

Don Fernando había quedado decepcionado por la experiencia política barcelonesa y había dedicado la mayor parte de su tiempo a los ejercicios militares y a prepararse para la compleja misión que le aguardaba en su camino desde Milán hacia los Países Bajos. En todo caso, la responsabilidad que como virrey y capitán general le había sido otorgada para intentar resolver el problema planteado con las Cortes catalanas, hizo que creciera la confianza en sí mismo y la conciencia de las responsabilidades que le esperaban. Eran esas responsabilidades futuras las que le permitirían ir alejándose paulatinamente del estado clerical por el que siempre había sentido tan escasa atracción y, en cambio, ir acercándose a la vida militar, con la que siempre había soñado. Por ello había sentido con profundo desagrado el control de aquellos «hombres graves», como Oñate o Feria, colocados a su lado, y que para él eran una muestra de desconfianza de su hermano. Su juventud no le permitía comprender que tanto por edad como por falta de experiencia política y militar era conveniente en su propio interés (así como en el de la Monarquía hispánica) disponer de esas «muletas» que le evitaran incurrir en errores cuya responsabilidad recaería únicamente sobre él.

Estas razones le impulsaron a enviar a una reunión con Olivares a quien era la persona de su mayor confianza, su confesor fray Juan de Santamaría, con el propósito de aclarar una serie de puntos que lo atormentaban.[31] Aldea, que ha estudiado con detalle el problema de la

rebeldía de don Fernando, se refiere a estas instrucciones de 18 puntos, resaltando de modo especial tres aspectos:

31 AGS, Estado, 2691, «Instrucción del cardenal-infante a Fray Juan de Santamaría», 11 de diciembre de 1632.

1. En qué forma se debía disponer el estado de las cosas de Flandes para que estuvieran en condiciones tales que le permitieran actuar rápidamente a su llegada.
2. La forma en que debía ir, lo que debía llevar y, especialmente, cómo debía comportarse en el camino y durante su estancia en Italia.
3. De qué manera organizar su casa. En tanto que cardenal y arzobispo disponía de casa propia desde muy joven, aunque sin duda en la nueva situación debía ser muy diferente.

Pero todos estos aspectos parecen constituir una especie de cortinas de humo o argumentos de distracción cuando se examinan los puntos octavo y noveno de las instrucciones al confesor y cuyo alcance es de mucha mayor profundidad y constituyen el fondo de la cuestión y de las preocupaciones verdaderas de don Fernando:

1. En el punto octavo se refería con rotundidad a la necesidad de determinar de «qué autoridad es servida S. M. tenga en sus reinos de Italia, particularmente en Milán, a donde podría ser detenerme para la expedición de todo lo necesario para conseguir mi jornada». Esto parece demostrar que don Fernando no estaba tan seguro de que su estancia en Milán fuera a ser tan breve como se le auguraba.
2. Y en el punto noveno quería dejar claro «asimismo, en las negociaciones que allí corrieren de quién me habré de informar de las órdenes de S. M. y con quién me habré de aconsejar para acertar [en] su mayor servicio en lo que allí se pudiere ofrecer».32

32 Q. Aldea*, Ibíd.*, tomo III, vol. I, p. 133.

Resaltan claramente de estas líneas la preocupación de saber cuál sería su cargo (parecía ya desconfiar de ser tan solo un gobernador general), y cuáles serían los «hombres graves» que a modo de rodrigones pensaba ponerle su hermano para evitar cualquier salida de tono por su parte.

Olivares tuvo la prudencia de no entrar en esta sutil trampa y responder personalmente a don Fernando, por lo que llevó sus peticiones al examen del Consejo de Estado que el 25 de diciembre emitió una consulta aprobada enteramente por el rey. Se encargó al valido que redactase como suya la respuesta a don Fernando. El voto de Olivares en el consejo sobre cómo consideraba la petición de don Fernando es bien rotundo, pues estimó que le habría parecido adecuado que fueran los ministros que acompañaban al cardenal-infante los que hubieran hecho la propuesta del cargo de vicario

general de Italia en primer lugar al rey y no al ministro y que, aunque semejante idea era «muy ajustada a la representación de persona tan grande para un paso solamente», insistía en la idea de que el título de gobernador general parecía más que suficiente, ya que el paso de don Fernando por Milán debería ser muy breve. Además, añadía que:

> […] mi parecer es que a S. A. se le envíe despacho para gobernar el estado de Milán el tiempo que estuviere en él y al duque de Feria el de su lugarteniente. Y a S. A. escribiría que en todo se ajustase al consejo del duque de Feria en carta de mano de S. M. Y no removería más para sólo un pasaje.[33]

[33] «Parecer del conde-duque», 24 de diciembre de 1632, AGS, Estado, 2.691.

Tal respuesta no dejaba lugar a dudas al impetrante sobre el camino que estaba obligado a seguir. En Madrid se contaba con que don Fernando cruzase desde Barcelona a Génova en enero, se encontrara en Milán en febrero y llegara a mediados de abril a los Países Bajos. Pero esto era un cálculo excesivamente optimista, puesto que suponía que el cardenal-infante pasaría por Milán casi «como el rayo del sol por el cristal» y cruzaría Alemania y la Lorena sin encontrar el menor obstáculo. Como tantas veces, Madrid parecía mecerse en puras y dulces ilusiones y no contaba con que el mundo exterior, ajeno a sus bien calculados designios, podría fácilmente dar al traste con sus previsiones. Puesto que el Consejo de Estado estimaba que el paso por Milán sería tan sumamente breve, parecía suficiente con que se le concediese el título de gobernador general y que Feria (cuya misión era gobernar el ejército de Alemania) fuese su lugarteniente durante esas pocas semanas… Y, en cuanto a los «hombres graves», se le prescribió que cuando se reuniesen, las decisiones de las las juntas de Estado debían conformarse a la opinión de Feria. Con esta tajante respuesta Madrid creía haber resuelto el problema de cualquier veleidad de rebeldía del cardenal-infante y que no había más que hablar.

Aunque esta era la respuesta «oficial» a don Fernando, entre bastidores había tenido lugar la discusión entre Olivares y fray Juan de Santamaría sobre el punto que realmente motivaba el viaje del eclesiástico para entrevistarse directamente con el valido. El cardenal-infante no se mostraba satisfecho con que se le concediera el título de gobernador general de Milán, pues aspiraba a obtener el más elevado de vicario general de Italia. Sus argumentos eran su condición de hermano del rey y, al estar el Milanesado incardinado en el Sacro Imperio, su titular podía pretender el título de *Reichsvikar*, que ya se había otorgado el siglo anterior a don Juan de Austria. Teóricamente no hubiera resultado excesivamente difícil acceder a la petición, pero la brevedad prevista de la estancia en Milán y el malhadado precedente de los recelos de Felipe II respecto de su hermanastro facilitaban la respuesta negativa, con la que Felipe IV y Olivares

creían dar por terminado el asunto.

Don Fernando fracasaba en su intento de obtener el título de vicario y quedaba atado por la imposición de aceptar las decisiones del duque de Feria, presentándolas en las juntas de Estado como suyas propias. Tal desilusión le produjo la negativa que era imposible que no se sintiera humillado frente a su hermano y sus consejeros en Madrid, sentimiento que se refleja en las cartas que de su puño y letra escribió a Olivares. Probablemente no osaba dirigirse al rey, pues debía estimar como seguro que su hermano no se apartaría de la propuesta del Consejo de Estado, por lo que trató de aprovechar la confianza y amistad que había establecido Olivares y evitar una negativa real a sus pretensiones, que esta vez sería definitiva y le cerraría cualquier puerta para intentar conseguir satisfacción a sus deseos. Como señala Aldea, don Fernando invirtió en sus cartas el orden de sus prioridades, tratando en la primera de la obligación que se le imponía de obedecer a los criterios de Feria, y reiterando en la segunda su deseo de obtener el título de vicario general de Italia:

> […] Bien sé, Conde, el cuidado y desvelo que te cuestan las prevenciones de esta jornada por la parte que yo tengo en ella… Mira tú qué lejos estoy de que me parezcan pocas… el no verlas ejecutadas me dio cuidado dándome plazo tan corto. Pero ya van llegando *[las levas ordenadas]* y por lo que me escribes en tu carta del 15 de este espero que todo llegará a tiempo […].34

34 Don Fernando a Olivares, 22 de enero de 1633, AGS, Estado, 2.960.

Y tras este exordio, con el que trataba de asegurarse la buena voluntad de Olivares, don Fernando entraba de lleno en el tema central de su carta: «[…] el modo de portarme con Feria y con cualquier ministro que estuviere a mi lado», intentando justificar su disgusto por verse coartado en sus decisiones por la autoridad de Feria, cuyos sentimientos parecían importarle escasamente: «[…] si esto lo sentirá Feria o no, no me meto en ello […]» y añadia

> […] Nadie desea más que yo el consejo en todos los negocios y esto mismo me sucederá cuando tenga más años, si Dios me los da, y experiencia de las materias. Pero no he de estar atenido a uno solo sino, oyendo a todos los que pueden tener noticia y experiencia de la materia de que se tratare, la resolución ha de ser mía, como habrás visto aquí, que en muchas consultas me he apartado del parecer de Oñate no juzgándolo por el mejor. Esto mismo será forzoso. Y no porque deje ir a Montenegro35 se salva el que yo me haya de atener siempre al parecer de Feria pues cuando no lo tuviere por el más conveniente al servicio del rey ejecutaré el que me lo pareciere. Y no siendo esto así yo no me puedo encargar de nada ni cumpliré con mi conciencia siendo cierto el escrúpulo que hay no obrando uno conforme a su dictamen después de haberse aconsejado de personas capaces […].

35 Girolamo Caraffa, marqués de Montenegro (1564-1633) fue un distinguido militar desde tiempos de Felipe II. Tomó parte en la batalla de la Montaña Blanca (1620). Don Fernando había pedido contar con su asistencia, probablemente como contrapeso a Feria.

Y pese a todas las negativas que había recibido, don Fernando insistía en pedir de nuevo a Olivares que apoyase su pretensión. Si no

se le concedía el vicariato: «… yo no puedo pasar ni conviene al servicio del rey […]». Don Fernando argumentaba que ya había ostentado el cargo de virrey en Cataluña, por lo que convenía que el mundo viera que el rey enviaba a un hermano suyo, sobre todo teniendo en cuenta que las levas para Alemania iban muy retrasadas. También era aconsejable que se le concediera el título porque la estancia en Milán podía ir para largo, e imbuido de su alto nacimiento afirmaba que: «¡Bueno fuera que las órdenes que yo enviase a los virreyes fuesen rogándoles y no mandándoles! »[36]

36 Don Fernando a Olivares, 25 de enero de 1633, AGS, Estado, 2.690.

Por su parte Oñate había escrito con carácter reservado a Olivares para asegurarle que había tratado de ir distrayendo de su insistencia a don Fernando del que pensaba que era hombre «de gran virtud y buenas partes si hubiere quien le guíe mejor».[37] Todos participaban en estas gestiones y fray Juan de Santamaría también se había dirigido al valido insistiendo en la conveniencia de acceder a la petición del cardenal-infante, argumentando que con ello no tendría más autoridad que la que le concediera el rey.[38] Pero todas estas presiones iban a resultar inútiles, pues la decisión parecía tomada de modo definitivo y nada ni nadie iban a cambiarla.

37 Oñate a Olivares, 24 de enero de 1633, AGS, Estado, 2.690.

38 Fray Juan de Santamaría a Olivares, 24 de enero de 1633, AGS, Estado, 2.690.

Cuando el Consejo de Estado tuvo que estudiar estas cartas se encontró con una intervención inesperada que parecía totalmente fuera de lugar. Y es que el marqués de Villafranca, capitán general de las galeras de España, y que también se encontraba en Barcelona, se había mezclado en el asunto de la petición del vicariato para don Fernando. ¿Había influido este en que Villafranca se cruzara en el tema o había sido idea propia? En cualquier caso, no solo se hacía eco del rumor de la rebelión de don Fernando, asegurando que: «No le veo resuelto a pasar y dice que no lo hará si no le hacen vicario», sino que instaba a Olivares para que accediese a la pretensión y, de paso, aprovechaba para atacar a Oñate (era el eterno problema de los enfrentamientos entre los mandos), pidiendo a Olivares que: «[…] al Conde de Oñate y a mí se nos diga antes de partir lo que hemos de hacer en la mar, porque soy ya viejo y el conde [es] amigo de echar la hoz en mies ajena».[39]

39 Villafranca a Olivares, 22 de enero de 1633, AGS, Estado, 2.960.

El Consejo de Estado elevó una consulta al rey en la que, tras estudiar cómo se debería hacer el tránsito hasta Bruselas, aconsejaba que se pidiese el paso al duque de Saboya cuando el ejército estuviese listo para emprender el viaje, «y no antes porque, si no se tiene muy

secreto, luego los franceses harán grandes negociaciones y amenazas a aquel duque para estorbarlo».[40] Suavizando la propuesta señalaba que se debía hacer ver a don Fernando que sus argumentos (autoridad, tropas y dinero) ya no tenían fundamento y que, en consecuencia, no tenía más que obedecer y partir, «sin más dilación en dando lugar al tiempo porque cada hora de dilación causa efectos muy perjudiciales al servicio de V. M.». El rey endosó la consulta con la lapidaria fórmula habitual de «como parece». Parecía que la cuestión estaba resuelta.

40 Consulta del Consejo de Estado, 26 de enero de 1633, AGS, Estado, 3.338.

A fines de enero se reunió una junta especial para preparar el camino a las decisiones que más tarde debía adoptar el Consejo de Estado, y consideró que aceptar los retrasos en el viaje a los que se refería don Fernando provocaría que en Europa se preguntasen por las razones de tales retrasos, así como un sentimiento de frustración en los Países Bajos. Esto significaría tirar por la ventana todos los gastos que se habían hecho hasta entonces. En consecuencia, había que ordenarle que partiese de modo inmediato, aunque no dispusiera de todas las tropas previstas, que ya irían llegando, y que las órdenes que se le hiciesen llegar fueran claras y no admitieran discusión porque no se podía admitir que hiciese público su descontento ni que lo hicieran otros, con lo que se planteaba crudamente el problema de la obediencia. La reacción del Consejo fue muy dura tanto contra Villafranca («el deseo que se le ha conocido porque se le nombre por vicario general de Italia en que muestra inclinación demasiadamente afectuosa en materia [en] que debía proceder con más templanza») y contra fray Juan de Santamaría, por haber faltado a su obligación de hacer comprender a don Fernando cómo debía proceder: «[…] ha extrañado que el infante no esté instruido de la obligación que tiene en conciencia a no tener más dictamen que obedecer a la letra las instrucciones de V. M.». Y respecto a don Fernando se expresaba que

> Ha parecido al Consejo representar a V. M. que ha considerado la materia con especial atención, porque la juzga de calidad tal que, si no se hablase muy claro al señor infante podría ocasionar grandes inconvenientes, pues lo que en este género de cosas sería lícito en un vasallo es más que reprensible en S. A., porque no conviene que tenga voluntad en nada, sino total rendimiento para ejecutar lo que se le ordenare por V. M. y en su real nombre.[41]

41 Consulta del Consejo de Estado, 31 de enero de 1633, AGS, Estado, 2.690.

En consecuencia, el Consejo propuso que el rey escribiera «de mano propia» a don Fernando ordenándole que:

> No ha de haber arbitrio, sino pronta ejecución […] y que, aunque V. M. creyera que aunque ha sido poco el tiempo que ha estado en Cataluña le hubiera abierto los ojos más para fiar poco no sólo de su parecer sólo, sino de su parecer ayudado y asistido de los primeros ministros de V. M. y de tantos consejeros juntos, pero que V. M. atribuye a

la poca edad esta lozanía tan poco fundada y tan sin ejemplo… y que advierta que nada confirma a V. M. más en la ignorancia e inadvertencia de quien le ha asistido que el verle desinformado de la calidad de las cosas grandes.

Y, por si esta reprimenda fuera poca, el Consejo propuso también al rey que escribiera a fray Juan de Santamaría, subrayándole entre otras cosas que: «Ha extrañado que el infante no esté instruido de la obligación que tiene en conciencia a no tener más dictamen que obedecer a la letra las instrucciones de V. M.».

El Consejo también propuso que Olivares escribiera detalladamente al infante sobre estas materias y, rematando esta serie de reprimendas, el marqués de Leganés sugirió no solo que la resolución fuese llevada a Barcelona por don Alonso de la Carrera, «pues ha de pasar con esta embarcación [la del cardenal-infante] y lo hará, a su parecer, con más severidad», sino que añadió una coletilla con la que se ponía en peligro el futuro de toda la operación: «En caso de que no se ajuste el señor infante, no conviene pase a Flandes». Con esta frase parece que la paciencia del Consejo había llegado a su límite y ponía de relieve descarnadamente un grave dilema: ocultar la situación o hacer pública, con el consiguiente escándalo, la rebeldía del cardenal-infante, que era el problema más grave para la corte. Tan grave que Felipe IV, dejando a un lado la consulta, encomendó a los letrados del Consejo Real que emitieran un informe sobre el caso. Tratando de suavizar la situación, Olivares se plegó a la propuesta del Consejo y escribió a don Fernando para intentar lo que podríamos llamar «llevarle por el buen camino»:

En lo que V. A. se sirve de decirme en cuanto al duque de Feria, represento a V. A. que […] será el primer príncipe de Europa que haya hecho cosa semejante, y más diré a V. A.: el primer hombre de cuantos regularmente viven en el mundo y que es eso sólo lo que se ha condenado y tenido por última perdición de Flandes en este año pasado… ni el duque de Feria ni otro alguno de cuantos vasallos S. M. tiene… se encargarán de tal puesto, y con gran razón porque no teniendo asegurado el apoyo del príncipe, no puede nadie encargarse de los sucesos, y más en materias militares. Y yo suplico a V. A. de rodillas dé al punto cuenta al rey de esto, si así piensa V. A. ejecutarlo porque es menester precisamente que S. M. lo sepa […].

[…] Ojalá fuera posible que un solo caso sucediera a V. A. de los que pone para que viera qué aprisa se arrepentía… y si errase ninguna disculpa tendría V. A. en la tierra […].

[…] V. A. si lo piensa ejecutar, como dice, lo escriba a su hermano porque es imposible que V. A. no tenga las mayores ruinas del mundo […] plegue a Dios que sea en tiempo de lo que le ha dicho quien no le va en nada… sé que me duelo de ello y de que V. A. no haya a bien dado más en esta materia y conferídola con quien pudiese pasar a V. A. verdad con experiencia […].

[…] Jamás hubo rey que en casos tales se conformase con su parecer sino con el de sus ministros, si no fue el rey Don Sebastián y otros que no digo por no melancolizar a V. A. […] Que sin experiencia, si no es los ángeles, no pueden salir de los aprietos los mayores ingenios.[42]

42 Olivares a don Fernando, 4 de febrero de 1633, AGS, Estado, 2.960.

La franqueza con que Olivares se dirigió a don Fernando surtió el

efecto deseado, ya que este escribió al rey, mostrando total mansedumbre y agradecimiento por el título de gobernador general de Milán y, pese a expresar su deseo de viajar a Italia contando con gran autoridad, ni osó reiterar su petición de hacerlo con del título de vicario general ni se refirió a su negativa a embarcar si no se le concedía tal nombramiento, ni a su amenaza de no plegarse a la autoridad de los experimentados consejos de Feria.[43] No fue solo a don Fernando a quien se dirigió Olivares. También fray Juan de Santamaría recibió una carta de 4 de marzo en la que se le señalaba que los gobernadores nombrados por el rey no tenían arbitrio propio, sino que «van a ejecutar las órdenes del rey, cuyos son los reinos y cuya es la resolución de todo».

43 Don Fernando a Felipe IV, 29 de febrero de 1633, AGS, Estado, 2.691.

Con la misma fecha de 4 de marzo el rey se dirigió a su hermano para decirle que «espero que os persuadiréis a que se os da lo que conviene y requiere la autoridad de vuestra persona». Toda esta serie de reuniones del Consejo de Estado e intercambio de cartas pone de relieve que en la corte se desconfiaba todavía de la obediencia de don Fernando. Pero ¿qué sucedería si no se plegaba a las órdenes y optaba por mantenerse en una postura contraria a las órdenes que recibía? La respuesta a este interrogante la podemos encontrar en las cartas (una de ellas secretísima) que el rey envió a Feria con instrucciones muy concretas para este caso y otra a Aytona (esta relativa al modo en que se debía prestar pleito homenaje —en absoluto secreto— a don Fernando). Si el cardenal-infante no acatara en los temas de la milicia las decisiones de Feria, este quedaba autorizado para ejercer el mando supremo. Pero antes de llegar a ese extremo:

> Con todo el respeto debido le persuadiréis a que lo haga ayudándoos del marqués de Aytona para el mismo fin […] y se ejecutará lo más conveniente a mi servicio […] si acaso el cardenal-infante, mi hermano, se resolviere tal vez a no seguir vuestro dictamen… me daréis puntualmente cuenta habiendo tiempo para ello. Y si no diere lugar la ocasión advertiréis a mi hermano lo que conviene a mi servicio se ejecute… y si no bastaren razones a disuadirle en tal caso, y no de otra manera, abriréis la carta que se os envía con esta instrucción y usaréis de ella con el valor y prudencia que fío de vos […].[44]

44 Felipe IV a Feria, con instrucción secreta, y a Aytona, ambas de 4 de marzo de 1633, AGS, Estado, 2.960.

De nuevo el inoportuno marqués de Villafranca se mezcló en una situación que ya era de por sí demasiado complicada, y de forma rocambolesca hizo llegar al protonotario Jerónimo de Villanueva un escrito anónimo, pero sin duda escrito por él, en que se afirmaba que «el señor infante se irá a la corte sin duda, que lo que se resiste el conde Oñate no le facilita, ni que se le difiera el vicariato general de Italia. Y deben de parecerle pequeños los aprestos».[45] Y por si semejante intromisión le hubiera parecido poco, pocos días después

envió otro escrito negándose a ser el responsable del transporte del cardenal-infante si no se le nombraba consejero de Estado.

45 Anónimo enviado por Villafranca, 5 de marzo de 1633, AGS, Estado, 2.960.

Así pues, parecía que de nuevo don Fernando podría dar marcha atrás en la obediencia que había mostrado y el Consejo de Estado[46] propuso al rey (que aceptó) que escribiese a Martín de Axpe, acompañándole una carta que debía entregar al infante si persistía en la idea de volverse a Madrid para tratar de disuadirle de tal idea. Por si eso no bastaba, el rey le enviaba también otras dos cartas sobre lo mismo, destinadas a Oñate y fray Juan de Santamaría. Caso de que no fuera necesario recurrir a estas medidas, Axpe debía devolver las tres cartas al rey para guardar el secreto.

46 Consulta al Consejo de Estado, 16 de marzo de 1633, AGS, Estado, 2.960.

Con gran alivio, y sin necesidad de recurrir a tan extrema gestión, se pudo comprobar que don Fernando había acatado las órdenes de su hermano y estaba dispuesto a zarpar, si el tiempo lo permitía, el 20 de marzo:

> En cuanto a mi pasaje he señalado el día 20 del corriente por de mi partenza y quedan dadas todas la órdenes necesarias para que se ejecute […] bien es verdad que el tiempo está tan gastado y en los montes tanta nieve que embaraza la presteza con que deseo se ejecute, y aun el despalmar tiene dificultad por tantas lluvias, pero todo lo posible he de hacer por cumplir con lo que V. M. me manda y con el deseo que hay en mí de obedecer y servir a V. M.[47]

47 Don Fernando a Felipe IV, 13 de marzo de 1633, AGS, Estado, 2.961.

Se cerraba así un capítulo que tantas angustias y preocupaciones había creado en el rey y en sus ministros y consejeros. Mezcla de autoridad, de cariño fraternal, de amistad y confianza. Todo se había utilizado para resolver el problema y hacer comprender al cardenal-infante dónde radicaba su obligación, y finalmente la situación había sido reconducida y se podía respirar. Pero todavía quedaba una coda por añadir a la lamentable historia: el marqués de los Gelves, de cuya experiencia en Milán no cabía dudar, no se había mostrado contrario a la concesión del ansiado vicariato, y siguiendo sus consejos se buscó alcanzar una solución discreta que consistía en conceder el título, pero sometiéndolo a dos condiciones: que Luis XIII invadiese Italia o que el papa Urbano VIII declarase la guerra a España (cosa no imposible, conociendo la enemistad que mantenía con la Monarquía hispánica). La cicatería de este caso no deja de hacer recordar la que también demostró el Consejo de Estado cuando se denegaba a Spinola el título de capitán general y, tras muchas discusiones, solo se le concedió para el ejército que debía entrar en Alemania a ocupar el Palatinado, y solamente durante el tiempo que durase esa operación, perdiéndolo al regresar a los Países Bajos.

Y como lo que se hace mal suele salir mal, el título no se envió a don Fernando, sino directamente al mismo Axpe, que debería entregárselo si se producían las circunstancias indicadas. Quiso la mala suerte que Axpe estuviese ausente cuando llegó el correo y don Fernando, de forma imprudente e irreflexiva, abrió el pliego encontrándose con la doble sorpresa de su nombramiento y de la orden de no comunicárselo si todo se desarrollaba sin problemas. Avergonzado por lo que había hecho se sintió obligado a informar a Axpe, quien le dijo que no tenía más remedio que informar al rey. Tras consultarlo con los marqueses de Leganés y de Castrillo, Felipe IV tomó la decisión de censurar a su hermano por su imprudencia y a Axpe por haberle advertido de que informaría al rey (lo que, de todos modos, estaba obligado a hacer). En el futuro, los despachos destinados a Axpe se enviarían a nombre de un tercero para evitar la repetición de tan desagradable error.

Un manto de silencio se impuso sobre este último giro del drama de la desobediencia del cardenal-infante y con ello se le abría el camino hacia la gloria militar con la que siempre había soñado.

SEGUNDA PARTE. DE ESPAÑA A FLANDES

A la memoria que se vuelve hacia el pasado se une necesariamente la atención que se da al futuro.

SAN AGUSTÍN

5. EL AVISPERO EUROPEO

En el interior de la Península la situación se había ido tensando desde el milagroso 1625. Años de continuas lluvias y malas cosechas, provocadas por una climatología que se ha calificado como una *pequeña Edad de Hielo*, provocaron el desabastecimiento y la subida de los precios. A eso se sumaron la enfermedad del rey, que reveló una grave desafección del pueblo, la quiebra declarada en 1627, la creciente antipatía hacia Olivares, sobre todo por la nobleza, y el fracaso del proyecto de la Unión de Armas, que sirvió como detonante de la crisis con las Cortes de la Corona de Aragón y especialmente con Cataluña.

Y si dentro era mala la situación, en el exterior se acumulaban los nubarrones de las guerras que parecían multiplicarse, haciendo olvidar los años de la *Pax hispánica*. Desde la participación en la Guerra de los Treinta Años (apoyando a un emperador que desconocía la reciprocidad o el agradecimiento), a la intervención en la Guerra de Sucesión de Mantua (el error más grave de la política exterior de Olivares en opinión de Elliott), [48] o a la inestable y oscilante relación con Inglaterra, todo venía a sumarse a la decisión de Felipe IV de seguir los designios de su padre y reanudar la guerra contra las Provincias Unidas. Tal era el marco en que se encuadra la aventura militar y política con la que don Fernando debía enfrentarse al iniciar su nueva vida, camino del gobierno de Milán y luego de Bruselas.

48 J. H. Elliott, *Imperial Spain*, p. 334.

La Guerra de Sucesión de Mantua

En 1627, la preocupación porque Francia pudiera instalarse firmemente en el norte de Italia empujó a Olivares a oponerse a que el duque de Nevers se transformara en el soberano del ducado de Mantua, ya que la presencia de un francés en la zona ponía en peligro el dominio español en el Milanesado. Confiando en que el emperador apoyaría la decisión española, puesto que se trataba de feudos imperiales, el conde-duque se lanzó a una empresa en la que, en buena parte a causa de la escasa cooperación del emperador con los esfuerzos de Gonzalo de Córdoba y de Spinola, se perdió una guerra que nunca debió comenzar. Olvidando las necesidades militares en Flandes, Italia y el asedio de Casale se transformaron en obsesiones para el ministro: hombres, dineros, pertrechos… todo le parecía poco

a Olivares para continuar, pese a la sangría de los otros conflictos con los que se enfrentaba España. Olivares esperaba que Luis XIII, empantanado ante La Rochelle, no podría intervenir, y que la alianza de España con Carlos Manuel de Saboya permitiría recuperar el Camino Español, pues el paso de las tropas españolas por el paso de La Valtelina era más largo y caro y hacía que España dependiera del emperador. Aprovechando el acuerdo entre la corte de Turín y Madrid, Gonzalo de Córdoba estaba en condiciones de ocupar el Monferrato y asediar la mítica fortaleza de Casale, pero su tardanza en actuar hizo que la plaza estuviera en condiciones de soportar meses de asedio, error al que se añadió la negativa del emperador Fernando II a autorizar las acciones llevadas a cabo en su nombre por las tropas españolas. Los esfuerzos de los generales españoles tropezaron también con la siempre tortuosa política de Carlos Manuel de Saboya que, olvidando sus lazos familiares con España, no tuvo empacho en permitir la entrada de las tropas francesas en su ducado tras la comedia de la defensa del paso de Susa en marzo de 1629. Esta traición obligó a Córdoba a aceptar un armisticio, levantar el asedio de Casale y ratificar el Tratado de Susa. Olivares sufrió así el primer revés de importancia en su política exterior.

Durante la primavera de 1629 Olivares luchaba por superar un cierto alejamiento del rey, apreciable con el nombramiento de su yerno, Medina de las Torres, como sumiller de corps. Felipe IV no parecía apreciar la política de razón de Estado de su ministro y soñaba con ponerse al frente de sus tropas para emprender una campaña en Italia que «esta será de mucha reputación y no muy dificultosa según dicen».[49] Spinola, que se había enfrentado al ministro en el Consejo de Estado para que se apoyase la paz en los Países Bajos, alentaba al rey en su idea de la campaña italiana. En estas condiciones, la tranquilidad imperante en los últimos meses del año parecía ser la calma que precede a la tempestad y la perspectiva de tener que firmar la paz en el norte comenzaba a parecer una necesidad para sobrevivir.

49 Respuestas de Felipe IV a Olivares, «Preguntas del conde-duque y respuestas del rey», 17 de junio de 1629, AHN, Estado, lib. 869.

En 1629, enviado a Italia contra de sus deseos, Spinola trató inicialmente de convencer a Nevers de que rompiera con Francia y reconociera la soberanía de Fernando II sobre Mantua y Monferrato. Ante el fracaso de sus esfuerzos, invadió el Monferrato y se preparó para un largo asedio de Casale, mientras las tropas imperiales del mariscal Collalto (por fin el emperador se había decidido a apoyar a Felipe IV) saqueaban la zona de Mantua. Sin embargo, la nueva ofensiva española coincidía con el final del asedio de La Rochelle. Richelieu podía ya proponer a su rey la ampliación del territorio francés y llevar a cabo una oposición frontal a la Monarquía universal

de España: «Hay que tener el propósito perpetuo de frenar el curso del progreso de España».[50]

50 *Avis donné au Roi après la prise de La Rochelle pour le bien de ses affaires*, 13 de enero de 1629. En F. Hildesheimer, *Richelieu, la raison de l'État*, pp. 234 y ss.

Carlos Manuel de Saboya, dispuesto en todo momento a cambiar de bando siempre que no supusiese peligro, pero si ventajas para él, aprovechó que continuaba la lucha entre Luis XIII y los protestantes, encabezados por el duque de Rohan, para pasarse al lado español, que lo necesitaba como barrera de contención de los franceses. Sin embargo, Richelieu consiguió engañarle y mientras el año siguiente el duque de Saboya concentraba sus tropas en su capital, Turín, donde esperaba el ataque, las fuerzas francesas —dirigidas personalmente por el cardenal— se apoderaron de Chambery, Pinerolo y otras plazas del ducado. Francia conseguía así el ansiado acceso a la llanura del Po y ya no necesitaba socorrer a Mantua. Abrumado por la presión francesa, Carlos Manuel pidió ayuda a España. Pero Spinola andaba muy escaso de medios y le era imposible atender a las exageradas pretensiones del duque de Saboya que, para vengarse, envió como embajador a Madrid al abate Scaglia. La misión principal de este era descalificar al capitán genovés y tuvo tanto éxito que Olivares persuadió al Consejo de Estado para que censurase a Spinola, afirmando que: «El marqués se ha excedido mucho en haber publicado que V. M. le había quitado la plenipotencia pudiéndolo excusar y echarse a sí la culpa de no querer aceptar estas condiciones [...] Al marqués se le debe apretar mucho».

Unas negociaciones entre tantos participantes tenían que seguir un camino tortuoso y, aunque todos querían salir del paso, con los españoles e imperiales ocupando el terreno Francia no podía montar una operación para levantar el asedio que Spinola había puesto a Casale. La contrapartida para España de su implicación en esta guerra era el creciente deterioro militar en Flandes y la alarma por el avance del ejército sueco de Gustavo Adolfo, que consolidaba su cabeza de puente en un imperio cuyas mejores tropas se encontraban principalmente en Italia. El verano de 1630 fue un momento muy difícil tanto para Spinola como para Richelieu. La petición de tropas y fondos de Spinola chocó con la animadversión del Olivares: «[...] Los medios para ello vienen a ser hoy casi imposibles así por falta de efectos como por la estrechez de los hombres de negocios [...]».[51] Richelieu se enfrentaba con una gravísima enfermedad de Luis XIII, cuya muerte habría arruinado todo el grandioso plan diseñado por el cardenal y le habría puesto en las manos vengativas de la reina madre, María de Médicis. A todo ello se sumó el fallecimiento de Carlos Manuel de Saboya. Ahora se abría el interrogante sobre cuál sería la política de su sucesor, Víctor Amadeo I, casado con Cristina, la

hermana de Luis XIII.

51 Consulta del Consejo de Estado, 18 de junio de 1630, AGS, Estado, 2.648.

Galopando y blandiendo un papel y un crucifijo en la mano entre la primera línea de los ejércitos que se afrontaban ante los muros de Casale, el 26 de octubre apareció por primera vez en la escena internacional un nuevo personaje: *il signor* Giulio Mazzarini, que más tarde, ya como cardenal Mazarino, sería enemigo implacable de España hasta la firma del Tratado de los Pirineos en 1659. Interponiéndose entre los soldados enemigos, y al grito de «¡Pace, pace!», logró evitar el inminente enfrentamiento y, de paso, se atribuyó el título —que nadie le había concedido— de «Ministro de Su Santidad». Mazarino estaba anunciando el resultado de la Paz de Ratisbona, que se había firmado días antes entre el emperador Fernando II y Luis XIII. Este acuerdo dejó a Richelieu a los pies de los caballos, ya que la paz fue mal recibida en París (que no tenía intención de abandonar las posiciones italianas) y en Madrid (que, tras las continuas dudas y reticencias del emperador, consideró una afrenta esa paz separada y la negativa a concederle derecho de paso por el Monferrato). Ante este fracaso, Olivares tenía que buscar una cabeza de turco y recurrió a toda su animosidad para arremeter ferozmente contra Spinola sin tener, según afirmó, «ningún tipo de objetivo egoísta en mente»:

> V. M. ha perdido territorios y reputación en todas partes debido a la presunción y vehemencia de las políticas del marqués, las cuales se empeñó en seguir en Flandes y en Italia hasta el punto de querer ser capitán general en ambos a la vez […] ha demostrado su disposición a sacrificar el honor por la paz y hemos perdido lo que conseguimos en Flandes el año pasado porque nos aseguró que el enemigo estaba dispuesto a negociar.52

52 El conde-duque de Sanlúcar. Voto en las cosas de Italia después de la llegada del abad Scaglia, BNM, 988, folio 262. Se trata del borrador de un documento del cual R. A. Stradling afirma que nunca había sido utilizado antes de la aparición de su libro R. A. Stradling, *Felipe IV y el gobierno de España*, p. 155.

Spinola fue triplemente traicionado, pues no solo tuvo que enfrentarse con la actitud del duque de Saboya o del general imperial Collalto, sino que también Felipe IV y Olivares le retiraron sin justificación los plenos poderes que le habían sido concedidos tanto para hacer la guerra como la paz. El inmenso dolor que la pérdida de su reputación significó llevó a la muerte en septiembre de aquel año al capitán genovés que tantos triunfos había dado a la Monarquía en Flandes desde comienzos de siglo. Tras su fallecimiento, el marqués de Santa Cruz, que le sucedió como gobernador de los Países Bajos, no tenía posibilidad de oponerse a los términos que dictaba el vencedor francés.

Abandonado por Saboya y el Imperio, a Felipe IV no le cabía otra opción que firmar la paz el año siguiente y los Tratados de Cherasco

(abril y junio de 1631) no fueron sino una hoja de parra que a duras penas ocultaba su desnudez. Francia había logrado la entrada en Italia al apoderarse de Pinerolo. El duque de Nevers, restablecido como duque de Mantua, se transformó en el instrumento de la influencia francesa en el norte de Italia. Finalmente, Luis XIII conseguía separar los dominios de las dos ramas de la casa de Austria impulsando una confederación compuesta por Venecia, Mantua y Saboya y a la que se adhirieron en secreto Toscana, Génova, Parma y Módena. ¡Hasta el papa estuvo a punto de unirse a los coaligados! En esos momentos, Olivares comprendió que había comenzado el declive de la Monarquía hispánica que hasta entonces había sido la potencia hegemónica en Europa y era su lamento: «… si floreciéramos como en otros tiempos y anduviéramos inquietando al mundo….».[53] Y no fue menor la preocupación del rey ante la pérdida de reputación que la derrota había producido y que le obligó a escribir: «Declaro que no apoyaré ni ahora ni en el futuro nada que pueda impedir la sucesión del duque de Nevers […] y que de ningún modo amenazaré las tierras del rey cristiano y sus aliados».[54] La herida siguió doliéndole a Felipe IV durante muchos años, tal como lo reconocía quince años después en una de sus cartas a sor María de Ágreda:

53 Olivares a Scaglia, 13 de enero de 1632, AGR, SEG, 596.

54 *Public Records Office*, State, 94/34, cit. en R. A. Stradling, *op. cit,* p. 150.

> Las guerras de antes que se movieron en Italia sobre Casal de Monferrato he oído hablar de que se pudieran haber excusado y aunque siempre he seguido la opinión de mis ministros en materias tan graves, si en algo he errado y dado causa para menos grado de Nuestro Señor, ha sido en esto.[55]

55 Felipe IV a sor María, 20 de julio de 1645, *Cartas de Sor María de Ágreda y de Felipe IV*, vol. I, p. 28 (ed. de C. Seco Serrano).

La Guerra de los Treinta Años

La división religiosa, entre católicos y protestantes que se produjo tras la Paz de Augsburgo (1555) tuvo enormes consecuencias en cada territorio del Imperio. Para modificar la situación, el emperador Fernando II recurrió al llamado Edicto de Restitución (1628), que trataba de resolver los problemas causados por estos movimientos. Pero el emperador no calibró bien en qué modo su proyecto iba a chocar con intereses religiosos y económicos de uno y otro lado. Aunque el edicto buscaba la paz, tras la entrada en la Guerra de los Treinta Años de Dinamarca (1625), el resultado fue totalmente opuesto a su propósito, pues dada su ambigüedad se adentraba en un tremendo laberinto al enfrentarse a unos problemas cuya trascendencia no parecía calibrar ni comprender bien. Contra lo que se esperaba, muchos católicos se mostraron en desacuerdo, pues simplemente pretendían obtener las propiedades enajenadas y no

erradicar el protestantismo (caso distinto podía ser el de los calvinistas, como Federico V). Ni siquiera el papa Urbano VIII se sintió satisfecho por un procedimiento que dejó a sus nuncios fuera de un proceso que el emperador consideraba puramente civil. También Felipe IV le aconsejó buscar otros medios para resolver el problema y hasta Wallenstein, de cuyo músculo militar y económico dependían tantas cosas, se opuso frontalmente a la medida.

Ante tales dificultades el emperador se veía obligado a buscar una vía para disminuir la presión y se iniciaron conversaciones de paz con Dinamarca que cristalizaron en la Paz de Lübeck (mayo de 1629). Wallenstein fue muy criticado por haber hecho gala de moderación tanto durante las negociaciones como en las condiciones de una paz con la que aparentemente el emperador lograba un triunfo importante. Pero gracias a las concesiones que hizo Wallenstein, Dinamarca recuperó las provincias perdidas a condición de desligarse de los enemigos de Fernando II. Con esta paz aumentó la indignación de Richelieu, que veía cómo podían venirse abajo sus esfuerzos por aislar a la casa de Austria. Con Dinamarca fuera de juego y, con la situación en Italia deteriorándose, Francia buscó apoyo en otra potencia que pudiera servir a sus intereses. Richelieu intentó convencer a Suecia de que abandonase la guerra que mantenía en Polonia y volviese sus armas contra el Imperio.

El emperador convocó a los electores en Ratisbona para celebrar una conferencia (julio-noviembre de 1630) con el propósito de estabilizar el Imperio y dejar fuera de dudas la sucesión en el trono de los Habsburgo mediante la elección como Rey de Romanos de su hijo, el archiduque Fernando. Pero sus pretensiones eran más de lo que los electores parecían dispuestos a aceptar y desde el comienzo se negaron a apoyar cualquier ayuda a España (fuese en los Países Bajos o en Italia) y exigieron la destitución de Wallenstein. Aunque el emperador accedió a esta exigencia les advirtió que la misma paralizaría el ejército y no podría enfrentarse con las tropas suecas, que habían iniciado modestamente su intervención.

Francia buscaba en Ratisbona solo una paz separada para Italia, pero a la postre se firmó un acuerdo de paz con los enviados franceses,[56] que se comprometieron a que Francia no prestaría asistencia a los enemigos del emperador. Semejante compromiso fue recibido en París con auténtica ira y el cardenal criticó durísimamente a sus enviados, a los que acusó de haber actuado *ultra vires*, rebasando sus instrucciones y la autoridad que se les había concedido para comprometer a Francia. Los ataques al cardenal fueron tan extremadamente virulentos que su continuidad al frente de la política francesa quedó en entredicho al enfrentarse con la reina madre María de Médicis, la nobleza y el pueblo, hartos de guerras e impuestos.

56 Los representantes franceses eran el famoso Père Joseph, la eminencia gris de Richelieu, y Charles Brûlard de Léon. Ambos actuaban prácticamente sin instrucciones, preocupados por la grave enfermedad de Luis XIII y desconociendo la situación en Italia.

Las críticas llegarían a su punto más álgido cuando, obligado por la situación en Italia, se firmó la Paz de Cherasco (1631) y el emperador abandonó el paso de los Grisones, dejando abierto un camino para las tropas españolas en esa zona de los Alpes. En definitiva, la Paz de Ratisbona reflejaba la incertidumbre que atenazaba a todos: el desembarco de los suecos en Alemania, la devolución de sus estados a los duques de Mantua y de Saboya, la retirada francesa de Italia, todo constituía un maremágnum de intrigas y guerras.

Pero María de Médicis midió mal sus fuerzas y, tras la «Journée des Dupes» (10 y 11 de noviembre de 1630), el cardenal salió fortalecido y prácticamente con todo el poder en sus manos. Francia consiguió firmar un acuerdo con Maximiliano de Baviera y con la Liga Católica, y otro con los protestantes, negoció con Wallenstein para intentar atraerle a su servicio y abrió la puerta a la intervención de Suecia en el conflicto.

El año 1631 abrió un nuevo capítulo con la intervención en la guerra de Gustavo Adolfo. Las esperanzas puestas por los protestantes alemanes en Christian IV y en Federico V se habían visto defraudadas y tenían que buscar un nuevo defensor frente a la contrarreforma habsbúrgica. Para no quedar fuera del tablero de juego, el 28 de enero de 1631 Francia consiguió firmar en Bärwalde un acuerdo que chocaba con la Paz de Ratisbona, y que obligaba a Francia a defender a Maximiliano de Baviera (sin obligación recíproca para este). Bärwalde sirve para poner meridianamente de relieve que, para el Rey Cristianísimo[57] y para un príncipe de la Iglesia romana, la razón de Estado pasaba por delante de las convicciones religiosas y olvidaban las guerras contra las hugonotes, culminadas con la toma de La Rochelle. Ponerse del lado de los Vasa, la dinastía protestante sueca, para enfrentarse con la dinastía católica de los Habsburgos o Austrias no parecía suscitar especiales escrúpulos de conciencia ni al rey ni a su ministro.

57 Es el título con el que desde el siglo XV se hacía referencia a los reyes de Francia

Tras desembarcar en Pomerania las tropas suecas se adentraron en territorio alemán perseguidas por las imperiales, al mando de Tilly.[58] Las fintas de unos y otros acabaron con su enfrentamiento el 17 de septiembre en la batalla de Breitenfeld, gran triunfo de Gustavo Adolfo y primera gran derrota de los imperiales, que se agravó con la muerte de Tilly a consecuencia de sus heridas. Gustavo Adolfo avanzó hasta tomar el control del Rin, alarmando tanto a los Países Bajos como a Francia, que veía cerca de sus fronteras a quien de aliado podía convertirse en invasor. La derrota forzó al emperador a

reanudar en noviembre los contactos con España para proteger el Palatinado, pero la lentitud de las comunicaciones jugó contra España, ya que en febrero se alcanzó un acuerdo para recuperar lo conquistado por Gustavo Adolfo y aplicar en Italia la Paz de Ratisbona manteniendo el paso libre hacia los Grisones. En este acuerdo se prometía que solo se consideraría como enemigo a quien prestara ayuda a los rebeldes holandeses. Tan grande fue la decepción en España que el Consejo de Estado rechazó ratificar tal acuerdo que ni rompía con Francia ni protegía los Países Bajos.

58 Fueron las tropas imperiales las que, con el brutal saqueo de la ciudad de Magdeburgo (21 de mayo de 1631), escribieron uno de los capítulos más negros de la guerra al arrasar la ciudad y asesinar a la mayoría de sus habitantes.

Tras dejar parte de sus tropas en el Palatinado, Gustavo Adolfo se apoderó de Augsburgo y Múnich. Tal como comunicó la infanta Isabel, ahora su atención se dividía entre proteger los Países Bajos y neutralizar la amenaza sueca sobre el cercano Palatinado.[59] Y como el peligro se extendía por el oeste de Alemania, Maximiliano de Baviera, junto a los electores eclesiásticos de Colonia y Maguncia, y obviando sus otros compromisos, solicitó ayuda de España para enfrentarse a los suecos. Mientras tanto, Francia trataba de asegurar su frontera oriental para evitar que los territorios fronterizos entre Francia y el Imperio fuesen presa fácil de Gustavo Adolfo. Mediante el Tratado de Vic (6 de enero) obligó a Carlos IV de Lorena a aceptar el libre paso de su ejército y, como si esto no bastara, Richelieu impuso guarniciones en el ducado y, con el consentimiento del elector de Tréveris, envió tropas a ocupar varias plazas sobre el Rin. Estos movimientos forzaron el acuerdo entre las dos ramas de la casa de Austria al que se unieron inmediatamente Baviera, la Liga Católica y Wallenstein.

59 Doña Isabel a Felipe IV, 16 de febrero de 1632, AGR, SEG, 204.

Pese a su superioridad numérica Gustavo Adolfo no lograba el triunfo definitivo, por lo que intentó negociar con Wallenstein. Este rechazó la oferta y situó a sus tropas en la zona de Leipzig, alejando el peligro de Baviera de momento. Allí se enfrentó con el sueco en Lützen (16 de noviembre) y, aunque tras un duro combate acabó retirándose para evitar ser derrotado, se encontró con la sorpresa de que Gustavo Adolfo había muerto en la batalla. Así se interrumpió la rápida sucesión de éxitos del rey sueco, al que sucedió en el trono su hija Cristina, una niña de apenas seis años, mientras Oxenstierna se mantenía como canciller.

Mientras sucedía todo esto, en los Países Bajos se produjo en 1632 la traición de Hendrik van den Bergh, el general de mayor rango en ausencia de Spinola, que se pasó al servicio de los holandeses,

provocando a partir de agosto la pérdida de las importantes plazas de Maastricht, Venlooo, Ruremond y Limburgo. Semejante traición venía de lejos, como lo prueban las informaciones que el enviado francés en Bruselas hacía llegar a Richelieu nada menos que dos años antes: «Henri de Bergues est toujours en mauvaise posture et en état, selon l'avis des plus intelligents d'écouter d'autres gens que les espagnols… il peut disposer entièrement de la province de Gueldres…».[60] Y más tarde, en 1632, el embajador francés en La Haya transmitía unas propuestas presentadas por Van den Bergh y el conde de Warfusée (a la cabeza del Consejo de Finanzas), según las cuales se trataba de: «Chasser entiérement les espagnols des Pays Bas et faire tomber entre les mains de Sa Majesté et de Messieurs les États tout ce qu'ils y possédaient aujourd'hui y compris la Franche-Comté…».[61] El plan estaba bien estudiado y pese a que Hendrik van den Bergh se dirigió por escrito desde Lieja a la infanta, acusando a España de ingratitud tras sus cuarenta años de servicio y la nula estima en que se tenía a la nobleza del país, afortunadamente no logró su propósito inmediato de provocar un levantamiento general.[62]

60 Archives du Ministère des Affaires Étrangères. Correspondance politique. Pays Bas, Bautru a Richelieu, 11 de enero de 1630, citado por L. Bely, *L'art de la paix en Europe*, p. 200. Traducción: Henri de Bergues sigue en una difícil posición y, según dicen los más inteligentes, dispuesto a escuchar a otros que a los españoles… puede disponer de la provincia de Gueldres…».

61 *Ibid.*, Mémoire de M. de Baugy, Traducción: «Expulsar por completo a los españoles de los Países Bajos y hacer caer en manos de Su Majestad [el príncipe de Orange] y de los Señores Estados [generales de las Provincias Unidas] todo lo que poseen hoy en día, incluido el Franco Condado».

62 Van den Bergh a doña Isabel, 18 de junio de 1632, ibíd.

Añadiéndose a los problemas que angustiaban a la infanta Isabel, la presión de la nobleza acabó desembocando en una auténtica rebelión en 1632, que coincidió con la reunión de los Estados Generales que la infanta se había visto obligada a convocar pese a la oposición del rey. En tales condiciones, la situación podía propiciar que el ejército holandés alcanzase Luxemburgo y dejase aislados a los Países Bajos tanto del Imperio como de Italia, con las consecuencias que era fácil prever. Demostrando una vez más la nula confianza que se podía depositar en él, Gastón de Orléans escogió este momento para reconciliarse con su hermano y abandonar Bruselas. Era preciso acelerar la marcha del cardenal-infante a Bruselas que doña Isabel reclamaba con insistencia. Se trataba de «conservar lo que se tiene ahora y reparar el mal causado por las derrotas pasadas».[63] Demostrando su recio espíritu, la hija de Felipe II afirmaba que no cabía esperar al fin del invierno para el viaje, y que no sería la primera vez que un miembro de la Casa de Austria cruzase los Alpes en esa estación tal como, treinta años antes y también camino de los

Países Bajos, lo habían hecho ella y su esposo Alberto. Además, solicitaba que don Fernando trajera millón y medio de escudos en efectivo y que el viaje se hiciera a través de Saboya hasta Borgoña, donde se podría concentrar un ejército.

63 Doña Isabel a Felipe IV, 24 de septiembre de 1632, AGR, SEG, 205.

La caída de Maastricht y de las otras plazas propiciada por la traición de van den Bergh había puesto en gravísimo peligro las posiciones españolas en el Rin y hacía casi imposible socorrer Juliers.[64] Lo extremo de la situación obligaba a tomar medidas rápidamente y el Consejo de Estado[65] convalidó sin reservas las tesis de Olivares: llegado era el momento de resolver de una vez por todas los problemas del Imperio y asegurar la elección del archiduque Fernando como Rey de Romanos, buscar una paz honorable con las Provincias Unidas, solucionar la situación en Italia, restaurar en su territorio a Carlos de Lorena y, finalmente, sembrar la cizaña en Francia. Se concedieron plenos poderes a Wallenstein para buscar apoyos o para declarar la guerra,[66] y Olivares envió como embajadores a Oñate (cerca del emperador), Saavedra Fajardo (para contar con Maximiliano de Baviera) y Villani (para negociar con Wallenstein). Luis XIII y Richelieu reaccionaron enviando también sus embajadores: Charnacé (a La Haya para mantener viva la guerra en los Países Bajos) y Feuquières (para que los suecos no redujeran su actividad bélica).

64 Doña Isabel a Felipe IV, 8 de noviembre de 1632, AGR, SEG, 205.

65 Consulta del Consejo de Estado, 9 de enero de 1633, AGS, Estado, 2.334.

66 Plenipotencia concedida para negociar y concluir confederaciones en nombre del rey de España, 25 de enero de 1633, AGS, SEG.

En marzo de 1633, cuando las tropas suecas estaban en condiciones de reanudar su ofensiva, el canciller Oxenstierna reunió en Heilbronn a los cuatro círculos del Imperio que le eran favorables (Franconia, Suabia y las dos Alsacias) y a una numerosa representación de príncipes protestantes, con los que formó una liga encaminada a oponerse a los Austrias. Ante ello, Francia renovó el Tratado de Bärwalde pues, habida cuenta de que no estaba en condiciones de entrar en la guerra, encontraba en esta Liga un medio de hacerlo de modo vicario. La siguiente campaña constituyó el zenit de la intervención sueca y la toma de Múnich en mayo puso en peligro la línea de comunicaciones española entre sus territorios italianos y los Países Bajos, con lo que los envíos de tropas solo podrían realizarse por el peligroso camino marítimo, donde los navíos franceses e ingleses representaban un terrible obstáculo para la navegación, al que se añadía la amenaza de los barcos holandeses en las costas flamencas.

El duque de Feria había propuesto la creación de un ejército de 15.000 hombres para defender el Franco Condado, asegurar el paso

por el Tirol apoyando al emperador y que podría actuar en Italia si era necesario. Pronto pareció que ese número de soldados no resultaría suficiente y el Consejo de Estado aprobó que se aumentara hasta 20.000. [67] El objetivo buscado era que don Fernando marchara hasta Flandes con un fuerte ejército, mientras Wallenstein atacaba a los holandeses. Pero, como de costumbre, Wallenstein tergiversó su misión, alegando que consideraba más importante la defensa del Imperio que la de las Provincias Unidas. Por su parte, el emperador actuando como de costumbre contra España se negaba a que sus tropas entraran en Alsacia. Con los suecos amenazando Brisach peligraba el viaje del cardenal-infante, por lo que hubo que recurrir a una especie de chantaje económico para obligar a ceder al emperador. Y mientras sucedía todo esto Francia ocupó en septiembre la Lorena, amenazando directamente la ruta española entre Italia y Flandes.

67 Propuesta sobre el ejército de Alsacia, 7 de julio de 1633, AGS, Estado, 3.340.

Wallenstein dio un giro inesperado iniciando una serie de contactos con los enemigos del emperador, lo que produjo en Viena gran indignación en los partidarios de España y alarmó a Maximiliano de Baviera. Maximiliano creía que Federico V, antiguo señor del Palatinado, al que había contribuido a expulsar con el beneplácito del emperador, podía recuperar sus derechos. Cuando Ratisbona —sede tradicional de la Dieta imperial— cayó en manos de los protestantes, se recrudecieron las críticas a Wallenstein, a lo que unía la tibieza con la que había atendido las peticiones de Maximiliano de Baviera y su negativa a apoyar el ejército de Alemania con el que el cardenal-infante y el duque de Feria pretendían llegar hasta los Países Bajos. El destino del hombre que había privatizado la guerra quedaba sellado y culminó con su asesinato en febrero de 1634. A estos desastres españoles en el exterior se sumaron las muertes de la infanta Isabel Clara Eugenia (1 de diciembre) y del duque de Feria (11 de febrero).

Los vaivenes con Inglaterra

Tras el fracaso del proyecto de «matrimonio español», las consecuencias no se hicieron esperar y la presión de los Comunes (encabezada por Pym) acabaría en el fallido intento de tomar Cádiz y en el permanente irritante de las relaciones por la ocupación del Palatinado por Spinola y la huida del elector, acogido a la buena voluntad holandesa para seguir malviviendo. Las negociaciones fueron llevadas a cabo por Rubens y, pese a las intrigas del embajador francés en Londres, Carlos I llegaría a convencerse de que un acuerdo con España era más importante que la recuperación del Palatinado mediante una operación militar franco-inglesa. Mientras tanto, Felipe IV ordenaba a Aytona que informase al emperador y al duque

de Baviera de la reclamación inglesa y les hiciese llegar la promesa de que no llegaría a la paz con Londres si no era de común acuerdo con ellos, por lo que les pedía que enviaran sus comisarios a Madrid para acordar las condiciones de esta paz común o la forma de continuar la guerra.

Cierto era que la corte inglesa estaba dividida entre los que querían la paz con España y la guerra con Francia, los que buscaban la guerra con España y la paz con las Provincias Unidas y, por fin, los que querían la paz con todos. En medio de todos estos enfrentamientos, Carlos I se quejaba de que Felipe IV no le ofrecía ninguna concesión y, pese a su desconfianza hacia Luis XIII y Richelieu, acabó por firmar un tratado con Francia que restablecía sin restricciones la antigua alianza entre los dos países. En la Cámara de los Comunes persistían los rumores de que Carlos I buscaba un acuerdo con España y se trataba de mantener vivo el espíritu de guerra usando, sobre todo, argumentos religiosos. Pero como el obstáculo fundamental era la falta de fondos, se trató de buscar el enfrentamiento con España en el mar para lo que se creó la Compañía inglesa de las Indias Occidentales, que, unida a su correspondiente holandesa, significaría un ataque frontal al comercio marítimo español.

Al firmarse en 1630 la paz entre Londres y Madrid se confirmó la idea de que era mejor mantener las relaciones angloespañolas que con las Provincias Unidas o con Francia, por la que Carlos I parecía sentir auténtica aversión. En el fondo, y pese al fracaso del matrimonio español, la atracción del rey inglés por la Monarquía hispánica le empujaba a este acuerdo, esperando que le ofreciera mejores perspectivas sobre el Palatinado que una alianza con los holandeses. Hasta tal punto prosperó esta idea que Londres acabó por ceder, al menos por el momento, en su terquedad en obtener la restitución del Palatinado, pues no quería arruinar la posibilidad del acuerdo a cambio de la promesa de Felipe IV de apoyar ante el emperador a su yerno, Federico V:

> Yo haré todos los oficios posibles para la satisfacción del Palatino con el emperador y el convento electoral sobre la restitución de sus estados hereditarios y quitar el bando imperial y no pondré dificultad ni dilación alguna en restituir el Palatinado inferior que ocupan mis armas siempre que habiendo precedido los actos de sumisión al emperador […] habiéndose hecho primero la paz y publicado.[68]

68 *State Papers*, Public Records Office, 103/75, cit. en P. Saénz, *Diplomacia hispano-inglesa en el siglo XVII*, p. 103.

Carlos I jugaba un doble juego, ya que las instrucciones que enviaba a Cottington (su embajador en Madrid) chocaban con las que daba a su secretario de Estado, Dorchester, que trataba de terminar rápidamente las negociaciones con las Provincias Unidas para continuar la guerra y que afirmaba que «el propósito de los españoles

es dividirnos lo que con paz o con guerra será en su beneficio si logran ponerlo en práctica». La fascinación de Carlos I y los miembros del partido español en Londres eran un ejemplo de la fascinación que ejercía la idea de una monarquía de derecho divino, así como un intento de escapar del «calvinismo claustrofóbico y del relativo atraso cultural de la Europa del norte».[69]

69 L. J. Reeves, *Charles I and the road to personal rule*, p. 183.

El 15 de noviembre de 1630 Olivares y Cottington estamparon sus firmas en un tratado de paz, confederación y comercio que, al menos provisionalmente, daba fin a la guerra iniciada cinco años antes y que demostraba que la *realpolitik* había terminado por imponerse en las dos capitales al dejar de lado los dos problemas que desde tantos años habían envenenado sus relaciones: ni siquiera se mencionaba la situación de los católicos en Inglaterra o la reintegración del Palatinado. Esto significaba un triunfo de la diplomacia española que, al quebrar la línea de la política exterior inglesa, dejaba a las Provincias Unidas sin su más firme aliado. El 12 de enero de 1631, ambos negociadores firmaban otro tratado secreto que obligaba a Inglaterra a declarar la guerra a las Provincias Unidas en el momento que se considerase oportuno y se preveía su reparto, con lo que Carlos I obtendría un botín territorial. Pero las circunstancias vinieron a cambiar estos grandes proyectos: el tratado no fue ratificado por el Parlamento inglés, en Alemania la victoria protestante en Breitenfeld modificó gravemente la situación y a ello se añadió la pérdida de Maastricht en 1632 lo que obligó a España a enfrentarse con la prioridad de hacer frente en Flandes a la amenaza holandesa.

A finales de aquel año, Felipe IV se mostró reticente ante las negociaciones encaminadas a formar una liga con Carlos I, el conde palatino y el emperador, pues supondría aliarse con herejes y enajenarse al duque de Baviera y la Liga Católica. Sumido en un mar de dudas, pareció dispuesto a conformarse si tal liga se utilizaba contra Holanda, pero se negaba a ceder el Bajo Palatinado si los ingleses no le ayudaban en su lucha con las Provincias Unidas. En esos momentos, un ejército francés intentó penetrar en el Palatinado para unirse a las fuerzas suecas. Esto provocó un amago de cambio de alianzas de Inglaterra, que tanteó la receptividad holandesa y mostró su interés por encabezar una coalición protestante con Suecia para equilibrar la creciente influencia de Francia con la que, pese a todo, intentó unos contactos que fueron recibidos con frialdad.

Además de las diferencias religiosas, Richelieu era consciente de que la pujanza de su marina era un serio peligro para las aspiraciones inglesas de dominar el mar, por lo que había entablado negociaciones con las Provincias Unidas (ofreciéndoles la partición de los Países Bajos católicos), con Suecia (Tratado de Bärwalde) y con Baviera (que

dejó en manos de Francia la protección del Alto Palatinado). A esto había que añadir la traición de van den Bergh y la subsiguiente pérdida de Maastricht, Venlooo, Ruremond y Limburgo, hechos que empujaron de nuevo a Londres a buscar un acercamiento a Madrid. Y en Inglaterra había que contar con la venalidad de destacados miembros de la corte inglesa (como Arundel, Weston o Cottington) que desde la época de las embajadas de Gondomar habían demostrado su disposición para servir de caballo de Troya a cualquiera que estuviera dispuesto a pagar generosamente sus servicios (lo que se llamaba comprar voluntades) y, como señalaba el embajador español en Londres: «… sin la fuerza del dinero no puede negociarse allí con nadie y menos con los dos que están dentro de los negocios, que son el Gran Tesorero y Cottington […] sin blanca serán inútiles todos los oficios».[70]

70 Consulta del Consejo de Estado, 10 de marzo de 1633, AGS, Estado, 2.520. La compra de voluntades había sido una práctica tan habitual en la corte inglesa que hasta el propio Jacobo I no había tenido escrúpulos en recibir dinero de España en la época de las embajadas de Gondomar.

Los propósitos ingleses se centraban en la recuperación del Palatinado, fuese con la ayuda de Francia (pero sin firmar una alianza), o con la de España (a cambio de permitir el uso del Camino Inglés, es decir por el Canal de La Mancha), por lo que resulta difícil determinar si sus maniobras eran fruto de pura confusión de la diplomacia inglesa o si reflejaban su maquiavelismo. La compleja situación obligó a enviar tropas al Palatinado bajo el mando, sucesivamente, de Santa Cruz y de Córdoba, para rechazar el peligroso avance sueco que se vio frenado al fin por el triunfo de Tilly y la muerte de Gustavo Adolfo en Lützen, tras lo que los príncipes protestantes hasta llegaron a ofrecer el título de Rey de Romanos a Christian IV y al mismo Luis XIII.

En 1634 el agente inglés en Madrid informaba a Londres sobre la preocupación en relación con el viaje a Bruselas del cardenal-infante, tanto por las dificultades del camino como por la práctica desaparición del ejército de Feria. Añadía que se estudiaba el regreso a España de don Fernando para que viajara a Bruselas por el Camino Inglés. La idea fue tan bien acogida en Londres que llegó a ofrecer su flota, lo que rechazó Necolalde, afirmando que la española era suficientemente fuerte para asegurar el viaje y advirtió a don Fernando que los ingleses «frecuentemente han dejado de cumplir sus promesas».[71] El embajador tuvo que negociar con extrema habilidad para evitar que Richelieu rompiera la neutralidad inglesa y arrastrase Londres a una alianza con París para la que trabajaba activamente el partido francés, encabezado por la reina Henrietta-María. Al fin, ante la indignación de Londres, el cardenal consiguió firmar un acuerdo

con Holanda en el momento en que un grupo de nobles flamencos conspiraban con Francia y las Provincias Unidas para cederles ciertas plazas en la costa flamenca. Necolalde envió el texto no solo al rey y al cardenal-infante sino también a Carlos I, para que el monarca inglés fuese consciente de la doblez con que París y La Haya actuaban a sus espaldas.

71 Necolalde a don Fernando, 3 de marzo de 1634, AGR, SEG, 364.

La ocupación del Palatinado por las tropas imperiales enfrió las relaciones entre España e Inglaterra y, a partir de 1635, al comenzar la guerra con Francia, Olivares optó por no obligar a Carlos I a cumplir el acuerdo de 1631 para no agravar las tensiones internas con las que se enfrentaba el monarca. Intentando encontrar una solución para el Palatinado, el ministro ideó la posible entrega a Carlos I de las rentas del territorio (para que pudiese financiar una armada contra Holanda), y la devolución del Palatinado al hijo de Federico V, excepto unas plazas de seguridad que quedarían en manos españolas como garantía para el emperador. Este plan fracasó al negarse Maximiliano de Baviera a desprenderse de la zona que ocupaba en el Alto Palatinado, lo que produjo el rechazo de la propuesta de Olivares, estimando que solo obedecía a la mala voluntad y no a un deseo real de resolver el problema. Las críticas en Londres llegaron hasta un punto tal que el embajador español afirmó que «este rey ha creído que el Palatinado inferior se restituiría gratis».[72]

72 Villamediana a Felipe IV, 10 de enero de 1637, AGR, SEG, 380.

Francia: de la «*guerre du renard*» a la guerra abierta

El reinado de Luis XIII comenzó de hecho tras el asesinato en 1616 del italiano Concini, favorito de María de Médicis, y estuvo marcado permanentemente por una situación de guerra, aunque durante los primeros años Francia no osara implicarse directamente en una ruptura de hostilidades. Las tensiones con España durante los primeros años no fueron de guerra abierta, sino de lo que podríamos llamar guerra fría («*guerre du renard*», como la calificaba Enrique IV) y se evitó el choque hasta la intervención en la Guerra de Sucesión de Mantua, cuando ya Richelieu tenía en sus manos las riendas de la política.

El rey tenía que contar con la oposición que dentro del país frenaba cualquier intento de entrar en guerra. Por una parte, estaban quienes consideraban inaceptable una guerra entre príncipes católicos y una alianza con protestantes. Por otra, la presión fiscal para mantener el esfuerzo militar contra los protestantes se soportaba cada vez peor y produjo una serie de levantamientos reprimidos a sangre y fuego. Además, era necesario imponer la autoridad real a unos grandes que

pretendían compartir el poder con el rey[73] y que eran un obstáculo difícil de eliminar, a una nobleza siempre descontenta, una permanente rebelión protestante y una reina madre que trataba de seguir manipulando los hilos de la política. La influencia de Richelieu, una vez apartada María de Médicis tras la famosa «Journée des Dupes», fue cada vez mayor y se revela en textos como su famoso Testamento Político, en el que afirmaba que «en materia de crimen de estado hay que cerrar la puerta a la piedad». No fueron pocos los que pagaron con su cabeza la oposición a los planes reales (o cardenalicios), por establecer contactos o acuerdos con España o, simplemente, por tratar de rebelarse contra la autoridad que ejercía «el hombre de rojo». De Thou, Montmorency o Cinq-Mars son perfectos ejemplos de la inflexibilidad de Luis XIII en estos asuntos.

73 «Ravaler l'orgueil des grands» (hacer que los grandes se tragaran su orgullo), era la fórmula que el cardenal utilizó en su Testamento Político.

En general los que complotaban se agrupaban alrededor de María de Médicis o Gastón de Orléans, el hermano del rey, heredero presunto de la corona, eterno conspirador, amante del lujo y de las artes, gustos que le diferenciaban ampliamente del casi siniestro Luis XIII. Gastón era el banderín de enganche de todos los descontentos y tan pronto huía y trataba de enfrentarse con su hermano con las armas como se humillaba y volvía al redil, pero traicionando a los que habían sido sus cómplices. Gastón esperaba ceñir un día la corona, ya que Luis XIII, tras tantos años de matrimonio y sus detestables relaciones con su esposa, no tuvo descendencia hasta que en 1638 nació Louis-Dieudonné, el futuro Luis XIV.

Frente a la preponderancia de los Austria, Luis XIII pretendía que Francia pesara con más fuerza en el concierto europeo. Tras la crisis italiana y la ocupación por España del paso de la Valtelina parecía llegado el momento de establecer alianzas para alcanzar este objetivo y Luis XIII firmó en 1623 la Liga de Lyon con el siempre escasamente fiable duque de Saboya y con Venecia, siempre atenta a todo lo que pudiera ir en contra de la presencia española en el norte de Italia. En política exterior Luis XIII y Richelieu lograron durante esos primeros años mantener a Francia al margen de aventuras exteriores, sosteniendo de forma más o menos discreta a los rebeldes holandeses, a los protestantes alemanes y limitándose a actuar dentro de sus propias fronteras para tratar de asegurarlas. A partir de 1628 la Guerra de Sucesión de Mantua hizo inevitable el enfrentamiento con España en el norte de Italia, lo que puso a Olivares frente al dilema de elegir entre defender los Países Bajos o el Milanesado, que se trasformó para el valido en el eje principal de su política, pues consideraba que, si Francia lograba pasar los Alpes, ello podría desencadenar una guerra que duraría treinta años. El ministro casi

acertó en su pronóstico ya que la guerra abierta duró algo más de lo que el predecía y no se resolvió hasta la firma de la Paz de los Pirineos en 1659.

Olvidada ya en Londres la idea del matrimonio con la infanta española, Inglaterra buscó otra solución, que fue el matrimonio (1625) del Príncipe de Gales, el futuro Carlos I, con Henrietta-Maria (hermana de Luis XIII). Pero esta futura reina era católica como la infanta española y su religión levantó tantas suspicacias en el Parlamento protestante de Londres como lo había hecho el caso español. En el marco de la política exterior inglesa hay que recordar el apoyo que Carlos I y su favorito, Buckingham, brindaron a los hugonotes cuando Luis XIII quiso acabar con su revuelta. La fracasada intervención de la escuadra inglesa en la isla de Ré en apoyo de los hugonotes de La Rochelle (1628) trajo como consecuencia inopinada la firma de un tratado de alianza con España que la realidad demostró que era más simbólico que eficaz, ya que la escuadra española que debía ayudar a Luis XIII no hizo nada en la conclusión de la batalla por La Rochelle. Años más tarde, la actitud de Carlos I pretendiendo gobernar ignorando al Parlamento y las intrigas pro-francesas de la reina desembocarían en la guerra civil inglesa y la decapitación del rey en un frío día de enero.

La alianza franco-sueca de 1631 y el temor ante los triunfos suecos empujaron a Maximiliano de Baviera a estimar que la protección francesa podría ser más efectiva que la de España y firmó con Francia una alianza ofensivo-defensiva que le prometía ayuda francesa. Esta alianza no exigía una obligación recíproca por parte de Maximiliano quien, pese a todo, pronto volvió a buscar apoyo en la Monarquía hispánica. Otra consecuencia del avance sueco fue la preocupación francesa por proteger sus fronteras, mirando especialmente a la Lorena. El pretexto vino dado por la acogida que el duque Carlos IV dispensó a Gastón (que, una vez más, huía de las iras del cardenal). Para colmo, Gastón casó con Margarita, hermana del duque de Baviera, pero sin solicitar el obligatorio permiso del rey. El ejército francés entró en la Lorena y Carlos IV se vio obligado a firmar el Tratado de Vic (1632). Pero este tratado se convirtió en papel mojado al año siguiente, cuando Luis XIII ocupó Nancy por el Tratado de Charmes, y, en 1634, todo el ducado de Lorena, privando a España de un importante punto de apoyo para el tránsito de sus tropas. Con esta ocupación se daba cumplimiento a lo que el cardenal preconizaba en su *Avis* de 1623. Tras su triunfo en La Rochelle, Luis XIII tenía las manos libres para socorrer a Nevers, pero Richelieu no quería todavía un enfrentamiento directo con España, consciente de que el ejército francés estaba muy lejos de ser un adversario de talla suficiente para los tercios españoles. Por eso, en su *Avis au Roi*[74] proponía equilibrar

el propósito de ampliar a largo plazo el territorio francés con la obtención de «ventanas» al exterior, con una prudente reserva en cuanto a los tiempos en que ello podría ser realidad y planteaba la oposición a una posible monarquía universal española:

74 Avis donné au Roi après la prise de La Rochelle pour le bien de ses affaires, 13 de enero de 1629.

> Maintenant que la Rochelle est prise, si le Roi veut se rendre le plus puissant du monde, il faut avoir un dessein perpétuel d'arrêter le cour du progrès de l'Espagne, et au lieu que cette nation a pour but d'augmenter sa domination et étendre ses limites, la France ne doit penser qu'â se fortifier en elle-même et s'ouvrir des portes pour entrer dans tous les États de ses voisins et les garantir des oppressions d'Espagne quand les occasions se présenteront… il faut quitter toute idée de repos, d'épargne et de règlement du dedans du royaume… autant qu'on pourra d'allumer une guerre ouverte avec l'Espagne, et ce n'est qu'avec beaucoup de temps, grande discrétion, une douce et couverte conduite, qu'on s'avancerait, si possible, vers Strasbourg pour acquérir une entrée en Allemagne, Genève pour la mettre en état d'être un des dehors de la France, Neuchâtel qu'on achèterait au duc de Longueville pour se rendre redoutable aux suisses, être sûr qu'ils sépareront toujours l'Allemagne de l'Italie, la Franche-Comté et la Navarre comme contigües à la France et nous appartenant.75

75 Traducción: Ahora, una vez que se ha tomado La Rochelle, si el rey quiere ser el más poderoso del mundo, hay que tener un designio perpetuo de parar el curso del progreso de España y frente a que esa nación tenga como fin aumentar su territorio y ampliar sus límites. Francia no debe pensar más que en fortificarse en su territorio y abrir puertas para poder entrar en todos los Estados de sus vecinos y ofrecerles garantías contra la opresión de España siempre que se presente la ocasión para ello… hay que abandonar cualquier idea de tranquilidad, de ahorro y de orden dentro del reino… hasta tanto no se pueda provocar una guerra abierta con España, habrá que actuar con tiempo, gran discreción y una conducta suave y oculta, avanzando si fuera posible hacia Estrasburgo, para procurar una puerta de entrada en Alemania; hacia Ginebra, para situarla como una de las salidas de Francia; hacia Neuchâtel, que habría que comprar al duque de Longueville para atemorizar a los suizos y asegurarse que se separarían siempre de Alemania; hacia Italia, el Franco Condado y Navarra como zonas contiguas a Francia y que nos pertenecen.

En los Países Bajos, tras la muerte del archiduque Alberto en 1621 y la reanudación de la guerra contra las Provincias Unidas, solo la voluntad de hierro de la infanta Isabel y el genio militar de Spinola habían ido manteniendo la situación bien que mal, pero «flotaba en el aire un perfume de derrota, asociado al olor de la traición».76 El apoyo francés a los rebeldes y la traición de Hedrik van den Bergh llevaron a la pérdida de Maastricht y otras importantes plazas, con lo que parecía que Luis XIII tenía ya las manos libres para intervenir en contra de España. Sin embargo, este fue el momento que Gastón eligió para lanzarse a una nueva intriga que frenó el impulso de su hermano.

76 J. H. Elliott, *Olivares*, p. 454.

El problema de la Valtelina

La importancia del estado de Milán como «llave de toda Italia» (según la instrucción de Felipe III al conde de Fuentes en 1600), o como «la puerta para ir y venir a Alemania y a Flandes» (como la calificaba el duque de Alba), venía condicionada por el camino que

pudieran tomar las tropas que desde Italia se encaminaran a los Países Bajos para tomar parte en la interminable guerra que allí se libraba. La primera opción era el Camino Español, que discurría por Saboya, el Franco Condado y la amistosa Lorena hasta alcanzar las llanuras de Flandes. Pero tras la guerra entre Francia y Saboya por el marquesado de Saluces, resuelta por la Paz de Lyon (1601), el puente de Gresin, el único que permitía cruzar el Ródano, había quedado en manos de Enrique IV, por lo que el Camino Español quedaba descartado ante la enemistad francesa. La segunda opción consistía en cruzar los Alpes por uno de los dos valles que resultaban accesibles, la Engadina o la Valtelina, y que permitían desde allí acceder al Tirol, que era territorio amigo y, después, a través de Alemania, llegar hasta Lorena.

Pero en estos valles suizos se reproducían inevitablemente los enfrentamientos religiosos que venían asolando Europa, pues en el territorio de los señores grisones (en el que se encontraba la Valtelina) chocaban con fuerza el catolicismo y el calvinismo, apoyado por Ginebra, Venecia y Francia. Los católicos perseguidos buscaron el apoyo de España a través de los gobernadores generales del Milanesado, especialmente el marqués de Villafranca (1614-1616) y el duque de Feria (1618-1626). En 1620 la situación llegó al límite cuando en el valle de la Engadina se produjo un ataque de los calvinistas, al que respondieron los católicos con otro ataque en la Valtelina. Feria ordenó a sus tropas que protegiesen a los católicos y rechazasen a los calvinistas, procediendo al mismo tiempo a ocupar la Valtelina. En esta compleja situación, la Monarquía hispánica y los católicos suizos contaba con rivales poderosos: Francia (porque si España disponía de la Valtelina esto suponía poder comunicar el Milanesado con el Tirol, estableciendo un camino ininterrumpido entre los territorios de las dos ramas de la casa de Austria), Venecia (porque suponía cortar sus comunicaciones con los grisones) y hasta Inglaterra (porque tal situación facilitaba la ayuda de España al emperador e iría en detrimento de los derechos del antiguo elector del Palatinado, Federico V).

Para tratar de encontrar una solución al doble problema religioso y territorial se fueron firmando diversos tratados: Madrid (1621), Milán y Aranjuez (1622) y, finalmente, Monzón (1626). Por el primero, España aceptaba retirar sus tropas a cambio de que los grisones perdonaran la sublevación de los valtelinos, en cuyo territorio se mantendría el culto católico sin problemas. Pero esta solución no fue aceptada ni por unos ni por otros, por lo que se fueron dando largas al problema sin llegar a un acuerdo. Fue precisamente la falta de acuerdo lo que provocó la aparición de nuevas hostilidades que desembocaron en otras negociaciones en Milán. Finalmente se acordó que no se devolverían a los señores grisones los territorios que habían

sido ocupados por España, sino que se entregarían a un tercero que, después que dos de los personajes designados se negaran a desempeñar este papel, tuvo que ser el mismo papa, solución que fue aceptada por Francia y condujo al Tratado de Aranjuez. El estallido de la Guerra de los Treinta Años hacía muy difícil para la Monarquía hispánica embarcarse en una nueva operación militar. Para Feria el paso por la Valtelina era fundamental pues resultaba mucho más rápido y fácil que cualquier otra opción, pero chocó con las dudas de la corte de Madrid, que no quería abrir un nuevo frente que se añadiera a la intervención en Alemania y el mantenimiento de la eterna guerra en los Países Bajos.

Los triunfos de los ejércitos españoles en el año fausto de 1625 unidos a los disturbios internos en Francia (revuelta de Rohan en el Languedoc, nueva insurrección de La Rochelle, sublevación hugonote de Soubise) impulsaron a Richelieu a dejar en segundo plano el problema de la Valtelina para dedicar su atención a los problemas internos. El cardenal comenzó a enviar a Madrid señales de una paz que también deseaba Olivares. El Consejo real (influido por el partido «devoto» encabezado por María de Médicis) aceptó abrir la negociación directa con Madrid sobre los problemas de Italia y pronto se desembocó en el (ambiguo) Tratado de Monzón, por el que ambos países, volviendo a la situación de 1617, reconocieron la libertad de la Valtelina a cambio del pago de un tributo a los señores grisones. También se estableció que se sometería a la Santa Sede y al colegio cardenalicio cualquier problema que surgiese sobre la práctica de la religión católica. Con ello se trataba de volver las cosas «[…] al estado en que corrían cuando se empezaron por allá los primeros rumores, que se presume fue al principio del año 1617, sin alterar ni innovar nada del estado que entonces tenían […]».[77] Con esta firma Luis XIII dejó de lado por completo a sus aliados (Inglaterra, Venecia y Saboya), confirmó la soberanía de los calvinistas grisones sobre los católicos y, de hecho, el control español de la Valtelina (pues no se prohibía expresamente el paso de las tropas españolas).También aceptaba la retirada de las tropas francesas y la renuncia de Luis XIII —al menos por el momento— a gozar de influencia en Italia. La suprema habilidad de Richelieu consistió en transformar un resultado incierto como era este tratado en una victoria y ser capaz de presentarlo como favorable a los intereses de Francia, interpretación que todavía hoy día sigue siendo aceptada por la historiografía francesa.[78]

77 J. A. de Abreu, *Colección de los tratados del reinado de Felipe IV*, 1.ª parte, pp. 558 y ss.

78 Y.-M. Bercé, *La naissance dramatique de l'absolutisme, 1598-1661*, p. 128.

6. PREPARANDO EL PASO POR ALEMANIA

Una vez que el cardenal-infante hubiese llegado a Milán el siguiente paso sería asegurar su viaje hasta los Países Bajos, para lo que sería preciso disponer de un importante ejército, debido al peligro que suponía la guerra en Alemania y la vecindad con una Francia lastrada aún por problemas económicos y levantamientos internos. A la vista de los intereses contrapuestos que existían, las dificultades para formar ese ejército y lograr autorización de paso por tierras del Imperio constituyeron uno de los capítulos más complejos de esta operación desde el punto de vista militar y diplomático. Por ello los meses que duró la estancia de don Fernando en Milán se fueron alargando mientras se desarrollaban las largas y complejas gestiones para la formación del ejército de Alsacia y para obtener la autorización de paso por el territorio alemán y la necesaria ayuda del emperador y su generalísimo, el bohemio Wallenstein.

Escudándose como de costumbre en el Consejo de Estado, Olivares trazó el plan, que fue aprobado por el rey y que debía ser ejecutado por don Fernando. Para transmitirle la decisión el rey le hizo llegar la consulta,[79] pero evitando expresamente manifestarle cuál había sido el parecer de cada consejero. En cierta forma esto no significaba sino descargar la responsabilidad sobre la persona del cardenal-infante, a quien se apremiaba a actuar según los deseos de Felipe IV, que pretendía que la operación fuese ejecutada a partir de enero de 1633. El plan contenía tales elucubraciones militares y económicas que resulta forzoso acordarse de los argumentos que esgrimió el valido en 1629 en sus enfrentamientos con Spinola. La omnisciencia de que presumía Olivares y su inveterado optimismo en el manejo sobre el papel de soldados y ducados estaban otra vez lejos de la dura realidad y conforme al plan diseñado se procedería a la formación de tres ejércitos (que se verían completados por los navíos de la armada de Dunkerque) en las siguientes condiciones:

79 Felipe IV a don Fernando, 23 de diciembre de 1632, AGR, SEG, 2.287.

1. El primero, formado por 40.000 infantes y 6.000 caballos, sería cedido por el emperador, aunque, como de costumbre, España cargaría con el coste de su mantenimiento.

2. El segundo, con 15.000 infantes, correría a cargo de las posesiones españolas en Italia.

3. Y el tercero, que también estaría pagado por España, se

compondría de 24.000 infantes y 5.000 caballos.

Semejante fuerza suponía nada menos que un total de 79.000 infantes y 11.000 jinetes, y Olivares cifraba su gasto en 3.570.000 escudos anuales. De estos España se haría cargo por importe de 2.700.000 y los Países Bajos (¡puro ilusionismo!) aportarían 870.000… Fijados de esta manera los efectivos y su coste ahora había que ver dónde sería posible reclutar tantos soldados y dónde encontrar los fondos necesarios cuando, con una Castilla cada vez más agotada, la Monarquía hispánica seguía envuelta en la guerra interminable con las Provincias Unidas, prestaba su ayuda al emperador y tenía que guardarse de Francia protegiendo sus territorios italianos y el Camino Español.

Nada parecía ser obstáculo para el optimismo insalvable de Olivares, que esperaba que don Fernando pudiera cruzar rápidamente los Alpes con una fuerza aproximada de 8.000 o 10.000 hombres. Al marqués de Gelves esto le parecía inverosímil y consideraba que ya sería un éxito obtener la mitad de esos soldados. Felipe IV, que siempre daba crédito a las ideas de Olivares, ignoró tal advertencia y estimó en su apostilla a la consulta del Consejo de Estado que con las levas que había ordenado hacer a los duques de Cardona, Béjar, Priego, Medina Sidonia y Arcos pondría en la balanza nada menos que 16.000 soldados.[80] Y su optimismo no paraba aquí: si se optaba por dejar provistas en Flandes solo las guarniciones que se estimaran imprescindibles deberían obtenerse allí 10.000 españoles e italianos, 3.000 borgoñones, 5.000 ingleses e irlandeses y más de 12.000 alemanes; es decir unos 18.000 hombres. En total, y contando con la siempre aleatoria ayuda alemana, Olivares esperaba poner en orden de batalla nada menos que 95.000 infantes y 11.000 caballos para atacar las cuencas del Rin, del Mosa y del Waal, hacerlo por sorpresa con Zelanda y contaba con que Wallenstein lo haría con Frisia. Realmente era «pintar como querer». Pero la guerra en Alemania descabaló estas ambiciones, ya que ni Felipe IV ni su valido parecían darse perfecta cuenta de que una cosa era disponer de sus propios fondos y soldados y otra muy distinta conseguir influir en un dubitativo e inseguro Fernando II y en un Wallenstein de cuyas ambiciones y equilibrio mental no cabía fiarse demasiado.

80 Consulta del Consejo de Estado, 13 de noviembre de 1632, AGS, Estado, 3.337.

A finales de junio de 1632 don Fernando enfermó de gravedad. Durante un mes todo quedó en suspenso en espera del desarrollo de los acontecimientos y de los «socorros» de unos médicos que enviaban a la tumba más enfermos de los que conseguían curar. Las preocupaciones se agravaron el 31 de julio por el inesperado fallecimiento del infante don Carlos, que propinó un terrible mazazo a

sus hermanos. Mientras tanto estaban listas veintisiete galeras en el puerto de Barcelona y de Nápoles. Comenzaban también a llegar contingentes desde Bruselas, pero eran tan escasos que los miríficos planes de Olivares se veían ya en peligro: de Nápoles llegaron solo 4.000 infantes y 700 caballos y de Bruselas apenas 1.000 jinetes. Estos últimos eran los restos de las tropas que desde los Países Bajos habían acompañado a Gastón en su abortado enfrentamiento con Luis XIII con quien («una vez no es costumbre») tuvo que acomodarse por el Tratado de Béziers (29 de septiembre de 1633) dejando a sus soldados sin jefe y sin otra escapatoria que huir a España.

De Alemania, tras la derrota de los imperiales en Lützen, no había ni sombra de ayuda y las famosas levas ordenadas por Felipe IV habían producido unos resultados bastante magros: en Valencia se habían reclutado únicamente 347 hombres, pero tras las habituales deserciones solo llegaron a Barcelona 166, que sumados a los 326 de la guarnición del castillo de Salses en el Rosellón y los 600 de las galeras, formaban una escuálida tropa de poco más de un millar de soldados. Don Fernando escribía desesperado: «[…] no veo resolución ni esperanza de los efectos de esto […]»[81] y confesaba con pesar a fray Juan de San Agustín que las levas no estarían a tiempo para la empresa.

81 Fernando a don Felipe IV, 2 de diciembre de 1632, AGS, Estado, 2.962.

La leva de 3.000 hombres encomendada al duque de Cardona no dio mejor resultado y solo consiguió reunir una tercera parte. Su estado era tan malo que, para enfado de Felipe IV, la hacía prácticamente inútil para el servicio. Impotente para cumplir el encargo y ante los reproches reales, el duque de Cardona no pudo por menos que sincerarse con Olivares:

> Déjame con desconsuelo lo poco servido que S. M. muestra estar en su carta de 11 de este, de la puntualidad con que he comenzado a hacer la leva que me mandó […] Suplico a V. E. lo represente a S. M. y será suma desdicha me acarree mayor daño cuando tan justamente merecía estimación. Y si lo hecho no basta ni el medio de V. E. para que esto se crea como es, me será fuerza alzar la mano para que no sea el instrumento de mi daño por tantos caminos. Y vuelvo a decir que me deja con vivo sentimiento lo que conmigo se hace… Yo he dado principio a esta leva poniendo todos los medios que me han sido posibles para dejar servida a S. M… y si por el servir y aventurar se merecen tales disfavores, bien merecidos los tengo […].[82]

82 Cardona a Olivares, 17 de febrero de 1633, AGS, Estado, 2.961.

La terquedad del rey era inquebrantable y ordenó a su hermano que Cardona cumpliera «puntualmente lo que está ajustado […] que sustente su gente sin dispensación del tiempo que tiene obligación después de la llegada al puerto y que no se le reciba la tropa que no sea de mil hombres».[83] Nuevamente «pintar como querer»: ni hombres, ni dinero, ni pertrechos… ¿Cómo podía Cardona cumplir unas órdenes tan alejadas de la realidad? Mejor fortuna tuvo en Zaragoza el conde

de Sástago, que reunió un millar de hombres, pero, como las galeras de Barcelona acababan de zarpar, tuvo que retenerlos en Aragón esperando disponer de nuevos medios de transporte. Como señala Aldea, toda la infantería que se había logrado reunir en Cataluña entre noviembre de 1632 y marzo de 1633 ascendía a 1.256 hombres, de los que embarcaron 712, ya que el resto había desertado.[84] Mal presagio para el futuro ejército de Alsacia y para el peligroso camino hasta los Países Bajos.

83 Felipe IV a don Fernando, 9 de abril de 1633, AGS, Estado, 2.691.

84 Q. Aldea, *España y Europa en el siglo X*vii, *op. cit.*, tomo III, vol. II, p. 106.

En Flandes, con la traición de van den Bergh y la reunión de los Estados Generales, el peligro en esos momentos era que los holandeses consiguieran avanzar siguiendo el curso del Mosela y pudieran llegar hasta Luxemburgo. Tal como escribía Felipe IV:

> El enemigo lleva intento de tomar pie en el ducado de Luxemburgo, darse por allí la mano con Tréveris y otras plazas de Francia que caen cerca cerrando el paso totalmente a los socorros de Italia con [lo] que las Provincias obedientes quedarían forzadas a tomar partido y recibir la ley que Francia y Holanda quisieran darles […] y así se siente es preciso obviar este daño, abrir y conservar la comunicación con Alemania e Italia y el tránsito seguro para los socorros a cualquier precio que se pueda […].[85]

85 Felipe IV a don Fernando, 18 de diciembre de 1632, AGR, SEG, 2.287, acompañando a su carta un anejo titulado *Discurso sobre la forma en que se podría hacer la guerra a holandeses según el estado presente de las cosas*. Y unos días después, el 23 de diciembre, le envió cinco informes, no firmados, de los que se extrae el texto en cuestión.

En abril de 1633 las órdenes de Felipe IV dejaron escaso margen de maniobra al cardenal-infante, al prescribirle la formación en Milán de un ejército de 24.000 infantes y 4.000 jinetes que actuarían en Alsacia bajo el mando del duque de Feria. Había que proceder con urgencia, pues el verano se acercaba y había que estar en condiciones de desplegar rápidamente esta fuerza. Frente a estos requerimientos, Oñate había diseñado un plan más razonable, según el cual don Fernando permaneciese en Milán con tropas suficientes para asegurar aquel estado, traer de España dos tercios napolitanos que estaban allí sin utilidad alguna y que el resto de la tropa partiese hacia el norte con Feria. Para completar los mandos se pensó en el italiano Serbelloni, en traer de Alemania a Baltasar Marradas (a lo que se opuso el emperador). Don Fernando solicitó a la infanta Isabel que le enviase de Bruselas al anciano Carlos Coloma y al belga barón de Balançon, hombres de confianza, pero de los que doña Isabel no podía prescindir y dejar desamparadas a sus tropas.

Pese a que la concentración de tropas en el Milanesado resultaba bastante más exigua de lo que se había previsto, alarmó a los italianos a los que tal demostración de fuerza les parecía ocultar un designio español de apoderarse de toda la península. Venecia, Parma, el

siempre antiespañol Urbano VIII y hasta el tortuoso duque de Saboya encabezaron un movimiento que ponía en peligro los ya de por si complicados planes. La fragmentación política de la península italiana constituía un foco permanente de inestabilidad que, sobre todo en el norte, era una amenaza continua para los planes de la Monarquía hispánica, como lo habían demostrado la Guerra de Sucesión de Mantua y el desarrollo de la Guerra de los Treinta Años. Y no solo había que contar con esta oposición política, sino resolver también el espinoso problema del alojamiento y mantenimiento de las tropas y del ganado que se iban acantonando en el Milanesado y eso pese a que el fracaso en hacer nuevas levas en el Tirol y en el Franco Condado había aliviado algo estas dificultades.

Felipe IV continuaba manteniendo contra viento y marea su ilusorio plan, que chocaba con la tozuda realidad y con las lentas comunicaciones, cuando casi siempre había que adoptar las decisiones de manera urgente y sin que resultara posible esperar a la premiosa ida y vuelta de los correos. La deseada ayuda de las tropas alemanas mandadas por el conde de Aldringen (que dependía de Wallenstein) planteaba más dudas que certidumbres y, tras reunir a sus ministros, el cardenal-infante acabó por aceptar el consejo de aquellos que desconfiaban de un apoyo del emperador. Sin embargo, como este parecía vital, se encargó al embajador Castañeda que hiciera todo lo posible para lograr el apoyo de Fernando II. Desgraciadamente el embajador no resultó ser el diplomático más adecuado para la circunstancia, pues parecía empeñado en equivocarse en su trato con un emperador que no se atrevía a nada sin contar con el visto bueno de Wallenstein. Además, Felipe IV había concedido a Wallenstein plenos poderes para hacer la guerra o negociar la paz, a pesar de que se mostraba abiertamente contrario a los proyectos españoles.[86] El embajador informaba de sus dificultades para lograr un compromiso claro del emperador subrayando que este, «con lágrimas en los ojos», admitía que no podía hacer más pues «[…] el humor y condición de mi general no me permite hacer lo que yo quisiera […]», y encarecía la necesidad de contar con un representante español cerca del bohemio «[…] porque el emperador y sus ministros no son otra cosa que unos medianeros tímidos y molestos al general […]».[87] Las informaciones del embajador español ante el emperador chocaban directamente con las intenciones de Felipe IV que, en abril, había escrito a Wallenstein para comunicarle los detalles de la misión que había confiado a Feria, esperando que le asistiese y que: «[…] aquel año podría [Wallenstein] poner en armas más gente que nunca para recuperar por ambas partes lo perdido en las fronteras […]».[88]

86 Plenos poderes concedidos a Wallenstein para concluir confederaciones en nombre del rey de España, 25 de enero de 1633, AGR, SEG, 314. El enviado español, el regente Vilani,

había tenido el buen juicio de no entregarle estos poderes, lo que prueba la desconfianza y el deseo de proteger a la corona.

87 Castañeda a Feria, 21 de mayo de 1633, AGS, Estado, 3.339.

88 Cit. en P. Marradas, *El camino del Imperio*, p. 157.

Mientras se llevaban a cabo las maniobras diplomáticas, Feria organizaba las tropas que debían acompañar el tránsito por los territorios imperiales. Aunque el rey pretendía que el ejército de Alsacia estuviese compuesto por 20.000 infantes y 4.000 jinetes, ante los obstáculos que pusieron el emperador y Wallenstein, no tuvo más remedio que rebajar su pretensión y aceptar que Feria partiese de Milán solo con 8.000 infantes y 1.300 jinetes, esperando que esto sirviera para fomentar las levas en Alemania y Borgoña, que estaban muy atrasadas. Aunque Feria pareció conformarse con este recorte, pidió [89] que en esas tropas hubiera un mínimo de dos mil españoles (las deserciones habían comenzado ante el temor del paso por Alemania) y se dejase de depender de unas levas que tan escaso resultado estaban produciendo. Pero simultáneamente insistía ante el rey en las peticiones que había formulado al valido y en la necesidad de contar con un ejército suficiente:

89 Feria a Olivares, 2 de junio de 1633, AGS, Estado, 3.339.

> […] porque los suecos están muy poderosos y si no procuramos hacernos dueños de la campaña siempre serán superiores los enemigos y así es inexcusable llevar el ejército de Italia… [porque] el emperador y el duque de Frietland están muy firmes en no conceder plazas de muestra ni tampoco gente vieja aunque se les han hecho grandísimas instancias para ello.[90]

90 Feria a Felipe IV, 2 de junio de 1633, AGS, Estado, 3.339.

Olivares ya había advertido en las instrucciones a los embajadores españoles que don Fernando gozaba de autoridad para modificar las mismas cuando fuese preciso. Así, el cardenal-infante modificó las de Castañeda para que presentase el plan a Fernando II como un simple paso de su ejército por el territorio alemán, fórmula que resultaría más aceptable al emperador. Este seguía pendiente de las opiniones de Wallenstein que, obcecado solo en defender su propio interés, podría pretender apoderarse del Bajo Palatinado, que le habían ofrecido los príncipes protestantes.[91] Siguiendo su incomprensible línea de acción, Wallenstein no aprovechó la ocasión tras la muerte de Gustavo Adolfo para derrotar al ejército de Sajonia, sino que, sin contar con la autorización imperial, acordó una tregua como preludio a una negociación de paz, de la que informó un alarmado Castañeda.[92] En un imprevisible y radical cambio de opinión, Felipe IV dejó a un lado el aspecto religioso de la guerra, considerado fundamental hasta entonces, para buscar un entendimiento entre católicos y protestantes alemanes que le permitiera atacar a Francia desde tierras imperiales, ya que la guerra parecía inevitable.

91 Para Wallenstein, como oriundo de Bohemia, la posibilidad de reemplazar como elector del Palatinado al defenestrado Federico V era algo que no podía dejar de halagar su vanidad.

92 Castañeda a Felipe IV, 14 y 19 de junio de 1633, AGR, SEG, 314.

Toda esta suma de elementos y de acontecimientos confluyó en el análisis que hicieron de la situación don Fernando y sus principales ministros (Oñate, Feria y fray Juan de San Agustín).

Con respecto a Wallenstein no cabía sino resignarse y admitir que actuaría únicamente en función de sus intereses y su vanidad, por lo que se debía buscar la forma de satisfacerle y evitar que sus acciones pudieran contrariar los proyectos españoles. Feria hacía patente al rey sus quejas sobre la actitud del general imperial, que al hacer perder el tiempo a las tropas españolas impediría cruzar Alemania antes del otoño, «[…] pues las resoluciones no solamente dependen del emperador y sus ministros, sino del duque de Friedland,[93] el cual desea que V.M. le dé excesivas sumas de dinero […]». Para colmo de males, ni se habían materializado las levas en Alemania, ni se habían concedido plazas para la revista de tropas, ni se habían cedido los regimientos del Tirol. Eran siempre «los caprichos del duque de Friedland y las irresoluciones de los ministros del emperador lo que dificultan todo […]».[94] Feria acabaría por explotar ante la negativa de Wallenstein de autorizarle el paso por tierras del Imperio atribuyéndolo a su ambición y su soberbia.[95]

93 Título que el emperador había concedido a Wallenstein.

94 Feria a Felipe IV, 19 de junio de 1633, AGS, Estado, 3.339.

95 Feria a Felipe IV, 5 de julio de 1633, AGS, Estado, 3.339.

En lo que respecta a la pacificación del Imperio, el emperador debía convocar rápidamente la elección de Rey de Romanos, procurando que recayera en su hijo Fernando, lo que garantizaría el mantenimiento de la corona imperial en manos de los Habsburgo. Si se lograba la paz en Alemania se podría intentar involucrar a las tropas imperiales en la guerra con las Provincias Unidas, aunque ello sería sumamente gravoso y seguramente alarmaría a los electores eclesiásticos que eran vecinos de los holandeses. En todo caso, era primordial evitar que la paz en el Imperio impidiese al ejército de Feria establecerse en Alsacia.

El Bajo Palatinado se encontraba en aquellos momentos ocupado por las tropas suecas, pero se debía mantener a toda costa la posesión y el derecho sobre el territorio y no permitir que el rey de Inglaterra participase en cualquier negociación sobre el tema.

Sobre la posible —y probable— guerra con Francia había que recordar al emperador las aviesas actuaciones de Luis XIII y Richelieu: la ocupación por las armas de Lorena (feudo imperial), en violación de los tratados de Ratisbona y Cherasco; la toma de Pinerolo; la situación

en los territorios grisones; sus alianzas con suecos y protestantes… Además, el territorio alemán podría servir de base en una guerra con Francia.

Si se alcanzaba un acuerdo de tregua o de paz en Alemania, había que evitar por todos los medios que el mismo pudiera aplicarse a las Provincias Unidas, pero esta instrucción al embajador Castañeda fue modificada:[96] en lugar de obtener el apoyo alemán contra ellas, tanto España como las Provincias deberían incluirse en una paz general.

96 Instrucción a Castañeda, 13 de julio de 1633, AGR, SEG, 2.288.

Los esfuerzos de Castañeda no solo chocaban con la irresolución de Fernando II, sino también con las intrigas del padre Lamormain, confesor jesuita del emperador y público enemigo de Wallenstein. Cuando se iniciaron unas conversaciones preliminares para examinar las posibilidades de alcanzar una paz se preguntó por parte imperial si, a cambio de un resultado positivo, Felipe IV estaría dispuesto a renunciar a los derechos que le correspondían sobre el Bajo Palatinado como príncipe del Imperio y en virtud de las decisiones que habían desposeído a Federico V tras su rebelión.[97] Invocando sus derechos como duque de Borgoña y legítimo ocupante del territorio, el rey reclamó a «su soberano» justicia respecto de las Provincias Unidas, temiendo que en las ansias de paz de su pariente para calmar a los protestantes se llegara a restaurar a Federico V como elector palatino y privar a España de un punto clave para la defensa de los Países Bajos católicos. Don Fernando insistió también al embajador para que presionara de modo directo a Fernando II: «Representareis al emperador las muchas conveniencias que él mismo tiene en la conservación de Flandes y del imperio en su Casa para lo cual es tan importante el Palatinado».[98]

97 Castañeda a Felipe IV, 26 de julio de 1633, AGR, SEG, 314.

98 Don Fernando a Castañeda, 11 de agosto de 1633, AGR, SEG, 315.

Todas las gestiones parecían estrellarse contra el deseo alemán de lograr la paz, aunque fuese a costa de los intereses de la Monarquía hispánica. Como siempre, los intereses de Viena y de Madrid estaban muy alejados. Y cuando Castañeda intentó que se incluyera en la negociación que Luis XIII devolviera Pinerolo, el emperador alegó que este punto haría que Francia hiciese fracasar los planes de paz. Como cada vez era más evidente que a Fernando II le importaba bastante poco lo que pudiera ocurrirle a su pariente español, al embajador no le quedó más salida que preguntarle si, una vez firmada la paz, usaría sus tropas en favor de la Monarquía hispánica. Tras muchas cavilaciones la respuesta fue sibilina: haría todo lo posible para que España se mantuviese en el Bajo Palatinado, pero si surgía una oposición tajante de los protestantes entonces dispondría del territorio

como le pareciera oportuno. Y en cuanto al uso de su ejército alegó que, aunque deseaba ayudar a Felipe IV, no prometía nada, pues los príncipes protestantes exigían la participación de Francia y las Provincias Unidas en el tratado de paz y su firma supondría el desarme de todos los beligerantes con lo que ya no sería necesaria la ayuda frente a los rebeldes.

La situación parecía haber entrado en un callejón sin salida y el cardenal-infante, muy escéptico sobre las posibilidades de una paz general, reiteró sus instrucciones sobre la paz y el Palatinado, cuya conservación, como ya hemos dicho, era de primordial importancia.[99] Además, como el acuerdo de Wallenstein con Sajonia no había incluido a Suecia, cabía suponer que las hostilidades contra los suecos proseguirían, aunque los príncipes alemanes llegasen a un acuerdo. Por otro lado, a don Fernando le parecía improbable que Francia fuese incluida en el acuerdo, aunque siempre se tenía que contar con que Fernando II quisiera disponer del Bajo Palatinado sin tener en cuenta los derechos de Felipe IV.

99 Don Fernando a Castañeda, 18 de septiembre de 1633, AGR, SEG, 315.

Desde su observatorio en Bruselas, la experimentada infanta Isabel[100] no compartía estos puntos de vista y aconsejaba no hacer un punto de honor del asunto y tratar de obtener la mejor compensación posible (lo que supondría un gesto amistoso hacia el rey de Inglaterra), pues estaba convencida de que el emperador no rompería con las Provincias Unidas, ya que nunca las había colocado jurídicamente al margen del Imperio, como había hecho con Federico V. Su opinión influyó en Felipe IV que, en el caso de que se alcanzara la paz con Holanda, o Fernando II se implicara en la guerra, se mostró dispuesto en octubre a ceder en el Palatinado para favorecer un acercamiento con Carlos I de Inglaterra. Lo único que pedía era conservar el derecho de paso de sus tropas y la posibilidad de hacer levas en este territorio. Incluso pareció estar dispuesto a aceptar que el emperador confiriese la soberanía del territorio a Maximiliano de Baviera (o incluso a Wallenstein), pero apenas un mes después manifestó su protesta por el propósito del emperador de disponer del Palatinado sin compensación alguna para España.

100 A. van der Essen, *Le Cardinal Infant et la politique européenne de l'Espagne*, *1609-1641*, vol. I, p. 137.

Don Fernando desconfiaba cada vez más de Wallenstein, cuya hostilidad al paso del ejército español no había amainado, pretextando que, si cedía en este asunto, parecería una prueba de doblez en las negociaciones que llevaba por su cuenta y argüía que el odio hacia los españoles se extendería entonces hasta al propio emperador. Navarro Burena, que llevaba un año como enviado ante Wallenstein, subrayaba

que el bohemio estaba tan pagado de su gloria que no solo deseaba ser el único jefe del ejército, sino que incluso prefería que se perdiese una provincia si no era él quien la conquistara. Tanta arrogancia comenzó a hacer mella en la opinión del emperador y, cuando Wallenstein llegó a un armisticio con los protestantes en junio de 1633, los ministros de Fernando II dudaron seriamente de su fidelidad. Aunque Feria había logrado autorización para cruzar el territorio imperial por un estrecho camino, Wallenstein persistía en su hostilidad, procurando inocular un sentimiento antiespañol en Maximiliano de Baviera y en otros príncipes que —ante lo que se juzgaba un abandono por parte de Viena— parecían dispuestos a ponerse secretamente del lado de Francia, cuya protección les parecía más segura que la que pudiera prestarles España. Pocos elementos tenía Navarro para contrarrestar la presión de Maximiliano, y únicamente podía proponer a don Fernando que, ya que no podía darle tropas, le concediese una ayuda económica que le hiciera modificar su peligroso acercamiento al enemigo. Probablemente fue la actitud de Wallenstein la que hizo que Maximiliano comenzase a cambiar de postura y a considerar la llegada de las tropas españolas como una garantía de seguridad para la región del Rin. Maximiliano tenía la esperanza de que, al no depender de Wallenstein, la ayuda de Feria le serviría para proteger sus territorios.

Mientras tanto, surgió un nuevo peligro: las tropas suecas, que seguían activas en sus operaciones, asediaron la plaza de Brisach, última fortaleza de que disponían los imperiales en el Rin y cuya pérdida significaría la del control de la navegación fluvial y del acceso a la Lorena y el Franco Condado. La pérdida era más importante para España que para el Imperio, porque podía conducir a la pérdida de Borgoña y, a continuación, de Flandes. Pese a que por parte española se estaba decidido actuar con toda firmeza, Maximiliano de Baviera se veía atado de pies y manos, pues no podía disponer de las tropas de la Liga Católica sin autorización expresa de Wallenstein, que prefería la pérdida de la plaza si no era él quien se colocase los laureles del triunfo. Tan traicionero fue el general bohemio que ordenó retirarse a Ratisbona a los soldados de su general Aldringen, dejando Múnich indefensa ante un posible ataque sueco. Esto alarmó a Maximiliano, pues sabía que era incapaz de defenderse y no veía otra salida que buscar un armisticio como prólogo a la neutralización de Baviera. Llegado este momento había que convencerle de que los intereses de España y de Baviera coincidían en la urgente necesidad de que las tropas de Feria se adentrasen en el territorio imperial. Por fortuna, el peligro sirvió para que Viena se alineara en el mismo sentido. Como era de prever, el intento de Fernando II de convencer a Wallenstein fracasó. La caída de Brisach en manos suecas no parecía importarle lo más mínimo y Feria se encontraba limitado en sus posibilidades de

acción al no haber recibido autorización más que para un simple paso. Aunque contaba con lo más granado de las tropas de Milán, eran tan escasas que solo podía esperar tener éxito contando con la colaboración de las imperiales.

Tan extrema era la situación que el dubitativo Fernando II hizo llegar una nueva propuesta al cardenal-infante: enviar de modo inmediato 15.000 soldados a Alsacia bajo las órdenes de un general alemán que, para evitar suspicacias entre los principes imperiales, sería designado por Felipe IV. Pero Castañeda rechazó la idea e insistió en que tenía que ser Feria quien estuviera al mando, y puso de relieve el peligro de que se produjera una alianza entre Suecia, Francia y Holanda, a la que con toda probabilidad se uniría Inglaterra, que pretendía ganarse a Wallenstein para su causa. Finalmente, Fernando II accedió a los proyectos españoles: Feria obtendría 6.000 soldados en Tirol para incorporarlos a su ejército y, si a ello sumaba la caballería milanesa, por parte imperial se le facilitarían artillería y avituallamientos. Si de esta forma lograba liberar Brisach, su guarnición se incorporaría al ejército de Feria y este se comprometería a obedecer las órdenes escritas del emperador y mantener buena relación con Wallenstein. Todo se haría de forma tal que podría defender Alsacia y al mismo tiempo actuaría como un ejército a las órdenes de Fernando II.

Quedaba en el aire un gran interrogante: la postura que adoptaría Wallenstein que tuvo la osadía de enviar un emisario a Milán para intentar disuadir al cardenal-infante de enviar a Feria a Alemania. Semejante intromisión en los planes españoles no solo fue rechazada tajantemente, sino que don Fernando comunicó a Wallenstein que las fuerzas de Feria iniciarían su marcha. Don Fernando esperaba que Wallenstein fuera capaz de entender la importancia de contar con un ejército amigo amparado por el emperador y permitiera que las tropas de Aldringen se uniesen a las españolas. Estas maniobras de Wallenstein produjeron gran alarma en Viena, pues confirmaban las sospechas que corrían sobre su fidelidad. Tan pronto como Wallenstein supo que Feria se proponía socorrer Brisach, ordenó a Aldrigen que se adelantara, para ser él quien pudiera presumir del triunfo, aunque rápidamente modificó estas órdenes. La actitud de Wallenstein era cada vez más peligrosa para el Imperio. No se sabía a lo que podía conducir su comportamiento imprevisible y podía arrastrar al Imperio a una desastrosa guerra contra Francia.

Pese a esta nueva complicación, el cardenal-infante podía darse por satisfecho: había logrado la deseada autorización del emperador al paso de las tropas españolas por Alemania y había atraído a su lado al duque de Baviera. Pero la doblez de Wallenstein no daba tregua: al firmar sin autorización un armisticio con el enemigo y dejar a las

tropas imperiales inmóviles sobre el terreno, permitía que los suecos atacaran tranquilamente a Feria. Castañeda en Viena y Saavedra en Múnich se esforzaban por conseguir que las tropas españolas pudieran seguir su camino sin obstáculos, mientras la tensión entre Maximiliano y Wallenstein aumentaba. El general bohemio estaba convencido de que Maximiliano pretendía quitarle el mando supremo de las fuerzas imperiales.[101] Como nadie parecía ser digno de confianza, Maximiliano seguía oscilando entre la fidelidad prometida a España y la posibilidad de aliarse con Francia, por lo que Saavedra —conocedor de su codicia — contravino las órdenes del cardenal-infante (que, por otro lado, chocaban con las de Felipe IV) para comprarle con la promesa de una subvención de cien mil ducados y del apoyo español para sus estados, todo en un auténtico ejercicio de funambulismo diplomático para tratar de no alienarse también a Wallenstein. Y para procurar dar más muestras de buena voluntad a Maximiliano, don Fernando autorizó a Saavedra a prometerle que, una vez socorrida Brisach, las tropas de Feria no dejarían de ayudarle en caso de necesidad.[102]

101 Castañeda a don Fernando, 1 de septiembre de 1633, AGR, SEG, 315.

102 Don Fernando a Saavedra, 22 de agosto de 1633, AGR, SEG, 385.

Julio de 1633 trajo una oferta inesperada de ayuda: el duque Carlos IV de Lorena se mostró dispuesto a ayudar a Feria en la liberación de Brisach, a cambio de lo cual don Fernando le prometió el mando de las tropas que se reclutaran en el Franco Condado. Pero la precipitación del duque de Lorena en ponerse al lado de España provocó la invasión de su ducado por Luis XIII, con lo que la prometida ayuda quedó abortada. Richelieu diseñó la ruptura con el ducado ocupando primero el ducado de Bar y a continuación la capital, Nancy, donde tomó como rehén a Nicole de Lorena, la propia esposa de Carlos, que se vio obligado a escapar al Franco Condado. Su sucesor, su hermano el cardenal Nicolás Francisco, huyó poco después, lo que sirvió de excusa a Francia para ocupar la totalidad del ducado de Lorena. En los años siguientes, Carlos IV fue oscilando entre España y Francia y causó no pocos dolores de cabeza al gobierno de los Países Bajos y a la Monarquía hispánica, pues, como ocurría con Wallenstein, nunca se sabía a ciencia cierta de qué lado estaba.

Era preciso insistir en Viena para obtener la ayuda necesaria para levantar el sitio de Brisach. Tras sus dudas y contradicciones habituales Fernando II accedió a las peticiones del cardenal-infante, prometiendo 6.000 soldados y, además, artillería y víveres, pero se negó inicialmente a que las tropas de Aldringen apoyaran a las españolas (aunque lo autorizó poco después). Esto mostraba una vez más la dificultad de contar con Wallenstein. A pesar de que Aldringen dependía del mando de Wallenstein, el emperador le había puesto a

las órdenes de Maximiliano; el bohemio, en una de sus constantes veleidades, se negó a socorrer la plaza e incluso prohibió comprometer sus tropas en el socorro.[103] Para resolver el problema se recurrió a una estratagema: enviar las tropas de Aldringen a Baviera como guarnición, lo que permitía dejar libres a las tropas de Maximiliano para unirse a las de Feria.

103 A. van der Essen, *op. cit.*, p. 155.

Por fin, tras tantos esfuerzos y dificultades, parecía que el ejército podría partir de Milán, ya que don Fernando había reunido las condiciones necesarias: el acuerdo del emperador, el apoyo del duque de Baviera, refuerzos y aprovisionamientos.[104] Lo que faltaba era saber si se podría contar con Wallenstein, pero eso era ya más de lo que la paciencia y la buena voluntad podían lograr, así como determinar cuál sería la mejor ruta por la que desplazar las tropas por Suiza hacia el norte. Acerca de este punto, los consejeros del cardenal-infante estaban en desacuerdo sobre el camino: si Oñate y Carlo Doria (duque de Tursi) eran partidarios de hacerlo por la Valtelina, Feria abogaba en cambio por encaminarse a través del territorio de los Grisones[105] que, ocupado por las tropas francesas del duque de Rohan, representaba una potencial triple amenaza (contra Milán, el Franco Condado y los propios Países Bajos), pero admitía que si ello no fuera posible aceptaba el paso por la Valtelina «aunque el camino sea más largo y costoso».

104 *op. cit.*, p. 156.

105 Feria a Felipe IV, 2 de junio de 1633, AGS, Estado, 3.339.

Tras no pocas gestiones Castañeda logró el acuerdo del emperador para que las tropas españolas pudieran utilizar el paso de los Grisones, que era la solución que menos gustaba a don Fernando. A ello se sumó la pretensión de Felipe IV de que fueran los mismos Grisones los que permitieran el paso. En estos momentos la política de Luis XIII y Richelieu no parecía estar muy definida ya que, aunque se oponían al paso por la Valtelina argumentando que violaba el Tratado de Monzón, sabían que oponerse frontalmente sería obligar a las tropas españolas a abrirse paso por los Grisones. Finalmente se ordenó a Rohan que se opusiera «por pura forma» al paso por los Grisones, aunque si viera que Feria intentaba pasar por la Valtelina debía ocupar el paso inmediatamente. Pero como el francés ni disponía de tropas suficientes ni encontró apoyo sueco renunció a cualquier acción.

La urgencia de levantar el cerco de Brisach decidió finalmente a don Fernando a utilizar el paso de la Valtelina, con lo que evitaba tanto los Grisones como utilizar el paso del San Gotardo, que habría significado un largo rodeo y un importante esfuerzo suplementario. Descartado

pues el paso por el territorio de los Grisones había que organizar la forma de hacer llegar el socorro hasta Brisach. Si fuera posible contar con las tropas de Carlos IV de Lorena se podría liberar la plaza y a continuación levantar la ocupación de la Lorena, garantizando con ello la protección de los Países Bajos (que era el objetivo principal de la operación). Una vez hecho esto, se podría o bien avanzar hacia el Mosela para recuperar el Bajo Palatinado, o bien expulsar de Tréveris a los franceses a cuya protección se había acogido su arzobispo. Y, lo que siempre resultaba más que dudoso, había que saber también si se podía contar con la promesa de Gastón de Orléans de llevar a cabo su proclamada intención de atacar el territorio francés.[106] Otra posibilidad que se barajó era acudir en socorro de Brisach y acceder, casi al mismo tiempo, a la petición de Maximiliano de tomar Augsburgo —donde los suecos se habían llevado la artillería bávara—, pues con esta maniobra se esperaba que el enemigo levantaría el asedio de Brisach para acudir en socorro de la otra plaza. Pero esto, aunque cumpliría la promesa hecha a Fernando II de que el ejército de Alsacia estaría a sus órdenes, tenía el inconveniente de llevar a las tropas españolas lejos del Rin, empeñándolas en una guerra en pleno territorio alemán a favor del emperador y distrayéndolas de sus verdaderos objetivos.

106 Doña Isabel a Felipe IV, AGR, SEG, 207. La infanta avisaba claramente que no solo su situación le impedía dar a Gastón la ayuda que solicitaba, sino que todo lo que se gastara por ese lado sería dinero perdido.

Ante tal disyuntiva, don Fernando ordenó a Saavedra[107] que hiciera comprender a Maximiliano la dificultad que entrañaba aceptar sus peticiones y que la prioridad era liberar Brisach y, luego, con las tropas ya a las órdenes del emperador, tratar de ayudar a las fuerzas bávaras. El cardenal-infante consultó con Feria y Oñate y sus ministros, que se decantaron por atacar en Alsacia, Tréveris y el Bajo Palatinado. Allí se podría acantonar a las tropas durante el invierno, serviría para tranquilizar a los electores de la zona renana y daría esperanzas a los Países Bajos. Todo parecía moverse sobre arenas movedizas, por lo que se autorizó a Feria a actuar según se desarrollaran los acontecimientos, pero evitando que una intervención en Alemania crispara aún más las delicadas relaciones con Wallenstein. En definitiva, la misión que se le asignaba era procurar la liberación de Brisach y cumplir los objetivos principales de toda la expedición: mantener expedita la comunicación entre Milán y Flandes y asegurar el paso de don Fernando hasta Bruselas, donde la infanta Isabel le reclamaba con urgencia como el remedio a la grave situación en que se encontraba. La petición de la infanta hizo mella en don Fernando que, pese a que el rey no le había ordenado una fecha para su viaje, decidió partir inmediatamente hacia Alsacia con el ejército de

Feria, esperando que ello sirviera para obligar al emperador a prestar ayuda al general español incluso pasando por encima de Wallenstein.

107 Don Fernando a Saavedra, 23 de agosto de 1633, AGR, SEG, 385.

La entrada en Alemania del ejército de Feria suponía un cambio en la situación y el emperador se vio obligado a pedir ayuda a Felipe IV. Vista la persistente actitud de Wallenstein en contra de España y su firma sin autorización de una tregua con el enemigo, Fernando II rompió su acuerdo con él, colocando las tropas de Aldringen bajo el mando de Maximiliano que, mediante la concesión de un pequeño subsidio por un año, aceptó la intervención española. Todos estos cambios empujaron a Richelieu a ofrecer su mediación ante el ataque del sueco Horn en Constanza, pero las fuerzas combinadas de Feria y de Aldringen forzaron la retirada de Horn, lo que permitió que los cantones suizos católicos renovaran un antiguo acuerdo de 1587 que concedía libre paso a las tropas españolas y que había expirado en 1626.

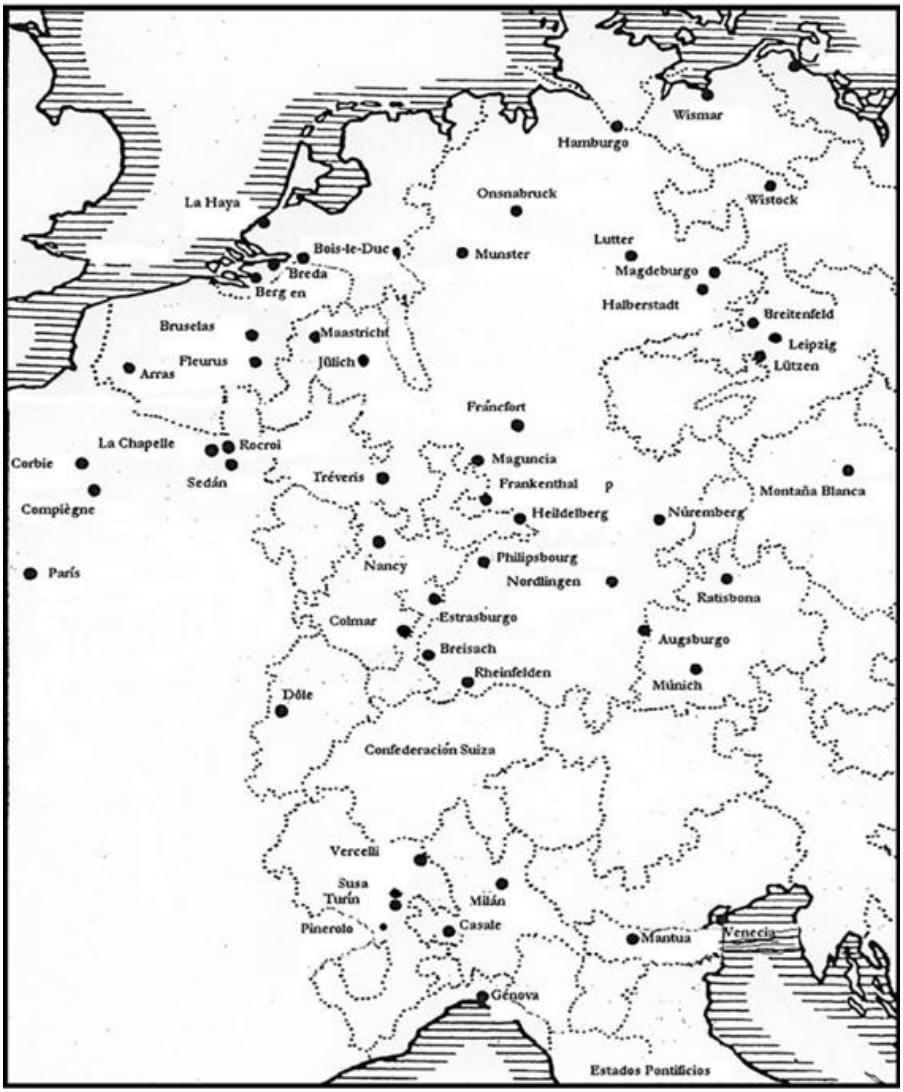
El hundimiento de la Lorena por la ocupación francesa había cambiado por completo la situación en el Rin y con los franceses instalados en Alsacia el avance de Feria y Aldringen se veía muy comprometido. A ello se unió en septiembre la ocupación de Ratisbona por Bernardo de Saxe-Weimar lo que significaba un duro golpe para el emperador. La toma de esta plaza, unida a la inminencia del invierno y la escasez de provisiones obligó a Feria y Aldringen a cruzar de nuevo el Rin retirándose hacia Baviera.

Aunque ante don Fernando parecía abrirse por fin el camino hacia la gloria militar con la que siempre había soñado, su entusiasmo tuvo que ser recortado por sus consejeros, que le advirtieron que, aun contando con la buena voluntad de Fernando II, el avance resultaba imposible, puesto que Wallenstein, en una nueva prueba de su egoísmo, había desplazado a Silesia buena parte de sus tropas, dejando a Aldringen en tal postura que solo podría colocarse a la defensiva. En estas condiciones, el éxito parecía más que dudoso, pues el ejército podría ser fácilmente derrotado por las tropas francesas que habían ocupado Alsacia. La infanta Isabel se veía aislada de nuevo en los Países Bajos y dependía de sus propios medios.

A finales de 1633, Lamoraini y el resto de los jesuitas aumentaron la presión sobre el emperador para deshacerse de Wallenstein y en enero siguiente se hablaba ya claramente de su eliminación, lo que provocó un auténtico complot con Piccolomini al frente. La actitud de Wallenstein a comienzos del año resultaba irracional a todas luces, ya que parecía obedecer tan solo a las orientaciones que le proporcionaban sus astrólogos. La oposición a sus desvaríos venía ya de diferentes lugares: Maximiliano de Baviera (con cierta discreción, pues no quería dar claramente la cara), los jesuitas, y —por parte

española— Oñate y Quiroga, que intentaba en vano convencer a Wallenstein. La terca actitud del general bohemio, que se negaba a cualquier acción, decidió a Fernando II. El 24 de enero le tachó de rebelde y liberó a sus tropas de toda obediencia hasta que fuera nombrado un nuevo comandante. Como si esto no hubiera sido suficiente, el emperador le acusó directamente de rebeldía y de conspirar contra él (18 de febrero) lo que, de hecho, equivalía a una sentencia de muerte, que se ejecutó apenas una semana más tarde. Tras este vacío de poder al frente del ejército, Fernando II nombró (27 de abril) al archiduque Fernando como comandante en jefe y colocó a Gallas como su segundo.

El asesinato permitía a Olivares relanzar su intento de controlar el curso del Rin y de hacer presión sobre el emperador para obtener la ayuda de sus tropas contra las Provincias Unidas. Y en estas circunstancias, en julio de 1634, un ejército de 11.700 soldados españoles e italianos cruzó el paso de la Valtelina. Aunque este fue el último contingente en utilizar este camino, pudo unirse a las tropas de Feria, que ya podía contar con 18.700 infantes y 3.900 jinetes. Al mismo tiempo, el archiduque Fernando avanzaba con el propósito de poner sitio a la plaza de Nördlingen, lo que constituía un golpe directo al corazón de la Liga de Heilbronn. Si bien la plaza no tenía especial valor estratégico el canciller Oxenstierna no podía permitirse el lujo de su pérdida, por lo que envió en su socorro todas las fuerzas a su disposición.



La Europa del cardenal-infante.

7. MIENTRAS TANTO, EN FLANDES

Mientras se continuaba trabajando para reunir las condiciones que garantizaran la llegada a Flandes del cardenal-infante, los problemas a los que tenía que hacer frente la ya anciana infanta Isabel se acumulaban. A los enemigos exteriores se unía el descontento de la población, las ambiciones de parte de la nobleza local y el numeroso grupo de exiliados y conspiradores que, exiliados en Bruselas, pretendían vivir del cada vez más exangüe erario español, a base de ofrecer dudosos planes para ayudar a la Monarquía hispánica.

A partir de 1631 las relaciones con Francia se habían complicado de modo extraordinario por la llegada a Bélgica de María de Médicis, la madre despechada de Luis XIII, acompañada por los duques de Bouillon y de Vendôme. La reina madre había perdido definitivamente su guerra contra Richelieu en la famosa Journée des Dupes y, harto de sus intrigas, Luis XIII trató de recluirla en el castillo de Compiègne, una maniobra para forzarla prácticamente a buscar refugio fuera de Francia. En julio de 1631 la reina buscó inicialmente refugio en La Capelle, plaza cercana a la frontera con los Países Bajos, y luego en Avesnes, ya en territorio español, Mons y, finalmente, Bruselas. El comentario de Richelieu no pudo ser más despectivo: la fuga de la reina era simplemente una «purgation nécessaire».

La estancia de María en Bruselas preocupaba mucho a la infanta Isabel. Con gusto se habría ahorrado esta incómoda presencia. La corte de Madrid tampoco miraba con buenos ojos a esta incómoda huesped, que era un anuncio seguro de más problemas con Francia. De todos modos, resultaba difícil evitarla, pues, al fin y al cabo, era la suegra de Felipe IV, y podía convertirse en una baza en contra de Luis XIII, si es que, finalmente, María de Médicis contaba con tantos apoyos en el territorio francés como afirmaba. María pretendía disponer de un numeroso ejército, apoyado por varios miembros de la nobleza (Guisa, Epernon, Bouillon). Olivares, bastante escéptico, calificaba estas promesas de «palabras de francés». En todo caso hubo que aceptarla, aunque fuera a regañadientes, e incluso concederla una pensión, lo que no fue obstáculo para que en varias ocasiones se tratara de convencerla de cambiar de lugar de residencia y de que fuera a vivir a Colonia, donde gozaría de la protección de una guarnición española. Felipe IV no quería que la fugitiva se quedase en Mons (demasiado cerca de la frontera) y propuso que se la convenciera de ir a Malinas, o, mejor aún, a Aquisgrán ofreciéndole,

en contra de la opinión de la infanta,[108] una renta de 6.000 escudos al mes. Por su lado, Olivares escribía a Scaglia que era de desear que la reina madre renunciase a retirarse a los Estados de Su Majestad, y que el hecho había sobresaltado mucho y puesto a Madrid en embarazo.

108 Felipe IV a doña Isabel, 15 de septiembre de 1631, AGR, SEG, 204.

La situación era más complicada respecto a Gastón de Orléans.[109] En ese momento, Gaston era el presunto heredero de la corona francesa ya que, a pesar de los años transcurridos, el matrimonio de Luis XIII con Ana de Austria no había producido un heredero. El siempre volátil hermano del rey francés presenta un largo historial de traiciones y reconciliaciones con Luis XIII que ya habían comenzado en 1626, tras el fracaso de la conjuración de Chalais. Enfrentado con su hermano y con Richelieu, ya en 1629 había preguntado al embajador español en París, el marqués de Mirabel, si sería bien recibido en los Países Bajos. Felipe IV comunicó[110] a la infanta Isabel que aceptaba la idea de Gastón, pero con la condición de que se instalara lejos de la frontera con Francia. Doña Isabel se mostró contraria a semejante pretensión, porque si Gastón se instalaba en los Países Bajos sería preciso ejercer una estrecha vigilancia sobre él (lo que le haría perder toda simpatía que pudiera tener por España) y podría intentar ponerse de acuerdo con las Provincias Unidas. Felipe IV cambió de opinión. Mirabel recibió instrucciones para prometerle a Gastón cien mil ducados si estaba dispuesto a romper con su hermano, Luis XIII, aunque sin compromiso de establecer una alianza. Aytona se equivocó totalmente cuando aseguró[111] que el partido de María era superior a todos los que habían existido en Francia y que la venida de Gastón era «uno de los mayores acontecimientos de la época y la mejor ocasión de vengar los insultos de los franceses».[112] Más adelante insistió en la necesidad de favorecer el partido de la reina y de Gastón, sosteniéndolo o ayudando a su creación.[113]

109 «Ce fantaisiste instable, ce velléitaire virevoltant, ce facétieux sautillant». (Ese caprichoso inestable, ese vacilante caprichoso, ese gracioso saltarín), J. C. Petitfils, *Louis XIII*, p. 530.

110 Felipe IV a doña Isabel, 16 de julio de 1629, AGR, SEG, 201.

111 Aytona a Felipe IV, 30 de julio de 1631, BRB, Mss. 16.149.

112 Aytona a Olivares, 30 de julio de 1631, BRB, Mss. 16.147.

113 Aytona a Felipe IV, 28 de septiembre de 1631, BRB, Mss. 16.147.

En marzo de 1631 Gastón huyó primero al Franco Condado y luego a la Lorena. La escapada culminó a principios de enero de 1632 con su matrimonio secreto en Nancy con Margarita de Vaudemont, hermana del duque Carlos IV, sin haber solicitado la preceptiva autorización de su hermano. Apenas unos días más tarde de la ceremonia el duque se vio forzado a negociar con Francia para evitar ser avasallado, teniendo

que conceder por el Tratado de Vic (6 de enero) el libre paso por Lorena a las tropas francesas y obligándose a no conceder asilo a los conspiradores. Como consecuencia Gastón tuvo que buscar otro refugio. Abandonó en Nancy a su jovencísima esposa y se refugió en el Franco Condado y, a continuación, en Bruselas, desde donde manifestó la intención de formar un ejército con el que marchar sobre París y destronar a su hermano, proyecto que Carlos de Lorena intentaba negociar en Bruselas.

La reacción de Luis XIII a estas fugas fue declarar culpables del delito de lesa majestad a los partidarios de su madre y de su hermano, lo que no impidió que Gastón siguiera en sus quiméricos complots, pese a que Olivares consideraba sus planes muy débiles. Gastón consiguió negociar un acuerdo con España y obtuvo un compromiso[114] de la infanta para proporcionarle armas y municiones y otro de Madrid, prometiéndole 100.000 escudos más una pensión de 20.000 durante cinco meses. Esto le daba pie para lanzar una invasión de Francia desde el norte, mientras el duque de Montmorency levantaba bandera en su favor en el Languedoc. Su entrada en junio en territorio francés como «libertador» de la tiranía de Richelieu al frente de unas tropas con las que intentaba imponerse a las de su real hermano no pasó de ser un espejismo que terminó en tragedia, ya que la expedición se saldó en el sur de Francia con un estrepitoso fracaso en Castelnaudary. Montmorency cayó prisionero y pagó su rebelión con la cabeza, sin que los numerosos llamamientos a la clemencia encontraran eco en un inflexible Luis XIII. El 29 de septiembre de 1630 Gastón tuvo que aceptar en Béziers un acta de reconciliación con Luis XIII por la que no le quedaba otro remedio que aceptar la renuncia a todo acuerdo con España, con Lorena y hasta con su madre. Tras firmar este compromiso se retiró a Tours (que formaba parte de su patrimonio), pero no estaba aún seca la tinta de su firma cuando huyó de nuevo a Bruselas en noviembre.

114 Consulta del Consejo de Estado, 12 de agosto de 1632, AGS, Estado, K 1.415.

Al apoderarse las tropas francesas del ducado de Bar, que formaba parte de la Lorena, Richelieu había obligado en mayo de 1632 a Carlos IV a firmar un tratado por el que (como si pudiera elegir) aceptaba el establecimiento de una guarnición francesa en Nancy. Gastón tuvo que refugiarse al amparo de España y su naturaleza traidora le hizo ofrecerse a Felipe IV para abrir hostilidades con su hermano si se le facilitaban hombres y dinero, justo las dos cosas de las que carecía la infanta Isabel,[115] al no ver satisfechas sus pretensiones, argumentando que no podía enfrentarse con su propio país, cambió su postura y amenazó con enfrentarse con Felipe IV (¡y tenía la desvergüenza de hacerlo desde territorio español!) si el rey decidía invadir Francia.[116] Semejante bravata coincidió con la

presentación en Madrid por la embajada francesa de un memorándum secreto sobre la posibilidad de reconciliar a Luis XIII y su madre, extraña gestión que Felipe IV puso en conocimiento de la infanta, por cuyo consejo envió a Gonzalo de Córdoba a París para tratar de averiguar qué podía haber detrás de esa maniobra.

115 Doña Isabel a Felipe IV, 27 de enero de 1632, AGR, SEG, 204.

116 Doña Isabel a Felipe IV, 16 de febrero de 1632, AGR, SEG, 204.

La presencia de María y de su hijo en la capital de los Países Bajos seguía siendo un dolor de cabeza permanente, pues cualquier cambio en sus alianzas podía desencadenar la guerra que España trataba de evitar. En octubre de 1633, el rey recomendó a Isabel que se esforzase en obtener de María y Gastón un compromiso recíproco de que no llegarían a un acuerdo separado con Luis XIII. Esto se debía a la alarma que habían causado los que habían acompañado a Gastón de Orléans en su exilio, y que amenazaban con volver al bando francés si no se les concedían más ayudas. A estos gestos se unían las desavenencias entre María y Gastón, la posibilidad de una reconciliación de este con Richelieu e, incluso, la actitud del cardenal francés hacia Carlos IV de Lorena. Todo un cúmulo de elementos que la infanta Isabel aconsejaba tener muy presentes.[117] En otro cambio de postura, Gastón propuso una expedición militar contra Francia, para extrañeza de Felipe IV, que no comprendía cómo podía adoptar una postura diametralmente opuesta a lo que había manifestado poco antes.[118]

117 Doña Isabel a Felipe IV, 13 de noviembre de 1633, AGR, SEG, 219.

118 Felipe IV a doña Isabel, 12 de diciembre de 1633, AGR, SEG, 219.

Esta no sería la última vez que Gastón cambiaba de opinión. Poco después decidió romper con su madre y entabló negociaciones con Aytona para obtener hombres y dinero con los que derrocar a Richelieu y volver a recuperar el favor de su hermano. Pero lo que Gastón ocultaba es que, al mismo tiempo, negociaba con el cardenal… En todo caso, la primera en cristalizar fue la negociación con España y, en mayo de 1634, Aytona, Lerma, Gastón y Puylaurens firmaron un acuerdo secreto de diez artículos.[119] El Consejo de Estado deliberó[120] sobre las informaciones que fueron enviadas por Aytona, Roose y Tomás, pero no se podía evitar considerar que el francés era «persona tan trabajosa según todas las relaciones que, a juicio del conde-duque, es cosa muy perdida el asentar nada con él, no pudiéndose hacer caso ni de su palabra ni de su constancia ni de sus efectos…». Uno de los consejeros, el conde de Castrillo, afirmó: «[…] que V. M. se sirva tener en consideración lo poco que hay que fiar de Monsieur y no tener hoy en Francia partido conocido que es en lo que siempre se ha reparado

para no hacer nuevos empeños con el príncipe […]». En todo caso, y como no se le debía permitir que volviera a Francia ni se podía acordar con él nada en firme, se permitió la constitución de un ejército que, aunque fuera mandado nominalmente por Gastón, en realidad estaría bajo las órdenes de Tomás de Saboya.

119 12 de mayo de 1634, AGS, Estado, 2.605.

120 Consulta del Consejo de Estado, 2 de junio de 1634, AGS, Estado, 2.048.

En 1634 se produjo una nueva (¡una más!) reconciliación de Gastón con Luis XIII, pero acto seguido aceptó ponerse otra vez al servicio de Felipe IV por consejo de Tomás de Saboya que, a través de su cuñado Soissons, creía estar bien informado de la situación de la oposición en Francia. De nuevo se le prometió un ejército que atacaría Francia desde el norte, mientras que otras tropas españolas lo harían desde el sur. La realidad es que lo que buscaba Gastón con estos nuevos gestos era conseguir que su hermano le concediera más tierras y dinero. Un acontecimiento con el que no había contado fue el resonante triunfo obtenido por el cardenal-infante en la batalla de Nördlingen que le puso frente a la realidad. No era más que un perpetuo fugitivo y su estancia en Flandes se veía amargada por el triunfo español en Alemania, por lo que decidió volver al redil. El fracaso de sus aspiraciones le obligó a una nueva reconciliación con un Luis XIII cuya paciencia y benevolencia parecían inextinguibles hacia su díscolo hermano, con el que firmó el Tratado de Écouen (1 de octubre), tras el que regresó a Francia sin ni siquiera informar a su madre. María de Médicis estaba también negociando paralelamente para tratar de congraciarse con su hijo Luis.

En 1642 Luis XIII y Richelieu se encontraban de lleno en la guerra contra España en el Languedoc. Aprovechando la situación. Gastón envió a Madrid a otro conspirador nato, el marqués de Fontrailles, con la pretensión de negociar un nuevo acuerdo con España. Tras interrogar duramente al enviado, que trataba de ocultar casi la totalidad de la conspiración que Gastón pretendía fraguar, el ministro español logró saber los detalles de esta. El 13 de marzo se firmó un acuerdo por el que Gastón y Bouillon recibirían una importante suma de dinero y, con la ayuda de tropas españolas, pondrían en pie un ejército y Gastón firmaría una «forte paix» con España, que recuperaría todo lo que Francia había logrado conquistar desde 1635 y, además, abandonaría todas sus alianzas con Suecia, las Provincias Unidas y los príncipes protestantes alemanes. Pero la conjuración contra un Richelieu ya gravemente enfermo fracasó ruidosamente y el petulante Cinq-Mars (el favorito de Luis XIII) pagó con la cabeza su traición ante la indiferencia del rey. Gastón, como de costumbre, abandonó a sus cómplices para salvar su vida.

La lista de traiciones y cambios de alianzas no acabó ahí, ya que, en 1650, actuando como uno de los principales actores de la rebelión de La Fronda contra Luis XIV y Mazarino, Gastón aceptó celebrar conversaciones con un representante del gobernador general de los Países Bajos, el archiduque Leopoldo Guillermo, pretendiendo poner fin a la sublevación.

Bruselas parecía haberse convertido en un nido de extraños personajes que habían ido gravitando hasta allí en busca de la protección y los subsidios de la Monarquía hispánica. Residía también en esos años un curioso intrigante italiano, el abate Scaglia, aventurero saboyano «amigo de todas las intrigas».[121] Tras oscuras gestiones diplomáticas en Inglaterra y en España, Scaglia había encontrado gracia ante Olivares y terminó por recalar en Bruselas. No teniendo más que ofrecer que su capacidad para la intriga pretendía obtener algún reconocimiento oficial, para lo que se le ocurrió la pintoresca idea de que el rey le nombrara su representante ante la exiliada María de Médicis. Se trataba de una pretensión extravagante, ya que la reina no era soberana de un estado, sino sencillamente una exiliada dependiente de la generosidad de doña Isabel y de Felipe IV. El rey, queriendo evitar complicaciones o que María se reconciliara con Luis XIII, aceptó conceder a Scaglia una especie de acreditación (que en ningún caso le hacía embajador) y además aceptó la idea de la reina para que se le concedieran fondos con los que mantener «corte» a cambio del compromiso de no comprometerse con su hijo Luis sin respetar los intereses españoles. De esta forma le concedió una pensión mensual y recomenzó a la infanta que tratara de mantenerla «en buena disposición»[122] para evitar toda tentación de regresar a la obediencia de su hijo.

121 A. Waddington, *La République des Provinces Unies, la France et les Pays Bas espagnols de 1630 à 1650*, p. 174.

122 Felipe IV a doña Isabel, 20 de noviembre de 1632, AGR, SEG, 205.

Aparte de la ridícula pretensión de ser de alguna manera un embajador del rey, Scaglia hacía todo lo posible por mantenerse en la buena voluntad que le había mostrado Olivares y aprovechaba cualquier ocasión para enviar informes acerca de todo lo que oía, veía o lo que quería creer como cierto. Así, por ejemplo, en momentos en que las tropas francesas inmovilizaban al ejército católico en las fronteras de Flandes, aseguraba al valido que los holandeses sufrían tanto con los impuestos que los veía abiertos a una tregua o a la paz. Y, en cuanto a los Estados Generales, cuyos diputados se iban a reunir con los holandeses para tratar de la paz, aseguraba que no se podía dudar de la fidelidad del pueblo.[123] Su revoltosa actividad también le hacía implicarse en los intentos de acomodo de Luis XIII con su madre y su hermano, o en los de mediación de Carlos I de Inglaterra… Para

Scaglia todo era bueno para intrigar y tratar de hacerse valer en Madrid.

123 Scaglia a Olivares, 3 de octubre de 1632, AGR, Manuscritos diversos.

Su intervención más complicada fue la que tuvo lugar en 1632 con motivo de la conjura de la nobleza belga y de sus contactos con Gerbier, el residente inglés en Bruselas, que aprovechando su inmunidad diplomática había puesto su casa al servicio de los intrigantes y ofrecía ahora información sobre los conjurados previo pago, al menos, de 20.000 ducados. Como Scaglia informó directamente a Madrid en lugar de hacerlo a la infanta, el Consejo de Estado recomendó guardar absoluto secreto sobre el tema. Esta información se remitiría mediante carta cifrada al secretario Galarreta, quien la entregaría a doña Isabel.[124] Cuando la infanta tuvo más información de aquel grave asunto comunicó al rey que Gerbier no aceptaba rebajar el precio de su delación, aunque había dejado entrever que se trataba de una conjura que se tramaba en los Países Bajos y que los implicados habían mantenido contactos con Richelieu, Carlos I y el príncipe de Orange, por lo que ante este peligro aconsejaba pasar por las horcas caudinas de las peticiones de Gerbier.[125] Scaglia informó de nuevo directamente a la corte y el rey tranquilizó a doña Isabel al haber quedado desactivada la conjura, pues su «secreto» se había extendido de tal manera que incluso Carlos I había puesto en guardia al embajador español Necolalde. El marqués de Aytona, gobernador de las armas desde principios de año y posteriormente mayordomo mayor de don Fernando, venía sirviendo de báculo a la infanta y se mostró tan asustado por la amplitud de la conjura que llegó a asegurar que «estamos todos vendidos y el rey va a perder los Países Bajos y todo el resto».[126]

124 Consulta del Consejo de Estado, 4 de septiembre de 1633, AGS, Estado, 2.151.

125 Doña Isabel a Felipe IV, 8 de noviembre de 1633, AGR, SEG, 207.

126 Aytona a Olivares, 13 de noviembre de 1633, BRB, Manuscritos, 16.147.

Procedente de España surgió un nuevo dolor de cabeza con la llegada a Bruselas de Pierre Roose, jurista flamenco que había conseguido ganarse la confianza del conde-duque de Olivares hasta el punto de haberle permitido ser uno de los autores de las Instrucciones a las que se debía conformar la acción del cardenal-infante en los Países Bajos. En abril de 1632, encontrándose aún en la corte, Roose fue nombrado presidente del Consejo Privado y Felipe IV le prescribió la forma en que don Fernando debía corregir los desórdenes acumulados en la administración de los Países Bajos. Puesto que iba a ser allí uno de los principales ministros y se había «hallado presente a la disposición de las dichas Instrucciones», le recomendaba la

vigilancia personal de la ejecución de las órdenes. [127] Como señala A. Esteban: «Roose fue la gran apuesta de Felipe IV y de Olivares en esa nueva etapa, de la misma manera que Ambrosio Spinola había sido la gran apuesta de Felipe III y de Lerma durante la etapa archiducal». [128] Tan fuerte fue esta apuesta que Roose (igual que había sucedido con el cardenal de La Cueva) logró hacerse antipático a todos los estamentos y, de modo especial, a los jefes militares, en cuyos asuntos se inmiscuía continuamente. Durante el gobierno del cardenal-infante su prepotencia, al pretender no depender directamente del gobernador general sino del propio Olivares, le hacía considerarse como el intermediario autorizado entre el rey y una parte importante de la administración de los Países Bajos, lo que provocó continuos roces y enfrentamientos personales con los ministros de don Fernando.

127 Felipe IV a Roose, 11 de octubre de 1632, AGS, Estado, 2.259, Manuscritos diversos.

128 A. Esteban, *Madrid y Bruselas. Relaciones de gobierno en la etapa postarchiducal (1621-1634)*, p. 202.

La evolución de la Guerra de los Treinta Años suponía una amenaza creciente para Bruselas: el avance sueco por el Rin causó gran alarma, pues había que resistir en el Palatinado y proteger el propio territorio de los Países Bajos. A esta amenaza se unió la creciente actividad militar de Francia que, tras haber ocupado la Lorena, se había apoderado de Maguncia. En tal difícil situación, y pese a la habitual falta de fondos, la infanta envió a Alemania a Santa Cruz con fuerzas considerables intentando de esta forma cortar el avance sueco. Pero dentro del ejército de doña Isabel había surgido otro problema de envergadura: el conde Hendrik van den Bergh, que estaba al mando de las tropas, no solo mostró una incuria imperdonable, sino que, al pasarse al enemigo, permitió al ejército holandés apoderarse de una serie de plazas (Venloo, Straeten, Sittart y Ruremond) y poner sitio a Maastricht, tomada pese al apresurado regreso de Gonzalo de Córdoba desde el Palatinado. Así, todo el territorio de los Países Bajos quedaba extremadamente comprometido. Precisamente una de las primeras misiones que el rey encomendó a Roose fue una investigación secreta sobre las circunstancias que habían llevado a la pérdida de la plaza. Tanta era la ascendencia que Roose tenía sobre Olivares que este aseguró en el Consejo de Estado que, si el jurista no hubiera regresado a Flandes, España habría perdido lo poco que le quedaba, y logró que se prescribiera a los miembros del Consejo Supremo de Flandes la obligación de tratarle con la mayor cortesía, pues lo contrario se consideraría un desprecio a la corona [129] y hasta el rey, a la vista de sus informes sobre la tregua, le concedió la precedencia sobre todos los miembros del Consejo de Estado belga. [130]

129 Consulta del Consejo de Estado, AGS, Estado, 2.047.

130 Felipe IV a doña Isabel, 15 de abril de 1633, AGR, SEG, 206.

Francia era un frente abierto permanente y, en marzo de 1633, el rey instruyó al embajador en París, Cristóbal de Benavente y Benavides, para que, en cuanto desde Bruselas se le avisase que los preparativos militares estaban listos para hacer frente a la previsible guerra, advirtiese a Luis XIII que sus subsidios a los holandeses eran el camino más cierto hacia la misma y tratase de convencerle de que, a cambio de la garantía de que España no agravaría sus dificultades internas, retirase las tropas que estaba movilizando en la frontera con los Países Bajos, en Lorena y en Italia. Ante los intentos de Richelieu de impedir la ayuda mutua entre Madrid y Viena y sus amenazas sobre el Imperio, Felipe IV trató de formar una liga con el emperador, María de Médicis, Gastón de Orléans, Carlos de Lorena, algunos príncipes electores y otros príncipes católicos alemanes. Dando pruebas del pragmatismo de la razón de Estado, consideró que, aunque se corría el riesgo de que la herejía pudiera extenderse por toda Europa, no había que dejarse influir por la actitud de Francia. Doña Isabel por su parte aconsejaba que se prestara apoyo a varios nobles alemanes para evitar que pudieran unirse a las tropas suecas y holandesas, lo que sería la ruina de los Países Bajos. Pero cuando Carlos IV de Lorena tuvo que permitir el establecimiento de una guarnición francesa en Nancy y el elector de Colonia aceptó la protección francesa, las comunicaciones entre Flandes, el Franco Condado e Italia quedaron prácticamente rotas y Gastón de Orléans, pese a la pensión que le habían concedido los españoles y a la promesa de poner tropas bajo su mando, se reconcilió una vez más con su hermano, abandonó Bruselas secretamente, dejando tras sí a su madre, a su joven esposa y a sus numerosos acreedores.

En estos momentos hubo un grupo de nobles flamencos que aprovecharon la gravedad de la situación para traicionar a la infanta Isabel y al rey para iniciar contactos con Richelieu. Su intención era permitir que Francia se apoderase de los Países Bajos. Sin embargo, estos intrigantes no encontraron la respuesta que esperaban ni en Luis XIII ni en Richelieu, porque ambos eran conscientes de que todavía no se encontraban en condiciones de enfrentarse militarme con las tropas españolas, que se habían impuesto a las suyas en el norte de Italia. El fracaso de la intentona empujó a Hendrik van den Bergh a huir al obispado de Lieja, desde donde entabló negociaciones secretas con Frederik-Hendrik, sucesor como estatúder de su medio hermano Mauricio. La idea de van der Bergh era provocar una rebelión con el apoyo de Francia. Era una traidora maniobra fomentada desde el norte y desde el sur y que fue el preludio de los proyectos de partición de los Países Bajos católicos que años después fueron contemplados por Francia y las Provincias Unidas.

En tiempos tan inciertos esa conjura no fue la única, pues un grupo de nobles (Epinoy, Ligne, Henin y Egmont) intentaron llevar a cabo otro movimiento rebelde en el que intervino Carondelet, decano de Cambrai, el hombre que Richelieu utilizaba como interlocutor con los nobles flamencos descontentos. Este movimiento aprovechaba la debilidad que había causado la pérdida de Maastricht y permitió que los Estados Provinciales elevasen su petición de convocatoria de los Estados Generales. Sin embargo, fracasó, porque era un movimiento que solo representaba a una pequeña élite aristocrática que no quería más que su provecho personal, y no logró encontrar eco en una población que no se reconocía en los objetivos de los conspiradores.

Al ir sumándose tantos factores de inquietud, a la infanta no le cabía más posibilidad que tener en cuenta la opinión de la población que tan bien conocía y de cuyos sentimientos se había hecho tantas veces la intérprete ante Felipe III y Felipe IV. Por ello consideró la conveniencia de aceptar una convocatoria de los Estados Generales de los Países Bajos, aun siendo consciente de que inevitablemente iba a producirse un enfrentamiento entre los considerados «holandeses» y los «belgas», fieles a la línea marcada desde Madrid. Roose no desperdició la ocasión para intrigar en contra y tratar de imponer sus puntos de vista y finalmente consiguió convencer a Olivares y al Consejo de Estado, que subrayó la suma importancia de impedir esta reunión y la necesidad de ordenar a la infanta que no la consintiera, para lo que debía utilizar todos los pretextos que le parecieren convenientes. El Consejo se hacía simplemente eco del convencimiento de Felipe IV de que tales parlamentos eran «perniciosos en todo tiempo y en todos los países sin excepción».[131] Sin embargo, la admonición del Consejo llegaba tarde, pues el 30 de julio de 1632 doña Isabel ya había convocado, para fines del mes siguiente, una reunión de los Estados Provinciales cuya misión era elegir a sus representantes para los Generales. Por primera vez en treinta y dos años se convocaba una reunión en la que los belgas iban a verse autorizados a intervenir en las negociaciones de paz con las Provincias Unidas y, aunque Felipe IV ordenó[132] que se procediese a anular la convocatoria, la gobernadora replicó que ya había sido cursada y resultaba imposible hacer marcha atrás.

131 Consulta del Consejo de Estado, AGS, Estado, 2.046.

132 Felipe IV a doña Isabel, 27 de agosto de 1632, AGR, SEG, 205.

En el fondo, la convocatoria era consecuencia del fracaso de los intentos de llegar a un arreglo con las Provincias Unidas, con las que Felipe IV había tratado de negociar la restitución de Pernambuco (contra una suma de dinero o contra la cesión de Breda, o contra una suma de dinero más el compromiso de desmantelar y neutralizar esa

plaza), pero los argumentos de la infanta resultaron estériles, aunque estimaba que los rebeldes estarían dispuestos a una tregua similar a la de 1609, y advertía al rey que era necesario llegar a un acuerdo, pues si la situación en Alemania se prolongaba, se perderían todos los estados de la casa de Austria. Ante la intransigente posición de los holandeses, Felipe IV consideró que había que continuar la guerra y que abandonar los esfuerzos para recuperar Pernambuco permitiría al enemigo ampliar su comercio con las Indias occidentales y debilitaría la posesión exclusiva de esas regiones por España. En caso de no recuperar Pernambuco, la guerra marítima que habría que librar resultaría tan cara como la guerra en Flandes, pero los holandeses tendrían todas las ventajas para extenderse por África y las Indias. En definitiva, más valía soportar la tormenta este año y aplazar las negociaciones para un momento más favorable.[133]

133 Felipe IV a doña Isabel, 24 de junio de 1632. AGR, SEG., 205.

En todo caso las negociaciones iban por mal camino y, aunque doña Isabel albergaba muy pocas esperanzas de éxito, consideró preciso conceder a los Estados Generales una nueva autorización para que designaran una delegación presidida por el duque de Aerschot[134] que exploraría directamente con los diputados holandeses las posibilidades de un acuerdo de paz. Que los rebeldes pretendían únicamente ganar tiempo se pudo comprobar cuando, tras hacer esperar a los delegados durante varias semanas, se negaron a negociar, arguyendo que los belgas no estaban en condiciones de invocar un permiso o poder de Felipe IV que constituyera título suficiente para entablar las conversaciones. Ante este nuevo contratiempo la infanta se vio obligada a permitir que los Estados Generales concedieran en octubre un nuevo permiso a sus representantes para negociar. Pero tampoco esto bastó para los holandeses, que presentaron tales exigencias que a los belgas no les quedó otro remedio que regresar a Bruselas.

134 Philippe-Charles d'Aremberg, duque de Aerschot, miembro del Consejo de Estado de Bruselas y caballero del Toisón de Oro.

Amparándose en las instrucciones del rey y de Olivares, Roose se mostró inflexible y no aceptó nada que pudiera representar una merma de la autoridad real. También dio prueba de una doblez inaceptable: al llegar a Bruselas traía un documento secreto que debía haber avergonzado a quien lo firmó y a quien lo llevó: sin tener la cortesía o la visión política de comunicárselo a la infanta, Felipe IV había revocado el poder para negociar que le había concedido el 26 de julio de 1629.[135] Roose continuó ocultando a la infanta y a los representantes belgas que el poder había sido anulado y, por tanto, no existía base jurídica sobre la que pudieran llevarse a cabo tales negociaciones. Las exigencias de las Provincias Unidas se movían en

un proceso continuo de avance y retroceso que hacía imposible saber a ciencia cierta lo que pretendían y en medio de este maremágnum, los Estados Generales, para asombro de la corte, llegaron a solicitar al rey[136] que las aceptara. Tras un desaforado ultimátum holandés, se produjo un tremendo enfrentamiento entre Roose y Aerschot, y la infanta tuvo que ordenar al *Audiencier* Verreycken que firmase una nueva autorización a los Estados Generales, imponiendo su criterio al de Roose a quien, como *Chef-Président* del Consejo, le correspondía otorgar el permiso.

135 Decreto de Felipe IV, 4 de noviembre de 1632, AGR, SEG, 456.

136 Los diputados de los Estados Generales de los Países Bajos a Felipe IV, 4 de diciembre de 1632, BRB, Manuscritos diversos.

Fue la previsión de la campaña de 1633 lo que dio pie a Roose para solicitar al rey que se derogasen una vez más los poderes de negociación de la infanta y sugerir incluso el texto del despacho que se le debería enviar con esta revocación. Felipe IV accedió a lo que pedía Roose sin tener en cuenta los servicios prestados por su tía a la corona desde principios de siglo, ni su orgullo ni su edad. Además, envió dos actas de revocación con fechas diferentes (12 de marzo y 12 de junio) y aprovechó arteramente la ocasión para revocar también el poder de convocatoria de los Estados Generales.[137] Para su mayor vergüenza el rey le encargaba que no informara a doña Isabel, con lo que Roose podría utilizar estos documentos en la forma que le pareciera mejor. Con esta reprensible acción Felipe IV dejaba a la gobernadora totalmente inerme ante la nobleza, la población belga y ante sus capitanes y sus tropas. Parecen así repetirse los malos hábitos que Felipe III había desplegado hacia Alberto e Isabel durante un cuarto de siglo. Roose continuaba actuando como un Estado dentro del Estado. Sus informes permitieron al Consejo de Estado en Madrid[138] criticar acerbamente la actuación de los Estados Generales, afirmando que las conversaciones con el enemigo demostraban la mala situación en que se encontraba España y que nunca se habrían celebrado en vida del archiduque Alberto. Hay que reconocer a la vista de esta situación que al poner la autoridad en manos de Roose, quitándosela a la infanta, la política de Madrid había hecho estériles todos los esfuerzos de los delegados belgas y era contraria a los intereses españoles en los Países Bajos. Pero tras examinar la memoria presentada por los Estados Generales y las instrucciones de la infanta, el Consejo acabó por concluir que, aun siendo inaceptables las pretensiones holandesas, en la situación presente no cabía sino consentir lo que en otro caso no se hubiera aceptado y evitar de este modo que la opinión belga hiciese recaer sobre el rey la responsabilidad de la ruptura.

137 Revocación del poder para convocar los Estados Generales, 4 de noviembre de 1632, AGS, Estado, 2.239.

138 Consulta del Consejo de Estado, 2 de marzo de 1633, AGS, Estado, 2.047.

En su apostilla a la consulta del Consejo de Estado, Felipe IV estableció que había que aprobar los esfuerzos de Roose para lograr la disolución de los Estados Generales que, en su opinión, constituían siempre un peligro. Y poco después escribió al *Chef-Président* aprobando su táctica de sembrar la división entre las provincias a las que debía hacer ver la realidad de la situación (al menos la que se veía en Madrid y que distaba de ser la opinión de la infanta). Resultaba imposible hacer cambiar de opinión al rey, que se manifestaba totalmente opuesto a concluir una tregua en las condiciones que pretendían los holandeses (conservar Pernambuco y poder comerciar en las Indias) y, confirmando su alto grado de duplicidad, encargaba a la infanta que no informara de esta postura a nadie salvo a Roose, ya que la petición de consulta que se pedía a los Consejos de Portugal y de Indias no era más que una cortina de humo sin que hubiera intención de atender a lo que estos pudieran decir. Además, ordenaba a la infanta Isabel que disolviera los Estados Generales en cuanto tuviera ocasión.[139] Felipe IV parecía estar jugando con cartas marcadas y, como la tensión con los holandeses no hacía sino crecer, trató de calmar a los Estados Generales[140] asegurándoles que el momento para negociar con el enemigo estaba mal elegido, porque sus condiciones eran más duras que las de 1609 y, aunque podría llegar a admitir que los holandeses participasen en el comercio español y portugués (pero no en el de las Indias), intentó convencerles de que sus intereses eran los mismos que los de la Monarquía.

139 Felipe IV a doña Isabel, 19 de julio de 1633, AGR, SEG, 206.

140 Felipe IV a los Estados Generales, 19 de julio de 1633, AGR, SEG, 206.

En un intento por aclarar la situación, la infanta aceptó en otoño enviar a Madrid en misión al duque de Aerschot, que había sido el promotor de los intentos de los Estados Generales en sus contactos con los holandeses, por lo que en la corte se le consideraba un traidor. Roose tuvo buen cuidado en tratar de desacreditarle, acusándole formalmente de haber hablado demasiado libremente en los Estados Generales, donde habría llegado a acusar a los ministros de la infanta (es decir, al propio Roose) de ser el obstáculo para lograr la paz.[141] Aerschot llegó a Madrid justamente después de la Navidad y fue recibido con todos los honores que le correspondían, pero la sombra de Roose se cruzó en su camino pues había enviado a su propio confesor a Madrid con la misión de informar al Consejo de Estado sobre las revelaciones de Gerbier, con lo que ponía en duda la fidelidad de Aerschot y otros nobles. La acusación de haber

participado en semejante intriga colocaba al noble flamenco tan en falso que no logró convencer a Olivares con sus argumentos, ya que persistía en asegurar que los contactos debían continuar incluso en el caso de fallecimiento de la infanta y, para colmo, llegó a afirmar que si finalmente se lograba alcanzar una tregua o firmar la paz con las Provincias Unidas, no se debía esperar que el territorio de los Países Bajos sirviera de base para otra guerra, esta vez con Francia. Tan convincentes parecieron sus argumentos respecto de las negociaciones, que Felipe IV y el Consejo de Estado se inclinaron por hacer un nuevo intento de arreglo, pero ocultando a Aerschot esta postura. El propio Felipe IV le presentó por escrito una serie de preguntas y ante lo que consideró respuestas vagas ordenó que fuese conducido a prisión. Acusado de traición permaneció encarcelado durante varios años sin que se acabara de sustanciar el juicio contra él y solo su muerte en septiembre de 1640 dio por terminado, sin condena ni rehabilitación, el procedimiento contra quien había sido la cabeza de la nobleza flamenca. Se cerraba de esta forma el triste capítulo de la rebelión de la nobleza flamenca en la que el motor tan solo había sido la ambición y los rencores personales, pues ni los que intentaron entregar los Países Bajos católicos a las Provincias Unidas ni los que trataban de hacerlo con Francia encontraron el apoyo de la mayoría de la población, lo que condenaba estos intentos al fracaso.

141 Consulta del Consejo de Estado, 26 de septiembre de 1633, AGS, Estado, 2.047.

Los Estados Generales no estaban dispuestos a disolverse sin haber logrado ninguno de sus objetivos y pidieron autorización a doña Isabel para que una delegación pudiera viajar a Madrid y exponer sus razones al rey. Pero consciente de la inutilidad del gesto la infanta negó el permiso. Al fin cayó la sentencia definitiva y el rey ordenó la disolución de los Estados Generales.[142] Acababa de esta manera una triste página de intrigas y esfuerzos vanos en los meses finales de vida de quien la había dado entera por España y por los Países Bajos.

142 Felipe IV a doña Isabel, 19 de noviembre de 1633, AGR, SEG, 207.

La llegada del cardenal-infante fue un tema que se repitió como un acorde recurrente a lo largo de 1633, entre la insistencia de la infanta y las bizantinas disquisiciones en Madrid sobre los títulos y poderes que debía ostentar don Fernando. Olivares había propuesto en el Consejo de Estado[143] que se le concediese el mando del ejército, lo que no solo fue de la conformidad de doña Isabel, sino que propuso que se le concediera además la máxima autoridad posible «en interés de nuestras provincias».[144] No fue sino hasta meses más tarde cuando el rey comunicó a don Fernando que le había concedido el título de generalísimo de los ejércitos de tierra y mar de los Países Bajos y la facultad de disponer de los empleos militares (salvo los reservados a la

colación real) dejando a Isabel a cargo del gobierno civil y de la gestión de los fondos procedentes de las provincias leales.

143 Consulta del Consejo de Estado, 16 de enero de 1633, AGS, Estado.

144 Doña Isabel a Felipe IV, 14 de febrero de 1633, AGS, Estado, 2.151.

Es fácil comprender que tal cúmulo de adversidades hubiera minado la salud de la anciana infanta. A finales de noviembre de 1633 Aytona se decidió a abrir el pliego secreto de instrucciones que para semejante situación le había encomendado el rey tres años antes. La lectura de su contenido aumentó la alarma de Aytona («me hallo confuso con ellas») y de Roose pues, tras el fallecimiento, se designaba para el gobierno a lo que ambos juzgaron un número excesivo de personalidades: el propio Aytona como gobernador general interino[145] y, junto a él, Carlos Coloma (capitán general de la artillería), el marqués de Fuentes, el conde de Feira, el duque de Aerschot, y Boonen (arzobispo de Malinas). Tal pléyade no haría sino añadir confusión en esos momentos tan delicados. Para Aytona y Roose la única solución razonable era encomendar el gobierno solo a una persona con la firmeza necesaria para dirigir los destinos de Flandes en momentos en que «los malcontentos están despachando correos al conde Henrique [van den Bergh] y al rey de Francia para revolver el estado».[146] Para evitar que surgieran problemas por las divergencias de los puntos de vista, Aytona —de acuerdo con Roose— pidió a Olivares que hasta la llegada del cardenal-infante se le extendieran poderes semejantes a los que había disfrutado la infanta pues, caso contrario, temía que se perdiese todo. El rey, en respuesta a esta petición, y tras consultarlo con el *Chef-président*, le designó para ejercer el gobierno en solitario[147] y ordenó al cardenal-infante que acelerase su viaje a los Países Bajos.

145 Los gobernadores generales que no eran de sangre real eran nombrados *ad interim*, aunque disfrutaban de las mismas prerrogativas que aquellos.

146 Aytona a Felipe IV, 28 de noviembre de 1633, AGS, Estado, 16.149.

147 Felipe IV a Roose, 18 de diciembre de 1633, BRB, Manuscritos diversos, 456.

Pero la arena del reloj de la vida de Isabel se acababa y el fatal desenlace se produjo poco antes del fin de año. El 28 de noviembre un rumor corrió como la pólvora por Bruselas: la infanta Isabel se estaba muriendo… Pronto las iglesias se llenaron de fieles que rezaban por la ilustre y amada señora que les había gobernado desde el final del siglo anterior. Pero, tras tantos años de luchas sin cuento, de angustias y de dolores, la vida de doña Isabel se agotaba rápidamente y la enferma recibió la extremaunción. El 1 de diciembre, a las cuatro de la madrugada, se produjo el fallecimiento.

Inmediatamente las campanas de la iglesia de Santiago, contigua al palacio, comenzaron a doblar a muerto seguidas por las de la catedral

de Santa Gúdula y poco a poco por las del resto de las iglesias de Bruselas. El fúnebre tañido anunciaba a la población que había fallecido su amada soberana y gobernadora, la Muy Alta y Poderosa Princesa Doña Isabel Clara Eugenia de Austria, infanta de España, archiduquesa de Austria, soberana de los Países Bajos hasta 1621 y su gobernadora general desde entonces.

8. UN INTERREGNO: EL GOBIERNO DE AYTONA

Desde su gobierno en Milán el duque de Feria preconizaba ya en 1631 la creación de un ejército que garantizara la comunicación entre los territorios españoles que se veían amenazados por todos lados. Para muchos parecía una evidencia que la defensa de los Países Bajos reposaba en gran medida en una firme presencia española en el Milanesado y en la comunicación entre ambos territorios. En la primavera de 1633 todo parecía estar listo para el gran movimiento militar y diplomático: desde las gestiones de Oñate ante el emperador para que sus tropas aseguraran el corredor hacia Flandes, completadas con el envío de emisarios como Saavedra Fajardo a Múnich y Vilani cerca de Wallenstein, hasta la formación de un potente ejército que acompañase a don Fernando. Olivares urgía a actuar con la mayor rapidez posible, pues «se perderá Flandes y a la par los demás Estados de la corona si no se toma algún expediente gallardo prontamente».[148] Pero la débil voluntad del emperador, la taimada actitud de Wallenstein y los triunfos suecos cerraban la puerta a un posible auxilio desde Alemania, con lo que las esperanzas se reducían al acuerdo negociado por Du Fargis en nombre del poco fiable Gastón de Orléans. La muerte de Gustavo Adolfo en Lützen ofreció a Olivares la posibilidad de recuperar la iniciativa en la política europea, soñando con un grandioso programa que la realidad demostraría estaba muy lejos de su alcance:

148 Cit. en Q. Aldea, *España y Europa en el siglo XVII*, tomo. III, vol. I, p. 93.

> […] acabar con todo, ajustar las cosas del Imperio, una elección del Rey de Romanos, la paz con Holanda con reputación, la de Italia y la restitución de Lorena, y meter en Francia la disensión apoyando al duque de Orléans, hermano del rey de Francia, que tan merecida tiene […].[149]

149 *Op. cit.*, p. 172.

Las amenazas bélicas y los movimientos conspiratorios de parte de la nobleza belga habían causado tal preocupación a Felipe IV que consideró necesario enviar instrucciones a Aytona[150] para proteger a doña Isabel si se producía una verdadera rebelión. Pero ya entrado 1633, la situación parecía menos peligrosa y el viaje de don Fernando desde Milán se consideró menos urgente. Para garantizar el paso hacia Flandes, Feria propuso en febrero de 1633 la creación del ejército de Alsacia, que serviría tanto para la defensa del Franco Condado (al que no era posible ayudar desde los Países Bajos), como para asegurar el

Tirol (pudiendo así ayudar al emperador y, en su caso, a las posesiones en Italia). Esto debía llevarse a cabo con la mayor urgencia pues:

150 Felipe IV a Aytona, 11 de diciembre de 1632, AGS, Estado, 2.239.

> […] escriben los ministros de Flandes que, para el bien de aquellos Estados, es muy importante que se forme luego este ejército en Alemania […] los suecos están muy poderosos y si no procuramos hacernos dueños de la campaña serán superiores los enemigos […] Pero, Señor, el emperador y el duque de Fritland [Wallenstein] están muy firmes en no conceder plazas de muestra ni tampoco gente vieja, aunque se les han hecho grandísimas instancias para ello […].151

151 Feria a Felipe IV, 2 de junio de 1633, AGS, Estado, 3.339.

Y al tener presente que durante el transcurso del viaje se pretendía recuperar Alsacia, proteger el Franco Condado y limpiar de tropas enemigas el camino a lo largo del Mosela y del Rin, rápidamente presentó una nueva propuesta152 en la que aumentaba notablemente los efectivos del proyectado ejército.

152 Feria a Felipe IV, 7 de agosto de 1633, resumiendo la historia del ejército de Alsacia, AGS, Estado, 3.340.

Feria se sentía muy preocupado por la dualidad que significaba que el poder en los Países Bajos estuviese compartido entre la infanta doña Isabel y don Fernando. Si a ello se añadía la multiplicación de los responsables del mando de las tropas, a Feria no le cabía duda sobre cuál sería el resultado. Vermeir153 se extraña de que el principal encargado de supervisar la operación fuese Feria y no Aytona, y lo interpreta como una posible muestra de desagrado de Madrid, porque algunas actitudes de Aytona parecían ser consideradas en la corte como insuficientemente rígidas, por ejemplo, su actitud estimada demasiado indulgente hacia los Estados Generales.

153 R. Vermeir, *En estado de guerra. Felipe IV y Flandes. 1629-1648*, p. 100.

Pero Feria —al que se adjudicaba para más tarde un papel fundamental en los Países Bajos— se resistía a la idea de tener que compartir el mando y, aunque estaba obligado a acatar las órdenes del rey, no dudó en hacer llegar a Olivares su opinión de cómo debería organizarse el gobierno de Flandes. Para él, multiplicar el número de jefes militares era la receta segura para el fracaso (como lo demostraría más tarde la realidad): «[…] suplico a V. E. considere que los inconvenientes que se han experimentado en la multiplicidad de cabezas que ha habido en Flandes se han de padecer ahora de la misma manera […]».154 Buscando razones que le permitieran escapar de la misión que se le asignaba expuso sus razones al ministro,155 insistiendo, vanamente, en sus argumentos sobre «la multiplicidad de cabezas» e invocando los problemas económicos que el servicio al rey le había causado y a los que difícilmente pensaba poder hacer frente.

Parecería que estaba presintiendo que la misión en Alemania podía ser su fin. Pero la decisión final fue su nombramiento como capitán general del ejército de Alsacia.[156]

154 Feria a Olivares, 20 de diciembre de 1632, AGS, Estado, 3.338.

155 Feria a Olivares, 22 de marzo de 1633, AGS, Estado, 3.338.

156 Feria a Felipe IV, 2 de junio de 1633, acusando recibo del nombramiento, AGS, Estado, 3.339.

Una vez terminados los preparativos, a finales de agosto el ejército comenzó su marcha bajo las órdenes de Feria. Tras avanzar por la Valtelina y el Tirol se produjo la unión con las tropas bávaras e imperiales y, en una veloz campaña, avanzó por Constanza hasta Brisach. Pero en esos momentos Maximiliano de Baviera reclamó el regreso de sus soldados para defender su territorio con lo que el avance quedó detenido. Para colmo de desgracias una epidemia de tifus, tan habitual en los ejércitos de la época, segó la vida de Feria en Múnich el 12 de enero de 1634, dejando descabezado el ejército y poniendo en peligro la compleja operación militar. El fallecimiento del general obligaba a nombrar un substituto y Felipe IV decidió que, bajo el mando supremo del cardenal-infante como generalísimo, fuese el marqués de Leganés quien se hiciese cargo del gobierno de las armas.[157]

157 Consulta del Consejo de Estado, 11 y 20 de febrero de 1634, AGS, Estado, 2.235.

Las instrucciones a don Fernando para el gobierno de los Países Bajos revelan que el rey quiso poner límites a su juventud y su inexperiencia y dejan traslucir una confianza limitada, similar a lo que ocurrió años más tarde cuando nombró a su hijo Juan José y puso a su lado un «seguro» que evitara cualquier desviación de las normas que debían regir la acción del bisoño gobernante. La muerte de Feria obligó a Felipe IV a optar definitivamente por Aytona, a quien ordenó que «[…] si acaso el cardenal-infante, mi hermano, se resolviese tal vez a no seguir vuestro dictamen en negocio tan grave y de calidad que se aventure en todo o en parte la conservación de los Estados o de los ejércitos, me daréis puntualmente cuenta, habiendo tiempo para ello […]».

Y no solo le concedía la posibilidad de amonestarle sino que incluso le hizo depositario de una carta secreta encargándole que «[…] usareis [de ella] con el valor y prudencia que fío de vos […]» y autorizándole a que «[…] sin embargo de lo que mi hermano resolviere, se ejecute lo que os pareciere conviene más a mi servicio que, en virtud de estas, os doy poder para ello y mando a los maestres de campo, castellanos de castillos y demás cabos y ministros del ejército que os obedezcan y cumplan vuestras órdenes[…]».[158]

158 Dos escritos de Felipe IV a Aytona, 29 de septiembre de 1634, Biblioteca del British

Museum, Ms. Add. 14.007.

En un capítulo anterior se ha hablado de la reacción de Aytona y de Roose al abrir las instrucciones para el gobierno en el periodo que mediara entre el fallecimiento de doña Isabel y la llegada de don Fernando. Pero el escaso plazo que medió entre su petición de que el gobierno recayese sobre una sola persona y la muerte de la infanta obligó a Aytona a atenerse al contenido de dichas instrucciones y a reunir a todos los miembros del gobierno interino —que prestaron juramento el 2 de diciembre—, reservarse el mando militar en espera de nuevas instrucciones y poner inmediatamente la situación en conocimiento del cardenal-infante. La interrupción de la campaña a lo largo del Rin coincidió con las malas noticias que llegaban de Bruselas y, ante la inminencia del fallecimiento de la infanta Isabel, Aytona urgió al cardenal-infante a que apresurara su llegada a Bruselas, «porque estas son las ocasiones en que los príncipes pueden y deben aventurar sus personas».[159] Aytona tuvo que convivir con Roose, pues había sido él mismo quien pidió a Olivares que le permitiese regresar a Bruselas, «porque no tengo aquí otro hombre de quien fiar en materias políticas del país sino en él». Pese al atrabiliario carácter del *Chef-Président* que, con excesiva frecuencia, parecía considerarse en posesión de la verdad absoluta, Aytona logró mantener con él una relación muy distinta de la que luego existió entre don Fernando y Roose, falta de entendimiento que hizo muy difícil enfrentarse debidamente a la situación en que se debatían los Países Bajos.

159 Aytona a don Fernando, 1 de diciembre de 1633, AGR, SEG, 2.047.

La petición de Aytona y Roose de que se nombrase a una sola persona no solo fue bien recibida por el Consejo de Estado, que estimó que «… de la prudencia del marqués de Aytona se puede confiar en que hará todo como más convenga al servicio de V. M. y a la quietud y conservación de aquellos estados…»,[160] sino que llegó aún más lejos en sus previsiones y propuso que si falleciera Aytona fuese reemplazado por Gonzalo Fernández de Córdoba. El Consejo de Estado propuso que se encargase provisionalmente del gobierno, dejando a su discreción (y a la de Roose) la posibilidad de que quedase como gobernador general interino, aunque quedando en sus manos la opción del gobierno único. El Consejo de Flandes, para evitar las dudas de Aytona, que habría preferido dejar el cargo a Córdoba, redactó el 19 de diciembre una patente como gobernador a su nombre, manteniendo a su lado a los otros miembros del gobierno provisional, con lo que se le permitiría en su momento hacerse cargo oficialmente de la gobernación bajo las mismas condiciones que el colectivo. De todos modos, la decisión de encomendar el gobierno a Aytona en solitario estaba tomada y, de paso, era la ocasión para dar

por terminados los Estados Generales para lo que Olivares contaba directamente con Roose.

160 Consulta del Consejo de Estado, 13 de diciembre de 1633, AGS, Estado, 2.047.

Fue el propio Felipe IV quien decidió revocar estas instrucciones y ordenó explícitamente a Aytona que suprimiera toda actividad de ese «gobierno colectivo», nombrándole formalmente gobernador general interino pues «así conviene a mi servicio y es mi deliberada voluntad sin que podáis excusaros de ello ni arbitrar contra esta orden».[161] Y simultáneamente comunicó esta decisión a los Estados Generales, los provinciales, instituciones y personalidades de Flandes. De esta forma quedaron modificadas las disposiciones sobre el gobierno de los Países Bajos tras la muerte de la infanta y se cubrió el vacío de poder. Pese a que la designación de Aytona y la esperanza de la llegada de un príncipe de sangre real fueron motivos de celebración en Flandes, el año 1633 transcurrió en un continuo cavilar en cómo se lograría el paso desde Milán en condiciones suficientes de seguridad. La designación de Aytona fue con certeza lo mejor que se podía hacer, ya que desde su llegada a los Países Bajos había demostrado tener capacidad para comprender las dificultades del pueblo y la nobleza y, siguiendo el ejemplo de la infanta, siempre trató de ser su intérprete ante la corte, a diferencia de lo que había ocurrido los años anteriores con el cardenal de La Cueva, el embajador español que fue tan odiado por los belgas:

161 Felipe IV a Aytona, 29 de diciembre de 1633, AGS, Estado, 2.241.

> No hay otro medio ni forma de encaminar las cosas del servicio de Su Majestad que confiar a los del país la pública salud de su patria y su religión […] Yo no sé, Señor, cómo podemos conservar estas provincias en la devoción de Su Majestad desconfiando de ellos y no dándoles parte en el gobierno. Y cuando Su Majestad tuviera un ejército grande y muy asistido de España juzgara yo por cosa peligrosa el tratar mal y despreciar a esta gente, teniendo a Francia, Holanda e Inglaterra que les aconsejen que nos echen y les ofrecen asistencia para ello. Y puedo asegurar a V. M. que no conozco a ninguno de quien no me parezca que se puede hacer tanta confianza como de cualquiera de nosotros.[162]

162 Aytona a Felipe IV, 5 de diciembre de 1629, citado por P. Gachard en «Don Francisco de Moncada, Marqués de Aytona», Biographie Nationale, p. 579.

A todo esto, como avisaba Aytona, Francia había ido reemplazando a los suecos en una serie de zonas, especialmente en el Palatinado, lo que para Olivares constituía la prueba de que «los franceses obran ya con claridad y la máscara casi quitada del todo, con la ventaja de la Lorena que han ocupado y con lo que no queda más que el agujero de Colonia». En tal situación, había que encontrar los fondos que permitieran «formar un cuerpo considerable de infantería y caballería con la que hacer rostro, socorrer las plazas que acometiere el rey de Francia y abastecer, municionar y fortificar las plazas fronteras a aquel reino».[163]

163 Consulta del Consejo de Estado, 23 de enero de 1634, AGS, Estado, 2.048.

Además de las dificultades económicas y militares que suponía la presión holandesa, Aytona tuvo que enfrentarse con los problemas diplomáticos planteados por la condena a la pena capital de van den Bergh por el Consejo de Malinas[164] y el encarcelamiento de Aerschot en Madrid, como consecuencia de las informaciones de Gerbier pagadas a precio de oro. Este caso provocó un enorme revuelo en los Países Bajos, ya que Aerschot era el noble flamenco de mayor rango al ser caballero del Toisón de Oro y Grande de España. El rey trató de justificar el encarcelamiento alegando que el duque, pese a todas las oportunidades que se le habían dado para justificar su posición, se había obstinado en ocultar la verdad. La amplitud de la conspiración hizo que se detuviese a los príncipes de Epinoy y Barbançon, pero Aytona logró evitarlo para Egmont y Warfusé, lo que provocó la extrañeza del Consejo de Estado, que estimaba que había sido la lenidad mostrada por Aytona lo que había dado alas a la conjura. Más tarde el gobernador decretó un perdón general con el que se trataba de dar por terminado el asunto.[165] Por desgracia, sus beneficios no alcanzaron a Aerschot, que acabó falleciendo en su prisión en España en septiembre de 1640. Había que tratar ahora de sofocar el fuego producido por todos estos acontecimientos y el Consejo de Flandes propuso al rey velar por sus vasallos de los Países Bajos, concediéndoles el mayor número posible de mercedes y dejando claro cuáles eran los nombramientos que él se reservaba y cuáles serían responsabilidad del gobernador.

164 Aytona a don Fernando, 14 de marzo de 1634, AGR, SEG, 2.289.

165 Perdón general, 29 de abril de 1634, cit. en P. Gachard, *Actes des États-Généraux*, vol. II, p. 552.

El Consejo de Estado[166] examinó con todo detalle la situación de la guerra en los Países Bajos y la posibilidad o la conveniencia de alcanzar una tregua. Para ello tuvo en consideración no solo los documentos que recibía de Flandes o de otros lugares, sino también las consultas de los Consejos de Portugal y de Indias, pues la amplitud territorial de la guerra afectaba de manera directa a sus competencias. La extensión de la consulta, la amplitud de las observaciones de los consejeros y la decisión final del rey de declarar secreto todo el procedimiento subraya claramente la dificultad de encontrar una solución al problema. Como de costumbre, fue Olivares quien encabezó las discusiones y su parecer fue al que se refirieron los otros miembros del Consejo:

166 Consulta del Consejo de Estado, 16 de marzo de 1634, AGS, Estado, 2018.

> […] en cuanto a la tregua […] es el negocio más importante que puede hoy ofrecerse a V. M.: el que se concluya luego y prontamente […] con tal que quede a V. M. seguro lo

> que posee hoy en aquellos Estados […] y que las Indias occidentales con el Brasil e islas adyacentes de las Indias queden limpias de holandeses, y la Compañía Occidental totalmente deshecha sin poder subrogar otra en su lugar ni allí ni fuera en Estados neutrales […] Pero el temor que tiene [es] que holandeses no concluirán la tregua de ninguna manera […] y no alcanza cómo sería posible quedar V. M. sin Mastrique y con seguridad ninguna en lo que queda […].

Los argumentos del ministro fueron seguidos en su casi totalidad por los demás consejeros y resulta interesante mencionar las afirmaciones de los marqueses de Leganés y de Santa Cruz. Para el primero, «[…] no puede haber treguas firmes y seguras para los Estados obedientes quedando Mastrique en poder de los rebeldes […]», y el segundo se mostraba también muy pesimista, porque,

> Aunque se les concediese a los rebeldes más de lo que propone el conde no se harían las treguas porque […] cuando lleguen estas órdenes de V. M. los ejércitos estarán ya en campaña. Y si las armas de V. M. tienen buenos sucesos en Flandes y en Alemania se harán las treguas con la reputación que conviene a la soberanía y grandeza de V. M.

La perplejidad de Felipe IV se refleja en una segunda apostilla a la consulta. ¿Había que buscar una tregua? Dudaba y achacaba a la Tregua de los Doce Años haber sido «el principio de la ruina y última desolación de mi Monarquía». También le dolía la firmeza con que Spinola había defendido sus argumentos cuando vino a Madrid en 1629 y se enfrentó con Olivares: «Con gloria mía se hubiera experimentado a no haberse entregado mis armas a un traidor [van den Bergh] por no haber querido el marqués Spinola irse de aquí». El monarca desconfiaba de una tregua de la que «llego a temer con gran fundamento que el hacerla por tal camino es tomar un breve consuelo para un fin cierto de todo lo demás que queda […]». Fruto de tantas dudas e indecisiones fue la orden de enviar a Aytona todos los papeles, consultas y resoluciones, que Felipe IV ordenó además que fueran mantenidas bajo el sello del secreto, «con poder libre y plenipotencia para poder tratar y concluir hacer y deshacer, por sí o por subdelegados, por los que han tratado, o por otros, en una calidad o en otra, lo que le parezca más conveniente para mi servicio añadiendo que, no obstante mis resoluciones, le doy facultad de alterarlas en todo o en parte». Y, como parecía incapaz de tomar una resolución y adoptar una postura clara, semejante apostilla hacía recaer la entera responsabilidad sobre los hombros de Aytona.

La renovación por Francia y las Provincias Unidas del acuerdo de 1630 hizo patente la imposibilidad de alcanzar un resultado positivo en cualquier negociación. Para el rey resultaba claro que la actitud inflexible de los holandeses y sus exageradas peticiones eran la prueba de que no querían la paz y que Charnacé, el embajador francés, había logrado sus objetivos. Era pues el momento de dar por muertos a los Estados Generales, aunque, para suavizar el despido, el rey les prometió volver a contar en breve con sus servicios para alcanzar una

tregua o una buena paz.

Mientras tanto, todos tenían en la mente el viaje del cardenal-infante amenazado por la guerra en Alemania y por la agresividad francesa. Francia había ocupado Pinerolo, en Italia, y la Lorena, poniendo en peligro la línea de comunicación española y haciendo dudar a Olivares sobre la conveniencia de provocar la ruptura,[167] con la consiguiente repercusión en los Países Bajos, hacia donde se encaminaba don Fernando. Por si todo fuera poco, tras el fallecimiento del duque de Feria, Wallenstein fue asesinado pocas semanas después («efecto de la bondad divina», según escribió Aytona a Axpe).

167 El conde-duque sobre la materia de romper o no con Francia, 26 de enero de 1634, AGS, Estado, 1.423,

En esta compleja situación, Aytona recibió poderes para negociar una tregua con Holanda, pero eran vagos y no fijaban con claridad las condiciones en que cabría llevar a cabo la negociación. [168] Al mismo tiempo el Consejo de Estado urgía la conclusión de una tregua, pidiendo se ofrecieran a los holandeses dos millones de libras por la recuperación de Pernambuco y los puertos de Brasil y las Antillas (que quedarían cerrados al comercio neerlandés). Y como había que tener muy presente el otro posible frente, Aytona alcanzó con el siempre imprevisible Gastón de Orléans un acuerdo,[169] conforme al cual el príncipe francés prometía no reconciliarse con su hermano sin autorización de Felipe IV y alinearse con la casa de Austria si se producía la guerra con Francia, a cambio de lo cual recibía el mando de unas tropas cuya existencia era más que dudosa, pues habría que convencer al emperador y al rey de Hungría para que prestaran su concurso. Conocida la «fidelidad» con la que Gastón cumplía sus compromisos, Felipe IV aconsejó a su hermano que, como prenda, se retuviese en Bruselas a su esposa, Margarita de Vaudemont-Lorena. Pero creer en la lealtad del Orléans era como tratar de poner puertas al campo: cuando llegaron a Bruselas las noticias del triunfo del cardenal-infante en la batalla de Nördlingen, el francés escapó abandonando a su esposa, su madre y a los numerosos acreedores que se encontraron de la noche a la mañana con unas deudas incobrables.

168 Felipe IV a Aytona, 18 de marzo de 1634, AGR, SEG, 209.

169 Tratado firmado en Bruselas, 12 de mayo de 1634, AGS, Estado, 2.605.

Aytona había avisado a don Fernando[170] que temía un ataque holandés en unos momentos en que no parecía oportuno ponerse en campaña, sobre todo teniendo en cuenta de la posición del Consejo de Estado sobre la compra de Pernambuco, para la que había recibido el correspondiente poder. Y, aunque el Orange continuaba reforzando sus tropas en la frontera, el gobernador creía que la situación se

pondría más difícil si los franceses atacaban los Países Bajos por la frontera meridional. El cardenal-infante pidió a Aytona que le indicase el que consideraba mejor camino para llegar a los Países Bajos y este le sugirió[171] que, para engañar al enemigo y ante el peligro de un enfrentamiento con holandeses o suecos, hiciese preparativos por diferentes rutas y decidiese solo en el último momento cuál de ellas utilizaría. Para precaverse de un posible enfrentamiento, don Fernando envió mensajeros al rey de Hungría para acordar la unión de las tropas imperiales con las españolas, lo que permitiría a Aytona estar listo para hacer frente a un posible ataque francés que podría producirse en la Picardía o en la costa flamenca.

170 Aytona a don Fernando, 14 de marzo de 1634, AGR, SEG, 2.289.

171 Aytona a don Fernando, 3 de junio de 1634, AGR, SEG, 2.289.

El gobernador urgía la llegada de don Fernando,[172] porque los franceses habían «desvalijado el confín de Luxemburgo, el de Italia y Alemania». Además, el príncipe de Orange tenía sus tropas preparadas en la frontera, lo que obligaba a Aytona a salir en campaña. Por todo ello insistía en la necesidad de que don Fernando se apresurase porque, si llegaba antes de finales de agosto, «se podría hacer alguna cosa de consideración» y recalcaba a Leganés que si por parte alemana se les pedían les cediesen tropas habría que negarse a permitir que fueran de españoles, italianos o borgoñones «porque la guerra no se podría hacer sin ellos».

172 Aytona a Leganés, 20 de junio de 1634, AGR, SEG, 2.294.

Cuando llegó el buen tiempo, Aytona avanzó con un importante ejército hacia Amberes y sitió Maastricht con una parte mientras atacaba por sorpresa con la otra Rheinberg (donde Frederik-Hendrik había situado sus tropas). El asedio de Maastricht no prosperó. La ciudad estaba bien preparada para la defensa y disponía de una importante guarnición, por lo que mantener el asedio habría significado una importante pérdida de tiempo y de medios. Con su ataque a Maastricht, Aytona quería evitar una posible unión de las tropas holandesas y las suecas. Como los holandeses no disponían de tropas suficientes para soportar un choque directo con las españolas, los Estados Generales optaron por hacer levantar el asedio de Maastricht; para ello Frederik-Hendrik hizo una maniobra de diversión atrincherándose ante Breda y esperando ocuparla si los españoles lograban tomar Maastricht. Como Breda no estaba en condiciones de soportar un asedio holandés, Aytona levantó el de Maastricht para acudir en su defensa y las tropas del Orange se retiraron sin ofrecer combate. Estimando que ya era tarde para obtener buenos resultados en lo que podía quedar de campaña, Aytona retiró su ejército hacia Bruselas.

Como señala J. I. Israel, en la campaña de 1634 se invirtió la correlación de fuerzas que había sido favorable a las Provincias Unidas desde la Tregua de los Doce Años.[173] Si Aytona estaba escaso de tropas, Frederik-Hendrik luchaba con las reticencias de Holanda para votar los presupuestos necesarios para las tropas y con los focos de agitación surgidos en Frisia. Por su parte, Richelieu no se atrevía todavía a romper directamente con España y se contentaba con hacer una guerra «por poderes» mediante sus aliados orangistas, con los que renovó su tratado y sus subsidios en abril. Aunque los holandeses intentaron convencerle de que invadiera los Países Bajos, el cardenal no estaba muy convencido de la bondad de la idea. Si Francia llegaba demasiado cerca de las Provincias era probable que se dispararan los celos y el antagonismo, pues los holandeses tenían siempre en mente el viejo adagio de «*Gallia amica, sed non vicina*». Lo único que parecía tentar a Richelieu era transformar los Países Bajos en una especie de república federal católica que sirviera de tampón con las Provincias Unidas y no modificó su posición hasta después del triunfo de don Fernando en Nördlingen y el regreso a Francia de Gastón de Orléans.

173 J. I. Israel, *La República holandesa y el mundo hispánico. 1606-1661*, p. 215.

Camino a Flandes el cardenal-infante envió emisarios a su primo Fernando, rey de Hungría, para pedir su ayuda una vez que se había decidido la unión del ejército español con el imperial, y a los que se uniría la caballería que enviara Aytona desde los Países Bajos. Las instrucciones de Felipe IV[174] prescribían la liberación de Brisach y el sometimiento de Sajonia, con lo que el rey estimaba que ya sería posible alcanzar la paz y proceder a la elección (difícil, pero no imposible) del Rey de Romanos. El bloqueo de la fortaleza de Brisach por el *Rhingrave* (conde del Rin) protestante Otto Luis revestía suma gravedad, puesto que, al ser el único paso entre Basilea y Estrasburgo, podía impedir el paso del Rin y bloquear el camino de las tropas desde Italia. Su liberación aseguraría este paso y facilitaría las futuras operaciones en Alsacia cuando mejorase la situación del Imperio. Leganés recibió la orden de socorrer Brisach, por lo que pidió 3.000 jinetes al rey de Hungría para escoltar víveres y municiones hacia Rheinfeld y Brisach.[175] Don Fernando trataba de salir de Alemania cuanto antes ya que, por el mal ejemplo que daban los soldados imperiales, su ejército estaba peligrosamente afectado por la indisciplina y lo único que le retenía era el socorro de Brisach. Pero, tras el triunfo en Nördlingen en septiembre, la situación parecía menos grave, pues el enemigo se había visto obligado a reorganizar sus tropas, con lo que el bloqueo de Brisach había perdido algo de fuerza. El capitán Gabriel de Toledo, enviado por Leganés, logró avituallar la fortaleza a fin de julio con lo que parecía quedaba segura por el momento y finalmente, en una intervención rápida y victoriosa,

Feria obligó al enemigo a levantar el sitio de Constanza y el 16 de octubre tomó la estratégica Brisach.

174 Felipe IV a don Fernando, 12 de octubre de 1634, AGS, Estado, 2.241.

175 Leganés al rey de Hungría, 10 de julio de 1634, AGR, SEG, 2.294.

El Consejo de Estado agradeció[176] a Aytona la habilidad con la que hacía frente a sus obligaciones militares y con la que había evitado la traición de algunos flamencos. Pero las noticias eran inquietantes: Luis XIII había ofrecido dinero al príncipe de Epinoy para que corrompiese a los comandantes y a las tropas de varias plazas fuertes lo que hizo extremar sus defensas. La llegada de don Fernando a Bruselas y la nueva huida de Gastón hicieron que el rey adoptase nuevas disposiciones para tener en cuenta las negociaciones con las que Oñate desde Viena intentaba conjurar el peligro franco-holandés. Para tal fin, se destinaron nuevos fondos a mantener diez mil soldados alemanes bajo mando español.

176 Consulta del Consejo de Estado, 14 de octubre de 1634, AGS, Estado. 2.048.

Apenas había llegado don Fernando a Juliers cuando se dio de bruces con la pésima situación económica y militar con las que tenía que enfrentarse.[177] Escéptico sobre la posibilidad de obtener tropas imperiales, aconsejó al rey que, si había fondos para ello, se procediese a realizar levas que se unirían a las tropas de Tomás de Saboya para operar en Westfalia (ocupada por el enemigo, con la excepción de Munster). Pero como de costumbre el problema era el dinero, o más bien su falta, por lo que no hubo más remedio que posponer hasta la primavera siguiente la decisión sobre las operaciones. Cabe señalar que la llegada del cardenal-infante a Bruselas apenas supuso una reducción de las responsabilidades de Aytona ya que, aunque dejara de ser el gobernador general, su nombramiento como gobernador de las armas y como mayordomo mayor de don Fernando le obligaba a continuar en la primera línea de la política española en Flandes.

177 Don Fernando a Felipe IV, 24 de diciembre de 1634, AGR, SEG, 211.

Cabría pensar que, una vez que el cardenal-infante había tomado posesión de su gobierno, estaba todo resuelto y que solo había que hacer frente a la guerra. Pero en Madrid siempre latía un temor: la sombra de la muerte no rondaba solo en los campos de batalla, sino también en los palacios y, como había sucedido con la infanta Isabel, era preciso pensar en todo y ponerse en la peor situación. En consecuencia y tras su estudio por parte del Consejo de Estado, se cursó a Martín de Axpe (secretario de Estado y de Guerra del cardenal-infante) una doble serie de cinco cartas cerradas cuyos sobres venían marcados con las cinco primeras letras del alfabeto.[178] Axpe debía

tener siempre a mano una de esas series y la otra debía depositarse a buen recaudo en la ciudadela de Amberes.

178 Felipe IV a Axpe, 16 de julio de 1635, AGS, Estado, 2.242 y 2.050.

En las cartas se preveían todas las situaciones en caso de muerte de don Fernando. Cuando llegara ese momento, Axpe abriría la carta marcada con la letra A que contenía el nombramiento con carácter interino de Aytona como gobernador y capitán general. Pero «si la persona mencionada en la carta A» no estuviese disponible (nadie tenía garantizada la vida…), se continuaría con la serie abriendo las cartas B y C. La primera establecía de nuevo un gobierno colectivo[179] en el que se separaban el gobierno civil y el mando militar. Y, finalmente, en la carta D se nombraba a los posibles substitutos del gobierno colectivo, y en la carta E se preveía la sucesión del maestre de campo general por un triunvirato de altos oficiales.

179 Nada menos que el duque de Lerma, el almirante de la armada (si era español) y, en su defecto, el gobernador de Cambrai (también si era español), el gobernador de Amberes, el arzobispo de Malinas, Roose y el duque de Havré.

9. EL CAMINO HACIA LA GLORIA

Con el cardenal-infante enfermo en Milán, el duque de Feria había iniciado la marcha en agosto de 1633 atravesando las tropas españolas la Valtelina por primera vez en diez años, mientras que el duque de Rohan recibía órdenes contradictorias de París y, en último extremo, no hacía nada por impedir el paso. El avance significó que se modificaba la situación en Alemania y, debido a la amenaza del sueco Horn sobre Baviera y a la culpable inactividad de Wallenstein, el emperador, pese a la oposición del segundo, pidió a Felipe IV que Feria entrase en Alemania y, rompiendo sus acuerdos con Wallenstein, colocó las tropas de Aldringen que estaban en Baviera bajo las órdenes de Maximiliano. Este, tras recibir además una subvención de Madrid, aceptó la intervención española. La llegada de Feria obligó a los suecos a dividir sus tropas y, mientras dos de sus comandantes, Worth y Bernardo de Saxe-Weimar, perdían pie en Baviera, Horn se esforzó por ocupar Constanza para bloquear los pasos del Tirol.

Parecía que ya estaban reunidas todas las condiciones para iniciar la aventura del paso hasta Flandes y la primavera hacía ya imposible esgrimir las dificultades del paso por los Alpes. Dando muestras de prudencia, antes de comenzar los movimientos del ejército y los suyos propios el cardenal-infante tuvo buen cuidado en preocuparse por reforzar las alianzas con los cantones católicos suizos, ya que el camino más seguro que se ofrecía para tan importante operación era el paso por la Valtelina y el Tirol. Para ello se firmó en Milán el 20 de junio de 1634 con esos cantones y con el abad de Saint Gallen un acuerdo que establecía la libertad recíproca de comercio y determinaba las condiciones en las que se podría efectuar el paso. Cabe resaltar el artículo sexto de este acuerdo, que fijaba las condiciones en las que transitarían las tropas por el territorio suizo portando sus armas, los fondos y las mercancías necesarias para el viaje, y las exigencias que garantizaban a los habitantes a lo largo del camino contra posibles desmanes. Estos requisitos se pueden resumir en los siguientes puntos:

— Se daría aviso previo del paso de tropas para que se pudieran obtener los aprovisionamientos necesarios.

— Las tropas marcharían en grupos no superiores a doscientos hombres, que estarían bajo la responsabilidad de su capitán.

— Entre uno y otro grupo de soldados se mantendría la distancia correspondiente a una jornada de marcha.

— Los soldados no llevarían las «armas altas», sino que se transportarían debidamente embaladas para evitar cualquier incidente.

— En el supuesto de que los soldados cometieran algún delito, el castigo sería responsabilidad de sus oficiales.

— Para evitar que se pudiera producir carestía de provisiones en los cantones que cruzaran las tropas, se debía hacer previamente en Milán el acopio necesario de estas.

Tres días después de la firma de este acuerdo se inició el movimiento de tropas hacia el lugar señalado en el Tirol como plaza de armas. En esos momentos el ejército estaba compuesto por unos 10.000 infantes y 2.000 jinetes, y hay que subrayar que el porcentaje de españoles era bastante limitado, como había ocurrido tradicionalmente con las tropas españolas que luchaban en Flandes. El número de soldados españoles en aquel territorio ha sido siempre uno de los mitos utilizados de forma más falsa e inexacta; a título de ejemplo cabe recordar que el ejército de Alejandro Farnesio estaba compuesto por unos 60.000 hombres, de los que tan solo 6.000 eran españoles, mientras que los flamencos ascendían a 48.000 y los italianos a 6.000. Y en las tropas del duque de Alba (50.000 soldados) había unos 8.000 españoles en tanto que los flamencos eran nada menos que 30.000.

Es fácil imaginar la complejidad logística que significaba el movimiento y aprovisionamiento de ese elevado número de hombres, caballos y ganado, lo que hace fácil comprender que el avance de un ejército suponía que una extensa zona a lo largo y ancho del camino quedara prácticamente esquilmada y que, en consecuencia, estos tránsitos alarmaran a una población empobrecida por tantos avatares. Además de estos problemas, había que tener muy presente la necesidad de mantener el buen orden de las tropas que iban a cruzar el Tirol, ya que las mismas procedían de distintos orígenes. Como señala Aldea,[180] desde Milán avanzaban contingentes llegados de España y de los tres reinos italianos, y a la que se sumaban las tropas reclutadas o estacionadas en el mismo Tirol, o las que permanecieron en Baviera tras la muerte del duque de Feria después de levantar el asedio a Ratisbona y la recuperación de Constanza y Brisach.

180 Q. Aldea, *op. cit.*, p. 259.

Al haber sido ocupada la Lorena por Francia, el enfoque de las operaciones se veía modificado, y cuando Feria y Aldringen avanzaron hacia el Rin, se comprobó el peligro que suponía hacer pasar el ejército por Alsacia, donde habían logrado reunirse el ejército francés y las tropas suecas de Horn. En noviembre, Bernardo consiguió tomar Ratisbona y, al encontrarse las tropas españolas e imperiales sin provisión suficiente de alimentos, era imperativo buscar un cuartel de

invierno; pero Maximiliano no accedió a la petición de permitirlas invernar en Baviera y, a regañadientes, el emperador accedió a concederles cuarteles en la Baja Austria y Salzburgo, cuyo arzobispo se negó a recibirlas.

En el lado imperial la pasividad de Wallenstein había hecho subir la tensión en la corte de Fernando II y, en España, Olivares afirmaba en el Consejo de Estado que «por contemporizar con Fritland y los que le mantienen se verá presto en Alemania la ruina de la Casa de Austria y que todos conocen que Fritland más hace la guerra para sí y sus fines que para los del emperador y que es enemigo declarado del Señor rey de Hungría y siempre procurará echar de Alemania al duque de Feria o arruinarle»[181] y, en otra consulta de la misma fecha aseguraba que «Fritland no holgará de ver en el Imperio otras armas que las suyas florecientes, ni en otra parte». La actitud de Wallenstein en 1634 era ya claramente irracional y parecía obedecer únicamente a las orientaciones que le daban sus astrólogos, de forma que la oposición al generalísimo venía ya de ambientes muy diferentes: Maximiliano de Baviera (pero con cierta discreción, pues no parecía dispuesto a dar la cara en este asunto), los jesuitas, por parte española Oñate y Quiroga (nuevo enviado ante Wallenstein). Incluso en sus propias tropas se iba incubando una oposición cuya cabeza parecía ser Piccolomini. Harto del general, el emperador lo consideró claramente como rebelde y el 24 de enero liberó a las tropas de toda obediencia; culminando esta puesta fuera de la ley, el 18 de febrero le acusó directamente de conspiración lo que equivalía a una condena a muerte que fue ejecutada pocas semanas más tarde por los propios oficiales del general bohemio. Al liberarse de tan incómodo general, el emperador pudo nombrar el 27 de abril al archiduque Fernando como comandante en jefe y que sería secundado por Gallas.

181 Consulta del Consejo de Estado, 19 de febrero de 1634, AGS, Estado, 2.335.

Como después del paso por Suiza había que atravesar el Tirol hubo también que llevar a cabo las correspondientes negociaciones, que fueron encomendadas a don Fadrique Enríquez, nieto del almirante de Castilla, a quien se encargó una doble misión: la coordinación de la compleja operación logística que permitiese el paso del ejército con la mayor rapidez y el mínimo de problemas, y la negociación del paso del Tirol con la archiduquesa Claudia así como obtener la designación de una plaza de armas donde pudiera reunirse la tropa.[182] Como miembro de la casa de Austria, la archiduquesa se había mostrado favorable a la concesión de facilidades para el paso del ejército, aunque la Dieta imperial se había hecho eco de las reservas de la población, temerosa de cualquier tránsito de tropas, pues no en vano la terrible guerra que se libraba desde hacía casi veinte años había

asolado Alemania y había sembrado de muerte y desolación toda la Europa central.

182 La archiduquesa Claudia de Médicis había quedado como condesa soberana del Tirol al fallecer en 1632 su marido, el archiduque Leopoldo, hermano del emperador Fernando II.

Las dificultades parecían acumularse en estos momentos iniciales de 1634. En diciembre anterior Feria había caído enfermo de lo que se llamó «una calentura maligna» y el 12 de enero se produjo el fallecimiento de quien había sido la pieza más importante del dispositivo militar y diplomático de España. Había que proceder rápidamente a su reemplazo y, como no parecía conveniente que Aldringen quedara al mando de las tropas españolas aunque ostentara el cargo de maestre de campo general, el Consejo de Estado discutió el tema 183 y Felipe IV dispuso que fuera Leganés quien ocupara el puesto de gobernador de las armas.

183 AGS, Estado, CCE, 11 de febrero de 1634.

El asesinato de Wallenstein permitía a Olivares relanzar su estrategia de ocupar el curso del Rin y tratar de obligar a Fernando II a prestar ayuda en la guerra contra las Provincias Unidas y ello resultaba más urgente cuanto que se iban descubriendo más pruebas de la conspiración y traición de van den Bergh. No cabía descuidar la situación de los Países Bajos y para Olivares la tregua era:

> El negocio más importante que puede ofrecerse hoy a V. M… como quiera que sea y aunque se trague y tolere mucho de menor autoridad y dignidad con la que quede a V. M. seguro lo que posee hoy en aquellos estados… y que las Indias occidentales con el Brasil e islas adyacentes queden limpios de holandeses y la Compañía Occidental totalmente deshecha sin poder subrogar otra cosa en su lugar ni allí ni fuera, en Estados neutrales.184

184 AGS, Estado, CCE, 16 de marzo de 1634.

El enfrentamiento con los holandeses, unido a la ayuda que Francia les prestaba, así como a los príncipes protestantes alemanes, obligaba a que en el Consejo se estudiara la posibilidad o la conveniencia de romper con Francia. La guerra por poderes que Francia llevaba a cabo contra la Monarquía hispánica había sido uno de los grandes aciertos de Richelieu y, creyendo que Luis XIII carecía todavía de los medios necesarios para un enfrentamiento abierto, tal vez había llegado el momento de entrar en guerra contra Francia. El conde-duque se mostraba harto de las maniobras francesas y su voto en el Consejo de Estado fue una llamada a resolver la situación por las armas:

> El estado universal es hoy el más peligroso que esta Monarquía ha alcanzado porque, si bien en uno u otro singular habrá padecido mayor aprieto, en lo universal nunca igual […] parece preciso el tomar resolución en esperar el rompimiento o bien el enviar embajador para que si no se pudiere asentar luego la paz diga a aquel rey cómo V. M. tiene por rompimiento expreso los esfuerzos con que asiste a Holanda y las demás cosas que obran contra el Imperio, contra los aliados de V. M., contra los pasos y comunicación de sus provincias y, últimamente, con obligar a V. M. a estar siempre

> armado en el estado de Milán […]. Es posible que este rompimiento les haga más daño del que podemos juzgar… la diferencia es si le hemos de esperar o acometer.[185]

185 Consulta del Consejo de Estado, 13 de abril de 1634, AGS, Estado, 2.335.

La política de Richelieu no dejaba lugar a dudas. Aunque se negó a firmar una alianza formal con los rebeldes, decidió aumentar el subsidio de un millón de libras que les proporcionaba hasta los 2,3 millones, a cambio de que suspendieran cualquier tipo de negociación con España.

Además de todos estos acontecimientos, no eran solamente los problemas logísticos los que podían contrariar el avance del ejército de Alsacia: había que contar con las peticiones de ayuda o protección que no dejaban de formular la propia archiduquesa Claudia, el duque de Baviera y hasta el mismo emperador. Cada uno de ellos pretendía que las tropas españolas les sirvieran de escudo frente a los avances de los protestantes alemanes y del ejército sueco que ponían en peligro sus territorios. De todos ellos fue quizá Maximiliano de Baviera quien en esos momentos causaba los mayores problemas y las quejas de Enríquez por su conducta son bien reveladoras de la importancia de las malas artes con que se acogía la ayuda española:

> Y llamados del duque de Baviera volvimos al Danubio al socorro de Ratisbona y la buena acogida que hallamos en el duque de Baviera, en pago del inmenso trabajo que tuvo el ejército en venir, fue tener la gente en los cuarteles de Staremberg donde de hambre murieron muchos soldados y, al cabo de mucho tiempo, nos fue forzoso el ganarnos los alojamientos con las picas […] Y como he dicho a S. A. otras veces, si no se estuviera muy advertido con el duque de Baviera cuando S. A. venga ha de hallar estas tropas muy menguadas.[186]

186 Enríquez a Martín de Axpe, 25 de abril de 1634, AGR, SEG, 2.293.

Tampoco el Tirol quería prescindir de la protección de España y, como el cardenal-infante lo había prometido a la archiduquesa, hubo quien pretendió allí que no se recurriese a pedir asistencia de otras tropas para ayudar a las españolas y, haciendo un auténtico chantaje, «hasta no ha faltado quien le ha propuesto que sería bien suspender las plazas de muestra y las patentes para hacer la gente [las levas]».[187] La conclusión que de todo esto hacía Enríquez queda resumida en la frase final de su carta: «Si quisiera decir a V. S. lo que esto ha alterado aquí sería nunca acabar hasta llegar a dudar si es dueño el Señor infante o el duque de Baviera de este ejército, habiendo tenido disputas sobre esta materia bien pesadas». Por fin el cardenal-infante, acompañado de un numerosísimo séquito de más de un millar de personas, inició su viaje el 30 de junio en etapas paralelas, pero no coincidentes, con las del ejército, cuyos mandos eran Diego Messía, marqués de Leganés (en calidad de gobernador de las armas y teniente general de don Fernando), Felipe Spinola (marqués de los Balbases, como general de la caballería) y el italiano Giovanni Serbelloni (que

sustituyó al duque de Feria en el cargo de general de la artillería).

187 Ibíd.

Diego de Aedo es quien mejor nos puede guiar en el viaje de don Fernando a través de Alemania y acercarnos como testigo de primera mano al resonante triunfo en la batalla de Nördlingen. Por él sabemos que el 1 de julio el cortejo llegó a la ciudad de Como, donde el cardenal-infante ya aparecía «vestido de seglar, con traje de capitán general, como se lo había recomendado su tía Isabel Clara Eugenia poco antes de morir».188

188 D. de Aedo, *El memorable y glorioso viaje del infante-cardenal D. Fernando de Austria*, Amberes, 1635.

Vestido de seglar, con traje de capitán general. ¡Por fin! Quedaba a un lado, quizá definitivamente olvidado, el ropaje talar y las pompas cardenalicias. Surgía un hombre nuevo que respondía a la verdadera vocación de don Fernando: ahora ya el cardenal-infante daba paso al «infante-cardenal», el soldado, el político, el gobernador general de territorios de la Monarquía hispánica. Ya nadie podría verle con malos ojos en los Países Bajos y se obviaba el mal recuerdo que en los súbditos flamencos habían dejado las figuras cardenalicias de Granvela y de la Cueva. No solo venía hacia el gobierno una persona de sangre real sino también un soldado que hacía esperar que la terrible guerra iniciada en tiempos de Felipe II pudiera encontrar su fin. Desde ahora debemos invertir su título de tantos años y llamarle siempre el «infante-cardenal».

Portada de *El memorable y glorioso viaje del infante-cardenal don Fernando de Austria*, impreso en Amberes en 1635.

Tras una estancia de pocos días en Como, donde supervisó el paso de la infantería que aún faltaba y la caballería de su guardia, continuó el viaje atravesando el lago del mismo nombre y, tras pasar junto al famoso Fuerte de Fuentes,[189] se adentró por la Valtelina, donde se reunió con el marqués de los Balbases y nombró maestre de campo general de todas las tropas a don Martín de Aragón. A mediados de

julio, después de atravesar el paso del Stelvio, don Fernando llegó a Glorenz, la primera ciudad del Tirol, donde le recibieron los representantes de la archiduquesa Claudia. El viaje prosiguió por el valle del Adigio y el paso del Brenner. El 21 de julio llegó a Insbruck, donde le esperaba el marqués de Leganés acompañado de numerosos coroneles y maestres de campo y fue alojado por la archiduquesa en su palacio. Después de unos días de descanso, el infante-cardenal viajó el 24 de julio hasta Rotemburgo, que iba a servir de cuartel y plaza de armas. Por esta razón se detuvo allí varios días, pues para organizar en condiciones toda la logística del avance había que esperar la llegada de las tropas que venían desde Italia, las que participaban en el asedio de Ratisbona, las de Feria dispersas por Baviera y hacía falta tiempo para reunir «los mantenimientos y dineros que venían de Lombardía, carros y demás pertrechos».

189 La construcción de este fuerte (iniciada en 1603) se debe al gobernador general de Milán, don Pedro Enríquez de Acevedo, conde de Fuentes. Las obras terminaron en 1612 y el fuerte, cuyas ruinas existen todavía, constituyó un enlace fundamental en el Camino Español hacia la Valtelina.

Mientras duraba la espera llegaron informaciones sobre los fuertes combates que tenían lugar en Ratisbona y que se vieron completadas con la mala noticia de que al sudeste de Baviera se había perdido la plaza de Landshut, que había sido ya saqueada por las tropas suecas en 1632. Pero esta vez el desastre fue mucho peor, pues el saqueo duró nada menos que trece días y provocó una epidemia de peste y una hambruna. Para colmo de desgracias para el bando imperial, el general Aldringen murió como consecuencia de un disparo de mosquete en la cabeza. Sin embargo, también se recibieron buenas noticias: Ratisbona se rindió a comienzos del mes de agosto, las fuerzas enemigas se retiraron desde Landshut hasta Augsburgo, abandonando la impedimenta y artillería al ser perseguidas por la caballería española y la bávara. Una vez reunidas las tropas, Leganés ordenó una revista general de la infantería y la caballería que tuvo lugar el 7 de agosto.

Durante estos días llegó al cuartel general el marqués de Grana, general de la artillería del rey de Hungría, y cuya misión era negociar la forma en que se podían unir las tropas españolas y las imperiales para enfrentarse con las suecas y expulsarlas de Baviera, Suabia, el sur del Danubio y, a continuación, acudir en socorro de Brisach, último empeño tras el cual el rey de Hungría acompañaría a don Fernando hasta el Rin. Al mismo tiempo Balbases, Gavarelli y Axpe habían regresado a Rotemburgo, enviados como emisarios por el infante-cardenal para entrevistarse con dicho rey y ver en qué forma se podrían llevar a cabo las operaciones futuras.[190]

190 Fernando a Aytona, 9 de agosto de 1634, AGR, SEG, 2.289.

No solo eran noticias bélicas las que llegaban a don Fernando, pues hubo una que sin duda fue la que más alegría podía producirle: la reina de Hungría, su hermana María, anunciaba su llegada a Passau en los días siguientes. En efecto, el día 11 de agosto ambos pudieron reunirse en el palacio de la ciudad. Según la costumbre, los matrimonios políticos alejaban a las familias y en muchos casos los hermanos no volvían a reunirse nunca. Fernando y María no se habían visto desde que la reina partiera de España en 1619, «y oyendo que subía el tan querido hermano, no pudiendo sufrir el amor la poca dilación que podía haber ya en verle, se bajó por la escalera y le topó en la mitad de ella, donde la alegría de ambos fue tal que es más para considerada que para encarecida». Es fácil imaginar la emoción de ambos al reencontrarse y las conversaciones que tuvieran hasta que el 14 de agosto don Fernando continuó su viaje hasta Braunau, donde fue recibido por Maximiliano de Baviera.

Cuatro días después, el infante-cardenal llegó a Kufstein, donde pasó revista a toda la infantería y la caballería y luego continuó su camino llevando «[…] su bastón de general en la mano, que este día fue el primero que lo tomó […]». Al llegar a territorio de Baviera recibió la buena nueva de que el rey de Hungría había logrado tomar Donauwörth, mientras que Bernardo de Saxe-Weimar se retiraba tras el Danubio y Horn se quedaba al otro lado. Como la situación parecía precipitarse, había que mantener la disciplina a toda costa, por lo que don Fernando ordenó la publicación de un bando conforme al que «cualquier persona o soldado de cualquier calidad, nación o condición que sea que fuere hallado saqueando casa o con ropa o bestiame, sea castigado con pena de la vida».

El enfrentamiento parecía cada vez más inminente y el rey de Hungría pedía a don Fernando que acelerase su aproximación, «por cuanto el duque de Weimar y Gustavo Horn juntaban sus fuerzas de todas partes y le venían a dar batalla». Por ello marchó hasta Múnich (donde fue recibido por el duque de Lorena), y allí permaneció para organizar sus tropas mientras que Maximiliano se desplazó hacia el campamento del rey de Hungría que advertía que el ejército imperial y el sueco estaban ya enfrentados y en orden de batalla, y dos días después temía ya un choque inminente. El camino entre Augsburgo (ocupada por los suecos) y Donauwörth había sido totalmente asolado por las tropas enemigas y enfrentó a don Fernando por primera vez con las miserias de la guerra que iban a ser ya el telón de fondo de su dolor diario hasta la muerte. La distancia entre Donauwörth y Nördlingen, apenas 30 kilómetros, es la que separaba al infante-cardenal de la gloria.

Bernardo de Saxe-Weimar y Horn habían avanzado intentado evitar el asedio de Nördlingen, pero sin conseguir llegar a tiempo para ello.

El archiduque Fernando inició las operaciones el 18 de agosto, mientras que Horn esperaba recibir ayuda de las tropas suecas, pero todo lo que recibió fue un contingente de 7.000 hombres de escasa valía militar, pues se trataba de milicias alemanas cuyo peso para la guerra resultaba más bien escaso.

En el campo católico se reunieron el infante-cardenal y su primo el rey de Hungría —los dos Fernandos— y tuvieron la prudencia de colocar al mando de sus ejércitos (compuestos por 25.000 infantes, 15.000 jinetes y 52 cañones) a dos hombres de tanta experiencia como eran Gallas y Leganés. A ellos se unió el duque de Lorena, que tras la muerte de Aldringen había quedado al mando del contingente bávaro. El 3 de septiembre llegó la infantería española y se procedió a cañonear la ciudad por primera vez. El rey de Hungría tuvo una agradable sorpresa al ver que el contingente español consistía en 15.000 hombres perfectamente equipados.[191] Se celebró un primer consejo de guerra con los dos generalísimos y en el que, entre otros, intervinieron Leganés, Balbases y fray Juan por parte española y Gallas, Piccolomini y Grana por los imperiales. Conforme a lo decidido, el bombardeo continuó el día 4 de septiembre, forzando al gobernador sueco a solicitar un plazo de dos días antes de aceptar rendirse, pero tan solo le fueron concedidas unas horas; al no haber recibido respuesta en ese breve plazo, se ordenó un asalto en el que dos regimientos españoles lograron tomar una torre, aunque fueron rápidamente rechazados.

191 En total, el ejército imperial (o católico), incluyendo las fuerzas españolas, sumaban más de 20.000 infantes y 13.000 caballos, mientras que el ejército protestante, básicamente formado por las tropas suecas de Horn y las sajonas de Bernardo de Saxe-Weimar, estaban compuestas por 16.000 infantes y 9.000 caballos. El núcleo de la infantería del ejército imperial se componía de cuatro tercios italianos y de los tercios españoles de Idiáquez, veterano, y Fuenclara, formado por compañías de las destinadas en Nápoles y Lombardía. «El primero tiene veintiséis banderas y mil ochocientas plazas. El segundo, diciesiete y mil cuatrocientas cincuenta. Son tres mil doscientos cincuenta hombres, que bastarán para acabar con la leyenda de la invencibilidad de los suecos», J. Albi de la Cuesta, *De Pavía a Rocroi. Los tercios españoles*, p. 213.

El día 5 de septiembre llegaron al campo las tropas imperiales mandadas por Serbelloni y se celebró un nuevo consejo de guerra, pero las informaciones que facilitaba la caballería croata, adelantada en exploración, eran contradictorias, pues mientras parte de sus mandos afirmaba que el enemigo estaba listo para iniciar el combate, otra parte aseguraba que estaba preparando la retirada. Ante la duda, se optó porque la infantería española realizara al día siguiente un nuevo asalto contra la plaza y si se tenía éxito se continuaría un día después librando batalla a las tropas suecas.

En el campo protestante se produjo una grave diferencia de opinión entre sus generales: Bernardo de Saxe-Weimar (dolido por la pérdida de prestigio que había supuesto la caída de Donauwörth y Ratisbona)

quería atacar inmediatamente sin esperar a que se produjera la caída de Nördlingen y creía que las tropas españolas eran escasas y mal pertrechadas; en cambio Horn era partidario de esperar la llegada de refuerzos, que consideraba inminente.

Ante el peligro de la pérdida de la plaza las tropas protestantes lanzaron una maniobra hacia las colinas al sur de la ciudad y en las que se apoyaba el ejército católico intentado ocupar las de Ländle y Lachberg para atraer hacia allí a los católicos y cortar su línea de suministros. Ante este movimiento, el ejército imperial y el de la Liga Católica (mandado por el duque de Lorena) tomaron posición en la llanura entre Nördlingen y las colinas y el ejército español trató de hacerse fuerte en algunas de estas. Antes de que se pudiera completar el movimiento, los suecos se dirigieron contra los españoles, pero los imperiales maniobraron para retrasarles y dar tiempo a los españoles para ocupar algunas de las alturas.

Los suecos intentaron ocupar entonces el cerro de Albuch (una posición clave, como demostraron los acontecimientos), porque desde allí estarían en condiciones de dominar el flanco izquierdo español, y su caballería atacó y obligó a retroceder a la caballería de Piccolomini. Pero el infante-cardenal ordenó ocupar una colina boscosa llamada Hesselberg, lo que impediría la maniobra sueca, para lo que fueron destacados doscientos mosqueteros del tercio de Fuenclara, al mando de su sargento mayor, Francisco de Escobar. Como los españoles tuvieron éxito, los suecos comenzaron a bombardear la colina con su artillería. De nuevo se produjo una divergencia de opinión entre los generales enemigos, y mientras Horn seguía insistiendo en su tesis de esperar los refuerzos, Bernardo quería continuar el enfrentamiento a todo precio, aunque al final del día no había conseguido desalojar a los españoles de su posición.

Resultaba muy difícil mantenerse en Hesselberg y el resultado de la batalla parecía depender de quien pudiera ocupar Albuch, para lo que se envió a Serbelloni (que logró construir dos pequeños muros de piedra para proteger la posición) y a Toraldo y sus napolitanos (que hicieron otro en el flanco derecho). Delante de este dispositivo formó la caballería acompañada por cuatro cañones. Mientras tanto los suecos lograron apoderarse de Hesselberg, lo que provocó las airadas quejas de Gallas en el consejo de guerra. Albuch estaba defendido, entre otros, por el regimiento alemán mandado por Würmser, pero como esas tropas eran bisoñas y no garantizaban la defensa, se decidió substituirlo por el tercio de Idiáquez. La reacción del coronel alemán fue lógica ya que, después de sus muchos años de servicio al rey de España, consideraba esto como un deshonor y advirtió que, si se le obligaba a retirar su regimiento, él tomaría una pica y lucharía como un soldado raso. Respetando su queja se permitió que su regimiento se

mantuviese en la primera línea, delante de los hombres de Idiáquez, y se añadieron un millar de mosqueteros a la posición.

El día 6 de septiembre Horn lanzó su ofensiva contra Albuch. El plan de Horn era que la infantería asaltase las posiciones y luego la caballería explotase la brecha para rodear al ejército imperial, pero el coronel que mandaba la caballería sueca comprendió mal las órdenes y se lanzó a la carga antes de tiempo. A pesar de que debían subir una cuesta empinada, los jinetes suecos consiguieron poner en fuga a los regimientos alemanes de Würmser y Salm, pero los napolitanos resistieron el embate. Los jinetes de Horn fueron rechazados por el fuego de los españoles y perseguidos por la caballería italiana de Gambacorta. Pese a este revés, la infantería sueca atacó las posiciones en Albuch, rompiendo las líneas alemanas con tal furia que Würmser cayó muerto y Salm resultó gravemente herido. Los alemanes se retiraron en absoluto desorden y solo la acción del tercio de Idiáquez, al calar las picas frente a ellos, consiguió evitar una desbandada. Idiáquez inició el contraataque y en esos momentos un carro sueco cargado de pólvora explotó sembrando la muerte y el desconcierto entre los atacantes lo que aprovechó el maestre de campo español para poner en fuga a las tropas de Horn en menos de una hora. Además, las tropas españolas contaban con suficientes reservas para poder ir llamando a la primera línea a los refuerzos necesarios. También habían aprendido a evitar la famosa «salva sueca» mediante el simple expediente de agacharse en el momento que disparaba el enemigo, con lo que las balas pasaban sobre sus cabezas, y a continuación levantarse y disparar sus mosquetes mientras los suecos se ocupaban de recargar.

Sin darse por vencido, Horn lanzó todavía un tercer ataque y, aunque no logró desalojar a Idiáquez y a Toraldo, consiguió con su ímpetu aproximarse al lugar en que se encontraban el infante-cardenal y el rey de Hungría, que se vieron envueltos directamente en el combate. Para protegerlos, la caballería imperial y la de Gamabacorta (que resultó herido) contraatacaron, pero la caballería sueca atacó de nuevo a la de Gambacorta produciéndose un fuerte choque al que se lanzó el duque de Lorena, harto de permanecer en la reserva.

Leganés envió nuevas tropas para proteger Albuch y, ya casi a la desesperada, Horn envió sus mejores regimientos. Los suecos lanzaron nada menos que quince ataques sucesivos en seis horas sobre la posición defendida por Idiáquez. Mientras se producía este combate, la caballería de Bernardo de Saxe-Weimar atacó el ala derecha imperial, donde se encontraban el rey de Hungría, el duque de Lorena y el duque de Balbases, pero el contraataque desde Albuch de las tropas españolas reforzadas por las bávaras consiguió desalojar a los protestantes de la colina de Hesselberg, haciendo inútiles los esfuerzos

de Bernardo que, pese a los consejos de Horn, se negó a replegarse. Al final, Bernardo pudo escapar gracias a la fidelidad de uno de sus soldados que le entregó su propio caballo.

En tal situación Horn consideró necesario retirar las tropas que se encontraban demasiado expuestas, ordenando que marcharan hacia el río Rezembach, al este del campo de batalla. Pero mientras los suecos cruzaban el río, los imperiales y los bávaros habían logrado poner en desbandada a los soldados de Bernardo, y ahora podían lanzar toda la potencia del ejército católico contra los suecos. Horn cayó prisionero y sus hombres fueron masacrados en una espantosa carnicería que se prolongó a lo largo de varios kilómetros. Así finalizó aquella terrible batalla cuyo terrible saldo fue de ocho mil muertos en el bando protestante y dos mil en el católico. Cuando pocos días después Bernardo logró llegar a Heilbronn, lo único que pudo decir al canciller Oxenstierna fue que «la desgracia era tan terrible que no podía haber sido peor».

El triunfo había sido resonante y, como lo califica van der Essen, «fue ante todo una victoria española».[192] Don Fernando continuó su marcha siguiendo el curso del Rin, que cruzó en Colonia, para alcanzar Bruselas el 4 de noviembre, pero no sin dar debida cuenta el día 7 de septiembre a su hermano el rey del resultado de la batalla: las principales fuerzas de los herejes, y en especial las suecas, habían quedado deshechas:

192 A. van der Essen, *op. cit.*, p. 421.

> Horn está preso y Gratz, con otros muchos que no sé los nombres más de que son personas de importancia. De Weimar no se sabe. Unos dicen que es muerto. Otros que se escapó muy mal herido y esto lo tengo por más cierto […] La batalla duró seis horas largas y las cinco estaba el suceso bien dudoso. Pero en una hora sola se hizo la mortandad que V. M. verá. Ello ha sido suceso de la mano de Dios. Pero confieso a V. M. que nunca lo dudé, no por los medios humanos que en esto hay poco que confiar, sino por ver que si se perdía esta victoria se perdía la religión católica en Alemania y el Imperio de conocido. Y, perdido esto, corría harto peligro Italia.[193]

193 Don Fernando a Felipe IV, 7 de septiembre de 1634, British Libray, Add. 14.004.

En el mismo informe, el infante-cardenal no escatimó los elogios al valor de los soldados de su ejército que, «por más que diga, particularmente los españoles, que estos alemanes están espantados y el mismo Horn dice que no parecían hombres, sino demonios […] a Don Martín de Idiáquez se le debe mucha parte de este buen suceso […]». Y, queriendo mantener la buena relación que ahora tenía con Olivares, encomendaba al rey que le agradeciera el cuidado que se había tomado, por lo que «[…] suplico a V. M., con la humildad y respeto que debo, se le agradezca mucho pues esto será lo que el conde más estimara […]».

En cuanto a Olivares, no podía por menos de manifestar su alegría en el Consejo de Estado:

> En cuanto a la batalla, lo principal está hecho que es dar gracias a Nuestro Señor. Ahora se deben dar al Señor infante muy cumplidamente de lo bien que en esto se portó y gobernó, añadiendo, a mi parecer, […] una amorosa, aunque severa reprensión de que S. A. aventurase su persona tanto, ordenándole V. M con toda precisión que no lo haga tanto.

Y añadía sus consideraciones para lo que debía ser la continuación de la guerra:

> Lo que yo juzgo que se debiera hacer era, sin atención a plazas ni a otra cosa ninguna, en socorriendo a Brisach y dejándola segura de franceses, enderezarse con toda diligencia a donde el enemigo se hubiese recogido […] o bien enderezarse a Sajonia para darle ley […] convocar un convento en aquella vecindad con que se tratase de la elección del Rey de Romanos […] se debía hacer capitulando con el rey de Hungría y con el Imperio todo, que por esta ayuda y dejar de pasar de socorrer a su Casa quedase el Imperio obligado a asistir a V. M. para la guerra de Holanda y también para la de Francia, en lo que no hay que dudar se empeñarían el duque de Baviera y la Liga Católica […] Señor, esto era acabar de una vez la guerra y salir de los continuos peligros en que con sus maquinaciones nos pone la corona de Francia cada día con sus maquinaciones […].194

194 Consulta del Consejo de Estado, 6 de octubre de 1634, AGS, Estado, 2.414.

El plan era perfecto, pero la posibilidad de su ejecución era cosa muy distinta.

Por su lado, Felipe IV manifestaba públicamente su orgullo de ser hermano del infante-cardenal, pero al mismo tiempo no dejaba de temer las consecuencias del peligro en que se había visto envuelto y a sus felicitaciones añadía que:

> Habría preferido que en la pasada ocasión hubieseis aventurado menos vuestra persona pues las demostraciones de valor natural son más estimadas cuando se hacen con circunspección y prudencia y no sólo era esto, sino que le ordenaba de forma expresa que no se expusiera más a semejante riesgo pues «en vuestra persona se perdería más que todo un ejército, pues se puede remediar a la pérdida de éste, pero no a la que podría aconteceros […] Después de lo que habéis hecho vuestra reputación y vuestro valor serán tan estimados en el mundo que os lo puedo fácilmente ordenar como rey y pedíroslo como hermano y amigo.195

195 Felipe IV a Fernando, 12 de octubre de 1634, AGR, SEG, 211

La noticia del resultado de la batalla fue acogida con júbilo en los Países Bajos, pues suponía una importante derrota para la política de Richelieu. La propia María de Médicis se sumó a la alegría general, decorando su residencia y haciendo encender una gran hoguera. En medio de la alegría popular un enorme fuego artificial en el que un águila se lanzaba sobre una flor de lis animaba a los bruselenses a pensar que el final de la guerra podía estar cercano. Pero no todo era alegría para algunos: cuando se recibió la noticia, Gastón de Orléans se encontraba navegando tranquilamente por el Escalda cerca de Amberes y jugando a las cartas con sus amigos y, en esos momentos, comprendió que, aunque fuese hermano de Luis XIII y potencial heredero de la corona, era solo un exiliado y el resultado de Nördlingen era la derrota de Francia, así que regresó a Bruselas con

aire lúgubre ante el escándalo de su madre y la alarma de los ministros españoles.

Richelieu convenció fácilmente a Luis XIII para que buscara un acomodo con su hermano y, por el Tratado de Écouen (1 de octubre), el rey le concedió quince días para aceptar sus condiciones y tres semanas para regresar a Francia. El día 8 de octubre, pretextando una partida de caza en el bosque de Soignes, Gastón escapó a escondidas provocando la indignación española y de su madre. Los 45.000 escudos con que Luis XIII le «recompensó» sirvieron para pagar las deudas más apremiantes en los Países Bajos y permitió a su esposa, la abandonada Margarita, seguir malviviendo.[196]

196 En 1635 una comisión eclesiástica decidió la nulidad del matrimonio contraído sin consentimiento real y, meses después, el papa admitió un vicio de forma civil, que no impedía su validez sacramental, lo que era un serio desaire a Luis XIII.

Quedaban de este modo confirmados los temores de Olivares sobre la nula confianza que se podía conceder a los planes en que interviniera Gastón, al que Scaglia calificaba de «cometa que acarrea ruinas en la parte en que se muestra».[197] Se afirmaba que Luis XIII inspiró un artículo aparecido en la *Gazzette*, en el que trataba de presentar a su hermano como un patriota que había colocado el interés nacional por encima de toda otra consideración. Sin embargo, es más probable que los autores de este artículo fueran los propagandistas de Richelieu los que pusieran en solfa las orientaciones que les diera el cardenal:

197 Scaglia a Olivares, 17 de febrero de 1635, AGR, SEG, 597.

> Le président Roose, chef du conseil d'Espagne, en absence du marquis d'Aytona, vint trouver Monseigneur et lui dit qu'il trouvait bien étrange qu'il n'eût point fait de feu de joie de la bataille de Nörlindgen vu que la reine sa mère en avait fait et que toute la ville était en joie. Et qu'il venait l'avertir qu'il y avait rumeur dans la ville de celà et qu'il le priait que ses gens se tinssent clos et couverts durant trois ou quatre jours de peur qu'il ne leur arrivât accident. Tout cela fit juger à mon dit seigneur la mauvaise volonté qu'il y avait contre lui et les siens.[198]

198 Gazette de France. Traducción: «El presidente Roose, jefe del Consejo de España en ausencia del marqués de Aytona, fue a ver a Monseñor y le dijo que encontraba muy extraño que no hubiera hecho hogueras por la batalla de Nördlingen sobre todo cuando su madre la reina lo había hecho y toda la ciudad estaba regocijándose. Y venía a avisarle que esto se comentaba en la ciudad y le rogaba que sus gentes se mantuviesen escondidas durante tres o cuatro días no fuera a ser que les ocurriese un accidente. Todo esto hizo ver a mi dicho Señor la mala voluntad que había contra él y los suyos».

TERCERA PARTE. FLANDES, MI SEPULTURA

Lo propio de los regímenes en agonía es permitir una mezcla confusa de creencias y de doctrinas, y crear, al mismo tiempo, la ilusión de que se podrá retrasar indefinidamente la hora de la elección.

E. CIORAN, *Del inconveniente de haber nacido*

10. BRUSELAS: *REFUGIUM PECCATORUM*

En la década de 1630 Bruselas fue una meta a la que algunos trataban de escapar huyendo de lo que debería haber sido el fundamento de su fidelidad o de su honor. Enfrentamientos familiares, ambiciones personales, amoríos diversos, motivos religiosos, búsqueda de dinero… todo parecía conjugarse para que una serie de personajes de diversa importancia buscaran en la capital de los Países Bajos católicos un refugio a sus males, sus venganzas o sus frustraciones. Por ello, aunque este análisis desborde el marco temporal de los años de gobierno del infante-cardenal, no parece ocioso trazar el marco en que se desenvolvieron los personajes que encontraría a su llegada a Bruselas.

El duque Carlos IV de Lorena, uno de los variopintos personajes que recalaron en Bruselas, era viejo conocido desde que en 1625 había suplicado que el rey le asistiera con dinero y tropas frente a las apetencias territoriales de Francia. La infanta Isabel aconsejó prestarle ayuda, ya que la Lorena era el único territorio que aseguraba el paso desde Italia hacia la Borgoña. En 1626 Carlos reiteró su petición, pues temía que Francia usara la Lorena para implicarse en el problema del Palatinado. En 1629, tras la pérdida de la flota en aguas cubanas, Felipe IV estaba escaso de medios para continuar la guerra en Flandes, ayudar al emperador y frenar la amenaza francesa, por lo que trató de atraerse a Carlos IV y, tras múltiples peripecias, autorizó a la infanta para que firmara un acuerdo con Gastón de Orléans y Carlos y les facilitase los fondos que pedían, pero sin que esto implicara un acuerdo político. Más tarde doña Isabel insistía en la necesidad de contar con el duque[199] y para asegurarlo, Felipe IV autorizó que se le entregaran 100.000 escudos.[200]

199 Doña Isabel a Felipe IV, 23 de octubre de 1630, AGR, SEG, 203.

200 Felipe IV a doña Isabel, 28 de noviembre de 1630, AGR, SEG, 203.

El matrimonio de Gastón con la hermana de Carlos IV unió a dos perpetuos conspiradores, y convirtió Nancy, la capital del ducado de Lorena, en refugio habitual para los que pretendían derribar al cardenal Richelieu. El cardenal quería liquidar el peligro que representaba Lorena para sus fronteras antes de lanzarse al conflicto europeo. Una parte de las tropas francesas atacó sobre el Mosela mientras otra ocupó Epinal. A Carlos no le quedaba otra opción que someterse y entregar su capital, cuyas fortificaciones fueron derruidas.

Ante la creciente posibilidad de una guerra abierta con Francia, Felipe IV encargó a la infanta que averiguase las condiciones en que el Lorena se uniría a España, posibilidad sobre la que doña Isabel se mostró escéptica. En 1632 se produjo la reconciliación de Carlos IV con Luis XIII, una amenaza a la que la infanta no podía hacer frente con sus escasos medios. Ante la difícil situación provocada por la pérdida de Maastricht, el rey envió al regente Vilani[201] para exhortar a Wallenstein a prestar su ayuda. También debía prometer a Carlos de Lorena todas las posesiones en Frisia, pero a cambio de su participación en el conflicto si Wallenstein no podía apoderarse de Frisia oriental. Este acercamiento del Lorena a Francia revestía una gravedad especial por la proximidad de Nancy con Luxemburgo y el peligro para la comunicación con los Países Bajos, el Franco Condado e Italia. Con la entrega de Nancy, Luis XIII estaba en condiciones de atacar Thionville, la única plaza española sobre el Mosela que no estaba en poder de Francia.[202] A esta compleja situación se añadió el rumor de que el elector de Colonia había mudado en su fidelidad y aceptaba la protección de Francia, lo que constituyó el chispazo que provocaría dos años después el comienzo de la guerra entre España y Francia. La infanta advirtió de la necesidad de recibir urgentemente socorros en fondos y tropas pues, en la situación actual y con el problema de los Estados Generales, se corría el riesgo de que las provincias fieles acabaran por tomar partido y Flandes podría perderse.[203]

201 Instrucciones a Ottavio Vilani, regente del Consejo Supremo de Italia, 10 de octubre de 1632, AGR, SEG, 205.

202 Doña Isabel a Felipe IV, octubre de 1633, AGR, Mss. 219.

203 Doña Isabel a Felipe IV, 24 de octubre de 1633, AGR, SEG, 207.

Tras la abdicación de Carlos, Aytona necesitaba información concreta sobre la nueva situación, pues ignoraba qué decisión sería capaz de adoptar el duque.[204] Aunque el Parlamento de París había abierto un proceso contra él y reclamaba la anexión de todo el Estado, Luis XIII no quiso ir tan lejos y se limitó a una ocupación de hecho. A esto había que añadir que varias ciudades de Alsacia se habían puesto bajo la protección francesa, lo que desplazaba el conflicto con los Austrias hacia el este de la Champaña (que hasta entonces era la «frontera» tradicional), y dejaba al Franco Condado español peligrosamente rodeado. Carlos de Lorena se transformó en una especie de condotiero que alquilaba sus mercenarios al mejor postor, sirviendo a unos y otros y sin escrúpulos a la hora de traicionarlos. Nadie confiaba en el duque de Lorena y su ejército, que a menudo ni siquiera recibía su paga, se desplazaba de aquí a allá aterrorizando a los habitantes de las zonas que atravesaba, saqueando, quemado y

violando. Sus estandartes lucían la fórmula «*Frappe fort, prends tout et ne rends rien*» (Golpea fuerte, cógelo todo y no entregues nada).

204 Aytona a don Fernando, 21 de febrero de 1634, AGR, SEG, 2.289.

Una vez don Fernando llegó a Bruselas, Carlos pidió autorización para efectuar una leva en Borgoña. La provincia estaba neutralizada y las tropas francesas se encontraban en sus proximidades. El infante-cardenal no accedió a la petición para no dar excusas a Francia para romper esa neutralidad y ocuparla. Carlos IV insistió en movilizar allí a loreneses, saboyanos y suizos, pero don Fernando mantuvo su negativa, aunque aconsejó se le mantuviese la promesa de procurar la restitución de sus Estados.[205] La única posibilidad que tenía don Fernando era utilizar las tropas del duque para proteger la Borgoña de la amenaza franco-holandesa y renovar las gestiones para tratar de que Carlos Estuardo declarase la guerra a Francia. El duque fue recibido por don Fernando, que estaba disgustado[206] por su conducta y la de los generales imperiales (Gallas y Grana) que debían actuar con él; en tales condiciones España no podría contar más que con sus propias fuerzas. El rey aprobó[207] el acuerdo con Carlos por el que este se comprometía a invadir Francia con un fuerte ejército y se lanzó una acción en Borgoña que obligó a los franceses a retirarse y abría a los imperiales la posibilidad de penetrar en territorio francés. Lamentablemente fue un éxito efímero pues, un año después, las tropas francesas y las de Bernardo de Saxe-Weimar pusieron en fuga a los imperiales y a Carlos. De nada sirvieron las tropas del duque de Lorena, que tras refugiarse en Besançon se vio bloqueado por los franceses, ni las de Piccolomini, que se encontraba paralizado por decisión del emperador.[208]

205 Don Fernando a Felipe IV, 18 de marzo de 1635, AGR, SEG, 212.

206 Don Fernando a Felipe IV, 21 de febrero de 1636, AGR, SEG, 214.

207 Felipe IV a don Fernando, 13 de junio de 1636, AGR, SEG, 214.

208 Don Fernando a Felipe IV, 29 de julio de 1637, AGR, SEG, 216.

La reconciliación del duque de Soissons con Luis XIII hizo fracasar el proyecto de acuerdo que negociaba María de Médicis, por lo que[209] intentar ahora un acuerdo con Francia serviría a Richelieu para indisponer a España con el emperador, el duque de Lorena y otros príncipes. A este nuevo revés se unió otro problema causado por el duque de Lorena que, sin haber sido disuelto su matrimonio, se había casado con su amante, la princesa de Cantecroix.[210] La princesa acaba de tener un hijo del duque, que este reconoció, y Carlos manifestaba la intención de presentarse en Bruselas,[211] lo que constituiría un escándalo mayúsculo ante la situación de bigamia. Y mientras Carlos se quejaba tachando de insuficientes las ayudas de España,[212] su

hermana, la princesa de Phalsbourg, presentó un plan para lograr la restitución del Palatinado a cambio del compromiso de Carlos Estuardo de devolver a España la Lorena. El infante-cardenal no estaba convencido de la bondad del plan, pero trató de mantener las relaciones con Carlos Estuardo y el duque de Lorena y aconsejó[213] que aceptase la apertura de conversaciones.[214]

209 Don Fernando a Felipe IV, 5 de septiembre de 1637, AGR, SEG, 217.

210 La primera esposa de Carlos de Lorena, la duquesa Nicole, con la que casó en 1621, falleció en 1657. Béatrix de Cusance, princesa de Cantecroix, era dama de fuerte personalidad y valor físico que no dudaba en acompañar a Carlos IV en sus expediciones militares cabalgando a su lado. Los soldados españoles la conocían como la «Madama de campaña». Tras el arresto de Carlos IV fue internada en un convento en Mons y falleció en 1663.

211 Don Fernando a Felipe IV, 16 de octubre de 1637, AGR, SEG, 217.

212 AGR, SEG, 218, don Fernando a Felipe IV, 28 de febrero de 1638.

213 Don Fernando a Felipe IV, 16 de junio de 1638, AGR, SEG, 219.

214 Ibíd.

Súbitamente, Carlos de Lorena, a quien se había encomendado la defensa de Borgoña, desapareció sin dar explicaciones; el gobernador le recordó[215] su misión y le pidió acudiese a Bruselas, pero días después y de forma tan imprevista como a su marcha, el lorenés regresó a Borgoña sin aclarar su postura. Ante las dudas expresadas por don Fernando, el rey trató de retirarle el mando y encargarle otra misión, pero su retirada de Borgoña la dejaría expuesta a un ataque francés, por lo que tras negociaciones para asegurar su colaboración (pues su fidelidad parecía imposible) se llegó a un acuerdo firmado por el marqués de Cerralbo y los duques de Lorena y de Elboeuf.[216]

215 Don Fernando a Felipe IV, 9 de septiembre de 1638 AGR, SEG, 220.

216 Don Fernando a Felipe IV, 22 de junio de 1639, AGR, SEG, 222.

Don Fernando propuso que se le concediera al duque de Lorena un cargo adecuado para evitar que sus frustraciones acabasen por empujarle en brazos de Luis XIII. El rey se negó inicialmente,[217] a causa de sus relaciones con la Cantecroix, y no confiaba en él despues de que Miguel de Salamanca informara a Olivares sobre sus intentos de nueva reconciliación con Francia. Pese a todo, acabó admitiendo el consejo de su hermano y, aunque creía poco probable la reconciliación, aceptó que se le diera un puesto conveniente. Así don Fernando le ofreció el mando de las tropas que actuarían en Luxemburgo, pero, pese a las manifestaciones de alegría de Carlos, siguió desconfiando de un hombre «de carácter tan extravagante»[218] que, como era de temer, no se presentó en Bruselas pese a todas sus afirmaciones de fidelidad. Como escribió don Fernando, «con un hombre vulgar como él nunca se puede estar seguro». Tras ello se

produjeron diversas acciones de Carlos acomodándose con Francia y volviendo con España a los pocos días, con el pretexto de que los franceses le trataban mal… Decididamente era imposible prever de qué lado iba a caer la «fidelidad» de tan inestable personaje y tras varios años de múltiples dificultades, promesas rotas y extraños gestos, Carlos IV de Lorena acabó siendo detenido en Bruselas en 1654 y encarcelado en el Alcázar de Toledo hasta 1659.

217 Felipe IV a don Fernando, 9 de octubre de 1639, AGR, SEG, 223.

218 Don Fernando a Felipe IV, 29 de noviembre de 1639, AGR, SEG, 224.

Desde que en 1629 Luis XIII lograra domeñar a los rebeldes hugonotes con la conquista de La Rochelle su hermano Gastón, a través del embajador Mirabel, había iniciado sus intentos de ser acogido en los Países Bajos. Aunque en un primer momento su petición fue recibida favorablemente por Felipe IV,[219] a condición de que se estableciera lejos de la frontera, la infanta Isabel fue contraria ante el peligro de que pudiera ponerse de acuerdo con los holandeses y porque vigilarle estrechamente le haría perder cualquier simpatía que pudiera sentir hacia la causa española. Como su mala fama justificaba todas las precauciones una Junta de Estado (compuesta por Olivares, Oñate y Villela) se opuso también a la idea y aconsejó que se le animara a ir a la Lorena, con la excusa de que en Flandes no se le podría conceder el alto tratamiento que pretendía; para suavizar la negativa se prometía vagamente cierta ayuda si demostraba que era real el apoyo del que presumía. Volviendo sobre su primer impulso, Felipe IV envió nuevas instrucciones a Mirabel y a la infanta para que averiguaran si Gastón estaba realmente dispuesto a romper con su hermano y, si esto era así, se le proporcionaría alguna ayuda, pero dejando claro que no sería una alianza. Doña Isabel podría, en su caso, negociar con Gastón y con el duque de Lorena algún acuerdo, pero limitado a una simple ayuda económica, pero no política.

219 Felipe IV a doña Isabel, 16 de julio de 1629, AGR, SEG, 201.

Tras la «Journée des dupes» en noviembre de 1630 Luis XIII, además de prohibir a Mirabel cualquier contacto con la reina Ana, decidió confinar a su madre en Compiègne, pero esta escapó y acabó por cruzar la frontera de los Países Bajos buscando refugiarse en Bruselas. La ciudad se transformaría en la «posada de los príncipes»,[220] donde buscaban refugio los enemigos del rey francés o del cardenal y otros muchos personajes que trataban de continuar sus conspiraciones, de salvar sus vidas o de vivir a costa de la mal entendida generosidad de Felipe IV. La llegada de María, acompañada por los duques de Vendôme y de Bouillon, provocó tal grave incomodidad en Madrid que Olivares afirmó que era «de desear que la reina madre renuncie a retirarse a los estados de Su Majestad» y confió a Scaglia que el hecho

había «sobresaltado mucho y puéstosnos en embarazo». La trampa que Luis XIII había tendido a su madre al preferir su ministro a ella había funcionado: María recluida en Compiègne era un peligro mayor que huida al extranjero. Pero, en contra de sus cálculos, esta fuga no sirvió para librarle de su madre, que durante los trece años siguientes apareció en todos los complots contra Francia. Como decía Richelieu, guardaba un «*dessein d'irreconciliation perpetuel*».

220 Según el título de E. Gossart, *L'auberge des princes*.

Embarazo o no para Madrid, la reina madre estaba allí y el rey dio instrucciones a doña Isabel[221] para tratar con la fugitiva. La llegada de María de Médicis la obligó a salir de su retiro y acompañarla en sus visitas a las principales ciudades. María se estableció provisionalmente en Mons, pero como esa plaza estaba demasiado cerca de la frontera, se trató de convencerla de que fuese a Malinas o, más lejos todavía, a Aquisgrán (donde había guarnición española) y se le ofreció un subsidio de 6.000 ducados mensuales.[222] Mientras Gastón se refugiaba en el Franco Condado, donde pretendía formar un ejército para marchar a París y destronar a su hermano, el duque de Lorena negociaba en Bruselas una posible ayuda a esta quimérica empresa. En este punto Aytona cometió un serio error de cálculo al considerar[223] que el partido de María era superior a los que habían existido en Francia y que los consejeros de la reina estaban convencidos de que ni España ni Francia provocarían una guerra, algo que él tampoco consideraba probable, pues pensaba que Richelieu no se atrevería a romper con España si eso le obligaba a librar una guerra fuera y otra dentro de sus fronteras. Y, refiriéndose a Gastón, afirmaba que su venida sería «uno de los mayores acontecimientos de la época y la mejor ocasión de vengar los insultos de los franceses».[224]

221 Felipe IV a doña Isabel, 15 de agosto de 1631, AGR, SEG, 204.

222 Felipe IV a doña Isabel, 15 de septiembre de 1631, AGR, SEG, 204.

223 Aytona a Felipe IV, 30 de julio de 1631, BRB, Ms. 16.149.

224 Aytona a Olivares, 30 de julio de 1631, BRB, Ms. 16.147.

El gran pintor Pedro Pablo Rubens seguía actuando como agente diplomático oficioso. Tras entrevistarse con Puylaurens (el amigo y confidente de Gastón) expuso a Olivares su plan para dar un golpe de gracia a Francia y aislar a las Provincias Unidas: suponiendo que los exiliados que la apoyarían eran muy numerosos, el apoyo a María y a Gastón permitiría contar con el futuro rey de Francia y alcanzar la paz contando con que los exiliados eran muy numerosos. Además, al discutir el plan con Gerbier, el residente inglés que tan turbio papel tuvo en la conjura de 1632 sacó la impresión de que Inglaterra veía la idea con buenos ojos. Pero Olivares, consciente de sus dificultades

económicas y militares, rechazó las propuestas de Rubens, pues creía que España no estaba en condiciones de enfrentarse abiertamente con Francia. Felipe IV[225] se mostró partidario de celebrar, en Inglaterra o en otro país, una conferencia entre representantes españoles e ingleses a los que se unirían Gastón y los duques de Lorena y de Saboya.

225 Felipe IV a doña Isabel, 13 de agosto de 1631, AGR, SEG, 2.041.

Igual que la traición estaba en la naturaleza de Gastón, la intriga lo estaba en la de María de Médicis que, a través de Rubens y Olivares, envió al rey una propuesta de mediación con el Orange. Si bien Felipe IV acogió favorablemente la idea, escaldado por anteriores fracasos puso dos condiciones:[226] continuar las operaciones militares y no iniciar conversaciones con los holandeses sin tener la seguridad de terminarlas «en dos horas». Para ello recomendó a la infanta que ocultase a María de Médicis sus verdaderas intenciones y que su idea (sin rechazar que se pudieran fomentar revueltas en las Provincias Unidas o se pudiera tomar alguna plaza fuerte) era lograr una tregua similar a la de 1609, con la devolución de Pernambuco y Bolduque a cambio de restituir Breda y desmantelar Lingen. La infanta sabía que los holandeses querían conservar Pernambuco y no querían una tregua como la de 1609. Consideraban que la evolución desde entonces les había sido favorable y, además, querían garantías frente a un posible ataque de los ejércitos imperiales, lo que era muy improbable si se tenía en cuenta la permanente falta de compromiso del emperador.

226 Felipe IV a doña Isabel, 15 de septiembre de 1631, AGR, SEG, 204.

En estas condiciones se produjo una grave divergencia entre la visión de la infanta (que veía estos movimientos con mucho recelo) y la de Aytona, que insistía[227] en favorecer al partido de María y Gastón si existía ya y, si no lo estuviera aún, en ayudar a su formación. Para doña Isabel, si se iba a formar una alianza con el emperador, el rey de Inglaterra y los duques de Saboya, Lorena y Florencia, se podría enfocar la situación desde una posición de fortaleza y no se perdería el tiempo especulando con que María de Médicis volviera o no a Francia. Pero Inglaterra y Saboya se desinteresaron de la idea y el emperador siempre tenía otros problemas de que ocuparse.

227 BRB, Ms. 16.147, Aytona a Felipe IV, 29 de septiembre de 1631.

Tras sus repetidos intentos de hacer triunfar una rebelión, Gastón llegó a Bruselas en enero de 1632 aumentando las preocupaciones de Olivares, siempre consciente de lo arriesgado que era apoyarse en él o en su madre. Pese a todo, el valido aceptó tratar con Du Fargis.[228] Olivares se mostró dispuesto a apoyar con tropas y fondos,[229] pero la fallida escapada militar de Gastón al sur de Francia terminó en un desastre que, además de costar literalmente la cabeza al duque de

Montmorency, le hizo reconciliarse con su hermano prometiendo por el Tratado de Béziers (29 de septiembre) renunciar «a toda inteligencia con España, la Lorena y la reina madre». Antes de su ejecución Montmorency había informado a Richelieu del matrimonio de Gastón con Margarita de Vaudemont Lorena sin permiso de Luis XIII. Gastón regresó aterrado de nuevo en noviembre hasta Bruselas, donde le recibieron, con una evidente frialdad, la infanta Isabel y por su propia madre.

228 Había sido embajador en Madrid entre 1618 y 1629 y negociador del Tratado de Monzón. Luego acompañó a Gastón en su huida y fue su representante en Madrid.

229 AGS, Estado, 1415, Consulta del Consejo de Estado, 12 de agosto de 1632.

Ocupada la Lorena por las tropas de Luis XIII, el duque Carlos IV se vio obligado a ceder Nancy y a abdicar en su hermano, el cardenal Nicolas-François, que, aunque renunció al capelo para ser el nuevo duque de Lorena, ocupó este cargo por poco tiempo, y no tardó en escapar a la Toscana mientras Carlos pasaba al servicio del emperador. Francia se limitó a una ocupación de hecho del ducado para tenerlo como glacis protector, pero esta maniobra alarmó profundamente a Gastón, pues su esposa estaba todavía en Nancy de donde escapó disfrazada de hombre para reunirse con él. Al no haber solicitado Gastón la autorización real para su matrimonio dio ocasión a Luis XIII para decretar su nulidad y calificarlo de rapto, tras lo que fue preciso celebrar una nueva ceremonia en la capilla del palacio de Bruselas.

La propensión innata de Gastón a la traición y al cambio de campo (casi el único rasgo permanente de su personalidad) le impulsó a su habitual doble juego: por un lado, a través de Du Fargis negociaba con Aytona[230] el apoyo en hombres y dinero para derrocar al cardenal y volver a la gracia de su hermano; por otra parte, lo hacía con Richelieu sirviéndose de Puylaurens. Las conversaciones con España fueron las primeras en llegar a término y los partidarios de Gastón se frotaban las manos esperando recibir un dinero cuya entrega se fue retrasando para su desesperación. Aytona había marchado al asedio de Maastricht y de Breda y, cuando regresó a Bruselas tras una campaña infructuosa, ignoraba que los tratos de Gastón con el cardenal seguían adelante, pese a que él creía que Gastón era fiel a su palabra.

230 AGS, Estado, 2.605, 12 de mayo de 1634. El tratado tiene diez artículos y fue firmado por Gastón, Puylaurens, Aytona y Lerma.

El Consejo de Estado estudió las informaciones que enviaban Aytona, Roose y Tomás de Saboya sobre los acuerdos con Gastón, a sabiendas de que era «persona tan trabajosa, según todas las relaciones, que a juicio del conde-duque es cosa muy perdida el asentar nada con él, no pudiéndose hacer caso ni de su palabra ni de

su constancia, ni de sus efectos»,[231] una opinión que el conde de Castrillo expresó allí claramente: «[…] que V. M se sirva tener en consideración lo poco que hay que fiar de Monsieur y no tener hoy partido en Francia conocido que es en lo que siempre se ha reparado para no hacer nuevos empeños con este príncipe […]». Olivares estimaba que no se le debía dejar volver a Francia, pues podría cristalizar todos los sentimientos contrarios a España y entonces Richelieu podría actuar libremente. Pero, aunque el Consejo estimó que ni se le debía permitir regresar a Francia ni se debía acordar nada más con él, al final acabó aconsejando que se compusiese un ejército que, bajo el mando nominal de Gastón, sería gobernado de hecho por Tomás de Saboya.

231 AGS, Estado, 2048, Consulta del Consejo de Estado, 2 de junio de 1634.

El triunfo del infante-cardenal en Nördlingen provocó una explosión de júbilo en Bruselas, ya que significaba la derrota de la política de Richelieu. Pero para Gastón significaba la ruina de sus pretensiones. El cardenal convenció fácilmente a Luis XIII de acomodarse de nuevo con su hermano y, por el Tratado de Ecouen, Gastón regresó a Francia. Tras esta nueva huida de Gastón, el Consejo de Estado dio por rota la posibilidad de servirse de él y veía así la situación: «Las cosas de Francia se han ido tratando siempre en nombre de Monsieur y todos han tenido por necesario su nombre para obrar en ella, aunque ahora escriban que es mejor el de la reina madre. Vuestra Majestad se halla libre de empeño totalmente porque lo de Monsieur está roto […] como la diligencia toda se hacía debajo del nombre de Monsieur queda hoy todo suelto y sin cabeza alguna».[232] María de Médicis aprovechó para lamentarse ante Felipe IV de la suerte de sus hijos «*livrés á Richelieu*» y, de paso, pidió que se le continuase ayudando (económicamente, por supuesto). La respuesta del rey fue vaga y se limitó a transmitir a don Fernando una consulta del Consejo de Estado que dejaba en sus manos la decisión sobre este aspecto. María pretendía que Felipe IV había ordenado que se le pagase una pensión mensual extraordinaria de 2.000 escudos más otros 10.000 de pensión ordinaria.

232 Consulta del Consejo de Estado, 9 de noviembre de 1634, AGS, Estado, 2.048.

Todavía en 1637 María de Médicis pretendía seguir siendo el eje sobre el que girara la política española. El 28 de junio firmó con don Fernando un tratado que comprometía a la Monarquía hispánica a no firmar tregua ni paz con Francia sin contar con la reina y con el duque de Soissons (a quien se prometía una guarnición para su feudo de Sedán); a financiar un ejército hasta el fin de la campaña y a indemnizar al duque de Bouillon por la confiscación de sus bienes. Aunque el rey aprobó inicialmente este acuerdo,[233] el regreso de

Soissons a la obediencia de Luis XIII[234] permitió darlo por nulo, lo que ahorró no pocos problemas y dinero. Como puede verse, todos pretendían saquear impunemente la hacienda española, mermada por tantas guerras y por la inclinación de Felipe IV a ayudar a quienes no lo merecían. Desesperada por la inutilidad de sus esfuerzos, la reina madre viajó a Holanda, Alemania e Inglaterra sin que tampoco allí tuviesen éxito sus esfuerzos por obtener apoyo contra su hijo Luis. Al final acabó recalando en Colonia, donde falleció el 3 de julio de 1642, en la misma casa que años antes ocupara la familia Rubens.

233 Felipe IV a don Fernando, 10 de agosto de 1637, AGR, SEG, 216.

234 Don Fernando a Felipe IV, 5 de septiembre de 1637, AGR, SEG, 207.

Entre los personajes que pulularon por la corte de Bruselas hay que recordar también a Tomás de Saboya, príncipe de Carignan, hermano menor del duque Víctor Amadeo I. Pese a que la alianza entre la casa de Saboya y Francia se había iniciado con Víctor Amadeo, Tomás fue atraído al bando español por Olivares. Pero su actuación se desarrolló casi siempre en condiciones tan poco claras como fue su entrada al servicio de España. Al producirse el fallecimiento de la infanta doña Isabel, Víctor Amadeo envió a Milán un emisario para presentar sus condolencias a don Fernando. El mensajero aprovechó para indicar al secretario Martín de Axpe que tanto Tomás como su esposa le habían hecho la confidencia de su deseo de servir a Felipe IV, pero rogaba que esto no se pusiera en conocimiento del duque. El ofrecimiento sorprendió a don Fernando que, al no conocer las intenciones del rey, se limitó a dar buenas palabras mientras intentaba obtener información sobre las cualidades del que se ofrecía. Tomás presentaba sin duda buenas condiciones militares, adquiridas en las guerras del Piamonte y, en cuanto a su esposa, Marie de Borbón-Soissons, era interesante poder contar con sus estrechos lazos con la oposición francesa.[235] Estas relaciones sirvieron para que Gastón firmara el acuerdo con España, comprometiéndose a apoyarla en caso de guerra, a cambio de obtener 15.000 soldados para invadir Francia desde el norte, mientras tropas españolas lo hacían desde el sur. Pero el plan acabó con un rotundo fracaso, la decapitación de Montmorency y la reconciliación de Gastón con su hermano.

235 Marie de Borbón, casada con Tomás desde 1625, era hermana del conde de Soissons, en cuyo título le sucedió en 1641.

En 1634, actuando por su cuenta y riesgo como de costumbre, Tomás comunicó al infante-cardenal que había enviado a Madrid al presidente Corta y que el rey había aceptado su oferta de servicios para utilizarlos en Flandes, hacia donde partió enviando a su mujer y sus hijos a Milán. Esto extrañó a don Fernando, que no había recibido ninguna información del rey y, además, no sabía si Víctor Amadeo

estaba de acuerdo con que su hermano sirviera a España. Tras recibir una vaga respuesta, se enteró de que Tomás había actuado sin conocimiento de su hermano, quien al parecer estaba contrariado.[236] Desde Viena Oñate le comunicó[237] que el duque había informado al emperador del viaje de Tomás, pero aseguraba desconocer sus motivos. Oñate creía que lo que buscaba Tomás era sobre todo su interés personal y su reconciliación con España antes que el bien común. El gesto de Tomás alarmó tanto a París como a Londres y en la corte inglesa se pidieron explicaciones al embajador Necolalde, que solo pudo asegurar que, como ocurría con tantos otros casos, el príncipe venir a servir a la Monarquía hispánica en la guerra de Flandes. Y cuando Tomás llegó a Bruselas, Roose preguntó[238] si su presencia podía ser favorable a los intereses reales y contraria a sus enemigos o si resultaría más conveniente hacerle comprender que sería mejor que fuese a España.

236 Pasero a Axpe, 11 de abril de 1634, AGR, SEG, 2.294. «L'aver il Ser. Pce. Thomaso tolto pretesto alla su partenza di molti disgusti recevuti fa credere ch'egli parti l'animo ulcerato e rende piu sensibile il suceso», cit. en Van der Essen, *op. cit.*, p. 258.

237 Oñate a don Fernando, 4 de mayo de 1634, AGR, SEG, 331.

238 Roose a Olivares, diciembre 1634, AGR, Conseil Privé espagnol, 1.150.

Cuando Felipe IV transmitió la propuesta del saboyano de formar una liga contra Francia en la que, junto a España, se agruparan los *malcontents*, el rey inglés y el duque de Lorena, indicó a don Fernando que no interviniese todavía, ya que el asunto debía estudiarse cuidadosamente. Don Fernando pidió opinión a Oñate (que aconsejó la mayor circunspección, pues estimaba que Tomás tan solo buscaba ponerse bajo protección española), y a Necolalde (que le consideró uno más de los emigrados a Bruselas, además de advertir que los gastos que iba a ocasionar, además de sustraerlos de otros fines, no servirían más que para beneficiar a Richelieu). La opinión pública en España era contraria a todos estos emigrados y se quejaba de que «Flandes está hecha una hospedería de señores franceses».[239] Pese a todo, el infante-cardenal era demasiado optimista pensando que quizá Tomás podía estar de acuerdo en secreto con su hermano Víctor Amadeo, al que intentaba atraer al bando español, con la esperanza de librarse de la opresión de los franceses.

239 Cartas de algunos padres de la Compañía de Jesús, Vilches al P. Pereira, 27 de junio de 1634, cit. en van der Essen, *op. cit.*, p. 259.

Finalmente, Tomás logró sus propósitos y se instaló en los Países Bajos, donde se le concedió nada menos que el título de capitán general.[240] Este nombramiento provocó mucha envidia y enfado, que se intensificó al seguir manteniendo la relación con su hermano. Para mayor disgusto de los generales españoles, tras la muerte de Aytona se

le concedió una gratificación de 24.000 ducados y el cargo de gobernador de las armas,[241] aunque a renglón seguido se aconsejó a don Fernando no solo que le rodeara de españoles, sino también que, caso necesario, le destituyese «para prevenir los casos que, aunque no es justo temerlos, puedan caber en la flaqueza humana y si el señor príncipe se divierta o tuerza el camino derecho de su grandes obligaciones».

240 Felipe IV a don Fernando, 24 de diciembre de 1634, AGS, Estado, 2.050.

241 Felipe IV a Tomás de Saboya, 25 de septiembre de 1635, AGS, Estado, 2.242.

El comienzo de Tomás como general en Flandes distó mucho de ser brillante, ya que sufrió una importante derrota en Les Aveins, donde le había enviado don Fernando para defender la provincia de Namur del ataque francés. Sin embargo, el rey consideró conveniente mantenerle a su servicio a la vista de su capacidad y su entrega[242] y, pese a todas las reservas que suscitaba en Madrid, el Consejo de Estado llegó incluso a considerar la posibilidad de que, en caso de fallecimiento del infante-cardenal, el saboyano pudiera añadir a sus cargos el de gobernador general.

242 Felipe IV a Roose, 22 de septiembre de 1635, AGR, Conseil privé espagnol.

Aparentemente todas estas elucubraciones y maniobras parecían revelar confianza en el príncipe, pero lo cierto es que, desde el comienzo, el rey pensaba de manera muy distinta y, teniendo en cuenta las consideraciones que sobre la fidelidad del saboyano le había hecho llegar Aytona antes de su muerte, no dudó en confiar a su hermano la escasísima confianza que tenía en Tomás y le aconsejó que lo vigilase estrechamente.[243] No parecía necesario que Felipe IV excitase en este sentido el celo de don Fernando, porque tras el fracaso de Schenk que permitió excluirle de la Junta de Guerra pese a sus protestas, no solo perdió la confianza en la pericia militar de Tomás sino que en Madrid se comenzó hasta a dudar de su fidelidad.[244] A las críticas sobre la incompetencia y la desidia de Tomás en la pérdida de la fortaleza se unieron los reveses causados por la recuperación de Corbie por Francia y de Breda por los holandeses. Parecía que era más que suficiente para pretender dejarle de lado. Y, como siempre hay quien trata de pescar en aguas revueltas, Roose buscó sacar partido, intentando intervenir de forma poco afortunada en los asuntos militares. Esto provocó la indignación de don Fernando, siempre muy incómodo por la omnipresencia del *Chef-Président* y por el apoyo que le prestaba Olivares a pesar de su oposición.

243 Felipe IV a don Fernando, 15 de marzo de 1636, AGR, SEG, 214.

244 Consulta del Consejo de Estado, 26 de marzo de 1636, AGS, Estado, 2.051.

Por si esto fuera poco, al disgusto que provocaba Tomás se unió el

temor a que su esposa pudiera presentarse en Bruselas y que su ascendiente le inclinara del lado de Francia. La preocupación alcanzó al Consejo de Estado, donde se afirmó que «si bien se dice que ella es loca, la fama es que ella hace de él lo que quiere».[245] El mismo don Fernando llegaría a calificarle[246] de figura débil, veleidosa y fácil de influir. Esta mala fama ha pasado los siglos y alguien tan conocedor de estos años como Lonchay calificó a Tomás de Saboya de capitán mediocre, cargado de deudas, tan alocado como su amigo Carlos de Lorena, pero al que el infante empleaba debido a su origen (era primo hermano de Felipe IV por su madre, Catalina de Austria, hija de Felipe II). Al fallecer en Turín Víctor Amadeo I, Tomás recibió la autorización parar regresar a Saboya. Sin embargo, prefirió seguir en los Países Bajos como gobernador de las armas, con lo que sus relaciones con el infante-cardenal continuaron deteriorándose, mientras planteaba continuamente crecientes exigencias de preeminencia protocolaria, pretensiones de dirigir tropas y la hacienda militar sin ningún control y deseos de relegar a don Fernando a una posición simplemente decorativa que un hijo y hermano de reyes no podía aceptar en modo alguno. Todos estos choques acabaron por hacer que el infante-cardenal transmitiera una seria queja al rey para librarse de tan incómodo pariente.[247]

245 Consuta del Consejo de Estado, 8 de marzo de 1637, AGS, Estado, 2.052, voto del inquisidor general, cit. R. Vermeir, *op. cit.*, p. 181.

246 Don Fernando a Olivares, 3 de diciembre de 1637, AGS, Estado, 2.053.

247 Don Fernando a Felipe IV, 21 de noviembre de 1638, AGS, Estado, 1.418.

La complicada situación militar y la débil situación política a la que se enfrentaba don Fernando eran motivo de grave alarma en Madrid. Su nulo aprecio por Roose obligó a reforzar la presencia de ministros españoles en Bruselas. En 1638 se envió a Miguel de Salamanca (como secretario de Estado y de Guerra) y el marqués de Cerralbo (que oficialmente era embajador extraordinario ante el emperador). Los recién llegados se unieron a fray Juan de Santamaría y al marqués de Mirabel, pues las dificultades se habían agudizado tras la exclusión de Tomás de la Junta de Guerra y de la de Estado. La tensión llegó a tal punto que el saboyano anunció[248] su propósito de regresar a Italia poco después, coincidiendo con un año infausto para don Fernando en el que fallecieron Fuentes y Cerralbo, mientras Mirabel tuvo que regresar a España. Por tanto, en Bruselas solo podía contar con fray Juan, Salamanca y Roose, que estaban enfrentados.

248 Tomás de Saboya a don Fernando, 20 de enero de 1639, AHN, libro 957; don Fernando a Felipe IV, 27 de febrero de 1639, AGR, SEG, 221.

Tras su regreso a Italia, Tomás participó en la campaña apoyando a Leganés e incluso en la toma de Turín, pero en uno de sus habituales

cambios se transformó en el defensor de la ciudad contra sus anteriores compañeros de armas. Sin embargo, Richelieu aprovechó la ocasión para convencer a la regente de Saboya, la duquesa Cristina, hermana de Luis XIII, para que aceptase un protectorado de Francia. Esto provocó que Tomás volviera a cambiar de bando y puso cerco a Turín. Las tropas francesas volvieron a cercarlo, mientras las españolas cercaban a estas, de forma que se estableció un triple anillo en torno a la capital de Saboya. La operación terminó con la rendición de Tomás (que Richelieu logró comprar a elevado precio), su enemistad con Leganés, la recuperación de la plaza por Cristina y el protectorado buscado por Francia. Siempre cambiante en sus fidelidades, Tomás manifestó su deseo de regresar a los Países Bajos en enero de 1641. Esto causó la alarma de don Fernando, que temía su posible acomodo con Luis XIII. Según se decía, el rey francés planeaba concederle el mando de sus tropas en Flandes. Felipe IV no quiso hacer ninguna propuesta a Tomás y esperó a ver el desarrollo de los acontecimientos en Italia, donde el príncipe colaboraba, de forma intermitente como se había visto, con las tropas españolas.

Tras el fallecimiento de don Fernando, el Consejo de Estado[249] llegó incluso a considerar, como años antes, la posibilidad de que Tomás de Saboya lo sucediera, pero el cardenal Borja insistió en que sus intereses en Italia tenían que chocar forzosamente con los de España, por lo que rápidamente se abandonó la idea y el Consejo se inclinó por proponer al rey el nombramiento del archiduque Leopoldo Guillermo. Herido en su orgullo por esta decisión, en 1642 Tomás abandonó en España a su mujer y sus hijos y, pasando otra vez al servicio de Francia, ocupó Villafranca de Nizza y algunos presidios, pero fue derrotado en Novara. Al año siguiente se apoderó de parte del Piamonte e invadió el Milanesado, ocupando Tortona, de donde fue expulsado poco después. Decididamente era un triste ejemplo de vanidad, inconstancia y desmedido orgullo.

249 Consulta del Consejo de Estado, 3 de diciembre de 1641, AGS, Estado, 2.056.

Finalmente, cabe referirse al abad Scaglia. Nombrado en 1626 embajador del duque de Saboya en Francia, pasó después a Inglaterra para presentar a Carlos I las condolencias por el fallecimiento de Jacobo I. Después apareció sin previo aviso en Bruselas, lo que provocó en la corte madrileña una desconfianza profunda, pues a juzgar por sus antecedentes se le consideraba claramente partidario de Luis XIII: «Su persona no es bien afecta sino antes sospechosa del Rey Cristianísimo».[250] Su fama de intrigante y la nula confianza que inspiraba se refleja en el juicio que mereció a Waddington, que no dudó en calificarle de «aventurero permanente amigo de todas las intrigas».[251]

250 M. A. Echevarría, *La diplomacia secreta en Flandes*, p. 194.

251 A. Waddington, *La République des Provinces Unies, la France et les Pays Bas espagnols de 1630 à 1650*, p. 174.

El fallecimiento del duque Vincenzo de Mantua en diciembre de 1627 dio pie a una alianza entre España y Saboya que permitió a Scaglia regresar a la capital de los Países Bajos, pero esta vez fue recibido con un ambiente muy distinto del que había encontrado meses antes. Dando prueba de su inquieta personalidad, apenas un mes después viajó a España en condición de embajador del duque de Saboya ante la corte española al inicio de la Guerra de Sucesión de Mantua. Durante su estancia en Madrid aprovechó para criticar de manera especialmente dura a Ambrosio Spinola, que intentaba hacer valer en Madrid las opiniones de la infanta Isabel Clara Eugenia y las suyas acerca de la guerra en Flandes. Encontrar tal aliado en su enfrentamiento con Spinola era algo que Olivares no podía dejar de aprovechar y para el valido fue la ocasión de atraerle a su servicio, aunque, con un particular doble juego, Scaglia no abandonara por ello el servicio de Saboya. Actuando en esta condición tan ambigua, el abad viajó otra vez a Londres en 1631, dando muestras de haber comprendido que, en momentos tan difíciles en la política europea, había que ser extremadamente cauto, evitar dar la impresión de saber demasiadas cosas y aprovechar la amistad de reyes y ministros que, en definitiva, eran la fuente y el origen de todos los beneficios.[252]

252 M. A. Echevarría, *op. cit.*, p. 199.

España se encontraba envuelta en demasiadas guerras al mismo tiempo (Flandes, Italia y Alemania) y la política de Luis XIII y Richelieu hacía temer la pronta aparición de un nuevo y muy grave conflicto. Olivares se enfrentaba a los problemas que asediaban a la Monarquía hispánica hasta el punto de hacerle exclamar: «¡Si floreciéramos como en otros tiempos inquietando al mundo!». [253] Sin embargo, esta triste visión de las cosas estaba muy lejos de haber alcanzado a Scaglia que, con optimismo excesivo, afirmaba con gran convencimiento que, a pesar de las derrotas sufridas por la Monarquía en Flandes, los tercios podrían reconquistar rápidamente todo lo que se había perdido.[254]

253 Olivares a Scaglia, 13 de enero de 1632, AGR, SEG, 596.

254 Scaglia a Olivares, 15 de octubre de 1631, AGR, SEG, 597.

Durante un periodo de diez años el saboyano no dejó de hacer llegar al rey y al conde-duque su opinión sobre los acontecimientos, no solo de la guerra en los Países Bajos. En sus informes se refería prácticamente a todos los aspectos de la compleja situación europea. Al examinar sus escritos se puede comprobar cómo cualquier aspecto era tema de interés para él y le servía para dar rienda suelta a su

visión de las cosas: Italia, Alemania, Inglaterra, Francia, la política naval… todo figura en los informes que continuamente hacía llegar a Madrid, a la infanta Isabel, a Aytona y al infante-cardenal.

Provocando la alarma en Francia, en 1632 recibió el encargo de negociar la posible restitución del Palatinado (un asunto que se repite constantemente en las relaciones hispano-inglesas) y una tregua con las Provincias Unidas. Pero el duque de Saboya no olvidaba que Scaglia era súbdito y enviado suyo, así que le ordenó regresar a Turín, pero el abad rehusó obedecer este mandato y decidió pasar definitivamente al servicio de España. Este cambio de fidelidades no fue obstáculo para que pudiera olvidar su auténtica obsesión, que era la necesidad de alejar el peligro francés del norte de Italia. Sin duda esto fue una de las características principales de su acción, ya que siempre trató de mantener la independencia de Saboya mediante un delicado equilibrio entre España y Francia. En un extraño giro, en 1637 llegó a ofrecer a Felipe IV un plan para dominar el ducado, con lo que parecía buscar una cierta compensación a las derrotas de Breda y Brisach, pero el proyecto se vino abajo cuando Francia estableció firmemente el protectorado que la regente no podía evitar.

La presencia en suelo bruselense de María de Médicis y de Gastón fue otra oportunidad para tratar de intrigar y buscar una posición oficial que le consagrara para dejar de ser solo un corresponsal, un espía y confidente. Como se ha visto, Scaglia pretendió que Felipe IV le nombrara embajador ante la reina madre, pero el rey no estaba dispuesto a admitir semejante «extravagante pretensión» puesto que María no era sino una exiliada de cuyo porvenir se dudaba tanto como de la fuerza que ella o Gastón pretendían tener en Francia. Quedaba así reducido prácticamente a una condición de espía ilustrado carente de cualquier estatuto diplomático.

La conjura de la nobleza flamenca en 1632 fue una ocasión en la que Scaglia trató de desplegar todas las artes aprendidas a lo largo de sus años de misiones diplomáticas. Su relación con el pintor Gerbier le permitió dar rienda suelta a sus habilidades, que pretendió hacer valer en Bruselas y Madrid. Gerbier unía a su condición de residente inglés en Bruselas la de confidente del duque de Buckingham, lo que le hacía el centro de las maniobras inglesas en los Países Bajos y, aprovechando la inmunidad diplomática de que gozaba su residencia, la puso al servicio de los conspiradores. Cuando las cosas se torcieron para estos, Gerbier no dudó en tratar de vender las informaciones que poseía y se puso en contacto con Richelieu, que no le prestó la menor atención.

Pensando entonces que España estaría más interesada, tomó contacto con Scaglia, cuyos informes iniciales («Gerbier me dijo que había descubierto un engaño muy grande de la Francia») no parece

que encontraran gran eco en Madrid.[255] Pero, poco después, y a medida que se iba viendo la importancia de la conspiración y la posibilidad de que los implicados llegaran a acuerdos con los enemigos de la Monarquía hispánica, se hacía cada vez más evidente la importancia de dar el debido castigo a sus autores. En agosto Gerbier se ofreció para informar sobre la conjura y también para hacer de mediador entre todas las partes en conflicto (España, las Provincias Unidas, Francia e Inglaterra), pero en Madrid solo interesaba la primera parte. Lo malo es que la información debía comprarse a peso de oro, porque Gerbier estaba dispuesto a denunciar a los culpables, pero no era *gratis et amore*, sino con un pago mínimo de 20.000 escudos, a realizar en el mismo momento en que facilitara sus informaciones.

255 Scaglia a Olivares, 4 de octubre de 1632, AGR, SEG, 600.

Siempre con la idea de lograr la protección española para el norte de Italia, Scaglia se mostró en todo momento partidario de una tregua con las Provincias Unidas de modo que los intereses de España pudieran enfocarse con más tranquilidad en la península, abortando los propósitos franceses de entrada en la misma. Por estas razones, en 1633 propuso que se firmase la paz, concediendo a los holandeses incluso el derecho a comerciar con algunos puertos de Brasil y de las Indias españolas y, más tarde, presentó un plan para invadir Francia que le había hecho llegar un francés. Pero Scaglia dio prueba de no apreciar bien la realidad; parecía no comprender la fuerza creciente de la Francia de Luis XIII y creía que iba rápidamente camino de la ruina y no tendría otro camino que solicitar la paz. Ingenuamente creía que Francia se echaría en los brazos de cualquiera que se presentase como un caudillo, sobre todo si actuaba en contacto con los grandes nobles. Todavía el rey (y Olivares) eran fácil presa de las cualidades analíticas del abad y Felipe IV aseguraba a su hermano que «la opinión de Scaglia es del más alto interés, pues este abad tiene la mayor experiencia de la política francesa».[256] Este «grandioso» plan se basaba en la entrada de las tropas imperiales en Lorena al tiempo que al norte se atacaría a las Provincias Unidas para fijar a sus fuerzas en su territorio e impedir que fueran en ayuda de Francia; mientras tanto otros dos ejércitos españoles atacarían al sur, uno por el Languedoc y otro por la Provenza, y a ellos se sumaría la flota que, tras atacar Bayona y Burdeos, navegaría hacia el norte para impedir cualquier movimiento de los barcos franceses. No había ni hombres ni dinero para este auténtico «sueño de una noche de verano» por lo que la idea quedó relegada al olvido.

256 Felipe IV a don Fernando, 10 de octubre de 1637, AGR, SEG, 216.

De todos modos, y aunque Scaglia propuso todavía en agosto de

1636 una tregua con Holanda para enfrentarse con Francia, el rey había comenzado a sentirse cansado de sus continuas presiones en favor de la paz y le ordenó presentarse en Madrid encargando a don Fernando que tuviese buen cuidado de que se le hiciese embarcar rápidamente.[257] El saboyano comenzó a alegar múltiples excusas (su estado de salud, la enemistad con Richelieu…) para no obedecer y el infante-cardenal tuvo que comunicar estas negativas.[258] Su actitud acabó provocando que el gobernador de Ostende se incautase de todos sus bienes y, aunque el rey desaprobó tal medida, instruyó a su hermano[259] para que actuase de manera que el italiano no creyera que se sospechaba de él precisamente en unos momentos en que la muerte del duque de Saboya podría hacer que sus servicios fueran más importantes de lo que se estimaba. La desobediencia continuada de Scaglia y su negativa a presentarse en Madrid colmó la paciencia de Felipe IV, que decidió[260] prescindir definitivamente de sus servicios y cortar el pago de su salario, aunque permitió que se le concediese algún socorro ocasional. Pero, en todo caso, ordenó a su hermano que no le confiara ningún secreto, aunque reconociendo el valor de sus informaciones durante tantos años pudiera tratar de servirse de él en la medida de lo posible porque «el seso con que discurre en todas las materias es tal que se podrá sacar fruto».

257 Felipe IV a don Fernando, 27 de abril de 1636, AGR, SEG, 214.

258 Don Fernando a Felipe IV, 10 de octubre de 1636, AGR, SEG, 215.

259 Felipe IV a don Fernando, 12 de diciembre de 1637, AGR, SEG, 217.

260 Felipe IV a don Fernando, 26 de mayo de 1639, AGR, SEG, 222.

La desgracia final se confirmó en 1640 cuando el rey ordenó a Scaglia abandonar los Países Bajos. Pese a ello, y quizá por sugerencia del propio infante-cardenal, continuó en el territorio y hasta envió todavía algún informe a Madrid. Poco después, sin explicación alguna y de forma misteriosa, a principios de 1641 se pierde totalmente su pista sin que vuelva a encontrarse ninguna referencia a sus informes.

11. EL GOBIERNO DEL INFANTE-CARDENAL. ROOSE

El largo viaje del infante-cardenal culminó con la última etapa que el 3 de noviembre de 1634 le llevó a detenerse en la población de Tervuren, a escasos kilómetros de Bruselas, donde hizo al día siguiente su entrada. Escoltado por la compañía de coraceros del conde Juan de Nassau y por los arcabuceros a caballo de Juan de Vivero el nuevo gobernador general fue recibido por una formación de 8.000 hombres de las milicias burguesas y por todas las personalidades que allí defendían la Monarquía hispánica: Aytona, Leganés, Balbases, Fuensaldaña, Lerma, Saboya, Ligne, Chimay… La espectacular ceremonia reflejaba la esperanza de que la llegada de don Fernando fuera prenda de un buen gobierno y de la tan anhelada paz, ya que se habían depositado muchas ilusiones en su persona y en quienes habían de asistirle en su misión. Oñate había puesto de relieve sus virtudes y la necesidad de que contara con ayuda cuando escribió que «este príncipe es de gran virtud y buenas partes si hubiere quien le guíe a lo mejor».[261]

261 Oñate a Olivares, 24 de enero de 1633, AGS, Estado, 2.960.

La personalidad de don Fernando ha sido considerada de forma muy distinta por los historiadores belgas. El profesor Alfred van der Essen demuestra gran simpatía en su obra que, lamentablemente solo alcanza hasta el momento de la llegada a Flandes, por lo que siempre quedará la duda de cuál habría sido su opinión si hubiese tenido ocasión de estudiar la etapa de gobierno con el mismo detenimiento con el que había seguido el camino hasta los Países Bajos. Por el contrario, otro especialista de la época, Joseph Lefevre, no siente la menor simpatía por él, le niega todo talento y le considera casi como una marioneta de Aytona, verdadero «tutor» del infante. Llega a afirmar que «como figura pública el sucesor de Isabel no tiene ningún talento. Su intervención en los asuntos es puramente nominal. Es de los que reinan, pero no gobiernan. En cuanto se sabe en Madrid la toma de posesión inminente del infante-cardenal se le pone al lado un verdadero tutor en la persona del marqués de Aytona. Las instrucciones dadas a este diplomático… revelan claramente el control que se quiere ejercer sobre el gobernador general al que no le quedará sino una autoridad nominal. No ha sido enviado a los Países Bajos más que para responder a los deseos de la población. Debe seguir en todo el consejo del marqués y no permitir que sean criticados. Caso

necesario Aytona tendría que recordar al gobernador sus obligaciones hacia la corona y, si fuera preciso, recurrir a medidas extremas…».[262]

262 J. Lefèvre, *La Sécrétarerie d'État et de Guerre sous le régime espagnol (1594-1711)*, p. 108.

Para templar tanta dureza conviene mencionar la opinión de otro gran historiador belga, Henri Lonchay, que estima que el fallecimiento de don Fernando a la temprana edad de treinta y dos años constituyó una gran pérdida para los Países Bajos, pues había logrado granjearse el cariño de los belgas y, por la forma en que los había defendido, devolvió la esperanza a una población que tanto añoraba a la infanta Isabel.[263] También subraya que, gracias al tacto con que había actuado, inspiró el respeto hacia la casa real en aquellos generales extranjeros que habían venido en su ayuda «más por interés que por afecto al Rey Católico».

263 H. Lonchay, *La rivalité de la France et de l'Espagne*, p. 109.

También es un simbólico contraste con el agrio comentario de Lefevre la opinión de José María Jover, que dedicó tantos esfuerzos a estudiar la tremenda crisis que en 1635 se abatió sobre España y el infante: «Si tuviéramos que elegir un símbolo para la generación cuya semblanza intentamos, nos decidiríamos sin vacilar por la silueta del héroe de Nördlingen»,[264] y recordaba cómo Matías de Novoa pensaba que con su muerte temprana el cielo había quitado a la Monarquía «la mayor prenda sobre la que fundaba sus esperanzas».

264 J. M. Jover, *1635. Historia de una polémica y semblanza de una generación*, p. 231.

En las Instrucciones secretas que Felipe IV envió a Aytona [265] parece traslucirse que su confianza en la capacidad y experiencia políticas de su hermano era más bien limitada. Aytona no ignoraba que el nombramiento de don Fernando obedecía tanto a las propuestas que desde años atrás el rey venía estudiando con Olivares como a la intención de satisfacer las peticiones de la población de ser regida por una persona de sangre real. Pero el experimentado político y militar, consciente de lo que suponía la juventud de don Fernando, comprendía las razones de su designación como una especie de rodrigón para evitar que el infante pudiera desviarse en el gobierno. El rey le subrayaba en esas Instrucciones cómo había prescrito a su hermano la obligación de respetar los consejos que le diera Aytona y que no debía permitir fueran criticados; además, exhortaba a don Fernando para que apoyara a su consejero en público y en privado, de forma que nadie pudiera tener la tentación de interponerse entre ellos. Pero si acaso el infante rechazara los consejos referentes al ejército o a la conservación de los Estados, Aytona gozaba de la autoridad necesaria para recordarle sus obligaciones hacia la corona y, si sus admoniciones no tuvieran éxito, podría usar del resto de sus

instrucciones con la prudencia y la energía que por sus funciones le imponía la fidelidad debida. También las instrucciones contenían limitaciones para Aytona, como eran la prohibición de cambiar a los gobernadores de las plazas fuertes sin obtener previamente permiso real, el consejo de vivir en armonía con los ministros militares y civiles (léase Roose), tratar de complacer a don Fernando y demostrarle su subordinación, pues el rey no podía aceptar que el marqués actuase independientemente del gobernador que (aunque en principio debía conformarse a los consejos de Aytona) era quien disfrutaba de la última palabra.

265 Felipe IV a Aytona, 20 de septiembre de 1634, British Museum, Manuscritos, Add. 14.007. El rey informó también a la infanta de estas Instrucciones, BRB, Ms. Div. 213, Felipe IV a Isabel, 11 de octubre.

En carta separada de estas instrucciones, el rey le aseguraba que, si confiaba en obtener tan buenos efectos del nombramiento de su hermano era por «la elección que he hecho de vuestra persona para asistirle y servirme en esa plaza de armas y, conociendo vuestro afecto a mi servicio y la experiencia grande que habéis adquirido con las ocupaciones y cargos que se os han encomendado, he advertido a mi hermano precisamente que en las materias de la guerra se conforme y siga vuestro parecer».[266]

266 Felipe IV a Aytona, 29 de septiembre de 1634, *op. cit*.

Aytona tuvo ocasión más tarde de recibir una gran satisfacción cuando sus años de trabajo en Bruselas fueron objeto de una aprobación completa por parte del Consejo de Estado,[267] que emitió un voto de agradecimiento por su actitud en la guerra y por la habilidad con que había evitado la traición de algunos vasallos durante el tiempo en que le cupo asegurar el gobierno hasta la llegada de don Fernando.

267 Consulta del Consejo de Estado, 14 de octubre de 1634, AGS, Estado.

En las instrucciones para don Fernando se había tenido cuidado, como Oñate no dejó de poner de relieve,[268] en no concederle el mismo nivel de autoridad del que había disfrutado la infanta Isabel Clara Eugenia, de quien no se había querido olvidar su anterior condición de soberana de los Países Bajos. El significado de esta limitación era hacer patente de modo claro y que todos lo comprendieran que el gobierno dependía ahora de Madrid en el mayor grado posible. Pero al propio tiempo Oñate estimaba que los poderes de don Fernando no podían ser menos amplios que los que se concedían a los gobernadores de otros territorios de la Monarquía, pues era indudable que la menor merma en este sentido dañaría su prestigio y le haría aparecer ante los belgas como un príncipe carente de autoridad. Era el eco del eterno argumento de la reputación, tan fundamental en aquella época.

268 Informe del conde de Oñate, 13 de mayo de 1632, AGS, Estado.

Las instrucciones[269] para el infante-cardenal —completadas como de costumbre con otras de carácter secreto— son sumamente detalladas y muestran el deseo de intentar llevar a los holandeses a buscar la paz o, al menos, una tregua favorable, para lo que se debía recurrir a todos los medios militares y diplomáticos posibles. En lo referente al gobierno de los Países Bajos, se consideraban como puntos de importancia primordial el mantenimiento de la religión católica dentro del más puro espíritu tridentino y la reducción de las prerrogativas locales a límites estrictos, para que no pudieran dañar la autoridad real (escocía claramente la convocatoria de los Estados Generales y el recuerdo de la conjura de los nobles), y se debía evitar que se produjeran interferencias entre las atribuciones propias de los órganos de gobierno flamencos y españoles. Las instrucciones se referían también a los temas relativos a la disciplina y el mantenimiento del ejército y a los aspectos económicos, en los que el papel del gobernador era muy limitado al estar sometido a las directrices marcadas desde Madrid y a los fondos que se recibían de la corte.

269 Instrucción general del cardenal-infante e Instrucciones secretas del cardenal-infante, ambas de 10 de octubre de 1632, AGR, Papeles del Estado y de la Audiencia, 1.224.

En la redacción de estas instrucciones había intervenido de modo muy directo Pierre Roose, que, en los años siguientes, desde los cargos de *Chef-Président* del Consejo de Estado y del Consejo Privado, provocó continuos enfrentamientos con los ministros españoles y con el mismo gobernador. Pero Roose contaba con el apoyo incondicional de Olivares (y, por su influencia, del propio rey). Hasta 1639-1640 se extendió su auténtico periodo de oro, siendo el ministro flamenco de mayor influencia durante todo el periodo español en los Países Bajos católicos. Como subraya Vermeir: «Se atribuía el papel de mentor interior del nuevo gobernador general y se veía en las Instrucciones, ciertos fragmentos de las cuales parecen un auténtico espejo de príncipes, una manera de iniciarlo en las tradiciones administrativas de los Países Bajos».[270]

270 R. Vermeir, *op. cit.*, p. 221.

En la correspondencia de Olivares a don Fernando son continuas las exhortaciones a la necesidad de escuchar a Roose, de seguir sus consejos e ¡incluso! de soportar sus defectos. Tras la muerte del marqués de Aytona, Roose se transformó en una especie de *deus ex machina* en Bruselas, pretendiendo ser el intérprete y ejecutor de unas órdenes que insistían repetidamente a don Fernando para que atendiese sus consejos, le concediese su total confianza y le encomendase todo tipo de asuntos. La obsesión de Olivares por

ensalzar la inteligencia y la laboriosidad de Roose alcanzó en ciertos momentos cotas difíciles de soportar, pues sus pretensiones de inmiscuirse en todo no podían por menos de hacerle chocar con el gobernador y con los otros ministros. Para el valido, el flamenco era «la mejor y mayor cabeza que Vuestra Alteza tiene hoy ahí». Pero, mientras el infante-cardenal era objeto de estas exhortaciones, Roose actuaba sistemáticamente al margen o a sus espaldas y mantenía una abundante correspondencia con Olivares. No es necesario desplegar muchos esfuerzos de imaginación para estimar el estado de ánimo con el que el infante se veía obligado a leer las continuas alabanzas a quien era un permanente incordio y, por muchas que fueran las cualidades de Roose, no eran menores los problemas que planteaba en su ansia de controlarlo todo. Con esta ambición, las dificultades que planteaba en el desarrollo armónico del gobierno resultaban cada vez más difíciles de resolver debido a las reacciones de quienes veían cómo se mezclaba en lo que no era de su incumbencia y trataba de imponer su criterio sobre quienes, en muchos casos, sabían más que él.

La llegada de don Fernando a Bruselas produjo una reorganización en los mandos del ejército que parecía el preludio de nuevas hostilidades. La responsabilidad de los asuntos militares era competencia de Aytona, que falleció de modo inesperado en agosto de 1635. El testigo contemporáneo Gerónimo de Mascareñas[271] asegura que Aytona no podía consolarse de que no se hubiese aprovechado debidamente la toma de Schenk. Su valía militar, su integridad como consejero político y su valor al no haber dejado de denunciar ante la corte madrileña las faltas que se cometían o las injusticias que sufrían los belgas hacían que su pérdida fuese casi irremplazable. Para substituirle se designó al duque de Lerma, que en noviembre logró un importante triunfo al apoderarse de Limburgo, pero apenas sobrevivió tres meses a su antecesor. Tras la muerte de Lerma ostentó el mando el escasamente fiable Tomás de Saboya. En los otros escalones del mando, el portugués Manuel Pimentel,[272] conde de Feira, fue nombrado maestre de campo general, aunque conservando su cargo de gobernador de Amberes; Felipe de Silva fue designado capitán general de la caballería, y Gavarelle quedó como superintendente de la flota, que estaba bajo el mando como almirante del marqués de Lede y como general por el marqués de Fuentes (que siguió siendo nominalmente gobernador de Cambrai siendo el ínterin asegurado por Luis de Benavides, gobernador de Dunkerque).

271 G. de Mascareñas, *Sucesos de la campaña de Flandes del año 1635 en que Francia rompió la paz con España*.

272 Es frecuente la confusión de este noble portugués con el duque de Feria, fallecido en 1634.

Durante su mandato el infante-cardenal pudo apoyarse en un grupo de avezados generales (Aytona, Lerma, Saboya, Piccolomini o Carlos IV de Lorena) y de consejeros políticos (Roose, Fuentes, Mirabel, Axpe, fray Juan, Salamanca) pero, por desgracia, muchas veces se limitaba aprobar las propuestas que se le sometían con un simple «me conformo». Fue en este sistema de gobierno donde radicaron los fallos que en la corte se consideraron responsabilidad directa de los consejeros. Cuando en abril de 1636 se produjo la pérdida de Schenk la derrota cayó en Madrid como un jarro de agua fría y Olivares no ocultó en el Consejo de Estado su decepción por una pérdida de la que se culpaba directamente al gobernador y a Tomás de Saboya:

> No puedo negar a Vuestra Alteza que se me ha caído el corazón a los pies, más que en cuantas pérdidas hemos hecho jamás, porque veo el sentimiento del rey de muy cerca y no hay, Señor, quien no llegue a Su Majestad, con lisonja o con verdad, a decirle que se perdió por esto o por lo otro y en atravesarle con una saeta el corazón. [Con ello se ha] perdido la mayor joya que el rey nuestro Señor tenía en esos estados para poder acomodar sus cosas con gloria.[273]

273 Olivares a don Fernando, 25 de mayo de 1636, BSB, *Codex Hispanicus*.

Todavía al año siguiente Olivares le aseguraba[274] que en la corte madrileña se estimaba que estaba mal servido y aconsejado, que todos sus consejeros se equivocaban y, además, que estaban enfrentados con frecuencia (lo que no dejaba de ser cierto, como tuvo que reconocer don Fernando). La famosa queja del «no hay cabezas» parece resonar en estas circunstancias.

274 Olivares a don Fernando, 23 de octubre de 1637, ibíd.

Todo un cúmulo de circunstancias fue paulatinamente alimentando las críticas que se referían fundamentalmente a las acusaciones de estar rodeado de consejeros incapaces (aunque quepa preguntarse qué se opinaba entonces de la omnipresencia de Roose), de verse obligado a soportar frecuentes y graves reveses militares (Schenk, Corbie, Brisach, los Downs…), y de no haber sido capaz ni de aprovecharse de las conjuras que continuamente se tramaban contra Richelieu ni de conseguir un acercamiento efectivo con alguna fracción holandesa que permitiera albergar la esperanza de lograr una tregua o la paz.

Como era evidente, el margen de libertad de acción de don Fernando se veía coartado en todo momento por las limitaciones que sobre la línea política a seguir le eran impuestas por Madrid. Consecuencia de este sometimiento era que su función principal, dejando de lado la administración interior, quedara casi limitada al mantenimiento de la máquina de guerra (el ejército y la armada) en las mejores condiciones posibles, habida cuenta de la permanente dificultad para disponer de recursos económicos. A cambio de esta merma de sus atribuciones podía quedarle a don Fernando la

esperanza de disfrutar de manos libres en la política interior de los Países Bajos, pero hasta esto le sería restringido porque Felipe IV y Olivares le imponían a Roose. Sus atribuciones en política interior le serían recortadas por el rey en 1632[275] y, de nuevo, en 1634, cuando el rey se reservó la colación de ciertas dignidades con el pretexto de hacerse más cercano a sus vasallos. La intención de Felipe IV y de Olivares de transformar a Roose en el pivote central de la gobernación de los Países Bajos se revela en su propósito de reducir el número de ministros y en la obligación que se les imponía de hacer pasar por sus manos todos los asuntos para obtener su firma antes que la del gobernador.

275 Felipe IV a don Fernando, 10 de octubre de 1632, AGS, Estado, 2.239.

La influencia de Roose en la redacción de las instrucciones a don Fernando y su actividad una vez en Bruselas fueron las bases de una creciente centralización a través de la reorganización del Consejo Privado en 1632, y por los esfuerzos en controlar el buen uso de las provisiones y en mantener una estricta disciplina militar (dificultada por las numerosas deserciones). La mala experiencia que había supuesto para Felipe IV la actitud de los Estados Generales en las postrimerías del gobierno de la infanta Isabel provocó el aumento de las competencias del Consejo Privado (es decir, de Roose) para concederle la preeminencia sobre los otros consejos y buscar una mayor armonización de criterios. Pero, aunque el Consejo Privado conservó la dirección de los asuntos internos de los Países Bajos, el control que ejerció Madrid sobre su composición hizo que su influencia no lograra alcanzar las cotas de que había disfrutado en épocas anteriores.

Además de los Consejos propios de la administración interior de los Países Bajos, el gobernador contaba con otro organismo de suma importancia: la Secretaría de Estado y de Guerra. El cargo de secretario fue ocupado inicialmente por Martín de Axpe, que había acompañado a don Fernando durante el viaje por Alemania y mantuvo el contacto con Aytona, permitiendo al infante-cardenal y a él mismo ir poniéndose al tanto de la situación en Flandes. En 1635 Axpe mantuvo conversaciones con el *Greffier* holandés Musch sobre la posibilidad de alcanzar una tregua o la paz, y tras duras críticas del rey por su actitud en las mismas obtuvo autorización para regresar a España. Pese a esas críticas, en 1638 se le encomendó una gestión diplomática en Inglaterra donde falleció en 1640. En 1636, tras la marcha de Axpe, se nombró a Francisco de Galarreta para ocupar el cargo de secretario de forma interina,[276] pero su permanencia en el puesto fue de escasos meses y pronto desapareció de la escena, siendo reemplazado por Miguel de Salamanca (que se encontraba en los Países Bajos desde la muerte de la infanta Isabel). Poco después de

ocupar esta función, don Fernando le envió a España con instrucciones[277] de explicar la situación militar y para que obtuviese toda la información posible de Olivares. Tras pasar un año en Madrid, donde fue altamente considerado por el ministro, regresó a Bruselas y fue nombrado titular de la Secretaría.[278] Sus instrucciones revelan la importancia que se le concedía: Salamanca debía tratar de establecer la concordia entre los ministros militares y civiles sin depender de ninguno de ellos, mantener el servicio de espionaje que tantos frutos había dado, velar por el buen estado de la flota, ocuparse de la distribución de los documentos y redactar, en su caso, las respuestas que debiera dar don Fernando. En muchas ocasiones este le encomendó llevar a cabo contactos o negociaciones de carácter secreto. Y no fue el menor de sus trabajos tener que servir de intermediario entre un gobernador y un *Chef-Président* cada vez más distantes.

276 Felipe IV a don Fernando, 9 de febrero de 1636, AGS, SEG, 263.

277 Instrucciones a Miguel de Salamanca, 13 de diciembre de 1636, AFGR, SEG, 1.

278 Olivares a don Fernando, 11 de abril de 1638, BSB, *Codex Hispanicus*, 22. Olivares justificó el nombramiento al haberse tomado decisiones respecto al destino de Axpe (enviado a Inglaterra) y Necolalde.

Argumentando que el cargo de gobernador general era más absorbente en esos momentos que en épocas anteriores, y con el pretexto de facilitar la tarea a su hermano, Felipe IV decidió[279] la creación de tres Consejos que se encargaran de los asuntos políticos, los económicos y los militares, teniendo los dos primeros la categoría de «secretos». El Consejo político estaría formado por dos secciones: una se ocuparía de los asuntos interiores y otra de los asuntos exteriores, siendo la primera de la exclusiva competencia de Roose y participando en la segunda Tomás de Saboya, el mayordomo mayor de don Fernando, fray Juan de San Agustín y cualquier otra personalidad que deseara el gobernador.

279 Felipe IV a don Fernando, 20 de diciembre de 1635, AGR, Manuscritos diversos, 464.

El Consejo de finanzas fue también reorganizado tratando de evitar que continuara el manejo sumamente desordenado de los fondos que se venía produciendo desde el fallecimiento del archiduque Alberto, y que había llegado a límites extremos, como la indebida alienación de partes del patrimonio real, por lo que se consideró necesaria su reforma. Por su gran importancia mereció una consideración particular del rey,[280] para quien resultaba inadecuada la gestión que se hacía de las provisiones. Igual que ocurrió con el Consejo político, este fue dividido en dos secciones: una se encargaría de la administración de la casa de don Fernando y la otra (también con la participación de Roose) se ocuparía del manejo de las provisiones enviadas desde

España. Felipe IV consideraba que no se habían sabido gestionar los cuatro o cinco millones que se enviaban cada año a Flandes y encargaba a su hermano que tratara el asunto con Roose (a quien apremiaba de nuevo en este asunto en agosto siguiente), reorganizara la administración conforme al modelo de Milán y diera entrada a españoles en el Consejo, de forma que, trabajando junto a los consejeros belgas, se procediese a una mejor distribución de las provisiones.

280 Felipe IV a don Fernando, 20 de diciembre de 1635, ibíd.

Por último, se consideró necesaria la reforma del Consejo militar, ya que la organización del ejército se resentía de problemas cuyo origen habría que situar principalmente en la mala situación de la Hacienda real cuyas dificultades repercutían en el retraso, la escasez o la falta de provisiones. Esto acababa forzosamente por producir graves problemas de disciplina en las tropas que, con sus exacciones y sus saqueos, no tenían por menos que excitar el resentimiento de la población. En lo relativo al futuro de la guerra el rey prescribió que todos los jefes militares (incluido el maestre de campo general) dieran su opinión nada menos que autógrafa sobre las perspectivas de la campaña para el año siguiente y que esos escritos fueran examinados por el consejo militar (en el que, una vez más, figuraba Roose), aunque la decisión final fuera adoptada por don Fernando, quien la comunicaría únicamente a los encargados de ejecutarla.

Olivares, subyugado por las extremas cualidades que atribuía a Roose, llegó a pedir a don Fernando que utilizara los fondos que recibía con la mayor parsimonia («que no se gaste más de un real de los inexcusables»), y se empeñara en colocar al flamenco en el centro del proceso de decisión casi al mismo nivel que el gobernador: «Que en materia del manejo y ahorro de la hacienda se sirva V. A. de comunicar con Roose, que es entero y limpio y sin duda pondrá el hombro al cerrar y excusar gastos excusados y desperdicio».[281] Esta especie de espejismo ante las capacidades del *Chef-Président* no se limitaba solo a los aspectos financieros sino que llegaba a considerarle poco menos que un oráculo en los temas de la guerra: «En lo militar, si él hablase sin oír a otros, juzgaría lo que V. A., pero oyendo su juicio, su entendimiento, no dudo que errara mucho, más también muchas veces acertara porque, Señor, lo mecánico lo da la experiencia mas no lo sustancial, lo grande, lo más difícil, la cabeza».[282]

281 Olivares a don Fernando, 10 de diciembre de 1635, cit. en R. Deleplanche, p. 102.

282 Olivares a don Fernando, 10 de mayo de 1636, ibíd, p. 103.

Tantas previsiones y tan complicado sistema no encontraron sin embargo una acogida favorable en Bruselas ya que, nada menos que casi un año después, el infante-cardenal trasmitió al rey[283] todos los

informes preparados por una Junta de Estado, compuesta por el inevitable Roose, fray Juan y Mirabel. En opinión de todos ellos, los inconvenientes que produciría la introducción de estas reformas no la hacían aconsejable y, probablemente para escándalo e indignación de Felipe IV y de Olivares, se proponía nada más y nada menos que su aplazamiento *sine die*… Parecía que la aureola de Roose hubiera comenzado a disiparse y, ya desde 1637, se quejaba de verse obligado a trabajar solo y sin asistencia, pese a que había sido su ambición de poder la que le había empujado a tratar de apoderarse de la responsabilidad de todos los asuntos de importancia en la corte bruselense.

283 Don Fernando a Felipe IV, 10 de octubre de 1636, AGR, SEG, 215.

Los continuos choques entre don Fernando y Roose preocupaban mucho a Olivares, porque consideraba que el flamenco era la única persona capaz en el entorno del gobernador.[284] A esos enfrentamientos se unían los que oponían a Roose con fray Juan, a los que el ministro trataba de quitar importancia, considerando que eran algo normal porque, al fin y al cabo, los dos eran simplemente «hombres». Roose pretendía reorganizar el Consejo de Flandes para gozar de más libertad de acción, y se lamentaba de que, a diferencia del padre confesor, no gozaba del favor del infante-cardenal. Para el ministro de Felipe IV, Roose era la única persona capaz que había en Flandes y se sentía muy alarmado porque se desconfiara de él y se sitiera rodeado de enemistad (que, dicho sea de paso, se había ganado a pulso). Por eso proponía en el Consejo de Estado que el rey escribiera a su hermano para subrayarle la importancia que debía conceder al Consejo Privado y para que fray Juan recapacitara y comprendiera el importante papel que había jugado Roose en la disolución de los Estados Generales.

284 Consulta del Consejo de Estado, 27 de abril de 1637, AGS, Estado, 2.052.

Felipe IV atendió a las peticiones de su ministro al escribir a don Fernando [285] que, aunque Roose le había pedido que aceptara su dimisión, estaba absolutamente satisfecho de él y había que agradecerle su acción en los asuntos públicos ya desde antes de que el infante-cardenal llegara a Flandes. Se sentía apenado por el mal ambiente que se había creado en torno al *Chef-Président* y para él sería sumamente difícil reemplazar a alguien «tan capaz, sabio y desinteresado», y su pérdida sería sensible en extremo, por lo que encarecía a su hermano que todo el mundo pudiese ver la consideración que le otorgaba y que le situase en el primer lugar de la administración interior. Y por si esta carta a su hermano fuera poco, el rey escribió simultáneamente a Roose un mensaje de apoyo lleno de alabanzas y —colmo de doblez frente a su hermano— ¡aumentándole

su sueldo![286]

285 Felipe IV a don Fernando, 2 de mayo de 1637, AGR, Manuscritos diversos, 464.

286 Felipe IV a Roose, 2 de mayo de 1637, AGR, 1.500.

Todo esto no parecía calmar los malos humores de Roose y el sentimiento de ser el único poseedor de la verdad. Poco después escribía a su protector[287] para quejarse de que no había en los Países Bajos nadie dispuesto a poner remedio a la situación y que, a menos que se solucionara el problema militar, no se podría mantener la situación política. Y más tarde se quejaba otra vez [288] de que se le acusara de obligar al Consejo a seguir sus propósitos. Roose argumentaba que, como trataba siempre de lograr la unanimidad, o al menos la mayoría, le parecía ocioso tener que reflejar en las decisiones los argumentos en contra, y en ello seguía la práctica tradicional. Si se le acusaba de dictar decisiones sin tener en cuenta la oposición, el rey no tenía más que ordenar que se le decapitase, así como a los otros consejeros que habían cerrado los ojos durante tantos años. Decididamente Roose tenía una altísima opinión de él mismo y de sus capacidades.

287 Roose a Olivares, 6 de mayo de 1637, AGR, Conseil privé espagnol, 1.502.

288 Roose a Felipe IV, 1 de noviembre de 1637, AGR, Conseil privé espagnol, 1.500.

De nuevo Roose se salía con la suya al obtener un total respaldo de Olivares,[289] para el que las pérdidas sufridas y el descrédito que había resultado hacían necesario poner remedio: los Países Bajos eran una enorme carga (en cuatro años se habían enviado cinco millones y medio), y era preciso castigar a los culpables de la pérdida de las plazas que enumeraba (Corbie, Breda…). Para Olivares, el año que terminaba había sido el más desgraciado que había conocido España desde hacía medio siglo y esto era dar de nuevo alas a Roose para que continuara con su enfrentamiento con don Fernando y todos los demás ministros del rey en Flandes.

289 Olivares a Roose, 13 de diciembre de 1637, AGR, Conseil privé espagnol, 1.502.

Olivares había pretendido desde el principio que don Fernando permitiera a Roose actuar como contrapeso a los otros consejeros, a los que Madrid culpaba de los desastres militares. Los malos resultados de la campaña de 1637 llevaron a Olivares a la convicción de que el único que trabajaba debidamente era Roose y que los demás ministros no habían sido capaces de cumplir con sus deberes. La influencia del valido era la base en que se apoyaba Roose para desplegar su incesante (y no siempre leal) actividad, pero su mal carácter hizo que la situación se fuera agriando y las quejas de don Fernando —que en 1638 trató de librarse de él— y la enemistad de los miembros del Consejo de Guerra llegaron hasta un punto tal que Roose fue acusado

incluso de negociar en secreto un tratado con Richelieu. Este enfrentamiento no era ajeno al informe de Roose acerca de los responsables de las plazas perdidas.

La autoridad de Roose se fue agrietando. Su intento de controlarlo todo y su mal carácter, que lo enfrentaba a todo el mundo, lo fue marginando poco a poco. Felipe IV, pensando que su hermano se quería librar de él, pidió explicaciones, alarmado ante la posibilidad de perder al hombre que él y su ministro consideraban como la roca en la que fundamentar el gobierno de Flandes. Don Fernando replicó que no era su intención prescindir del ministro, pero que era necesario que modificara su actitud respecto a los jefes militares, con los que no colaboraba al tiempo que trataba de imponerles sus puntos de vista. Don Fernando negaba su intención de prescindir de Roose, pero manifestaba al tiempo su incomodidad con sus actitudes y sus exigencias: «Nunca fue mi intención que otro haya de ocupar su puesto sino que, para mayor alivio mío y para evitar otros inconvenientes, será bien que tratase de otra forma las cosas de la guerra […] sin esto no pueden dejar de serme muy molestas las instancias que separadamente me hace para que siga sus opiniones aunque sean contrarias al común sentimiento de los cabos».[290]

290 Don Fernando a Felipe IV, abril de 1638, AGR, SEG, 218.

En octubre de 1638, Olivares tuvo de nuevo la impresión de que don Fernando trataba de librarse de Roose definitivamente y le instó a que le sufriera con paciencia: «Bien creo que Vuestra Alteza padece infinito con la condición de Roose y sabe Dios lo que siento y lo que diera por ver quién nos pudiere descansar sin él». Pero, tras el desastre de la flota de Oquendo en los Downs ingleses y el regreso de Piccolomini a Alemania, ambos preludios a la pérdida de Arras en 1640, don Fernando intentó claramente librarse de Roose, utilizando a Salamanca y fray Juan como las puntas de lanza de su ofensiva. Las cosas habían llegado ya a tal punto que en Madrid hasta el Consejo de Estado llegó a considerarle «un ministro ya no capaz de los negocios». La pésima noticia de la pérdida de Arras se unió a las de los levantamientos en Cataluña y en Portugal, que motivaron que, en 1641, Felipe IV ordenase el envío a España de tropas valonas con lo que dejaba sin medios a su hermano, cuya salud se fue deteriorando hasta su fallecimiento el 9 de noviembre.

12. 1635. LA QUIEBRA DE LA HISTORIA

Una paz disfrazada, una guerra solapada,
tanto más peligrosa que sus artificios han sido siempre
mucho más de temer que sus fuerzas.[291]

291 Declaración de Luis XIII el 6 de junio de 1635 justificando la ruptura con España.

El año 1635 quedó marcado por la entrada sin máscara de la Francia de Luis XIII en la Guerra de los Treinta Años y el comienzo de un largo periodo de guerra abierta con España, que se prolongaría hasta la Paz de los Pirineos y que, tras un breve paréntesis, Luis XIV reavivó con la Guerra de Devolución. España se encontró así enfrentada simultáneamente a tres guerras: en Alemania, debido a su indefectible apoyo a la rama germánica de la casa de Austria; en Flandes, con la inacabable lucha contra las rebeldes Provincias Unidas y a la que ni reyes ni generales parecían capaces de encontrar solución y, ahora, con una Francia que, tras la «*guerre du renard*» de Enrique IV, había encontrado sus motores en Luis XIII y Richelieu.

Aunque todos parecían ser conscientes de que el enfrentamiento resultaba inevitable, todavía alentaba una mínima esperanza que permitiera a la Monarquía salvar una situación cada vez más complicada y comprometida. Pero era querer transformar los deseos en realidades y, si bien Olivares consideraba que «es necesario poner los asuntos de España en situación tal que pueda procurarse la paz a la monarquía española»,[292] estaba totalmente clara la voluntad de Francia de romper y enfrentarse militarme con España. Su intervención cada vez más militarmente descarada en la Guerra de los Treinta Años se vio completada con el abandono de su puesto del embajador francés en Madrid en diciembre de 1634 sin ofrecer la menor explicación. Estos hechos no podían dejar lugar a dudas de la inevitabilidad de la ruptura. La retirada del representante galo venía a confirmar las aprensiones del ministro, que no solo había manifestado repetidamente en el Consejo de Estado la necesidad de prever la probabilidad de una ruptura, sino que incluso había estudiado la posibilidad de preparar una invasión del territorio francés.[293]

292 Olivares a Oñate, 1 de enero de 1635, AGR, SEG, 333.

293 Consultas del Consejo de Estado, 14 y 16 de enero y 3 de marzo de 1635, AGS, Estado, 2.049 y 2.050.

La llegada de don Fernando a Bruselas tras su resonante triunfo en Alemania había contribuido a mejorar tan notablemente la moral de

los españoles que incluso se llegó a pensar (demostrando un excesivo optimismo) que se podía hacer frente simultáneamente a Francia y a las Provincias Unidas. Pero para el ministro todavía no parecía clara la línea de acción a seguir.[294] Olivares seguía dudando entre la entrada en Francia o la realización de acciones militares en el frente norte (Maastricht, Grave o Venloo), por lo que resulta difícil conjeturar si el peso final en la toma de decisiones fue un producto de la autoridad de Madrid (como sostiene Stradling) o si la postura del infante-cardenal resultó más decisiva (que es la tesis defendida por Israel). Para complicar más la comprensión de las decisiones hay que tener presente que la guerra se desarrolló tanto en el frente sur, al comenzar Francia las hostilidades, como en el norte, donde los enfrentamientos tuvieron tanta importancia que, hasta 1640, «el esfuerzo español fue de lejos el más grande de toda la guerra hispano-neerlandesa en hombres e inversión».[295]

294 Consulta del Consejo de Estado, 5 de marzo de 1635, AGS, Estado, 2.050.

295 J. I. Israel, *op. cit.*, p. 216.

Desde principios de año Richelieu ya no se molestó en tratar de disimular. La reconciliación de Gastón con Luis XIII y la ocupación de las plazas fuertes de la Lorena (Carlos IV había pasado al servicio de España) impulsaron al ministro —que todavía no estaba decidido a aliarse formalmente con Suecia— a reconsiderar las propuestas holandesas sobre los Países Bajos españoles y, aunque se inclinaba por establecer allí una república, también estaba dispuesto a repartirse el territorio y dividirlo en cantones si los belgas no se sublevaban contra España. Conforme a este acercamiento, el 8 de febrero, Charnacé, el embajador francés, firmó con las Provincias un tratado ofensivo y defensivo que contenía las bases para un futuro reparto de los Países Bajos. Ambas partes se comprometían a poner en pie de guerra un ejército de 30.000 hombres y a fomentar la rebelión de los habitantes de los Países Bajos, con vistas a su desmembramiento y al reparto de las ciudades flamencas.[296] Richelieu era consciente de que Francia todavía no estaba del todo preparada para entrar en guerra y quería reservarse una posibilidad de retrasarla e hizo depender en el preámbulo del tratado la posible acción militar francesa de que España persistiese en «no aceptar los términos razonables de arreglo».

296 Estos planes habían sido conocidos por Aytona gracias a los despachos interceptados por sus espías.

Ampliando la tela de araña que iba tejiendo en su búsqueda de alianzas contra la casa de Austria, Richelieu envió a sus agentes (Sonneterre a Inglaterra, Feuquières a Alemania y Belliévre a Italia) en busca de nuevos apoyos. En Alemania pudo alcanzar alianzas con los territorios protestantes reunidos en la Liga de Heilbronn, restaurada

en abril, y en la península italiana solo logró un éxito moderado al firmar en julio el Tratado de Rivoli con los ducados de Saboya, Módena, Mantua y Parma. Los tratos con los suecos fueron más complicados y, tras una negativa inicial, al fin el canciller Oxenstierna aceptó firmar el Tratado de Wismar (30 de junio) mediante el pago de una importante contribución económica de Francia. Y el año acabaría con la firma en octubre de un acuerdo con Bernardo de Saxe-Weimar.

Hay que subrayar el conflicto intelectual que tanto para Olivares como para Richelieu suponía el enfrentamiento armado de las dos potencias católicas y en el que se oponían los argumentos religiosos y los imperativos que marcaba la razón de Estado, pero sería injusto considerarlo como una demostración de cinismo y, en cualquier caso, ambos trataban de buscar un posible punto de encuentro entre esos dos «deberes». Elliott pone de relieve[297] que, tanto uno como otro, se veían obligados a actuar en un mundo en el que debían dudar entre las conveniencias políticas de sus decisiones y los dictados de la conciencia. Los dos estadistas se sentían turbados por estas decisiones y que no implican necesariamente que no fueran sinceros cuando intentaban conformarse a la doctrina de la Iglesia. Los intentos de ambas partes de buscar la paz prácticamente desde el comienzo del conflicto parecen un argumento en su intento de armonizar tan encontradas obligaciones, aunque era evidente que ninguno de los dos podía aceptar las condiciones del otro. Por tanto, no era la guerra lo que se quería, sino una guerra política, el anuncio de que se estaba produciendo un cambio de paradigma en el orden europeo.[298]

297 J. H. Elliott, *Richelieu and Olivares*, pp. 128-129.

298 M. Rivero, *El conde-duque de Olivares*, p. 239.

La huida (es difícil darle otra calificación) del embajador francés en Madrid obligaba a adoptar medidas equivalentes. El rey dio instrucciones a don Fernando para que tomase las disposiciones que le parecieran oportunas respecto de la situación en París del embajador español, Cristóbal de Benavente. En Madrid se consideraba evidente que la «espantada» del francés sin que hubiera sido nombrado un sucesor obligaba a retirar de su puesto a Benavente pues, de no reaccionar así, parecería una clara muestra de debilidad. El infante-cardenal ordenó[299] al embajador que abandonase París tal como lo había hecho su homólogo y que viajase a Bruselas sin ofrecer ninguna explicación, mientras que el rey le ordenaba que no se ocupase más de los asuntos de Francia y regresase a España. Los rumores que llegaban a Madrid (y que diferían de los que Necolalde enviaba desde Londres a don Fernando) parecían indicar una posible alianza franco-inglesa. Felipe IV dejó a juicio de su hermano la conveniencia de enviar un nuevo representante a Londres que podría ser el propio Benavente, ya

que don Fernando consideraba que este no debía ser empleado en los Países Bajos ni en Alemania. A finales de año el rey decidió destinar a Benavente a Inglaterra, pero este se resistió obstinadamente alegando su falta de recursos, lo que no estaba fuera de razón cuando se recuerdan las condiciones en que se desenvolvían los representantes españoles en Europa. Pese a los reiterados esfuerzos, nada ni nadie consiguió convencerle de aceptar este nuevo destino.

299 Don Fernando a Benavente, 9 de marzo de 1635, AGR, SEG, 212.

En el aspecto militar, el año comenzó bajo muy malos auspicios: don Fernando tuvo que destituir al gobernador de Gravelinas, cuya incapacidad y conducta sospechosa parecían dar pie a la pretensión francesa de considerar suya esta plaza.[300] Fernando ordenó a Aytona que se instalase en ella. Además, las tropas españolas bajo el mando de Mansfeld se encontraban en plena desbandada y las instrucciones reales sobre la administración militar no eran precisamente una ayuda para resolver el problema.[301] Y para complicar todavía más la situación, los informes de Scaglia coincidían con los que Aytona había recibido de Roma: Tomás de Saboya, partidario de atacar a Francia, era sospechoso de estar recibiendo una pensión de Luis XIII. El príncipe saboyano tenía tal cantidad de enemigos que no se concedió demasiado crédito al rumor,[302] y hasta Felipe IV, cuyo juicio parecía nublado por el parentesco con el saboyano,[303] terminó por declararlo infundado.

300 Don Fernando a Felipe IV, 5 de febrero de 1635, AGR, SEG, 212.

301 Don Fernando a Felipe IV, 15 de febrero de 1635, AGR, SEG, 212.

302 Don Fernando a Felipe IV, 22 de febrero de 1635, AGR, SEG, 212.

303 Felipe IV a don Fernando, 15 de marzo de 1635, AGS, Estado, 2.242.

Conforme se iba acercando el periodo del comienzo de la campaña don Fernando recibía informes sobre las intenciones de franceses y suecos de unir sus fuerzas a las holandesas en la zona de Juliers al mismo tiempo que continuaban las negociaciones entre Francia y Holanda acerca de Maastricht y Limburgo. Apoderarse de estas plazas resultaría posible para el enemigo, puesto que Philip von Sötern, arzobispo de Tréveris y elector soberano, había solicitado y obtenido en 1630 la protección de una guarnición española, pero en 1632 mudó en su alianza y, sustrayéndose a la autoridad final del emperador, la reemplazó por tropas francesas.

Desechando la idea de invadir el territorio francés, don Fernando trató de evitar la reunión de franceses y holandeses en Tréveris y procedió al arresto del arzobispo Philip von Sötern. Esto permitió cortar la retirada de los suecos y los holandeses, evitar la reunión de estos últimos con los franceses en Juliers y asegurar el principado de

Colonia.[304] Según un curioso razonamiento, Wilson estima[305] que Olivares no intervino en absoluto en la decisión de detener a Sötern, que posiblemente fue organizada por don Fernando para precipitar el conflicto con Francia, que consideraba inevitable, y de esta forma forzar al Imperio en general y a Austria en particular a cumplir sus compromisos. El arzobispo fue alojado en Tervuren, donde fue visitado por el infante-cardenal que le aseguró que no debía considerarse un prisionero, puesto que si se le había «trasladado», había sido con el propósito de sustraerle a las posibles vejaciones de las tropas francesas en las fronteras de sus estados. El 21 de abril el ministro francés en Bruselas (Amontot) exigió su liberación. Pero don Fernando se negó, alegando que precisaba recibir instrucciones de Madrid. Como consecuencia, Benavente (que todavía se encontraba en París) fue expulsado y el conde de Salazar (que cruzaba Francia hacia España) fue apresado. Richelieu había encontrado al fin un pretexto para declarar la guerra a España. Pero, como señala Jover,[306] el verdadero pretexto para la declaración de guerra no fue Tréveris sino Nördlingen.

304 Don Fernando a Felipe IV, 1 de abril de 1635, AGR, SEG, 212.

305 P. Wilson, *Europe's tragedy*, p. 556.

306 J. M. Jover, *op. cit.*, p. 251.

Luis XIII reunió un consejo extraordinario cuyos miembros consideraron que: «El rey no podía evitar tomar las armas para vengar la afrenta que acaba de recibir al haber sido hecho prisionero un príncipe que se había puesto bajo su protección».[307] Para Richelieu semejante decisión era «beneficiosa para sus planes» y constituía «un acto de valor y de prudencia al mismo tiempo». Al final fue la derrota de Suecia lo que llevó a Francia a implicarse directamente en un conflicto en el que, sobre todo al comienzo, no se encontraba a gusto, como lo prueban los meses de dudas y sus negociaciones diplomáticas en todas direcciones. Pese a que Francia no estaba realmente en condiciones económicas o militares de enfrentarse con la que todavía era la primera potencia europea, la constante animadversión del cardenal hacia la casa de Austria consiguió imponerse en su afán de debilitar la supremacía española. Su *leit motiv* había quedado claramente reflejado en el famoso *Avis* de 1629, luego en sus Memorias, y se puso de relieve en este año crucial en el Manifiesto de Luis XIII, con el que se pretendía demostrar que su guerra era una guerra justa:

307 Citado por R. Pagés, *La guerre de trente ans*, p. 197. La decisión del consejo se había tomado ya el 5 de abril.

> Pour le dehors il faut avoir en dessein perpétuel d'arrester le cours des progrès d'Espagne et au lieu que cette nation a pour but d'augmenter sa domination et

d'estendre ses limites, la France ne doit penser qu'à se fortifier en elle-même et bastir et s'ouvrir des portes pour entrer dans tous les états de ses voisins, et les pouvoir garantir des oppressions d'Espagne quand les occasions se présenteront [...]».308

308 Avis donné au Roi après la prise de La Rochelle. 13 de enero de 1629. Traducción: «Hacia el exterior hay que tener un propósito perpetuo de parar el curso de los avances de España y en contra del propósito de esta nación de aumentar su dominio y ampliar sus límites, Francia solo debe pensar en fortificarse en su territorio y abrir puertas para entrar en todos los estados de sus vecinos y poder garantizarles contra las opresiones de España siempre que se presenten las ocasiones».

[...] de s'assujettir de l'Empire en forme de monarchie perpétuelle de la maison d'Autriche.. la prétention imaginaire de leur monarchie sur la Chréstienté [...].309

309 Manifeste du Roy. 6 de julio de 1635. Traducción: «Dominar el imperio bajo la forma de monarquía perpetua de la Casa de Austria… la pretensión imaginaria de su monarquía sobre la cristiandad». Existe traducción al español en la Biblioteca Nacional, Mss. 2366.

[...] Qu'est-ce que les espagnols ont fait autre chose depuis le traité de Vervins que de s'agrandir aux dépens de leurs faibles voisins et, comme un feu toujours allumé à qui la matière proche sert de passage pour arriver à celle qui est la plus éloignée et la consommer, et passer de province en province et se les assujettir l'une après l'autre, selon que chacune est plus voisine de la dernière occupée ?... Cette grandeur si injuste, sans respect des traités, des serments et d'alliances, croisant ainsi continuellement par la ruine de nos voisins, ne nous imposait-elle pas une assez grande nécessité de faire la guerre pour nous en défendre ? [...].310

310 *Mémoires du Cardinal Richelieu*, Libro XXVI, 1635. Traducción: «¿Es que los españoles han hecho otra cosa desde el tratado de Vervins que crecer a costa de sus vecinos débiles como un fuego permanentemente encendido y al que la materia cercana sirve de paso a la que está más lejos y la consume, y pasar de provincia en provincia y dominarlas una tras otra conforme una está más cerca de la ocupada en último lugar?... Esta grandeza tan injusta, que no respeta los tratados, los juramentos y las alianzas y que crece continuamente a través de la ruina de nuestros vecinos ¿no nos obligaba con una gran necesidad a hacer la guerra para defendernos?».

La decisión de Francia estaba tomada con toda conciencia: «Declaramos por las presentes, firmadas de nuestra mano, haber determinado y resuelto de hacer de aquí en adelante guerra abierta por mar y por tierra al dicho rey de España, sus súbditos y sus vasallos».

Don Fernando intentó abortar la intervención de las tropas de las Provincias Unidas pero su maniobra fracasó cuando el ataque sobre Filipinas dirigido por Aytona se saldó con un completo desastre. El infante-cardenal trató de culpar de ello a sus generales, pero el nuncio consideró que solo cabía culpar a la frivolidad de don Fernando que se había ido tranquilamente de caza mientras se desarrollaba la operación.311 Tres meses después de la firma del tratado franco-holandés se puso en marcha la máquina militar francesa, pero sus jefes (Châtillon, Brézé y La Meilleraye) estaban enredados en permanentes disputas que les impidieron actuar debidamente. Como la guerra contra España no había sido todavía declarada oficialmente, Châtillon se presentaba como teniente general al servicio de las Provincias Unidas y dirigió sus soldados hacia Luxemburgo y el principado de Lieja. Luxemburgo era una zona montañosa y escasamente defendida,

lo que le permitía avanzar sin demasiados problemas, y Lieja era un territorio neutral que, por tanto, no podía negarse al paso de tropas extranjeras, aunque para salvaguardar esta condición tales tropas no podían pernoctar más de dos noches. Sin noticias del ejército holandés, el francés se dividió en dos columnas que marcharon hacia el norte, aunque inmediatamente las tropas españolas se dirigieron hacia el sur para impedir el avance. En todo caso los movimientos franceses sirvieron para engañar por completo a Roose, que en un tremendo error de apreciación aseguró que tenía por cierto de fuentes fidedignas que Francia no deseaba la ruptura y solo trataba de engañar a los holandeses con movimientos aparentes.[312] A mediados de mayo la situación estaba claramente al límite. El 17, el famoso Père Joseph, inspirador de tantas de las ideas atribuidas a Richelieu y ejecutor de aquellos manejos menos confesables que atormentaban la conciencia del cardenal, escribió al embajador Avaux para ponerle al tanto de las intenciones de Luis XIII:

311 J. I. Israel, *op. cit.*, p. 217.

312 Roose a Olivares, 15 de mayo de 1635, AGR, Conseil Privé espagnol, 1502.

DESSEIN
PERPETVEL
DES
ESPAGNOLS
A LA
MONARCHIE
VNIVERSELLE,
AVEC LES PREVVES D'ICELVY.

M. DC. XXIIII.

PROGREZ
DES CONQVESTES
DV ROY D'ESPAGNE ET
MAISON D'AVSTRICHE EN ALE-
magne, Suisse, Grisons, Italie, & frontie-
res de la France, depuis la mort du Roy
Henry le Grand.

Frontispicio y primera página de *Dessein perpétuel des Espagnols à la monarchie universelle, avec les preuves d'iceluy,* publicado en 1624.
Fuente: *https://gallica.bnf.fr*

> Susciter, dès qu'il le pourra, une paix générale avec des garanties pour l'avenir, une paix qui sera un âge d'or et, en quelque sort, un nouveau siècle d'Auguste. Ses moyens pour atteindre ces fins sont les suivants : soutenir par l'action de plusieurs armées toute négociation prometteuse et tout préliminaire de paix.[313]

313 Citado por Aldous Huxley, *L'éminence grise*, p. 279. Traducción: «Suscitar en cuanto sea posible una paz general con garantías para el futuro. Una paz que será una edad de oro y, de

alguna forma, un nuevo siglo de Augusto. Sus medios para conseguir estos fines son los siguientes: apoyar mediante la acción de varios ejércitos toda negociación que parezca ser prometedora y todo preliminar de paz».

Y el 19, siguiendo viejos protocolos de guerra y de paz que parecían haber caído en desuso desde tiempos inmemoriales, Francia envió a Bruselas un heraldo de armas, Jean Gratiollet d'Aubas («Alençon»), acompañado del trompeta Gratien Ellisavide, para pedir la liberación y la entrega del elector de Tréveris.[314] Si no se accedía, Gratiollet entregaría una declaración de guerra contra el infante-cardenal, no contra España, irregularidad que no dejó de ser subrayada por parte española.[315]

314 Don Fernando a Felipe IV, 23 de mayo de 1635, AGR, SEG, 212. Esta ocasión fue la última en que se utilizó este protocolo y la última declaración de guerra a través de un heraldo se produjo en 1657 al declarar la guerra Suecia a Dinamarca.

315 G. de Mascareñas, vol. XIV.

> Je viens vous trouver de la part du roi mon maître, mon unique souverain et seigneur, pour vous dire que puisque vous n'avez voulu rendre la liberté à Mgr. l'archevêque de Trêves, électeur du Saint Empire, qui s'était mis sous sa protection lors qu'il ne la pouvait recevoir de l'Empereur ni d'aucun autre prince et que, contre la dignité de l'Empire et le droit des gens, vous retenez prisonnier un prince souverain contre lequel vous n'avez point de guerre, Sa majesté vous déclare qu'elle est résolue de tirer raison par les armes de cette offense qui intéresse tous les princes de la Chrétienté. Fait à Saint-Quentin, le deuxième jour de mai seize cent trente cinq. Louis.- Servien.[316]

316 Jean-Chistian Petitfils, *Louis XIII*, p. 679, recogiendo el texto de Avenel, T. IV. Traducción: «Vengo a vuestro encuentro de parte del rey, mi amo, mi único soberano y señor, para deciros que puesto que no habéis querido liberar a Monseñor el arzobispo de Tréveris, elector del Santo Imperio, que se había puesto bajo su protección cuando no podía obtenerla del emperador ni de ningún otro príncipe y que, contra la dignidad del Imperio y del derecho de gentes, mantenéis prisionero un príncipe soberano con el que no estáis en guerra, Su Majestad os manifiesta que está decidida a obtener por las armas razón de esta ofensa que afecta a todos los príncipes de la Cristiandad.- Dado en San Quintín, el segundo día de mayo de mil seiscientos treinta y cinco.- Louis.- Servien».

El objetivo estaba claro: terminar con la supremacía hispano-austriaca sobre el continente y reemplazarla por la de Francia. Pero como la declaración de guerra tenía en realidad un alcance limitado, los planes de Richelieu se redujeron a los Países Bajos, pues en esos momentos su alianza esencial era la que tenía con los Estados Generales de las Provincias Unidas. Con su ayuda, y conforme al tratado del 8 de febrero, pretendía conquistar el territorio español. En cambio, no tenía interés en mezclarse directamente en la guerra en Alemania y, como esperaba que las guarniciones existentes en Alsacia bastarían para evitar que las tropas enemigas penetraran en la Lorena y en Borgoña, no consideró necesario declarar la guerra al emperador. Con esta ambigua postura permitía a Luis XIII conservar sus alianzas en Alemania y esperar dividir a las dos ramas de la casa de Austria.

Cuando Gratiolet llegó a la puerta de Hal, en la muralla sur de Bruselas, fue recibido por el sargento mayor responsable de esta

entrada en la ciudad y por los tres reyes de armas del infante-cardenal (Toison d'Or, Hainault y Gueldre), que le invitaron a entrar y le prometieron que el gobernador le recibiría en audiencia. Las horas fueron transcurriendo y finalmente, ante el nulo interés que don Fernando mostraba por recibirle, el heraldo francés acabó tirando al suelo en la plaza del Sablon la declaración de guerra con la que Luis XIII amenazaba con reparar por las armas la «afrenta» de la detención del arzobispo y a continuación abandonó la ciudad. Poco después, al llegar a la frontera, clavó en un poste el anuncio del fracaso de su misión:

> El heraldo de armas de Francia titulado Alençon hace saber a todos que vino a los Países Bajos para encontrarse con el infante-cardenal de España en nombre de su amo el Rey, su único y soberano Señor, para hacer patente que como ha rehusado devolver la libertad al arzobispo de Tréveris, elector del Imperio, puesto bajo la protección del Rey ante la imposibilidad de que el Emperador o cualquier otro Príncipe pueda otorgarle su protección, y cuanto que tiene prisionero contra la dignidad del Imperio y contra el derecho de gentes, a un Príncipe soberano que no está en guerra con él, Su Majestad declara que reparará por las armas esta ofensa contraria a los intereses de todos los Príncipes de la Cristiandad.[317]

317 «Sommation envoyée de la part du Roy par un Héraut au Cardinal-Infante», *Gazette de France*, 272, 1635.

Francia rompía abiertamente con España en una guerra de duración imprevisible y la emoción en las capitales fue enorme, puesto que era una potencia católica la que se mostraba dispuesta a abrir las hostilidades contra otra potencia católica, aunque el enfrentamiento armado entre España y Francia no fuera ninguna novedad. Pero, pese a las advertencias de Aytona, se diría que la corte no se daba cuenta de lo que realmente estaba en juego en los Países Bajos. Dando crédito a los análisis de Scaglia, que pensaba que Francia no estaba en condiciones de enfrentarse a España, en Madrid se pensaba que podría sostenerse simultáneamente una guerra contra los rebeldes holandeses y contra Francia. Los hechos vinieron a demostrar que el optimismo que se respiraba en los medios de Madrid estaba muy lejos de la dura realidad,[318] y el único que parecía preocuparse por lo que estaba aconteciendo era Saavedra Fajardo que propugnó dar por terminada la guerra en el norte y dedicar toda la atención de España al triángulo clásico que representaban Italia y África.[319]

318 J. Pellicer, *op. cit.*, p. 25, se asombraba de los intentos de Francia («miserable provincia en otro tiempo gloriosa») de elevarse por encima de España.

319 M. A. Echevarría, *op. cit.*, p. 279.

Al día siguiente del fiasco de la misión de Gratiolet las tropas francesas, que habían pasado la frontera de las Ardenas nada menos que el 8 de mayo, avistaron al sur de Bélgica el pequeño ejército español mandado por Tomás de Saboya, que marchaba hacia Namur con la intención de cortar el camino a los franceses. La modestia de

este ejército venía impuesta porque don Fernando tenía todavía en Alemania parte de sus soldados y además se veía obligado a disponer de reservas para tratar de controlar la amenaza holandesa sobre Brabante y Flandes. Tomás asentó su cuartel general en Marche-en-Famenne, esperando el refuerzo de las levas que habían sido ordenadas, pero, ante el avance francés que el día 18 había llegado hasta Rochefort, en las Ardenas, se vio obligado a librar batalla dos días después entre Les Aveins y Clavier. Aunque las primeras escaramuzas le fueron favorables, la batalla acabó en una derrota total en la que solo los españoles y los italianos lucharon «más por sostener su reputación que por la esperanza de vencer».[320] En este encuentro fueron apresados nada menos que tres de los generales españoles, se perdieron miles de hombres, banderas, artillería, equipajes, archivos y 20.000 ducados. La guerra no podía empezar con peores auspicios para don Fernando. Con esta batalla había estallado al fin el conflicto de las obsesiones que atenazaban tanto a Francia (el miedo a sentirse cercada por España) como a la Monarquía hispánica (la obsesión por mantener expedita la comunicación entre Italia y los Países Bajos).

320 J. de Mascareñas, *op. cit.*

Así, «la guerra que duraría un cuarto de siglo y cambiaría el equilibrio del poder en Europa comenzó antes de haber sido declarada oficialmente»,[321] puesto que esa oficialización no tuvo lugar hasta el 6 de junio cuando Luis XIII hizo pública una «Déclaration du Roy sur l'ouverture de la guerre contre le Roy d'Espagne». El borrador inicial de esta declaración había sido redactado por el Père Joseph y fue posteriormente modificado, de acuerdo con Richelieu, por Servien y Le Bouthelier. Con este texto se justificaba la guerra y el Parlamento de París lo registró el 18 y se publicó el 20 en la *Gazette de France*, dándole así todo el valor oficial que necesitaba. Luis XIII pretendía justificar la guerra con estos argumentos:

321 R. Lesaffer, «Defensive Warfare, Prevention and Hegemony: The Justifications for the Franco-Spanish War of 1635». *Journal of the History of International Law*, vol. VIII, pp. 1-2, 2006.

> Nous ne pouvions, sans defaillir à nostre Estat et à nous-mesmes, differer davantage d'employer les forces que Dieu nous a données, non seulement pour repousser leurs entreprises, mais pour tâcher de les prevenir par une juste guerre, que toutees sortes de raisons et de lois nous toutes obligent de porter plûtost dans leurs Pays que de l'attendre dans nostre Royaume... la guerre ouverte par mer et par terre audit Roy d'Espagne, ses subjets, pays et vassaux, pour tirer raison sur eux des torts, injures et offenses que Nous, nos Estats, Subjets et Alliez en ont recebues.[322]

322 Traducción: «No podíamos, sin faltar a nuestro Estado y a Nos mismos, tardar más en utilizar las fuerzas que Dios nos ha dado no solo para rechazar sus empresas sino para tratar de impedirlas mediante una guerra justa que todo tipo de razones y de leyes nos obligan más bien a llevarla a su territorio que a esperarla en nuestro reino… la guerra abierta por mar y por tierra al mencionado rey de España, sus súbditos, territorios y vasallos para obligarles por sus daños, injurias y ofensas que hemos recibido Nos, nuestros Estados, súbditos y aliados».

Al presentar su Declaración al Parlamento Luis XIII tergiversó claramente la realidad al referirse «al odio y los celos naturales de los españoles contra los franceses», o «al curso de la ambición desmesurada de la Monarquía». Según sus argumentos, «la moderación francesa no había servido más que para hacer más audaces a los españoles», y trató de justificar lo que parecía difícilmente justificable, es decir las alianzas con los príncipes protestantes que, en la mentalidad de la época, eran claramente «herejes».

La declaración fue completada el 6 de julio con un «Manifeste du Roy contenant les justes causes que Sa Majesté a eues de déclarer la guerre au Roy d'Espagne»,[323] pero estos documentos no fueron sino el último acto formal de lo que Francia había venido preparando desde la retirada de su embajador en Madrid, los tratados con las provincias rebeldes, Suecia o los príncipes italianos y que la «Lettre du Roy au Parlement pour arrester les biens des espagnols» había anunciado claramente en mayo lo que se preparaba.

323 BNM, Mss. 2366, 204; 18.192, 191 y 18.195, 51.

La reacción española no se hizo esperar demasiado: el 24 de junio don Fernando dio cumplida respuesta a las alegaciones francesas al presentar los argumentos que justificaban la causa de España y declarando formalmente la guerra a Francia en nombre de Felipe IV.[324] Con esta respuesta (en cuya redacción intervinieron Aytona, Axpe y Roose) se acusaba a Francia de pretender repartirse con los holandeses el territorio de los Países Bajos «antes de haberlo ocupado», se procuraba tranquilizar a la nobleza flamenca, cuya sensibilidad desde 1632 era especialmente delicada, y también calmar a la población para evitar un posible levantamiento. Don Fernando no dejó de referirse a las sucesivas traiciones por parte de Francia al presentarse primero como ejército al servicio de Holanda, recurrir al argumento de la «detención» del arzobispo de Tréveris y, finalmente, enviar un heraldo cuya cualidad no se le reconocía. Por todas estas razones no cabía otra salida que recoger el guante y declarar la guerra.

324 Plakatten van Brabant, «Déclaration de Son Altèze touchant la guerre contre la couronne de France». Existe versión en español en BNM, Mss. 16.627.

Esta respuesta del infante-cardenal encontró su complemento un mes después en otro documento en el que el rey se refirió con detalle a las continuas violaciones de la paz de las que Francia había sido responsable desde la época de la firma de la Paz de Vervins y que habían causado «tan gran daño a la república cristiana» que no le quedaba otra salida que la declaración de guerra. Todavía diez años más tarde la declaración de guerra por Francia seguía escociendo a Felipe IV, aunque consideraba que su decisión de romper las

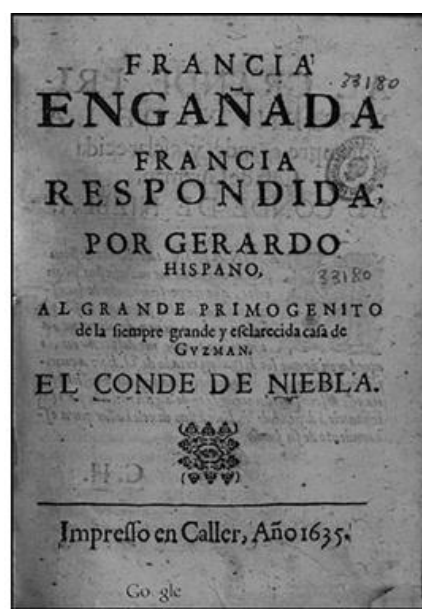
hostilidades había sido la adecuada: «En lo que toca al rompimiento de esta guerra, que fue en el año de 1635, no me hallo con escrúpulo de haber sido causa de él pues, aun sin notificármela el rey de Francia, como es costumbre, me la rompió entrando en Flandes con grandes fuerzas, uniéndose con aquellos rebeldes y herejes contra mí, y desde entonces hasta hoy siempre lo ha continuado».[325]

325 Felipe IV a sor María de Ágreda, 20 de julio de 1645. Seco Serrano, Carlos (ed.), *Cartas de Sor María de Ágreda y de Felipe IV*, Biblioteca de autores españoles, tomo 1, p. 28.

El nuevo carácter de la guerra significó que no se desarrolló únicamente en los campos de batalla o en los gabinetes diplomáticos, sino que adoptó también la forma de una verdadera «guerra de papel». Igual que hiciera Richelieu en Francia, Olivares recurrió desde el primer momento a la pluma de todos aquellos que, como Pellicer (*Defensa de España*), Saavedra Fajardo (*Respuesta al manifiesto de Francia*), Guillén de la Carrera (*Manifiesto de España y Francia*), Céspedes (*España engañada*), Jansenio (*Mars gallicus*) y hasta Quevedo (*Carta a Luis XIII*), podían aportar argumentos que justificaran la legitimidad de la reacción española ante el rompimiento francés. En su *Mars Gallicus* el obispo Jansenio atacó de manera especialmente dura a Luis XIII, comparándole con los reyes de Israel y Judá, que se habían aliado con los paganos pese a las denuncias de los profetas.

Buena muestra de lo que fue la reacción española puede verse en la *Declaración de Don Felipe IV relativa al rompimiento de la guerra y la carta al Serenísimo, Muy Alto y Muy Poderoso Luis XIII*, que escribió Quevedo:

CARTA
AL SERE-
NISSIMO, MVY AL-
TO, Y MVY PODEROSO LVIS
XIII. REY CHRISTIANISSIMO
DE FRANCIA.
ESCRIVELA A SV MAGESTAD
Christianissima
DON FRANCISCO DE QVEVEDO
Villegas, Caualler del Habito de San Iacobo, y
Señor de la Villa de la Torre de
Iuan Abad.
EN RAZON DE LAS NEFANDAS
acciones, y sacrilegios execrables que cometio contra el
derecho diuino, y humano en la Villa de Tillimon en
Flandes Mos de Xatillon Vgonot, con el exercito
descomulgado de Franceses Hereges.
Año 1635
CON LICENCIA.
En Çaragoça, En el Hospital Real y General de Nuestra Señora de GRACIA,
A costa de Pedro Escuer Mercador de Libros.


FRANCIA
ENGAÑADA
FRANCIA
RESPONDIDA:
POR GERARDO
HISPANO,
AL GRANDE PRIMOGENITO
de la siempre grande y esclarecida casa de
GVZMAN.
EL CONDE DE NIEBLA.
Impresso en Caller, Año 1635.
Google

Obras en defensa de la posición española.

> No quiero alegaros capitulaciones firmadas con toda solemnidad, porque a quien pareció decente romperlas será más fácil negarlas. Solamente os pongo en consideración a Vos y a todos los Príncipes del mundo que, habiendo Vuestra Majestad ocupado en Italia a Piñarol y a Susa, Moyambique, el Casal y otras plazas, a que no tenéis otro derecho que la violencia; habiendo usurpado al duque de Lorena toda su tierra y valiéndoos de la mercancía, comprado del robo de los suecos las ciudades hurtadas de los Príncipes cuyas son; y conducido contra el Sacro Imperio los herejes del norte y persuadido a la traición, por vuestros ministros, a Enrique de Vergas [van den Bergh] y al duque de Fritland [Wallenstein] Sire, si llamáis a tener paz con nosotros hacernos en Flandes una guerra desmentida y en Alemania pública y en Italia, con un amparo mal rebozado, fatigar la Cristiandad ¿por qué llamáis guerra nuestra justa defensa?[326]

326 F. de Quevedo, *Obras completas*, Madrid, 1966, p. 1.000.

De la pléyade de escritores que entraron en esta liza alrededor del año 1635, José María Jover[327] distingue dos actitudes principales: de un lado el debate sobre las acusaciones francesas y la defensa de la postura española; de otro lado el análisis de los ejes básicos de los escritos (Europa, la Cristiandad, Francia y España, la guerra, las alianzas con los herejes…).

327 J. M. Jover, *op. cit.*, p. 16.

Parece que la capacidad francesa para hacer propaganda *pro domo sua* y retorcer la historia para deformar la forma en que Luis XIII y, sobre todo, Richelieu optaron por la guerra abierta con España no se haya limitado al siglo XVII. En años bien recientes Jean-François Petitfils, historiador especializado en estudios del siglo XVII, escribe en su biografía del rey francés:

> El 21 de abril de 1635 se llevó a cabo una última tentativa para salvar la paz. Ese día el residente francés en Bruselas, el caballero d'Amontot, partió de Compiegne con instrucciones que demostraban el justo derecho del rey francés para defender a su cliente, el elector de Tréveris, y pidiendo solemnemente su liberación al infante-cardenal. El rechazo de este ultimátum, fechado el 4 de mayo, llegó el 6 a Péronne, donde habían viajado Luis XIII y Richelieu. Manifiestamente España deseaba la ruptura y había llamado a su embajador, que abandonó París el 5 sin solicitar la menor audiencia de despedida. A continuación, embargó los navíos franceses que se encontraban en sus puertos. Como respuesta, el 10, Luis ordenó secuestrar los bienes de los españoles residentes en Francia. *Alea jacta est.* [328]

328 J. F. Petitfils, *op. cit.*, p. 678.

Esta cita tan extensa revela cómo puede escribirse la historia para forzarla a coincidir con los fines que se quieren servir: Petitfils ignora deliberadamente —puesto que en un especialista de su categoría no cabe pensar otra cosa— que las tropas francesas habían entrado en Luxemburgo, territorio de los Países Bajos, el 8 de mayo, una semana antes del viaje de Gratiollet, sin que quepa pensar que sus intenciones eran un simple paseo militar sin consecuencias. También parece ignorar que el embajador francés en Madrid, dando pruebas de descortesía diplomática o de clara hostilidad, había abandonado la capital española en diciembre anterior sin aviso ni excusa y sin solicitar la habitual audiencia de despedida y que fue esta actitud la

que motivó que España reaccionara ordenando al embajador en París que abandonase su puesto con la misma falta de cortesía que había demostrado su homólogo francés.

13. Y LA GUERRA SE AÑADIÓ A LA GUERRA

Don Fernando veía con tanta claridad como impotencia el drama que se avecinaba. El escrito que envió a Oñate prueba el pesimismo que le embargaba y que no se hacía la menor ilusión sobre las dificultades de la prueba que le acechaba en el próximo futuro.[329] Todo justificaba cuantos esfuerzos se hiciesen para fomentar la ruptura del Imperio con Francia a cuya alianza en febrero con los holandeses se unió la lograda en abril con Suecia y que posibilitaba la unión de ambos contra los imperiales. Las circunstancias hacían presagiar un ataque inminente de consecuencias catastróficas para unos Países Bajos que, exhaustos por las pérdidas materiales y humanas sufridas y por la dura carga que representaba el alojamiento de tropas en su territorio, eran incapaces de seguir soportando el esfuerzo de la guerra. La situación sería extremadamente peligrosa si Francia tomase la iniciativa de la guerra y los holandeses lo aprovechasen para atacar. Por ello la preocupación principal del infante-cardenal era saber qué haría Francia, separarla de su implicación en el Imperio y llevar la guerra a su territorio convencido de que los aliados no escatimarían ningún esfuerzo y el propio Luis XIII se pondría en campaña.

329 Don Fernando a Oñate, 14 de abril de 1635, AGR, SEG, 334.

En marzo, el duque de Lorena pidió su conformidad a don Fernando para realizar levas en Borgoña, pero este no quiso autorizarlas para no quebrantar la neutralidad de ese territorio y dar motivo a Francia para atacar. El gobernador estaba al tanto[330] del propósito franco-sueco de unirse a los holandeses en la zona de Juliers y que, al contar con la connivencia del elector de Tréveris, podría permitirles ocupar Maastricht y Limburgo. Para evitarlo y dificultar la comunicación entre Metz y Tréveris, se tomó Sierck en nombre del duque de Lorena, lo que permitió entrar en Tréveris, cortar la retirada a los suecos y a los franceses e impedirles que se encontraran en Juliers. El movimiento se completó cuando Aytona tomó el mando de las tropas que se encontraban en Luxemburgo, mientras que Gallas, Mansfeld y Lorena atacaban en distintos puntos a los franceses para que no pudieran concentrar sus tropas.

330 Don Fernando a Felipe IV, 1 de abril de 1635, AGR, SEG, 212.

A nadie se le ocultaba que el arresto del elector de Tréveris produciría un salto cualitativo en las tensiones y don Fernando en lugar de «alojarle» en Namur decidió hacerlo en Tervuren, en las

inmediaciones de Bruselas. El momento era de la máxima angustia para el gobernador, que ante la amenaza que representaban en la frontera los franceses y los holandeses, con fuerzas más numerosas que meses antes, pedía insistentemente a su hermano[331] que hiciese todas las gestiones y movimientos necesarios, lo que significaba pedirle —una vez más— que le ayudase con fondos, hombres y que consiguiera el apoyo del emperador.

331 Don Fernando a Felipe IV, 4 de mayo de 1635, AGR, SEG, 212.

Los acontecimientos se desarrollaron conforme a las peores previsiones. Luis XIII acordó con los holandeses la ruptura con España y situó su ejército en Mezières, localidad desde donde podría reunirse con las tropas de las Provincias Unidas. Para desesperación de don Fernando,[332] los soldados alemanes que podrían haber llevado a cabo una maniobra de diversión no se habían movido y en cuanto al rey de Hungría —que estaba en Viena— se ignoraban sus intenciones y no parecía dispuesto a intervenir. Para el gobernador era necesario que la flota española llevase a cabo un movimiento de diversión de gran magnitud en Francia o que el rey se decidiese a utilizar los servicios del duque de Lorena y se lograse así parar la ofensiva enemiga.

332 Don Fernando a Felipe IV, 15 de mayo de 1635, AGR, SEG, 212.

Tras la declaración de guerra que trajo Gratiollet y la victoria francesa en Les Aveins había quedado abierto el camino para que las fuerzas de Luis XIII avanzaran hasta las cercanías de Maastricht y se reunieran con las holandesas de Frederik-Hendrik, que tomó el mando de este ejército aliado y marchó hacia el sur en una maniobra que ponía claramente en peligro a los Países Bajos. Como parte de su ejército se encontraba todavía en territorio alemán, el infante-cardenal carecía de tropas para hacer frente a la invasión: una vez que se había procedido a la guarnición de las ciudades apenas podía disponer de unos 12.000 hombres para entrar en campaña y, con una población totalmente desmoralizada, esto no bastaba para enfrentarse a los aliados. Estos disponían de reservas para mantener inmovilizado al ejército español y podían optar por una batalla campal que pusiera fin a la guerra o por el asedio a una plaza de importancia.[333] No cabían pues muchas opciones para don Fernando, que se vio obligado a replegarse hacia Lovaina para impedir que el enemigo pudiera establecerse cerca de esa ciudad o de Bruselas.[334]

333 Don Fernando a Felipe IV, 23 de mayo de 1635, AGR, SEG, 212.

334 Don Fernando a Felipe IV, 11 de junio de 1635, AGR, SEG, 213.

Al quedar libre el campo, los coaligados cercaron Tirlemont cuya escasa guarnición rechazó inicialmente rendirse, pero ante el ímpetu del primer asalto el comandante de la plaza pidió negociar y el 1 de

junio, mientras se parlamentaba, las tropas franco-suecas la asaltaron y se entregaron a un saqueo de increíble salvajismo y brutalidad. Nada ni nadie escapó a la soldadesca, que repetía el horror del saqueo de Magdeburgo con tal furia que ni siquiera se respetaron los aprovisionamientos que había dejado don Fernando, lo que pocos días después tendría terribles consecuencias para quienes los habían destruido. En palabras del secretario de avisos secretos de guerra, Juan Antonio Vincart:

> Los soldados llevaron a cabo tales horribles sacrilegios que la posteridad no podrá jamás creer que en ningún siglo se ha perpetrado tal acción entre cristianos [...] violencias, violaciones, masacres de mujeres y de religiosas, un niño de pecho arrancado de los brazos de su madre, lanzado al aire y recibido por diversión con la punta de las espadas, el hospital incendiado con los enfermos en su interior, la iglesias profanadas, las estatuas rotas, una imagen de la Virgen traspasada por siete disparos de carabina como burla por la Virgen de los Siete Dolores.[335]

335 Tal fue el horror producido por este salvajismo que dos años después se fundó en la ciudad el culto a Nuestra Señora de la Consolación, culto que aún perdura.

Tras este siniestro episodio, los franco-holandeses continuaron su avance, apoderándose de Diest (de donde se había retirado don Fernando poco antes), Aerschot y, tras cruzar el río Dyle, llegaron a las cercanías de Bruselas, saqueando incluso Tervuren. La alarma en la capital ante la cercanía del enemigo fue enorme y don Fernando fue presa de terribles dudas sobre el camino a seguir. Lo que salvó la situación fue la sangre fría que demostró Roose y la presión que junto con Cantelmo ejerció sobre el gobernador, organizando una línea de defensa que partía de Lovaina (donde se atrincheró Grobbendonck) y corría hacia el sudoeste a lo largo del canal de Willbroeck.

No todo era armonía entre los aliados y las divergencias entre Frederik-Hendrik y los generales franceses hicieron alentar por un momento la esperanza de que se podría salvar la situación y que los enfrentamientos quedasen reducidos al mínimo. En contra de la opinión de Orange, que quería atacar Bruselas, se impuso el criterio de los generales franceses y Lovaina fue sañudamente atacada, pero tras una heroica defensa dirigida por Cantelmo y Grobbendonck se logró rechazar el asalto al cabo de diez días de lucha. Entonces las tropas católicas lograron invertir la situación y pusieron sitio a Diest, obligando a sus ocupantes a capitular rápidamente. Al revés sufrido por los aliados en Lovaina se unió una epidemia de tifus, tan común en la época, y la falta de avituallamiento obligó a los soldados franceses a mendigar casi hasta las puertas de Bruselas. Las tropas triunfadoras en Les Aveins no recibían sus pagas y se veían obligados a vivir a costa del país; diezmados por el tifus, las deserciones acabaron por transformarles en bandas de bandoleros vagabundos a los que los holandeses tuvieron que repatriar por los ríos y el mar para librarse de su presencia. Esto produjo una tremenda impresión en

Richelieu que escribió a Luis XIII que: «Le coeur me saigne d'avoir su la misère avec laquelle l'armée de Flandre est toute périe… ce qui est de la plus grande conséquence qu'on ne saurait imaginer pour les affaires du roi dont on méprise la puissance par la misère avec laquelle on voit périr ses troupes».[336]

336 Ministère des Affaires Étrangères, París, Mem. et docs. Vol. DCCCXX. Traducción: «Me sangra el corazón al haber sabido la miseria con la que ha perecido el ejército de Flandes… y es de la mayor importancia que se puede imaginar para los designios del rey de quien se desprecia el poder cuando se sabe la miseria en la que se ve perecen sus tropas».

En estas condiciones los franceses quedaron expuestos a la venganza más sangrienta de la población que habían martirizado con tanta crueldad. Esta «contraofensiva popular» fue de dureza pareja al salvajismo demostrado en Tirlemont y la población campesina, furiosa por las crueldades soportadas, cazó «como conejos a los franceses».[337] Vincart narra cómo «los campesinos de los alrededores de Bruselas mataban a todos los franceses que encontraban por los caminos o a los que se alejaban de sus cuarteles y les cortaban las orejas». Hasta tal punto llegaba esta persecución que los campesinos llevaban a los oficiales del ejército español sacos llenos de orejas.

337 H. Lonchay, *La rivalité de la France et de l'Espagne aux Pays Bas (1635-1700)*, p. 77.

En otro frente, las tropas francesas que debían actuar en la región de Picardía habían sido rechazadas por los croatas de Bucquoy. Estas tropas lanzaron una incursión hacia el oeste de esta región, llegaron hasta Boulogne y Amiens y se apoderaron de un gran botín y numerosos prisioneros. Sin embargo, Richelieu no cejaba en su propósito de atacar los Países Bajos por su flanco sur y trató de apoderarse de Cambrai intentando sobornar a su gobernador, Luis de Benavides, quien tras escuchar las ofertas del emisario del cardenal lo apresó y lo envió a la cárcel en Bruselas. Francia había fracasado en sus propósitos en la Picardía y en el Rin, y en la Lorena las tropas del cardenal de La Valette, perseguidas hasta Metz, abandonaron sus equipajes y su artillería y perdieron un elevado número de soldados. Todo esto hizo que las Provincias Unidas contemplaran con creciente alarma los escasos beneficios que parecía reportarles su alianza con una Francia donde las conspiraciones contra Richelieu se repetían una y otra vez. Por ello hicieron llegar a Bruselas su predisposición para iniciar contactos directos con la Monarquía hispánica con vistas a alcanzar una suspensión de armas, para lo que no tenían intención de contar con su aliado, de manera que, implícitamente, parecían dar por roto el acuerdo de febrero.

El gobernador parecía convencido de que la continuación de la guerra no llevaría al resultado deseado y por ello pidió a su hermano[338] que le comunicase lo que en su opinión serían las condiciones mínimas para alcanzar una tregua. La respuesta de

Felipe IV fue decepcionante y dejó mucho que desear, pues se limitó a indicar que ya había comunicado sus deseos a Aytona. Esto no era una respuesta satisfactoria para el infante-cardenal, por lo que replicó asegurando que al propio Aytona le había parecido que tales instrucciones resultaban totalmente insuficientes y que, en aquellos momentos, era imposible llegar a ningún resultado si el rey no modificaba su postura y aceptaba como premisa necesaria que los dos bandos quedasen en posesión —tanto en las Indias como en otros lugares— de lo que en aquellos momentos detentasen. Don Fernando estimaba[339] que los proyectos del rey solo podrían hacerse realidad si se lograba derrotar al menos a alguno de los enemigos por lo que, buscando minar la fuerza de Francia, aconsejó que se intentase que Carlos I de Inglaterra le declarara la guerra y lograr así, si no un apoyo (la fidelidad del rey inglés nunca podía tenerse por segura), sí al menos una diversión en las fuerzas enemigas. En España, Olivares luchaba con enormes dificultades para intentar llevar algo de ayuda a Flandes, pues no hallaba ni dinero, ni banqueros, ni ministros capaces de resolver la situación y, creyendo que todo iría bien si encontraba los fondos tan necesarios, se veía obligado a confesar, sin embargo, que no había nada que hacer.[340]

338 Don Fernando a Felipe IV, 28 de julio de 1635, AGR, SEG, 213.

339 Don Fernando a Felipe IV, 15 de septiembre de 1635, AGR, SEG, 135.

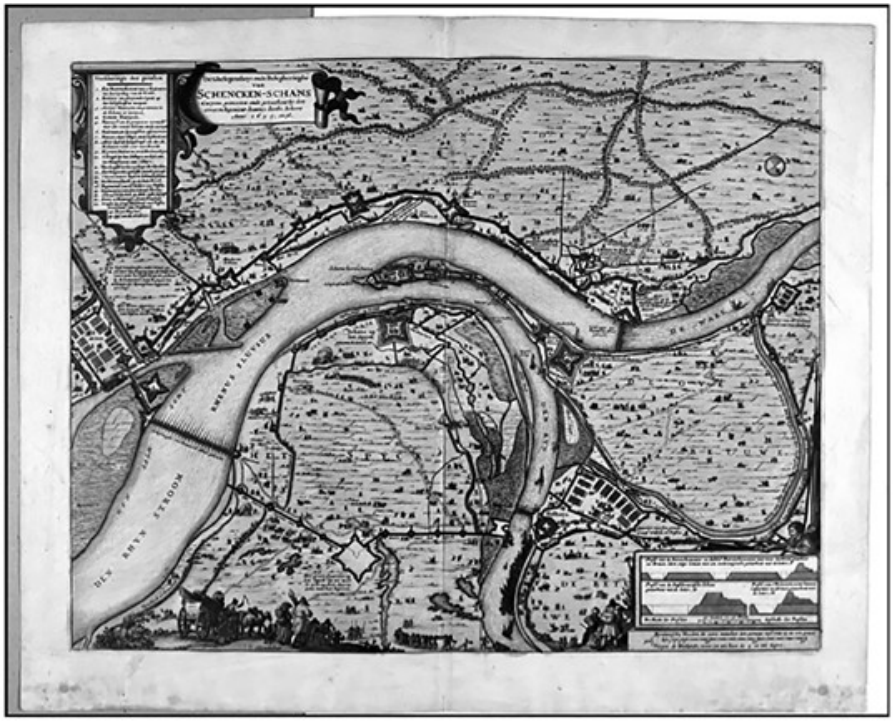
340 Olivares a don Fernando, 13 de octubre de 1635, BSB, *Codex hispanicus* 22.

Por suerte, y en compensación a las angustias sufridas, se recibió la buena noticia de la llegada desde Alemania de las tropas bajo el mando de Piccolomini,[341] ante las que los franceses iniciaron la retirada. Y cuando los recién llegados se apoderaron (29 de julio) del fuerte de Schenk, en la confluencia de los ríos Waal y Rin, que constituía el acceso a las Provincias Unidas, y los españoles hicieron lo propio con la región de Gueldre, los franceses se encontraron en una trampa cuyo otro extremo eran las tropas españolas en Juliers. La toma de la fortaleza permitía el control de una de las vías principales del comercio y facilitaba el acceso directo al corazón de las Provincias Unidas, con lo que las tornas se habían cambiado y ahora eran los Países Bajos católicos los que amenazaban con invadirlas. La toma de Schenk suscitó grandes esperanzas en Olivares y le pareció la ocasión de disponer de un objetivo estratégico que sirviera de palanca para una paz ventajosa. La importancia que concedía a esta fortaleza se comprueba en los consejos que dio a don Fernando para su conservación: «Absolutamente se puede decir [que] es la llave maestra que ha de abrir la puerta a la reducción de las provincias rebeldes y ponerlas en estado si nos sabemos valer de la ocasión que Dios nos ha puesto en las manos para conseguir una paz o una tregua cierta y

segura y de suma reputación…», ideas que remachaba al escribir a su hombre en Bruselas, el presidente Roose: «Esquenque son diez plazas y toda la guerra enteramente».[342]

341 Don Fernando a Felipe IV, 11 de julio de 1635, AGR, SEG, 213.

342 Olivares a Roose, 17 de noviembre de 1635, AGR, Conseil privé espagnol, 1502.



Mapa del fuerte de Schenkenschans (Esquenque).
Schort y Blaeu, Rijksmuseum, Amsterdam.

Aunque las tropas franco-holandesas intentaron recuperar Schenk, don Fernando y el duque de Lerma lograron introducir víveres en el fuerte, lo que permitió mantener la resistencia y frustró el propósito del enemigo. Frederik-Hendrik, tratando de conjurar el peligro y mantenerse en la orilla derecha del Rin, consiguió recuperar un fortín cerca de Schenk, impidiendo que los españoles pudieran cruzar el río, pero consciente de su inferioridad numérica no se decidió a atacar Schenk y se limitó a establecer un cordón defensivo al norte y al oeste. Su indecisión permitió reforzar las posiciones españolas al construir una nueva fortificación (Fuerte Fernando), ocupar Goch y su entorno, fortificar Gennape (junto al Mosa) y permitir a don Fernando establecerse en el ducado de Cleves sin hacer ningún otro movimiento.

Fue durante el subsiguiente periodo de inactividad cuando se produjeron dos desgraciados hechos: los fallecimientos del marqués de Aytona y, pocas semanas más tarde, del duque de Lerma, con lo que el

gobernador se vio privado de los dos hombres en los que podía descansar con toda confianza. Un testigo de primera mano, el capitán Diego de Luna, narra la muerte de ambos generales con sencillez militar:

> El 11 de agosto [Aytona] se sintió malo y aunque acudieron con los remedios posibles murió a los 17 con gran sentimiento de S. A. y de todo el ejército y países, así por sus grandes partes como por la falta que hacía en semejante ocasión. Lleváronle a Bruselas con pasaporte del príncipe de Orange, con toda la compañía de su guardia y los criados de su casa. El duque de Lerma andaba enfermo y con el trabajo del camino se le agravó la enfermedad [que] fue siempre en aumento murió a los 12 [de noviembre] y causó gran lástima ver morir a un tan gran señor en un pobre lugar, ausente de su mujer e hijas. Llevaron su cuerpo a Bruselas… depositáronle en los Jesuitas, donde también está el marqués de Aytona.343

343 «Relación de la campaña del año de 1635 por el capitán Don Diego de Luna y Mora», CODOIN, vol. LXXXIV.

El fallecimiento de Aytona obligó a cubrir su puesto de gobernador de las armas, promocionando al poco fiable Tomás de Saboya que, al año siguiente, fue sustituido por el marqués de Mirabel (antiguo embajador en París), con poderes menos amplios que los de su antecesor, ya que su misión era tan solo asistir en la administración interior a don Fernando, cuidar de su salud, administrar las finanzas y la intendencia militares y (no podía faltar esa orden…) colaborar con Roose.

Mediado el verano, el infante-cardenalnte envió al conde de Fuensaldaña como emisario ante el rey de Hungría,344 para encarecerle sus dificultades: Frederik-Hendrik disponía de 17.000 hombres, Chatillon y Brèzé de 18.000 y Guillermo de Nassau de 6.500. Frente a esta amenaza don Fernando disponía solamente de 27.000 soldados, por lo que urgía a su pariente a cumplir la promesa de enviarle las tropas de Colloredo y a decidirse a lanzar un ataque contra Francia en el Hainaut y el Artois. Trataba de convencerle de que el enemigo principal para las dos ramas de la casa de Austria era Francia y no las Provincias Unidas, por lo que le pedía que atacara a la primera como objetivo prioritario y alejar de esta manera las hostilidades del territorio alemán. Para animarle, le comunicaba que la flota española del Atlántico atacaría muy pronto en Provenza (las islas de Lerins, frente a Cannes, fueron tomadas en septiembre), la flota de Dunkerque había iniciado sus operaciones en el norte y, finalmente, el duque de Lorena también estaba actuando contra Francia.

344 Don Fernando a Felipe IV, 28 de julio de 1635, AGR, SEG, 213.

Como consecuencia de todos estas dudas y acontecimientos se perdieron en vano tres meses desde la toma de Schenk y, acercándose ya el otoño, mientras los imperiales se aprestaban a acuartelarse para pasar el invierno en Juliers y Lieja, los soldados españoles iniciaron el

regreso hacia los Países Bajos. El 13 de noviembre don Fernando entró en Bruselas, donde la población le recibió como el salvador de la patria. Por suerte se había evitado lo peor en este primer acto de la nueva guerra aunque, como subraya Lonchay: «El resultado se debió menos a la habilidad del vencedor que a los errores del vencido».[345] Es de lamentar que el infante-cardenal no fuera capaz de cumplir las instrucciones[346] que recibió el invierno siguiente para reforzar su control sobre el territorio y fortificar especialmente Eindhoven y su zona de influencia, lo que se le señalaba como más glorioso que la conquista de París o de La Haya. Para el rey Felipe IV confirmar la posesión de Schenk permitiría «Desde allí llevar la guerra al corazón de Holanda y yo espero que así suceda con este fuerte y con el despeje, como me anunciáis, del valle del Mosa, tendrán que hacer la paz o una tregua como nosotros queramos».[347] Olivares insistió en el Consejo de Estado en la prioridad que concedía a estos movimientos, tras lo que insistió a Roose en la importancia de esta operación.[348] Para el ministro la posesión del fuerte debía preceder a cualquier tregua, era la puerta abierta para reducir a los rebeldes y se consideraba de importancia primordial, pues en Madrid los mandos militares insistían en la necesidad de mantener Schenk a toda costa en manos españolas: «La opinión de los militares aquí es que la conservación [del fuerte y del paso al Weluwe] tiene más valor que la de Amberes. Esto lo afirman rotundamente todos. Leganés y Felipe de Silva añaden que más que Amberes y Brasil juntos».[349]

345 H. Lonchay, *op. cit.*, p. 79.

346 J. I. Israel, *La República holandesa y el mundo hispánico. 1606-1661*, p. 218.

347 Felipe IV a don Fernando, 25 de octubre de 1635, British Library, Mss., Add. 14.007, cit. en ibíd., p. 218.

348 Olivares a Roose, 17 de noviembre de 1635, AGR, Conseil Privé espagnol.

349 Olivares a don Fernando, 14 de marzo de 1636, Biblioteca del Estado, Múnich, *Codex hispanicus*, 22.

La llegada de los imperiales de Piccolomini, pese a que la mayor parte de las fuerzas del emperador estaban inmovilizadas en Alemania a causa de las hostilidades de los suecos y de los príncipes alemanes, había significado un refuerzo muy importante para los Países Bajos. Fue este hecho lo que permitió enfrentarse a los francoholandeses. En otros frentes las tropas del duque de Lorena y de Gallas[350] se enfrentaban a las del mariscal de La Force, Bernardo de Saxe-Weimar y el cardenal de La Valette, mientras que el duque de Enghien atacaba el Franco Condado. En Suiza el duque de Rohan derrotó en abril a las tropas españolas de Serbelloni en los Grisones y la Valtelina y se abrió camino hacia el lago de Como. Esto último era muy peligroso, pues las tropas del mariscal de Créqui y del duque de Saboya habían logrado

apoderarse de varias plazas de escaso valor en el Milanesado y construir una fortaleza sobre el Po. Pero afortunadamente para España, las continuas peleas entre ambos los llevaron a estrellarse ante la defensa de Valenza del Po.

350 Gallas fue premiado con el título de príncipe por sus servicios y hasta se pensó en concederle el Toisón de Oro, lo que no se hizo por la insatisfacción manifestada por don Fernando con su ayuda.

Los ejércitos de la casa de Austria se enfrentaban en distintos frentes europeos con poderosos enemigos y la mala situación de las operaciones en Flandes[351] era un dogal que angustiaba a don Fernando tanto como al rey y a su ministro. La posibilidad de alcanzar la paz parecía cada vez más escasa. Pese a la amplia publicidad dada a las órdenes,[352] en las que se amenazaba a los desertores con la pena de galeras, esto no había bastado para contener la sangría y, según los cálculos del propio Felipe IV, nada menos que 4.000 desertores españoles e italianos habían logrado alcanzar Italia. Don Fernando alegaba la inutilidad de sus esfuerzos pues, pese a la vigilancia, la extensión de las fronteras hacía casi inoperantes todas las medidas e incluso muchos desertores, al pasarse al enemigo, planteaban como única condición que se les permitiera huir a Italia. La dureza de una guerra interminable en un clima al que ni los españoles ni los italianos estaban acostumbrados,[353] los eternos retrasos en recibir sus haberes y la falta de promociones, todo se conjugaba para dificultar los esfuerzos en mantener la disciplina y los medios para ello parecían quedar fuera de su alcance.[354]

351 Don Fernando a Felipe IV, 11 de octubre de 1635, AGR, SEG, 213.

352 Don Fernando a Felipe IV, 15 de mayo de 1635, AGR, SEG, 212.

353 Para la dureza extrema del clima en esos años, G. Parker, *El siglo maldito*.

354 Don Fernando a Felipe IV, 11 de octubre de 1635, AGR, SEG, 213.

La campaña se había visto además lastrada por una mala noticia: don Fernando venía arrastrando diversos problemas de salud y había llegado un punto donde no tuvo más remedio que pedir[355] autorización para atenderla e interrumpir su participación en la campaña; al mismo tiempo reiteró su presión a Oñate[356] para que lograra la tan necesaria ayuda del emperador y le convenciera de la urgencia de romper con Luis XIII. La gravedad del problema que suponía el estado de salud del infante-cardenal se puede comprobar por las instrucciones que Felipe IV envió al secretario Axpe[357] en dos órdenes secretas (que debían ser depositadas separadamente en el palacio de Bruselas y en el castillo de Amberes) con las medidas que debían adoptarse si fallecía el gobernador general. En estas instrucciones se establecía el procedimiento para el nombramiento de sucesor en el cargo y, completando las previsiones el Consejo de

Estado,[358] estimó poco después que, si fallecía don Fernando, parecería conveniente designar a Tomás de Saboya como consejero para los asuntos militares, mientras que los temas políticos quedarían al cargo de las mismas personas que, en su momento, habían sido designadas para ejercer el gobierno de los Países Bajos.

355 Ibíd.

356 Ibíd.

357 Felipe IV a Axpe, 16 de julio de 1635, AGS, Estado, 2242.

358 Consulta del Consejo de Estado, 22 de septiembre de 1635, AGS, Estado.

En otoño, Martin de Axpe fue apresado por los holandeses en circunstancias no muy claras y, poco después, fue liberado por decisión de Frederik-Hendrik y se le condujo a Nimega, donde Cornelis Musch (*Greffier* y secretario de Estado holandés) le planteó la posibilidad de entablar una negociación, aunque su oferta partía de unas bases muy distintas de las que se habían dejado entrever anteriormente. Axpe informó[359] al gobernador acerca de los puntos planteados por su interlocutor, así como de las posiciones que había adoptado en nombre de la Monarquía:

359 Axpe a don Fernando, 27 de octubre de 1635, AGR, SEG, 213.

• Las Indias. Al referirse a «las Indias», las Provincias Unidas pretendían excluir del concepto a las Indias orientales, a las que no querían extender la tregua alegando que sus alianzas en esa zona les impedían incluirlas en la discusión. Para Axpe en la expresión «las Indias» no cabía aceptar tal excepción y no era posible aceptar una tregua en una zona y mantener la guerra en otra y su firmeza logró que su interlocutor conviniese en la necesidad de buscar una solución. En lo relativo a las Indias occidentales las Provincias se mostraban dispuestas a devolver las conquistas que habían hecho allí a cambio de la recuperación de Breda, considerada patrimonio del príncipe de Orange y que tendría que gozar de las mismas condiciones que tenía cuando fue tomada por Spinola (al parecer se trataba del libre ejercicio de la libertad religiosa).

• Los holandeses pretendían que se incluyera al Imperio en el tratado de paz y la garantía por Felipe IV de que los ejércitos imperiales no les atacarían. Axpe lo rechazó, pues nunca se había pretendido obligar al rey a negociar con el Imperio y lo más que se podría lograr era la mediación de don Fernando para que el emperador no les atacara durante la tregua. Los holandeses exigían una promesa similar del rey de Hungría y, temiendo la continuación de la guerra con España, amenazaban con no aceptar nunca la tregua si faltaba la declaración del emperador. Esto provocó una nueva negativa de Axpe ante la que los holandeses pretendieron obtener un

compromiso de ayuda por Felipe IV si fueran atacados por el emperador.

• Intercambio de plazas. Los holandeses se mostraron dispuestos a entregar Maastricht y Limburgo a cambio de Schenk y Geldern. Como Axpe argumentó que nunca se había hablado de Geldern, logró que se retirara esta propuesta a cambio de desmantelar la plaza y de que Holanda hiciera lo mismo con Ruremonde. Poniendo de relieve el desequilibrio entre el valor de las plazas de cada lado Axpe trató de que Venloo y Ruremonde se devolvieran también a España, pero los holandeses se mantuvieron firmes en lo que se refiere a estas dos plazas.

• Como indemnización para quienes se vieran perjudicados por el acuerdo se pedía una indemnización de seis millones de florines. Pese a los intentos de Axpe, el negociador holandés se mostró inflexible, argumentando el compromiso adquirido de indemnizar a quienes habían realizado gastos construyendo fortificaciones en las Indias.

Musch prometió presentar a sus superiores el resultado de los encuentros y sugirió reanudarlos cuando se recibieran los poderes del rey. Por su parte, Axpe lanzó una especie de globo sonda para comprobar hasta dónde llegaría la venalidad de su interlocutor: si se lograba el éxito, el infante-cardenal sin duda le recompensaría generosamente sin que nadie se enterara y, siguiendo este juego, incluso le sugirió que, puesto que quien manejaba los fondos era él mismo, podría llegarse a una suma de 40.000 ducados. Para el secretario español también resultaba significativo que Musch hubiese dejado entrever el miedo de las Provincias Unidas ante un posible acuerdo de paz entre España y Francia (en el que pretenderían jugar un papel mediador), puesto que, si se alcanzaba, las dejaría aisladas ante un posible enfrentamiento esta vez con España y el Imperio.

Don Fernando consideró[360] que las divergencias no eran tan importantes como para negarse a entablar unas negociaciones exploratorias, aunque era consciente de que, en todo caso, serían necesarias grandes cantidades de dinero para acallar el interés de todos aquellos que se lucraban con el comercio con las Indias. Como para una nueva reunión entre Axpe y Musch sería preciso contar con poderes suficientes para aprovechar «el equilibrio en que están las armas de Europa en la presente ocasión», el rey no puso reparos en concederlos para alcanzar una tregua[361] con lo que aprobaba tácitamente su actitud y la de todos los que habían intervenido en las negociaciones. Sin embargo, el rey criticó acerbamente la actuación de Axpe y le acusó de indignidad y de querer presentar como un éxito el mero hecho de que los holandeses le reconocieran una precedencia que le correspondía simplemente por su cargo.[362] R. Vermeir[363] considera que por parte española se debería haber comenzado

exigiendo la anulación del tratado entre Francia y las Provincias Unidas, pues estando en vigor parecía ocioso todo contacto con ellas. Don Fernando trató de suavizar la situación, pues al fin y al cabo tenía que contar en todo momento con su secretario, y envió al rey copia del acta de su nueva reunión con Musch (4 de diciembre), y de las instrucciones que había dado a Axpe. Don Fernando defendió a Axpe, afirmando que las negociaciones habían sido llevadas con dignidad y se habían celebrado en lugares neutrales, por lo que confiaba en que su hermano se vería satisfecho. En esta reunión se discutieron las nuevas pretensiones holandesas y Axpe llegó a las siguientes conclusiones:

360 Don Fernando a Felipe IV, 22 de noviembre de 1635, AGR, SEG, 213.

361 Felipe IV a don Fernando, 7 de diciembre de 1635, AGR, SEG, 213.

362 Felipe IV a don Fernando, 11 de diciembre de 1635, AGR, SEG, 213.

363 R. Vermeir, *op. cit.*, p. 132.

— Insistencia en incluir al emperador y al rey de Hungría en el tratado de paz, así como en las garantías de Felipe IV sobre posibles ataques alemanes.

— Canje de Schenk por Maastricht, Ruremonde y Venloo y demolición por una y otra parte de las plazas ocupadas en Cleves; en todo caso, los holandeses esperaban recuperar rápidamente Schenk por las armas dejando a los españoles sin bazas que ofrecer a cambio de los puestos sobre el Mosa.

— La entrega de Breda debía acompañarse con una indemnización de 400.000 ducados por las plazas ocupadas por los holandeses en Brasil.

— Para extender la tregua a las Indias Orientales España debía ceder Geldern.

— Francia y las Provincias Unidas estaban negociando directamente, pero persistía el temor de que España y Francia llegasen a un acuerdo que las dejaría indefensas ante un ataque alemán.

— Un posible congreso de paz en Ratisbona o Viena debería incluir a los holandeses.

Las reacciones de Madrid ante estos contactos fueron muy negativas en todo momento y Roose era un escéptico sobre su conveniencia. En opinión de Olivares había sido el flamenco quien había logrado contener la situación dentro de lo que se podía considerar como límites aceptables y sus críticas a Axpe y a Benavente (que también había participado en las conversaciones) se contrapusieron exageradamente con los elogios dedicados a Roose, que hizo llegar a don Fernando valiéndose de la pluma y la firma del propio rey:

Agradecédselo y honradle mucho y valéos siempre de él en este tratado que aunque,

> como informado y prudente repara en lo que otros han omitido o por no tener entendida mi mente o por faltarles noticia de toda la materia, no es enemigo de la tregua sino la desea aventajada. Y si los holandeses no le quieren en los tratados, Vos creed que nace de que saben que los entiende y que no les admitirá muchas cosas en que los ministros españoles no reparan como es menester, aunque en el celo de mi mayor servicio nadie en el mundo los aventaje.[364]

364 R. Vermeir, *op. cit.*, p. 133.

Pese a todo, si la situación parecía marchar por buen camino lo cierto es que el infante-cardenal se encontraba cada día en una posición más comprometida y con mayores dificultades para hacer funcionar una administración que carecía del nervio de la guerra: el esfuerzo de la campaña había dejado exhaustas las arcas madrileñas y, aun contando con la mejor voluntad, poco era lo que se podía lograr en Flandes. Su angustia resulta patente cuando escribía a su hermano: «Yo quedo todo congojado, que no me he visto en mayor aprieto desde que sirvo a Su Majestad». En estas condiciones solo cabía elegir, a costa de un enorme esfuerzo, entre continuar la guerra contra las Provincias rebeldes (donde una epidemia de peste se unió al agotamiento militar) o enfrentarse a Francia con las consecuencias previsibles, no solo en los Países Bajos, sino también en Italia y, quizá, en la propia España. En verdad, 1635 fue el año en que la Monarquía hispánica navegó entre Scilla y Caribdis.

A su vez, tampoco Francia podía presumir de encontrarse en una posición cómoda: pese a que Richelieu había firmado en octubre un acuerdo con Bernardo de Saxe-Weimar para que se alineara de su lado contra una subvención de 1,6 millones de escudos y la promesa de concederle el landgraviato de Alsacia y, junto al cardenal de La Valette, expulsara a los imperiales de Lorena, la dura realidad era que la decisión de Richelieu de romper la guerra con España había sido prematura, pues ni había logrado derrotar a los españoles ni auxiliar a los protestantes en Alemania. Por ello, Luis XIII consideró culpable a su ministro de falta de preparación y de ser el responsable de las derrotas con lo que una vez más el rey y su ministro se alejaban en espera de una nueva reconciliación.

14. 1636. EL AÑO DE CORBIE

La ofensiva de 1635 había significado un fracaso para Luis XIII y Richelieu, que habían visto fracasar su pretensión de imponerse a la Monarquía hispánica. Ahora lo que ofrecía el futuro era una guerra larga y penosa que la población no aceptaría mansamente y que hacía pensar que la declaración de guerra había constituido un error de cálculo cuyas consecuencias resultaban imprevisibles. El inevitable aumento de los impuestos y la presión para formar las tropas iban a colocarles ante unos problemas de difícil solución ante el año en que comenzó lo que Echevarría califica de «guerra total».[365]

365 M. A. Echeverría, *Flandes y la Monarquía hispánica*, p. 285.

Para los gobernantes españoles en Madrid y en Bruselas, el dilema que se planteaba era decidir si continuar la guerra contra las Provincias Unidas, hacer frente decididamente a Francia en el sur o, la peor elección, luchar con los dos enemigos al mismo tiempo. El verdadero problema era saber si la Monarquía estaba en condiciones de atender a dos frentes a la vez y esta fue la decisión que se tomó, aunque tratando de mantener una cierta flexibilidad respecto de los holandeses para tener un respiro que permitiese mayores probabilidades de éxito frente al francés. Había además otro riesgo en esta decisión, y era la oposición que había manifestado el emperador Fernando II al propósito español de acantonar el ejército de Piccolomini en el ducado de Juliers.[366] Con esta negativa se desdibujaba la posibilidad de asegurar ese flanco, ya que no parecía probable que se pudiese contar antes de julio con el apoyo de más tropas imperiales.

366 Don Fernando a Felipe IV, 22 de diciembre de 1635, AGR, SEG, 213. En abril de 1635 estas tropas seguían acantonadas allí.

En la corte madrileña se trató de aprovechar el invierno de 1635-1636 para obtener los réditos posibles de la situación en que habían quedado los enfrentamientos. En Flandes las posturas iban desde la del duque de Lerma, que consideraba necesaria la tregua, a la más dura de Benavente, que pretendía recuperar lo perdido en América además de las plazas flamencas de Venloo, Roermond, Limburgo y Maastricht, a cambio de ceder Breda, o hasta la maximalista de Roose que, conforme a lo que quería Olivares, estimaba que las propuestas holandesas debían quedar fuera de consideración y aconsejaba intensificar la ofensiva contra las

Provincias Unidas.

Mientras tanto, en Flandes, don Fernando hizo en febrero balance de la situación en una larga serie de escritos a su hermano, al que, al tratar de los problemas militares, subrayó expresamente que la necesidad de mantener Schenk, Cleves y Genappe le había impedido fortificar otras plazas y que la falta de dinero era cada vez más apremiante. Su labor se veía además dificultada por la conducta del duque de Lorena y de los generales imperiales Gallas y Grana, que eran una rémora para sus planes. Finalmente, cabe destacar su análisis del problema que planteaba la presencia en Bruselas del elector de Tréveris: el infante-cardenal creía que era mejor alejarle y una guarnición imperial debía reemplazar la española, que había quedado en su sede tras el arresto del elector. La marcha de este era difícil pues, aunque el emperador exigía su entrega, el interesado no parecía estar dispuesto a ello. Hasta bien entrado el verano y tras muchos esfuerzos no hubo forma de convencerle de que abandonara los Países Bajos.[367]

367 Don Fernando a Felipe IV, 8 de julio de 1636, AGR, SEG, 215.

La campaña se planeó con la idea de cercar Francia atacándola desde los Países Bajos, el Franco Condado, Italia y la propia España. Para ello habría que utilizar tanto fuerzas terrestres como navales (estas con la idea de proceder a una invasión desde el oeste). Desde el punto de vista estratégico, semejante plan era una apuesta arriesgada, pues dejaría el norte de Flandes sin los medios militares necesarios, y suponía confiar en los modestos gestos de los holandeses, que parecían buscar un acomodo disgustados con una Francia que pensaban que no había cumplido sus promesas de fondos y de refuerzo de tropas para hacer frente a los ejércitos católicos.

El problema de las provisiones de dinero fue, como de costumbre, un ritornelo que se repitió a lo largo de los meses, y aunque Olivares afirmara[368] que llegarían a tiempo y serían pagadas regularmente, no pudo por menos de reconocer que esto no resultaría siempre posible y que para asegurar el pago de los cinco o seis próximos vencimientos se había visto obligado a recurrir a un procedimiento «desastroso e inicuo», como fue la alteración (es decir, la depreciación) de la moneda, lo que hacía que las remesas tuvieran nominalmente este año un nivel no alcanzado antes. Aunque don Fernando estaba de acuerdo en que las provisiones habían sido más importantes que en años anteriores,[369] no podía por menos de alegar que los gastos también habían aumentado debido a la guerra con Francia, a la formación de cinco ejércitos y a otros motivos que ya había ido explicando a su hermano. Olivares estaba además muy preocupado por la situación en Italia, al no disponer de un jefe capaz que pudiera ser enviado allí, y subrayaba que la prevista diversión hacia Francia era sumamente

adecuada pues preservaría los Países Bajos, dando tiempo a la llegada de los alemanes. Olivares terminaba sus consideraciones reiterando la importancia de mantener una posición en la zona de Weluwe mediante la conservación de Schenk, cuya importancia comparaba sin exageración con la toma de La Haya o, incluso, de París.

368 Olivares a don Fernando, 14 de marzo de 1636, BSB, *Codex Hispanicus*.

369 Don Fernando a Felipe IV, 30 de abril de 1636, AGR, SEG, 214.

En lo que se refería a las negociaciones con las Provincias Unidas, Roose[370] estimaba que la mejor forma de lograr que avanzaran era mantenerse firmes en Schenk y manifestar interés en negociar, demostrando que ambas partes disponían de poderes suficientes para evitar caer de nuevo en negociaciones ilusorias que no llevaban a ningún lado. Pero para llegar a este punto sería preciso comprobar previamente si los holandeses estaban dispuestos a negociar con España sin dejarse influir por interferencias francesas. Para el *Chef-Président* era mejor no tomar decisiones mientras tanto y, en cambio, se debían adelantar con intensidad los preparativos militares y enviar a Madrid una persona para convencer al rey de las necesidades que era preciso cubrir en soldados y en provisiones extraordinarias.

370 Roose a don Fernando, 26 de enero de 1636, AGR, SEG, 214.

Desde principios del año un personaje secundario, Wittenhorst, insistía en pedir autorización para reunirse con Musch, asegurando que los holandeses estaban bien predispuestos. Los mismos holandeses manifestaron su propósito de enviar emisarios que se entrevistaran con Axpe y con Cristóbal de Benavente[371] para discutir una posible suspensión de armas, pero los recelos españoles y el interés por privilegiar el frente francés fueron dilatando el inicio de las conversaciones. Los holandeses presionaban para lograr una nueva reunión de Axpe con Musch, pero acabaron desvelando su juego cuando quisieron saber si el secretario estaba suficientemente autorizado para tratar con ellos y toleraron al mismo tiempo la intervención de representantes franceses.[372] Sus numerosas gestiones y las críticas del rey habían cansado y desmoralizado a Axpe, que solicitó repetidamente autorización para regresar a España. Pero el rey solo se mostraba dispuesto a concedérsela por motivos de salud.[373] Finalmente fue don Fernando quien trató de solucionar el problema, enviándole como mensajero ante su hermano, siguiendo de esta forma la sugestión de Roose.

371 Benavente no aceptó la embajada en Londres y fue autorizado por el rey para regresar a España, concediéndole un plazo de quince días, pero ordenando a don Fernando que no le concediera audiencia de despedida. El gobernador, apiadado de la miseria del diplomático, le concedió una gratificación de 2.000 escudos y le permitió partir en octubre.

372 Don Fernando a Felipe IV, 21 de febrero de 1636, AGR, SEG, 214.

373 Felipe IV a don Fernando, 9 de febrero de 1636, AGR, SEG, 214.

Felipe IV manifestó su propósito de concluir una tregua con las Provincias Unidas siempre que las condiciones fueran razonables y que no ocurriese como en las anteriores ocasiones, cuando las conversaciones habían sido inútiles. Le parecía que había llegado el momento de actuar con decisión, pues la situación podría evolucionar de forma tal que, si las cosas se eternizaban, quizá habría que aceptar peores condiciones que las que existían en esos momentos. Don Fernando no podía sino mostrar su acuerdo y aprovechar que los contactos no habían sido entablados por España sino por los holandeses sin advertir a Francia ante cuya protesta los holandeses aseguraron que se trataba de negociar un simple intercambio de prisioneros y que solo de manera accidental se había llegado a hablar de una tregua.[374]

374 Don Fernando a Felipe IV, 30 de abril de 1636, AGR, SEG, 214.

Tratando entonces de entrevistarse con Axpe y con quien este designase, los Estados Generales enviaron a Bruselas a Nicolás van der Duyden, condiscípulo de Roose y del cual contaba con el aval. El mensajero aseguró que Holanda, Utrecht, Gueldre y Oversijsel deseaban el fin de las hostilidades, pero esta posición no era compartida por las otras provincias (no hay que olvidar los importantes intereses de las Compañías de Indias). Puesto que la decisión final dependería de los Estados Generales y del príncipe de Orange, advirtió de la necesidad de mantener secretos los contactos para evitar interferencias de Francia, Inglaterra o incluso de otros, por lo que sugirió el envío a La Haya de un agente secreto que tendría ocasión de comprobar la buena fe de sus autoridades. Como por temor a la posible reacción francesa no se le había provisto de un poder regular y Axpe exigía que hubiera unanimidad en la posición de las siete provincias, la negociación quedó estancada.

En abril Francia envió a La Haya al embajador Charnacé. Este insistió ante los Estados Generales[375] en la promesa de Luis XIII de no participar en ninguna negociación sobre la paz universal si no era de acuerdo con sus aliados, y les pidió que le manifestaran sus intenciones. Los holandeses expresaron su voluntad de designar delegados para participar en la conferencia de paz que desde finales de 1635 trataba de promover el papa Urbano VIII con participación de España, Francia, el Imperio y las Provincias Unidas. Había divergencias sobre la posible sede de la conferencia: Lieja, Colonia, Clèves… Con esta gestión Francia había conseguido que los contactos con España quedasen interrumpidos, aunque el infante-cardenal aseguraba al rey que los holandeses tenían un gran deseo de alcanzar un acuerdo.

375 Don Fernando a Felipe IV, 26 de mayo de 1636, AGR, SEG, 214.

Este éxito de Charnacé se vio completado con el compromiso holandés de mantener sus mermadas tropas en actividad, lo que obligaba a don Fernando a no desatender ese frente y a calcular con mayor precaución cualquier movimiento contra Francia. Las promesas holandesas se tradujeron en un simple avance del ejército de Frederik-Hendrik y el hostigamiento de algunas plazas fronterizas, pues el príncipe no solo andaba escaso de soldados, sino que carecía por completo de crédito ante los prestamistas de Amberes, obstáculos a los que se unió una terrible epidemia que asoló la zona provocando una importante mortandad. Luis XIII retiró sus tropas de las Provincias Unidas con la pretensión de invadir el territorio de los Países Bajos con un ejército que, partiendo de Picardía, atacara Dunquerque. Luis XIII esperaba que los holandeses atacasen también los Países Bajos por la otra frontera.

La situación habría podido dar una ventaja decisiva a España en la eterna guerra con las Provincias Unidas, pero Madrid optó por destruir la amenaza francesa que, a la vista del resultado de 1635, parecía escasa y sin preparación adecuada para enfrentarse a la que todavía era la potencia continental. En Madrid pesaban los puntos de vista de Scaglia, para quien la caótica situación de la economía francesa y la falta de preparación militar eran una garantía de triunfo, aunque Luis XIII había encontrado a España a contrapié al adelantársele con la declaración de guerra de Gratiollet. Pero Francia se lanzó a una ofensiva a la desesperada, consciente de que trataba de luchar por su supervivencia y desplegó sus esfuerzos simultáneamente en todos los frentes (Italia, Alemania y el Franco Condado).

Francia no constituía la prioridad para don Fernando, pues su pretensión era atacar el territorio de las Provincias Unidas partiendo del ducado de Cleves y, además, albergaba dudas sobre la posibilidad de mantener la ocupación de Schenk. Por desgracia, el emperador no llevó a cabo el proyectado ataque a Francia a través de la Alsacia, lo que los holandeses aprovecharon para realizar una rápida incursión en Cleves. Esto impidió que don Fernando pudiera llevar adelante sus propósitos. Haciendo caso omiso de la opinión de don Fernando, la corte madrileña ordenó concentrar simplemente algunas tropas ante Flesinga y encaminar el grueso del ejército hacia el sur. Esta decisión, unida a la falta de víveres en Schenk y a la retirada de las tropas de socorro de Piccolomini (que también carecían de provisiones), dio lugar al ataque holandés que permitió ocupar no solo el ducado sino también el Fuerte Fernando que se había construido como apoyo a Schenk. En estas condiciones los holandeses pudieron bombardear Schenk desde la orilla del Rin y desde sus barcos apostados en el río, lo que llevó a la rendición del fuerte el 30 de abril. Este esfuerzo

militar agotó por completo los medios económicos de las Provincias Unidas, ahora impotentes para mantener la campaña, pero en contrapartida perdieron el interés por negociar y fue Charnacé quien aprovechó la situación para conseguir la firma (6 de septiembre) de un nuevo tratado de alianza. El infante-cardenal se vio obligado a abandonar su idea de atacar las Provincias Unidas, lo que, unido a las noticias sobre los movimientos franceses en Italia y en el Franco Condado, le obligó a cambiar sus planes y decidirse a atacar Francia, para evitar que aumentara la presión en el norte de Italia.

La pérdida de Schenk provocó una ácida crítica de Olivares en el Consejo de Estado,[376] que culpaba a don Fernando, bien porque tuviese otras preocupaciones o porque ninguno de sus consejeros hubiera logrado persuadirle de la necesidad de defender una plaza de tanta importancia y que, aun estando en las inmediaciones, no había querido inspeccionar o, lo que era aún peor, porque no había hecho el debido caso de las instrucciones del rey para conservarla. Para asegurar el cumplimiento de las órdenes propuso la creación de una Junta secreta en la que participarían Mirabel, Fuentes,[377] fray Juan, el inevitable Roose y Necolalde (que vendría de Inglaterra). Influido sin duda por las informaciones que le hacía llegar Roose al margen de don Fernando, el ministro propuso la formación de una Junta secreta (compuesta por el propio Roose, Mirabel, Fuentes y Fray Juan) que garantizase el cumplimiento de las órdenes reales. Yendo demasiado lejos, se permitió reprender a don Fernando[378] y repetir por escrito las acusaciones que había formulado ante el Consejo de Estado. Olivares creía que, en este tema capital, había sido engañado y mal aconsejado, por lo que se había «perdido la mayor joya que el rey, nuestro Señor, tenía en esos Estados para poder acomodar sus cosas con gloria». ¿Por qué no había acudido a controlar la situación cuando estaba desde hacía tiempo en Goch? Olivares también hacía la reflexión de que los holandeses no habrían perdido todo un invierno si hubieran pensado que habrían sido incapaces de fortificar y conservar la fortaleza tras arrancarla de las manos de don Fernando.

376 Consulta del Consejo de Estado, 23 de mayo de 1636, AGS, Estado, 2.051.

377 Juan Claros de Guzmán, marqués de Fuentes, maestre de campo general.

378 Olivares a don Fernando, 25 de mayo de 1636, BSB, *Codex Hispanicus*, 22.

Se diría que Olivares había perdido todo sentido de la proporción cuando llegó incluso a escribir a don Fernando elogiando de modo excesivo a un Roose cuyas impertinencias sufría el gobernador y asegurándole que si el flamenco abandonara su puesto se encontraría sin ningún colaborador de talento. «No hay cabezas», pensaba el ministro, pero de ahí a considerar que quienes servían en los Países Bajos eran unos incapaces, parece haber un trecho difícil de recorrer.

Pero poco después, reconociendo la improcedencia del tono utilizado, escribió a don Fernando en julio y en septiembre pidiéndole perdón por sus críticas. Ya no había que volver a referirse al tema y esperaba que le perdonara sus extemporáneos reproches. No puede por menos que extrañar el cambio de postura de Olivares, que quizá obedeciera a nuevos informes de Roose. Olivares respondió a Roose[379] asegurándole que, si bien deploraba soberanamente la pérdida de Schenk, le parecía que, habida cuenta de los juicios del consejero flamenco y de los medios de que se disponía en los Países Bajos, la situación era menos mala de lo que había imaginado inicialmente. Esto confirma la prioridad que Olivares daba a las consideraciones de su hombre en la corte de Bruselas sobre las que podía formular el infante-cardenal.

379 Olivares a Roose, 15 de julio de 1636, AGR, Conseil privé.

La habilidad de Richelieu para hacer frente a la previsible ofensiva española consistió en intentar el asalto del Franco Condado, posesión española que, aunque tenía un valor estratégico más bien escaso, ofrecía la ventaja de que podía servir para unirse con los ejércitos suecos que ocupaban parte de Alemania. Este territorio había sido declarado neutral por los tratados de Cateau-Cambresis (1559) y de Vervins (1598) y formaba parte del Círculo de Borgoña,[380] por lo que el emperador no tenía más remedio que declarar la guerra a Francia, aunque su actitud fue más bien «moderada», por expresarlo suavemente. Cumpliendo la maniobra prevista, Condé y La Meilleraye entraron en el Franco Condado a finales de mayo y pusieron sitio a la capital, Dole. Pero no contaban con que los habitantes de la ciudad estuvieran dispuestos a ofrecer una resistencia tan firme, que impidió el éxito de la maniobra francesa; tras dos meses y medio de infructuosos ataques las tropas francesas se vieron obligadas a retirarse el 15 de agosto ante la inutilidad de sus esfuerzos, la amenaza que suponía la aproximación de un ejército de socorro y la entrada española por la Picardía. Como señala Vincart, los habitantes habían preferido «en esta porfía morir todos antes que dejar fidelidad a su buen rey y hacerse franceses».[381] En el vano asedio de ochenta días Condé había perdido más de 3.000 hombres y el cambio de escenario se hacía urgente para hacer frente a la entrada española en la Picardía. Años después, buscando justificar la decisión, Richelieu escribiría en su testamento político «Si el asedio de Dole no tuvo éxito, fue por la única razón de la necesidad que obliga a acudir a lo más urgente. Vuestra Majestad retiró sus fuerzas con la mayor prudencia, pues era más importante recuperar Corbie que tomar Dole».[382]

380 El Círculo o circunscripción de Borgoña, era uno de los grupos de estados en los que se encontraba organizado el Sacro Imperio Romano Germánico. Básicamente eran las posesiones que Carlos V había heredado de la casa de Borgoña a través de su padre, Felipe el Hermoso, duque de Borgoña e hijo de Maximiliano I, Rey de Romanos.

381 J. A. Vincart, *Relación y comentario de los sucesos de las armas de Su Majestad [Felipe IV] mandados por Don Fernando, Infante de España, Lugarteniente, Gobernador y Capitán General de los Estados de Flandes y de Borgoña de esta campaña de 1636*, CODOIN, vol. LIX.

382 Richelieu, *Testament politique*, p. 69.

De acuerdo con la forma en que se había planeado la campaña y la decisión de invadir el territorio francés, en los Países Bajos quedó solo un reducido ejército de 11.000 infantes y 4.000 jinetes bajo el mando del conde de Feira. Este contingente se consideraba suficiente para hacer frente a cualquier veleidad guerrera de Frederik-Hendrik, cuya escasez en hombres y dinero hacía que no pareciera representar una gran amenaza. Don Fernando había deseado que el ejército imperial mandado por Grana estuviese a sus órdenes para atacar en Frisia, pero Oñate alegó que en la composición de esas tropas había muchas unidades que dependían de príncipes católicos que no querían enfrentarse con los holandeses, por lo que estimaba que la única solución era atacar Francia con un fuerte ejército.[383]

383 Oñate a don Fernando, 29 de abril de 1636, AGR, SEG, 336.

Don Fernando podía iniciar su avance haciendo realidad la amenaza contra Francia, obligándola a desplazar sus ejércitos hacia la frontera del Artois y la Picardía y a tratar de reforzarles con las tropas que intentaban la toma del Franco Condado, mientras que los de don Fernando eran reforzados por los soldados del duque de Lorena, de Piccolomini, de la Liga Católica e incluso por la caballería de Polonia.[384] Estas fuerzas quedaron repartidas en dos frentes: al oeste, en Picardía, bajo las órdenes de Tomás de Saboya, Piccolomini y Werth, mientras que a Gallas y Carlos de Lorena se les encomendó la misión de marchar al Franco Condado y obligar a retirarse a los franceses.

384 Don Fernando a Felipe IV, 8 de julio de 1636, AGR, SEG, 215.

El comienzo de la campaña se desarrolló con suma rapidez en una auténtica guerra relámpago: el 3 de julio las tropas españolas entraban en Francia y el 9 tomaron La Capelle, produciendo una profunda irritación en Richelieu, que veía cómo el invasor entraba en su territorio como un cuchillo en el agua. Pero esto era solo el comienzo para Luis XIII y su ministro. A continuación, Francia perdió Vervins (sin que la plaza hubiera opuesto la menor resistencia) y Le Catelet (que se defendió solo durante tres días). La puerta estaba abierta de par en par y el 4 de agosto Tomás se enfrentaba en las orillas del Somme a su cuñado, el duque de Soissons,[385] cuya derrota dejó expedito el camino. Las tropas españolas se extendieron por la Picardía tomando Royes, que tampoco se defendió y donde por suerte para los españoles había gran cantidad de provisiones que facilitarían el avance sin tener que depender exclusivamente del

aprovisionamiento desde Flandes. Contra estas buenas noticias había que contar [386] con la sublevación de la caballería polaca y con la falta de acción de los alemanes, que no habían atacado en Borgoña, por lo que parecía necesario modificar los planes y, dejando de lado las plazas fuertes, dedicarse a hacer incursiones que harían subir la presión de la población y aumentar su odio al cardenal Richelieu.

385 Tomás de Saboya estaba casado con María de Borbón-Soissons, hermana del duque francés. Su fidelidad provocaba tales dudas que el rey ordenó que en su casa no hubiera ningún milanés y que los oficiales que estuvieran bajo su mando fuesen únicamente españoles.

386 Don Fernando a Felipe IV, 31 de julio de 1636, AGR, SEG, 215.

Los Países Bajos en el siglo XVI.

La indignación de don Fernando con las tropas alemanas no hizo sino crecer a lo largo del año, pues eran inútiles todos los esfuerzos para que entraran en campaña y su principal interés parecía ser únicamente saquear a su gusto[387] habiendo prácticamente arruinado y

devastado la Borgoña en septiembre. Era preciso retirarlos y, puesto que era imposible acantonarlos en los Países Bajos y que Luxemburgo estaba en pésimas condiciones, había que tratar de hacerlo en Juliers y en Lieja, cuyos dirigentes se opondrían con toda seguridad. Y poco después llegó la noticia de la nueva derrota de los soldados de Gallas,[388] con lo que había que olvidar cualquier posibilidad de un ataque alemán contra Francia.

387 Axpe a Olivares, 4 de octubre de 1636, AGR, SEG, 302.

388 Don Fernando a Felipe IV, 6 de diciembre de 1636, AGR, SEG, 215.

Las tropas francesas se iban replegando hacia el centro de Francia tratando de dificultar el avance español mediante una política de tierra quemada. Ante la gravedad de la situación y el pánico que se enseñoreaba de la población, Luis XIII abandonó Fontainebleau y se instaló en París para animar personalmente el esfuerzo de movilización que se llevaba a cabo en la capital. Echó mano de todos los recursos posibles de la nobleza, el pueblo y las instituciones y convocó a Condé y a Bernardo de Saxe-Weimar en un intento desesperado de hacer frente a las tropas españolas. Mientras en París se hacían estos esfuerzos la ola de los ejércitos del infante-cardenal había llegado el 8 de agosto ante los muros de Corbie y, animados por los éxitos logrados hasta el momento, los soldados de las distintas nacionalidades se enfrentaron en un debate para decidir a quién debía concedérsele el honor de encabezar el ataque a la plaza.

Para indignación de Luis XIII, el gobernador de la ciudad, Soyecourt,[389] ofreció una resistencia tan escasa que entregó la plaza el 15 de agosto, tan solo una semana después de la llegada de las tropas españolas. Eso le costó ser juzgado por traición como era de esperar e hizo que el rey perdiera la confianza en su ministro. La rendición de Corbie coincidió con el inicio del movimiento de retirada de Condé en el Franco Condado. Esta retirada hay que achacarla más a las órdenes de Luis XIII que a la energía desplegada por las tropas imperiales y las del duque de Lorena que, dada la timidez con que el emperador acudía siempre en socorro de sus parientes españoles, se diría que marchaban sobre las puntas de los pies… No era una novedad que el apoyo que pudiera prestar el emperador estaba siempre condicionado por sus deseos de no enfrentarse directamente con Francia o con las Provincias Unidas y a la atención que prefería prestar a sus problemas en el Imperio.

389 Soyecourt, teniente general de Picardía, fue juzgado como traidor y ejecutado en efigie pues, tan pronto como capituló, escapó a Inglaterra previendo el negro destino que le esperaba.

El mes de agosto parecía ofrecer las mejores perspectivas a don Fernando, ya que en los Países Bajos el duque de Lerma rechazó el

intento holandés de entrar en Brabante, en Italia el marqués de Leganés triunfó en Parma y 4.000 soldados de refuerzo desembarcaron en Dunkerque. El enfrentamiento que había permitido pasar el río Somme a principios de agosto hizo también posible que Tomás de Saboya enviara exploradores. Cuando estos llegaron hasta las inmediaciones de la capital francesa el miedo provocó un violento seísmo de odio contra Richelieu. Afloraron todos los agravios acumulados por los años de gobierno en que el cardenal había sometido el país con impuestos y privaciones sin cuento. El sentimiento de vejación ante la inmensa fortuna que iba acumulando el ministro, la intervención —para muchos insensata— en la guerra en Italia y su rechazo a ratificar el acuerdo de Ratisbona se fueron conjugando contra él hasta tal punto que, en uno de sus habituales ataques de depresión, presentó la dimisión que solo retiró ante la firme presión que ejercieron sobre él tanto Luis XIII como el Père Joseph (su conciencia en los momentos de abatimiento y que llegó a calificarle de «poule mouillée»). La ocupación de París en esos momentos habría podido dar al traste con Francia, pero, en su relación de la campaña, Vincart afirma que don Fernando prefirió atrincherarse en Corbie en lugar de seguir adentrándose en Francia pese a no encontrar resistencia. Esperaba las llegadas de los refuerzos del rey de Hungría, su primo Fernando, pero los retrasos en la Dieta de Ratisbona habían retenido a las tropas imperiales de Gallas, por lo que falto de este apoyo el infante-cardenal decidió no correr el riesgo de chocar con las tropas francesas que habían sido retiradas del Franco Condado, Alsacia y Borgoña para hacerle frente.

El avance por tierras francesas planteaba en estos momentos la duda de si se debía atacar París y dar por terminada la guerra con Francia o si, por el contrario, la mejor opción sería proceder a una retirada ordenada hacia el territorio propio. Don Fernando debía tener en cuenta que, en primer lugar, la ayuda del emperador era siempre aleatoria y no se podía confiar en él, máxime cuando su preocupación principal estaba fijada en la reunión de la Dieta en Ratisbona, donde se dilucidaba la posibilidad de que su hijo Fernando fuera designado Rey de Romanos y le abriera el camino hacia la dignidad imperial. En segundo lugar, existía un serio problema logístico, ya que las líneas de aprovisionamiento desde los Países Bajos eran cada vez más largas y difíciles de mantener y, como los franceses habían aplicado la política de tierra quemada en su retirada, el aprovisionamiento de un importante ejército se hacía más dificultoso cada día que se permanecía en territorio francés, sin contar con el peligro que sobre Bruselas y Breda representaban los holandeses. Finalmente, la composición del ejército era tan heteróclita al coincidir un cúmulo de mandos, nacionalidades e intereses que el mantenimiento de la

disciplina que era cada vez más difícil era precisa para hacer la guerra con garantías de éxito. Esta indisciplina era algo endémico: los imperiales no apoyaban debidamente a los españoles, Werth permitía tranquilamente los saqueos, Gallas retrasó el paso del Rin arruinando las operaciones, Piccolomini se negó a obedecer las órdenes de Tomás de Saboya, que era el jefe supremo… Todo se conjugó para que al final fracasara una campaña que había comenzado tan favorablemente.

A estas dificultades vino a unirse en septiembre la formación de un potente ejército francés gracias a los esfuerzos de Luis XIII, que había conseguido hacer realidad sus intentos de movilizar todo lo que fuera susceptible de serlo. Y aunque don Fernando había recibido unos refuerzos que le permitían respirar, los 4.000 infantes y el millón y medio de ducados que llegaron no eran suficientes para permitirle mantenerse mucho más tiempo lejos de sus bases; fuertes lluvias hicieron que cada día fuera más difícil el aprovisionamiento de Corbie donde, para colmo de males, se declaró una epidemia de peste, por lo que finalmente el infante-cardenal decidió la retirada a Arras. El nuevo ejército francés estaba bajo las órdenes de un viejo conocido de quienes llevaban años defendiendo España en los Países Bajos: el siempre volátil Gastón de Orléans,[390] que esta vez estaba del lado de su hermano y logró algunos pequeños éxitos que le animaron a dirigirse a Corbie. Tras dos intentos fallidos, el 30 de septiembre puso sitio a la ciudad, cuyos defensores fueron reduciéndose hasta quedar tan solo 800 infantes y 60 jinetes.[391] Durante mes y medio no logró su propósito con lo que su ejército se fue desintegrando mientras se producía otro complot contra el cardenal (que terminó con la huida de Soissons a su feudo de Sedán) y en el que una vez más aparecía entre bastidores el eterno conspirador Gastón.

390 J. M. Jover, *op. cit.*, lo califica caritativamente de «inquieto» (p. 141) y de «animoso» (p. 143).

391 Axpe a Olivares, 20 de octubre de 1636, AGR, SEG, 302.

El otoño presentó la cara y la cruz para Francia, que fracasó en su intento de recuperar las islas de Lérins y vio cómo en octubre el almirante de Castilla tomaba Hendaya y San Juan de Luz. Sin embargo, a principios de noviembre el infante-cardenal cayó enfermo una vez más y fracasó su intento de reforzar la guarnición de Corbie (defendida por Fuensaldaña), que era ya imposible de mantener. El 14 de ese mes se produjo la rendición de Corbie, aunque los defensores pudieron salir de ella con todos los honores debidos.

De forma más o menos paralela al desarrollo de las operaciones en Corbie, Scaglia había viajado a Madrid en julio llamado por el rey y había tratado de convencerle de que se mostrase favorable a las iniciativas holandesas de principios de año. Pero en lugar de esto lo

que se abrió fue un extraño intento de negociación por parte de Francia: Richelieu encargó a unos religiosos de la Orden de los Mínimos la compra de las reliquias de san Isidoro de Sevilla y, con este pretexto, hizo llegar a Olivares un plan secreto al que el valido se limitó a dar largas (tan largas que las «negociaciones» duraron hasta 1642), ya que estaba claro que ninguna de las dos partes tenía auténtico interés en negociar y de lo que se trataba realmente era de ganar tiempo en espera de la ocasión de imponerse al adversario.

El otoño trajo un nuevo intento de negociación de los holandeses, pero esta vez en Viena, donde apareció un tal doctor Fopius con la pretensión de lograr la renovación del acuerdo de neutralidad entre el Imperio y las Provincias Unidas.[392] Además de esto confió al embajador español el sentimiento de frustración de sus compatriotas respecto a Francia, mientas el odio hacia los españoles se había mitigado y en muchos existía el deseo de llegar a un acuerdo, pues el pueblo deseaba volver a una situación de tranquilidad. Oñate replicó a estos avances que el rey se mostraría clemente con la población si volvía a la obediencia y le concedería la libertad de conciencia y una suma de privilegios que no les harían desear más. Reunidas con las Provincias católicas fieles podrían ejercer el comercio y la navegación sin peligro y sin los gastos de la guerra. Fopius propuso que el ministro Trautsmandoff actuara como mediador imperial, lo que rechazó Oñate por considerar que cualquier negociación debía llevarse a cabo en los Países Bajos y puso todo ello en conocimiento de don Fernando.[393] El embajador advertía también que los electores de Maguncia y Colonia aspiraban además a que se garantizase la seguridad de los pequeños principados alemanes vecinos de las Provincias Unidas, pretensión que había que rechazar, pues no era admisible pretender una negociación del emperador con quienes eran súbditos del rey de España y acceder a tales peticiones equivaldría a justificar las usurpaciones de los holandeses en tierras imperiales favoreciendo a los que impedían la pacificación del Imperio. A lo más que el emperador se mostraba dispuesto era a aceptar alguna forma de seguridad recíproca, pero nunca en un documento de neutralidad.

392 Oñate de Felipe IV, 11 de octubre de 1636, AGR, SEG, 338.

393 Oñate a don Fernando, 14 de octubre de 1636, AGR, SEG, 338.

Como era lógico, el infante-cardenal[394] se mostró totalmente contrario a plegarse a las propuestas de Fopius y aceptar el intento de forzar la neutralidad del Imperio. Si los holandeses lograsen la garantía de que el Imperio no invadiría su territorio no solo abandonarían la tendencia hacia la paz que mostraban en esos momentos, sino que se lanzarían de nuevo por el camino de la guerra. De acuerdo con las propuestas de Oñate había un tema que no

convenía ni siquiera mencionar y era el de la libertad de conciencia: ese punto no podía hacerse una condición de la paz, puesto que lo que se buscaba era solo una tregua y, si se insistía, únicamente cabía referirse a lo que sobre él se había establecido en la Tregua de los Doce Años. Además, quedaba siempre la duda de que los presuntos negociadores holandeses tuvieran los poderes necesarios, pues nunca los habían mostrado y tan pronto se manifestaban dispuestos a negociar sin contar con Francia como invocaban la necesidad de contar con su asistencia.

394 Don Fernando a Oñate, 31 de octubre de 1636, AGR, SEG, 338.

Parece que Fopius estaba dispuesto a mantener todos los frentes de la negociación en marcha y seguía insistiendo[395] en su petición de garantías de neutralidad del Imperio aprovechando la presión que ejercían los electores protestantes cerca de las Provincias Unidas y los católicos (elector de Colonia y otros príncipes católicos vecinos de aquellas) que querían escapar de la continua guerra y de los ejércitos que de uno y otro lado constituían una amenaza permanente. Don Fernando aprobó los esfuerzos de Oñate,[396] expresando sus deseos de alcanzar una tregua, pero el problema en esos momentos radicaba en la imposibilidad de poder asentar sus tropas en el Rin y el Mosa y en que los holandeses mantenían sus conquistas en Brasil. Por eso, a falta de lograr que el Imperio rompiera con las Provincias Unidas, había que mantener a estas en la aprensión de que el emperador acabara por decidirse a apoyar a sus familiares españoles.

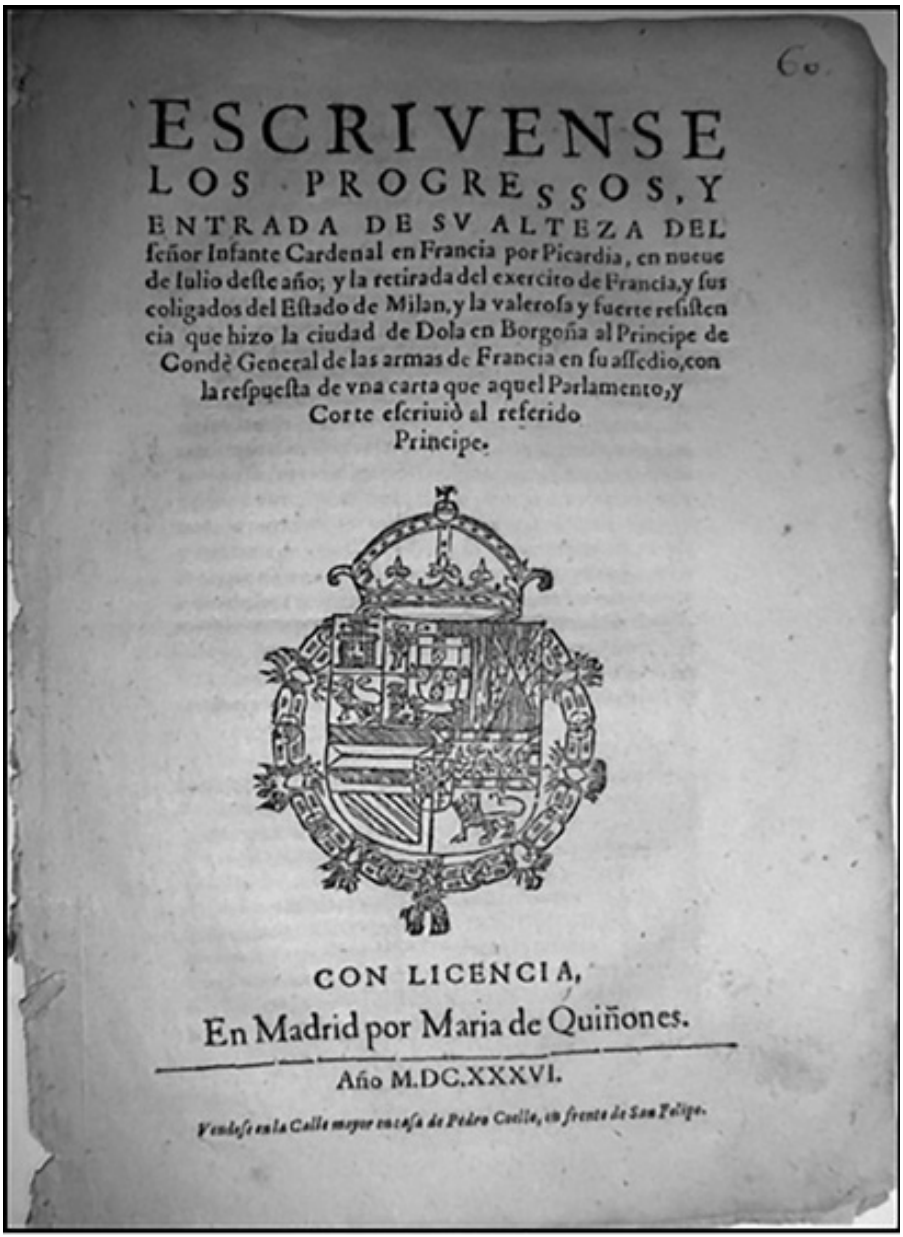
395 Oñate a don Fernando, 24 de noviembre de 1636, AGR, SEG, 339.

396 Don Fernando a Oñate, 20 de diciembre de 1636, AGR, SEG, 339.

Aunque el resultado de la campaña no pueda tildarse de catastrófico para España, como se ha hecho a veces, lo cierto es que tan solo fue mediocre: aunque se habían perdido el fuerte de Schenk y posiciones en el ducado de Clèves, en cambio se habían tomado La Capelle, Le Catelet y Vervins y se había evitado que Francia ocupara el Franco Condado. En realidad, la perdedora fue Francia, que no había logrado tener éxito en el norte de Italia, había retrocedido en Alsacia y había perdido plazas en favor de España. En todo caso el final de esta campaña vino a resultar en que ambos contendientes acababan en tablas puesto que, si España no había logrado sus objetivos, tampoco Francia podía presumir de haber alcanzado los suyos.

Olivares lanzaba su grito de «no hay cabezas» y en su desesperación escribió al rey que «no veo sujeto con quien descansar el ánimo, a lo menos de nuestra nación». Los esfuerzos de los españoles en Flandes no debían parecerle garantía suficiente para el futuro que se avecinaba: si las Provincias Unidas lograsen superar su crisis y Francia recuperase la iniciativa militar, la campaña de 1637 se presentaría

bajo los peores auspicios tanto desde el punto de vista militar como del financiero.



ESCRIVENSE
LOS PROGRESSOS, Y
ENTRADA DE SV ALTEZA DEL
señor Infante Cardenal en Francia por Picardia, en nueue
de Iulio deste año; y la retirada del exercito de Francia, y sus
coligados del Estado de Milan, y la valerosa y fuerte resisten
cia que hizo la ciudad de Dola en Borgoña al Principe de
Condè General de las armas de Francia en su assedio, con
la respuesta de vna carta que aquel Parlamento, y
Corte escriuiò al referido
Principe.

CON LICENCIA,
En Madrid por Maria de Quiñones.

Año M.DC.XXXVI.

Vendese en la Calle mayor en casa de Pedro Coello, en frente de San Felipe.

Crónica publicada en 1636 de la entrada en Francia del infante-cardenal.

15. MANIOBRAS DIPLOMÁTICAS

Tras la campaña de 1636 la situación no era positiva para las armas españolas: Corbie tomado y perdido, la incursión hacia París abortada, el Franco Condado y la Lorena asolados. La partida se desarrollaba en múltiples teatros y la diplomacia tenía que actuar con tanta actividad como las armas ya que el futuro se jugaba también en el campo de las alianzas y las rupturas. Si para los Países Bajos la guerra con las Provincias Unidas era algo que les afectaba directamente, sus repercusiones tenían que extenderse inexorablemente a las luchas que se desarrollaban en el marco de la Guerra de los Treinta Años. A los enfrentamientos políticos y militares se añadían los religiosos (y a las alianzas contra natura de unos y otros) que fatalmente acabarían por extenderse a una Inglaterra que parecía haber quedado al margen de aquella auténtica guerra mundial. Desde Italia hasta Dinamarca o desde Austria hasta España todos parecían verse atraídos hacia el ojo de la vorágine que amenazaba con destruirles irremisiblemente, sin que ni las armas ni la diplomacia parecieran herramientas suficientes para aplacar al dios de la guerra.

En Suiza se conjuró el peligro de las tropas del duque de Rohan cuando los señores de los Grisones rompieron en enero la alianza con Francia y se ofrecieron a España alterando el equilibrio en la zona. Los franceses evacuaron la Valtelina y el país de los Grisones y el duque, huyendo de la venganza del cardenal, se refugió en Venecia. La razón del cambio fue, como tantas veces, el dinero: Richelieu había prometido un millón de libras, pero solo envió 200.000 debido a la presión del Père Joseph a cuya conciencia repugnaba la asociación con «herejes».

En Italia, por influencia de la emperatriz, que era miembro de la familia Gonzaga, Mantua declaró su neutralidad en los continuos enfrentamientos de aquel avispero que era el norte de Italia y, también en el norte de la península italiana, otro acontecimiento vino a trastocar el inestable equilibrio: tras el fallecimiento de Víctor Amadeo de Saboya, su viuda Cristina[397] (hermana de Luis XIII) se proclamó regente con el título de «Madame Royale», con la pretensión de que Saboya era un reino. Su regencia fue inmediatamente impugnada por los hermanos del difunto, Tomás y el cardenal Mauricio que, tras múltiples enfrentamientos con su cuñada, se aliaron con el marqués de Leganés, gobernador de Milán. Este ocupó varias plazas importantes del ducado en 1638, aunque esto no bastó para

resolver el problema y, cuando al año siguiente el emperador proclamó regentes conjuntos a los dos hermanos, Tomás ocupó la capital obligando a su cuñada a refugiarse en la ciudadela hasta que recibió ayuda de Francia.

397 Cristina de Borbón casó en 1619 con el príncipe de Saboya, Víctor Amadeo, que heredó el ducado a la muerte de su padre Carlos Manuel (esposo de la infanta española Catalina Micaela). Sus hermanas contrajeron matrimonios reales: Isabel con Felipe IV (1615) y Henrietta-María con Carlos I Estuardo (1625).

En Francia se repetían las conspiraciones de aquellos personajes cuyo único fin parecía ser mantener encendido el fuego de la intriga: Gastón no aceptaba verse privado del puesto que entendía le correspondía y la Médicis no olvidaba la humillación de la «Journée des dupes», el desprestigio que significaron las «guerras de la madre y el hijo» o las asignaciones de residencia impuestas por su hijo Luis. María no perdía ocasión de mezclarse en la política y cuando Gastón deseó viajar a Londres para conocer los propósitos de su cuñado Carlos I, consiguió hacer cambiar de opinión a don Fernando que, dudando de la seriedad de estos contactos, quería impedir el viaje. Al parecer la idea del viaje había sido de la reina Henrietta-María, que buscaba un arreglo con Richelieu, aunque la Médicis aseguró que solo había intervenido en el asunto para no desairar a su yerno inglés. El infante-cardenal preguntó al rey[398] cuál sería su postura si se llegase a este acuerdo tan contrario a los intereses de España, pues si María, amparándose en los esfuerzos de su hija, regresaba a Francia y se llevaba consigo a la esposa de Gastón (también refugiada en Bruselas), esto sería muy peligroso. Un perplejo Felipe IV se limitó a indicar[399] que no tenía por qué aconsejar a la Médicis y que se dijera a la esposa de Gastón que lo único que pretendía era evitar la disolución de su matrimonio, lo que sería una gran afrenta para la Casa de Lorena (no convenía perder la siempre dudosa ayuda que pudiera prestar el duque Carlos).

398 Don Fernando a Felipe IV, 12 de octubre de 1636, AGR, SEG, 217.

399 Felipe IV a don Fernando, 22 de octubre de 1636, AGR, SEG, 217.

Tras un enésimo complot fallido contra Richelieu en septiembre de 1636, Gastón se reconcilió con su hermano. Ahora el único conspirador impenitente que quedaba en escena era el duque de Soissons que rápidamente se retiró a su feudo de Sedán, donde don Fernando envió un mensajero intentando recuperarle para la lucha contra Luis XIII.[400] La Médicis se inmiscuyó como intermediaria del acuerdo (28 de julio de 1637) que el infante-cardenal firmó en nombre del rey. Por este acuerdo España se comprometía a no firmar la paz con Luis XIII sin contar con ambos conspiradores, a financiar con 500.000 libras un ejército hasta el final de la campaña, a instalar

una guarnición en la ciudad de Sedán y, para colmo, a pagar una indemnización al duque de Bouillon (otro conspirador refugiado en Holanda) por los bienes que le habían sido confiscados. Pese a tantas cesiones españolas, Soissons arguyó que necesitaba conocer la postura de Bouillon que, aunque ofrecía acudir con un ejército a Sedán, ya negociaba con Richelieu su regreso a Francia. Alegando la imposibilidad de tener listas sus tropas en solo un mes, Soissons rehusó firmar y acabó por volver a la obediencia de Luis XIII a cambio de la autorización de permanecer cuatro años en su feudo. Las instrucciones de Felipe IV fueron inútiles por tardías pues, aunque estaba dispuesto a enviar el dinero necesario para auxiliar a María y a Soissons,[401] don Fernando sabía que cualquier intento de negociar con Francia serviría solo para que Richelieu lo aprovechara y sembrara cizaña con el emperador, el duque de Lorena y cualquier otro aliado de España. El infante-cardenal quedaba así en la estacada.

400 Don Fernando a Felipe IV, 7 de julio de 1637, AGR, SEG, 216.

401 Felipe IV a don Fernando, 10 de agosto de 1637, AGR, SEG, 216.

Tras este fracaso y la pérdida de Cateau-Cambresis y de Landrecies los ánimos se exaltaron y, buscando espías, los bruselenses registraron las viviendas de los exiliados franceses, incluyendo la de María, insulto que añadió a sus quejas por los retrasos en la pensión que tan generosa como inútilmente le había otorgado Felipe IV. Madrid veía con creciente desagrado su deplorable ingratitud y temía cualquier cosa, pues se sabía que todos sus servidores eran afectos a Richelieu[402] y, consciente de la nefasta influencia de los miembros de la casa de la reina, don Fernando se proponía expulsarlos si el rey se lo ordenaba. La situación se fue agriando hasta que en agosto de 1638 María decidió ir a «tomar las aguas» a Spa, pero a medio camino cambió de dirección una vez más en su vida y se adentró en el territorio de las Provincias Unidas con lo que España se vio al fin libre de tan perjudicial personaje.

402 Felipe IV a don Fernando, 22 de septiembre de 1637, AGR, SEG, 217.

A estos estrambóticos acontecimientos se unió otro que revistió mayor gravedad para la casa de Austria. La reina Ana, desdeñada por su esposo y perseguida por su ministro, cometió la imprudencia de creer que podría dar bazas a sus hermanos para derrotar a la que, quisiera o no, era ahora su patria y a la que debía fidelidad. Ello le valió la acusación de complicidad con España, lo que significaba un delito de traición a Francia. Debido a las execrables relaciones con su marido, que corrían parejas a las que tenía con el cardenal, la reina se retiraba al convento de Val-de-Grâce cada vez con más frecuencia. Los espías de Richelieu comprobaron que, con la complicidad del embajador español, el marqués de Mirabel, la reina mantenía desde

allí frecuente correspondencia con sus hermanos, su cuñada la reina de Inglaterra, el duque de Lorena y su gran amiga la duquesa de Chevreuse (tan odiada por Luis XIII y su ministro). El hombre de confianza de la reina, La Porte, fue detenido en agosto, tras lo que el canciller Séguier interrogó a la reina (con brutalidad y falta de decoro, llegando a introducir la mano en su escote). Ana se vio obligada a admitir los contactos con los enemigos de Francia y a ponerse en manos del cardenal para obtener clemencia. Sobre ella pesaba no solo la acusación de traición sino también, muy probablemente, un proceso que supondría su encierro en un convento o incluso la repudiación. Tras nuevos interrogatorios, Richelieu, saboreando su victoria, la hizo comparecer ante el rey en una humillante ceremonia en la que fue obligada a confesar por escrito sus contactos con los enemigos de Francia y a aceptar las condiciones que se le imponían a cambio del olvido (¿provisional?) de su «traición».

Las relaciones con el Imperio habían sido, eran y seguirían siendo un motivo de frustración permanente para la Monarquía hispánica, pues las ayudas en hombres y fondos de Felipe III y Felipe IV a sus parientes vieneses no encontraban nunca debida correspondencia y todo eran excusas para rehuir compartir el peso de unas guerras cada vez más gravosas para España y para los Países Bajos. La falta de cooperación se agudizó con la Paz de Praga (1635) que al disolver la Liga Católica lo hacía al mismo tiempo con casi todas las alianzas que esta mantenía, lo que hacía aún más difícil conseguir ayuda de las tropas imperiales en los Países Bajos. Los males también venían del acuerdo (31 de diciembre de 1635) por el que Felipe IV prometió subsidios hasta el final de la guerra a cambio de que el emperador pusiera a su disposición 25.000 hombres. Como Olivares, ante la falta de acción por parte alemana, decidió retener los pagos, Gallas se negaba a sacar sus tropas de sus campamentos en Alsacia. Las quejas vienesas que culpaban a Oñate del impago no encontraron eco en el embajador que estaba seguro de que, si el emperador recibía los fondos, le faltaría tiempo para dejar de cumplir su palabra. Esta falta de cooperación del Imperio fue un continuo resquemor para el rey[403] y don Fernando[404] y la única ayuda se limitó a las tropas de Piccolomini (en la zona fronteriza con Francia) y de Werth (en el Franco Condado). El emperador Fernando II no respondió a las peticiones españolas de invadir Francia y, menos aún, de atacar en Frisia a las Provincias Unidas.

403 Felipe IV a don Fernando, 10 de agosto de 1637, AGR, SEG, 216.

404 Don Fernando a Felipe IV, 12 de octubre de 1637, AGR, SEG, 217.

La batalla de Nördlingen había impulsado al papa Urbano VIII a convocar un congreso para restablecer la paz. Pese al comienzo de la

guerra entre España y Francia, el pontífice quiso mantener la idea y en 1636 parecía haber convencido a las partes a enviar delegados a la reunión que se celebraría en Colonia. La iniciativa papal distorsionó las relaciones con el Imperio, pues Fernando II la recibió con disgusto, ya que había aceptado para el Imperio unas condiciones que afectaban a intereses y propiedades de la iglesia alemana y podía replantear unos problemas que deseaba dejar atrás. Inicialmente Francia se mostró dispuesta a enviar sus delegados tan pronto como España y el Imperio concedieran pasaportes a los delegados de las Provincias Unidas, pero como Felipe IV no podía autorizar la presencia de los «rebeldes», el problema de los pasaportes fue el tema central de discusión en los meses siguientes, ya que su concesión habría significado el reconocimiento implícito de la independencia holandesa. Francia comunicó al legado papal que no enviaría representantes hasta que pudieran hacerlo los holandeses que, además, pretendían que los pasaportes fueran extendidos a favor de los «Señores Estados Generales de las Provincias Unidas del País Bajo». Cuando Felipe IV se resignó a autorizarlo fue advirtiendo que ello no podría prejuzgar su soberanía y que no admitiría una negociación separada con los holandeses.[405] Francia acabó aceptando la convocatoria, pero sin molestarse en enviar delegados, y los de España y el Imperio no acudieron hasta abril de 1637, con lo que la posibilidad de encontrar un terreno común de discusión se alejaba claramente. Cuando Francia se decidió al fin a participar, presentó una serie de condiciones (renuncia del emperador a Alsacia, negociación sobre Lorena, reconocimiento del protectorado francés sobre los obispados de Metz, Toul y Verdun y participación en el congreso de los príncipes alemanes) que eran evidentemente inaceptables para Fernando II y llevaron a la parálisis del congreso.

405 Correo de los gobernadores generales, 15 de septiembre de 1637, AGR, Secretaría española.

Como contrapeso a la idea del papa, Fernando II convocó en septiembre de 1635 una reunión de la Dieta imperial en Ratisbona, en la que esperaba que su hijo Fernando, rey de Hungría, fuera elegido como Rey de Romanos para asegurar su sucesión en el trono imperial. La elección (22 de diciembre) fue favorable a sus deseos, pero el emperador no osaba romper su inestable equilibrio y los electores no aceptaban más que lo estrictamente necesario: Maximiliano de Baviera, para restablecer a su pariente el duque Carlos IV, quería que Francia abandonara Alsacia y Lorena, pero sin entrar en guerra con ella; por su lado, el elector de Brandemburgo pedía la salida total de los suecos del territorio alemán. El punto muerto era la prueba de que los intereses de Viena distaban mucho (quizá demasiado) de los de

Madrid y Bruselas.

El doctor Fopius, delegado holandés que intentaba obtener garantías de neutralidad imperial para las Provincias Unidas, insistía en sus esfuerzos, que lo enfrentaban a las gestiones de Oñate[406] para comprometer al Imperio ante la oposición de los electores. Don Fernando urgió al embajador[407] para que insistiera pues, aunque no se lograse la ruptura del Imperio con los holandeses ante el fracaso de su intento dudarían en continuar la guerra. Oñate[408] logró retrasar la decisión de Fernando II hasta después de la elección del Rey de Romanos, tras la que expuso el derecho que asistía a Felipe IV en su petición; pero los electores no fueron más allá de aceptar aconsejar a las Provincias Unidas que llegasen a un acuerdo con España y, sin prometerlas una neutralidad formal, ofrecían una mediación y si fracasaran las negociaciones se atendrían a las constituciones imperiales. Para el embajador esto era ya más aceptable, pues en la situación del Imperio parecía imposible lograr la ruptura con los holandeses ya que, si estos mantenían la guerra y no restituían las conquistas en el Rin, el ejército español podría entrar libremente en Alemania. Fopius tuvo que admitir esta posición, añadiendo que las Provincias Unidas podrían prestarse a una negociación de tregua o paz sin la participación de Francia.

406 Oñate a don Fernando, 24 de noviembre de 1636, AGR, SEG, 339.

407 Don Fernando a Oñate, 20 de diciembre de 1636, AGR, SEG, 339.

408 Oñate a Felipe IV, 31 de enero de 1637, AGR, SEG, 339.

Ante los preparativos de franceses y holandeses y la debilidad de sus propias tropas don Fernando insistió[409] para que se recordase la promesa formulada en Ratisbona de invadir Francia con un fuerte ejército. Sin embargo, consciente de la dificultad en lograrlo y para impedir la ruina de Luxemburgo y la Lorena, pidió que se le enviaran urgentemente los 6.000 soldados que estaban en reserva. Al no encontrar eco y no poder levantar el asedio de Breda, todo hacía temer el despliegue del enemigo en Luxemburgo, Hainaut y el Artois y el único remedio parecía ser la inmediata intervención alemana, para lo que envió a Fernando de Tejada a entrevistarse con el emperador. Los meses transcurrieron sin encontrar ayuda y fue Felipe IV[410] quien reiteró la importancia de atacar en Frisia y de informar a Maximiliano de Baviera de la alianza que Federico V había hecho con los holandeses para, de acuerdo con Francia y con tropas reclutadas por Carlos Estuardo, atacar Flandes, lo que significaba una clara ruptura de todos ellos con España y el Imperio.

409 Don Fernando a Castañeda, 13 de mayo de 1637, AGR, SEG, 339.

410 Felipe IV a Castañeda, 19 de septiembre de 1637, AGR, SEG, 320.

Saavedra puso de relieve que la situación era cada vez más desfavorable por la debilidad del ejército de Gallas (que se opondría a ceder sus soldados) y porque los ministros imperiales querían únicamente defender el Imperio y no enfrentarse con Holanda y Francia.[411] Pese a la oposición de los electores de Maguncia y Colonia, logró que Maximiliano ordenara a Werth acudir en socorro de Borgoña, obligando a Bernardo de Saxe-Weimar a retirarse. También señalaba que a Trauttmansdorff —el principal ministro del emperador y que sentía celos de Castañeda— solo le interesaba la paz en el Imperio y, como pensaba que España atraía a los enemigos hacia Alemania, aconsejaba al emperador la formación de un «tesoro de guerra» que le liberara de la dependencia de la Monarquía, consejo que no fue obstáculo para que su embajador solicitara en Madrid[412] la concesión de una ayuda de dos millones para 1639… Felipe IV rebajó la cantidad a millón y medio y pidió que el ejército de Westfalia estuviera al mando de jefes de su total satisfacción y quedara bajo las órdenes de su hermano.

411 Saavedra a Felipe IV, 9 de octubre de 1637, AGR, SEG, 391.

412 Felipe IV a Castañeda, 30 de noviembre de 1637, AGR, SEG, 323.

Los acuerdos franco-holandeses preveían la cesión a Francia de la plaza de Maastricht y el peligro hizo que Castañeda, siguiendo instrucciones de don Fernando, lograse despertar al emperador de su apático letargo. El emperador ordenó a Piccolomini que en su nombre (no fue posible que lo hiciera él mismo) advirtiera a los holandeses que tal cesión supondría la ruptura.[413] El gobernador calificó el propósito aliado de atacar Maastricht y el obispado de Lieja de violación de la neutralidad del Imperio,[414] lo que le daba ocasión para pedir al emperador que cumpliera sus promesas; pero como de costumbre este trataba de no decidir y, aunque aceptó la formación de un ejército para actuar en Westfalia, los consejos que recibía hacían temer que poco o nada cabía esperar. Salamanca aconsejaba de todos modos mantener la presión en Viena porque si se cumplía la promesa esto obligaría a los holandeses a inmovilizar parte de sus tropas en Frisia. Ante el ataque holandés en verano a Geldern (una de las plazas más importantes de los Países Bajos) con ayuda del Palatino y del Landgrave de Hesse y otro ataque de un potente ejército francés en el Artois, don Fernando renovó sus peticiones de ayuda a Viena lo que, desgraciadamente, era una vez más pedir más allá de toda esperanza. Y ante la falta de cooperación imperial Felipe IV acabó retirando a Oñate de su puesto en Viena.

413 Castañeda a don Fernando, 16 de diciembre de 1637, AGR, SEG, 321.

414 Don Fernando a Castañeda, 24 de abril de 1637, AGR, SEG, 339.

Las relaciones con Inglaterra se habían ido complicando desde el apresamiento por los corsarios de la flota de Dunkerque de un buque inglés cuya captura fue considerada «buena presa» por el Almirantazgo. Acudiendo directamente a don Fernando y a través de Gerbier, Carlos I de Inglaterra intentó que se anulase la sentencia y el ambiente en Londres era tan contrario a España que parecía seguir vivo «el fruto sangriento del rencor en que se fue transformando la pasión humillada de Carlos I»[415] tras el fracaso del «matrimonio español». Los ingleses capturaron posteriormente un barco español de la flota de Dunkerque y apresaron cargamentos españoles en barcos hamburgueses. Estos enfrentamientos eran el reflejo de la agria disputa que existía entre el concepto holandés del *mare liberum* (propugnado en 1605 por Hugo Grotius) y la respuesta inglesa a favor de la tesis *mare clausus* (desarrollada en 1635 por Selden), con la que Londres pretendía apropiarse de unas aguas que estimaba exclusivamente suyas.

415 G. Marañón, *El conde-duque de Olivares*, p. 482.

Don Fernando dio orden a Necolalde de que se ejercieran represalias sobre los barcos ingleses. Villamediana,[416] recién llegado como nuevo embajador, presentó una protesta formal porque los mercaderes belgas establecidos en Londres se veían sometidos a múltiples vejaciones y al doble de impuestos que sus competidores.[417] Pero Felipe IV deseaba mantener la paz y ordenó que se evitaran los enfrentamientos.[418] Como se temía que el ambiente desembocase en una crisis, don Fernando envió 4.000 escudos a Oñate «para ganar las simpatías de los que podrían ayudarle a llevar a buen fin las negociaciones».[419] Pero el año siguiente comenzaba bajo malos auspicios que hacían temer una declaración de guerra. La información fue trasmitida a todos los embajadores de España y don Fernando, que compartía los análisis del rey,[420] recibió instrucciones para que, actuando siempre de acuerdo con Madrid, tratase de negociar para asegurar la paz con Inglaterra y lo hiciera también con los holandeses, pero (salvo que estimara que la paz era realmente posible) sin descuidar la preparación de la campaña.

416 El VIII conde de Oñate y Villamediana era hijo del V conde de Oñate, embajador en Viena y que estaba en esos momentos en Madrid.

417 Don Fernando a Felipe IV, 22 de diciembre de 1635, AGR, SEG, 213.

418 Felipe IV a don Fernando, 13 de junio de 1636, AGR, SEG, 214.

419 Don Fernando a Felipe IV, 10 de octubre de 1636, AGR, SEG, 215.

420 Don Fernando a Felipe IV, 1 de febrero de 1637, AGR, SEG, 216.

Más que el problema de los apresamientos de barcos, el nudo de la cuestión en las relaciones con Inglaterra radicaba en la ocupación del

Palatinado inferior. Este se encontraba en manos españolas después de que el emperador pusiera al margen de la ley al antiguo señor del Palatinado, el elector Federico V. El territorio había quedado dividido entre España y Baviera y Maximiliano había logrado que se le otorgara el Palatinado superior y la condición de elector palatino. Carlos I trataba por todos los medios de recomponer la situación quizá no tanto en favor de su yerno como de su hija Elisabeth, la «reina de un invierno» que con su numerosa prole dependía de la asistencia de su padre y de la gentileza de los holandeses.[421]

421 Sobre este apelativo, véase Federico V del Palatinado en el anexo de *Dramatis personae* al final de esta obra.

Mientras Villamediana continuaba negociando en Londres y como Castañeda avisaba que Fernando III no estaba dispuesto a ceder en el problema del Palatinado, don Fernando pidió al rey [422] que adoptase una decisión: las tropas imperiales que estaban allí arruinaban el territorio y si se quería defenderlo se necesitarían fondos y tropas que no existían por lo que había que evitar dilaciones que impulsaran a Carlos I a unirse a los enemigos de España. El peligro era tanto más real cuanto que, por la Paz de Praga, Maximiliano de Baviera había sido investido de la condición de elector palatino. Mientras tanto tenían lugar en Madrid unas negociaciones en las que Olivares alcanzó un acuerdo secreto[423] con el representante inglés, Cottington. Los ingleses reclamaron inmediatamente su puesta en práctica y, ante esto, se encomendó a don Fernando que con toda la prudencia que exigía el trato con los ingleses examinase con Roose y los jefes militares las garantías que cabría exigir antes de ceder y, sobre todo, lo referente a la libertad de tránsito por el Escalda. El rey, coincidiendo en la necesidad de resolver la crisis, confirmó los poderes que le había otorgado anteriormente,[424] le instó a avanzar sin esperar a que el emperador se decidiese a tomar una decisión, subrayando que, si se alcanzaba un acuerdo con los holandeses, Carlos I se encontraría en una postura muy difícil y, temiendo que el inglés tratase de engañar, le recomendó reforzar la flota de los Países Bajos como se había hecho con la de Indias.

422 Don Fernando a Felipe IV, 6 de mayo de 1637, AGR, SEG, 216.

423 Felipe IV a don Fernando, 15 de mayo de 1637, AGR, SEG, 216.

424 Plenos poderes concedidos por Felipe IV al cardenal-infante para concluir un tratado definitivo relativo a la cuestión del Palatinado, 30 de noviembre de 1636, AGR, SEG, 346.

La mala fe inglesa se comprobó muy pronto al argüir que Cottington había actuado *ultra vires*, rebasando sus instrucciones y sin estar autorizado para adquirir compromisos. Esto hacía temer que Inglaterra tratara de apoderarse del Palatinado sin tratar con Villamediana y evitar así una ruptura abierta con España.[425] Después

de que navíos holandeses atacaran a la flota española en aguas territoriales inglesas (y del que se sospechaba que no eran ajenos los ministros ingleses y hasta el mismo rey), el embajador tuvo una tormentosa entrevista con Carlos I. De nuevo se vio la mala fe inglesa, ya que aunque el rey protestó de su amistad y ofreció enviar un agente especial a Bruselas para presentar sus excusas a don Fernando, al mismo tiempo ordenaba a Gerbier que presentase una protesta enérgica contra los rumores que le implicaban en el incidente y para que alegase sus (pretendidos) derechos sobre lo que el monarca inglés llamaba «sus mares». La protesta presentada a don Fernando fue transmitida a Villamediana para conocer su opinión, pues el gobernador quería evitar una ruptura de consecuencias desastrosas y, ante el peligro de que Carlos I se aliase con Holanda y con Luis XIII, le encargó que le manifestase que el emperador y el duque de Baviera habían aceptado que el infante-cardenal tratase de concluir las negociaciones sobre el Palatinado.[426]

425 Don Fernando a Felipe IV, 29 de junio de 1637, AGR, SEG, 216.

426 Don Fernando a Oñate, 5 de julio de 1637, AGR, SEG, 382.

Villamediana aconsejó[427] no extremar las quejas por la actitud de Gerbier porque esto solo serviría para darle importancia ante los ojos de Londres, e insistió en que no era buena política amenazar con la ruptura a un príncipe con el que no se tenía interés en romper, pues esto le haría aumentar sus exigencias. Había encontrado «antipático» a Carlos I, «hostiles» a sus ministros y, además, la facción más «moderada» del gobierno parecía creer que dependía de ella únicamente el mantenimiento o la destrucción de la Monarquía hispánica. Carlos I se encontraba en una posición débil a la que había que añadir la presión de su esposa francesa, por lo que parecía adecuado amenazarle con el daño que podría causarle España y evitar la menor señal de condescendencia y a ello sumaba la necesidad de evitar los enfrentamientos marítimos para no añadir aún más problemas a los que ya existían. En estas condiciones el rey le ordenó manifestar claramente en Londres que tanto él como don Fernando estaban dispuestos a negociar un acuerdo razonable, pero que si Carlos I se dejaba arrastrar a otro movimiento hostil se entendería que quería romper y aliarse con los enemigos, en cuyo caso España resistiría con todas sus fuerzas llegando a la guerra si fuera necesario. Para que no hubiera duda, Felipe IV aprobó también[428] la decisión de don Fernando de negociar con el emperador y el duque de Baviera la postura que se podría adoptar frente a Inglaterra.

427 Oñate a don Fernando, 7 de agosto de 1637, AGR, SEG, 382.

428 Felipe IV a don Fernando, 10 de agosto de 1637, AGR, SEG, 216.

Tras el resquemor producido por el desagradable fracaso de sus negociaciones con Cottington, Olivares manifestó su prevención sobre la confianza que se podía conceder a las promesas de los ingleses y al peligro que suponía su acercamiento a Francia; en las consideraciones que sometió al rey les tachaba de «la gente más engañadora, artificiosa y simuladora que hay en el mundo», sentimiento que compartía enteramente el Consejo de Estado al que, sin embargo, no se le ocultaban los múltiples y graves peligros que podría entrañar la ruptura con Inglaterra: «El peligro a que reduciría las cosas de Flandes el rompimiento con Inglaterra […] el peligro que causaría a las Indias este rompimiento y sobre todo al Brasil […] los ingleses pueden hoy en el estado presente reducir las cosas de toda la Monarquía a extremo peligro».[429] En un último esfuerzo de la corte inglesa, Villamediana recibió un proyecto de acuerdo secreto sobre el Palatinado, pero esto no llegó a concretarse.

429 Consulta del Consejo de Estado, 23 de mayo de 1637, AGS, Estado, 2.052.

Como parecía inevitable, Carlos I llegó a un acuerdo con Francia buscando aliarse con los enemigos de España, pero evitando la ruptura abierta. Los acontecimientos se precipitaron cuando en Madrid el barón de Aston entregó en agosto en nombre de su rey un memorial que era la prueba de la alianza y de que el inglés estaba dispuesto a hacer causa común con los enemigos de la Monarquía hispánica y, haciendo un alarde de equilibrismo, pretendía evitar esa ruptura abierta. Felipe IV dio una «cortés respuesta», pero dejando ver que no se limitaría a medidas parciales ordenó a don Fernando que reforzase la flota, aumentase las tropas que defendían el Palatinado y examinase la situación con Roose, Mirabel, Melo y fray Juan.[430] El infante-cardenal[431] estaba convencido de que Carlos I pretendía conseguir la devolución del Palatinado sin condiciones o que la misma viniera impuesta por los enemigos de España. Y cuando Necolalde iba a abandonar Londres terminada su misión Carlos I le ofreció una escolta de buques ingleses hasta su salida de las aguas territoriales, pero sin acompañarle hasta España. El diplomático rechazó tal ofrecimiento lo que hizo que Aston presentara una protesta oficial por considerarlo un desaire a su rey.[432]

430 Felipe IV a don Fernando, 25 de agosto de 1637, AGR, SEG, 216.

431 Don Fernando a Felipe IV, 12 de octubre de 1637, AGR, SEG, 217.

432 *Calendar of State Papers*, Spain, 94/39, cit. en P. Sanz, *Diplomacia hispano-inglesa en el siglo XVII*, p. 127.

Carlos I optó entonces por una nueva táctica y propuso a Villamediana que el problema del Palatinado fuese resuelto en el congreso de paz en Colonia, idea a la que don Fernando se mostró contrario al estimar que los intereses españoles no se iban a ver

favorecidos en esa reunión. El rey encargó a Olivares el estudio del problema y envió a su hermano[433] toda la documentación existente, subrayándole que ya había recordado a Londres que disponía de plenos poderes para concluir en su nombre un tratado que resolviese el espinoso asunto.[434]

433 Felipe IV a don Fernando, 12 de diciembre de 1637, AGR, SEG, 217.

434 Felipe IV a don Fernando, misma fecha, AGR, SEG, 217.

16. 1637. UN AÑO DE REVESES

Las noticias que llegaban de Viena distaban mucho de ser alentadoras: Trauttmannsdorf había aumentado su influencia sobre Fernando III hasta transformarse en su principal ministro, con lo que parecía evidente que la influencia de España en la corte imperial, cuyo declinar había comenzado ya desde 1634, no solo iba a continuar, sino que probablemente iba a agudizarse. Aunque todavía quedaban algunos partidarios de la colaboración con Madrid y Bruselas la realidad era que las tropas imperiales estaban muy lejos de encontrarse en condiciones de cumplir con las esperanzas que albergaba Felipe IV.[435] Pese a todo el emperador aceptó enviar a las tropas imperiales y las bávaras (bajo el mando de Gallas, Piccolomini y Werth) desde Luxemburgo hacia la Champagne, uniendo ese esfuerzo al ataque que Carlos de Lorena llevaba a cabo desde el Franco Condado.

435 P. H. Wilson, *op. cit.*, p. 589.

Las tropas de Maximiliano de Baviera abandonaron en enero la Picardía, con lo que el cardenal-infante perdía un importante refuerzo, a pesar de que esas tropas se unieron a los imperiales y pudieron ocupar Ehrenbreitstein. Esta victoria, sumada al mal resultado de Bernardo de Saxe-Weimar en Alsacia, obligó a Francia a intentar aumentar la presión en el Rin y fue este refuerzo francés lo que permitió a Bernardo dirigirse hacia el Franco Condado. Tras reunirse allí con las tropas del duque de Longueville pudo derrotar a Carlos de Lorena en mayo y comenzar la ocupación de la Borgoña, pero sin hacer ningún intento de tomar Besançon, donde se había atrincherado Lorena.

Don Fernando necesitaba dejar claras sus intenciones y envió a Miguel de Salamanca a Madrid para explicar la situación, porque la distancia entre Bruselas y Madrid y la lentitud de los correos hacía imposible adoptar las decisiones con la urgencia que tantas veces era necesaria. Tratando de justificar la pérdida de Schenk el enviado hizo hincapié ante Olivares en que solo se había podido pagar a las tropas un mes de los cinco que se les adeudaban, la caballería estaba en tan malas condiciones que no disponía siquiera de caballos y de los 14.000 hombres que formaban el ejército quedaban apenas 4.000. La situación era grave: a principios de año los cálculos indicaban que se disponía de 65.000 soldados, pero la realidad es que había 55.000 a lo

sumo y de ellos había que dedicar 44.000 a la guarnición de las plazas. En definitiva, y como señalaba Salamanca, para las acciones de guerra directas apenas quedaban 11.000 hombres, lo que era insuficiente a todas luces para enfrentarse con la alianza franco-holandesa. Y ¿qué ayuda cabía esperar de las tropas imperiales que tantas veces se había reclamado al emperador? En un arranque de absoluta sinceridad, Salamanca las colocaba en su informe en un lugar que recuerda sus malas acciones en la campaña anterior (y, de paso, se podría recordar también lo ocurrido en la Guerra de Sucesión de Mantua):

> De las tropas auxiliares del Señor emperador más se debe temer que esperar, pues, como se experimentó vivamente el año pasado y se ha reconocido en otras ocasiones, la gente no es capaz de disciplina, atienden al robo y no a la guerra y solamente emprenden las ocasiones de enriquecerse faltando a los demás. Hacen las mismas hostilidades o mayores al país amigo que al enemigo, no perdonan a los templos, por gusto queman los lugares después de haberlos saqueado, los cabos no solo no corrigen sus soldados, sino que les dan más licencia.[436]

436 Informe de don Miguel de Salamanca, 8 de febrero de 1637, AGS, Estado, 2.051.

Tal juicio lleva a recordar el viejo dicho «Señor, guárdame de mis amigos, que de mis enemigos me ocupo yo». En estas condiciones la situación se resumía en el siguiente dilema: atacar Francia y defenderse de las Provincias Unidas o atacar las Provincias Unidas y defenderse de Francia. El gobernador, en una posición difícil después de la pérdida de Schenk y de Corbie, se sentía obligado a explicar su posición, justificar sus decisiones y garantizar su obediencia a las instrucciones que recibía por lo que aseguró que estaría «con muy particular atención en la observancia de las órdenes de V. M. siendo esto mi principal norte».

Tras su anterior ataque, Bernardo de Saxe-Weimar, con la intención de llevar la guerra a Alemania, cruzó el Rin en agosto poniendo en muy graves dificultades a las tropas de Jean de Werth, pero fue una maniobra sin resultado práctico, pues al faltarle fondos para continuar y encontrarse sin los refuerzos necesarios, la maniobra no podía tener resultados efectivos. En el colmo de la indignación fue a París donde se enfrentó con el Père Joseph, que a sus virtudes religiosas no unía siempre la visión estratégica de las campañas y que solo le prodigaba consejos, pero no dinero.

Coincidiendo con el asedio de Breda, el enemigo atacó desde todos los puntos una Borgoña sin medios de defensa, pues la caballería imperial y la del duque de Lorena habían sido derrotadas y, como de costumbre, el emperador no hacía nada por acudir en auxilio de sus aliados y compañeros de armas, al menos teóricamente. Don Fernando se sentía indignado[437] ante esta inacción, sobre todo al recordar que en Ratisbona se había decidido la creación de dos ejércitos, uno bajo el mando del Lorena que se ocuparía de defender Borgoña y otro bajo las

órdenes de Piccolonimi que entraría en Francia. Ante la inutilidad de sus esfuerzos para que Fernando III enviara las tropas (escasas e indisciplinadas) de Jean de Werth, que eran apenas un parche, tuvo que pedir al rey que desautorizara a Leganés, que se había negado a enviarle refuerzos de Milán. Y cuando Besançon pudo ser liberada gracias solamente a la intervención de Maximiliano de Baviera, esta ayuda puso de nuevo de relieve la falta de colaboración de Fernando III, que ni invadió Francia ni mucho menos atacó en Frisia como se le venía pidiendo insistentemente.[438]

437 Don Fernando a Felipe IV, 29 de julio de 1637, AGR, SEG, 216.

438 Felipe IV a don Fernando, 10 de agosto de 1637, y don Fernando a Felipe IV, 12 de octubre de 1637, AGR, SEG, 216, y 217.

Ante la entrada de Francia en Borgoña y la terrible situación en que se encontraba, el cardenal-infante urgió al rey[439] para que tomase con urgencia una decisión sobre la neutralidad de este territorio, pero, antes de que Felipe IV lo hiciera, Francia lo había ocupado enteramente. La única solución que parecía posible para limitar los daños era autorizar a los borgoñones a firmar con Francia un convenio de neutralidad en el que se haría constar expresamente que contaba con la aprobación de Felipe IV. Pero el rey, preso de sus dudas habituales, se mostró dispuesto a aceptarlo únicamente si se comprobara que toda defensa era imposible.[440]

439 Don Fernando a Felipe IV, 16 de octubre de 1637, AGR, SEG, 217.

440 Felipe IV a don Fernando, 12 de diciembre de 1637, AGR, SEG, 217.

La restitución del Palatinado era el tema que enfrentaba a las cortes de Londres y Madrid. Carlos I Estuardo envió como embajador al conde de Arundel, pero el fracaso de su misión llevó al monarca a abandonar la alianza que mantenía con España desde 1634 y firmar (27 de febrero de 1637) un acuerdo con Francia. Para su asombro, y pese a las facilidades que ofrecía para su posible declaración de guerra a España, Richelieu no lo ratificó, porque entre una alianza más o menos dudosa con el rey inglés o la relación especial que mantenía con Maximiliano de Baviera, el ministro francés prefirió esta última. Pese a todo Villamediana continuaba negociando en Londres con la esperanza de lograr una solución, mientras un nuevo enviado inglés, lord Aston, presentaba en Madrid en nombre de su rey un memorándum con el que trataba de justificar lo que a todas luces era una traición a España. La gestión de Aston fue inútil y Felipe IV ordenó a don Fernando[441] reforzar la flota, aumentar las tropas que se encontraban en el Palatinado y seguir muy de cerca el asunto con ayuda de sus ministros. Poco más tarde, ante el acuerdo logrado por Federico V con los holandeses para atacar Flandes, el rey reiteró las instrucciones de negociar con los electores eclesiásticos de la zona

palatina para hacerles tomar conciencia del peligro y de la publicación por el elector Federico de lo que constituía un panfleto sedicioso contra Fernando III cuya elección consideraba nula.[442]

441 Felipe IV a don Fernando, 25 de agosto de 1637, AGR, SEG, 216.

442 Felipe IV a don Fernando, 19 de septiembre de 1637, AGR, SEG, 217.

A principios de julio, las escasas tropas del cardenal de La Valette se habían visto reforzadas y se prepararon a poner sitio a la ciudad de Landrecies. Aunque estaba ahogado por la falta de dinero, don Fernando pensaba[443] que la ciudad se podría defender con relativa facilidad siempre y cuando Piccolomini contara con los medios necesarios para venir en su ayuda. Pero, una vez más, el optimismo del infante-cardenal chocó con la realidad: bastaron apenas cuatro semanas para que los franceses se hicieran con Landrecies, cuya pérdida suponía que Francia tenía abierto el camino por el Hainault, a lo que sería muy difícil oponerse a causa de la debilidad de las tropas de Piccolomini. La perspectiva era muy negativa,[444] pues a esta pérdida se unió la decisión holandesa de asediar Breda, sobre cuya defensa don Fernando se mostró también excesivamente optimista, al asegurar que la importante guarnición y el buen aprovisionamiento de víveres permitían esperar un buen resultado.

443 Don Fernando a Felipe IV, 7 de julio de 1637, AGR, SEG, 216.

444 Don Fernando a Felipe IV, 29 de julio de 1637, AGR, SEG, 216.

Para Felipe IV, la pérdida de Landrecies no admitía explicaciones[445] y no alcanzaba a comprender cómo en tales circunstancias una plaza fronteriza no hubiera contado más que con una mínima guarnición de 300 hombres. Culpaba del desaguisado a los ministros españoles y exigió que el ejército estuviese en condiciones de hacer frente al enemigo viniera por donde viniera, pero también culpaba al emperador, a quien había que subrayar que si España había perdido sus Estados se debía a haber confiado en sus promesas, por lo que la única forma en que podría intentar reparar el daño era enviar rápidamente las tropas tantas veces reclamadas para invadir Frisia.

445 Felipe IV a don Fernando, 18 de agosto de 1637, AGR, SEG, 216.

Ahora que parecía activarse un nuevo frente contra los Países Bajos los Estados Generales de las Provincias Unidas aprovecharon para presentar a Richelieu un plan de campaña: los holandeses atacarían Amberes, Hulst o Breda, y los franceses Gravelinas o Dunkerque. Con la llegada de la primavera las tropas holandesas habían llevado a cabo un intento de apoderarse de Hulst, lo que logró evitar don Fernando, y tras ello iniciaron un movimiento para ir avanzando a lo largo de la costa desde Philippine para atacar Dunkerque y los franceses iniciaron un ataque desde el sur. Ante el peligro que representaba la posibilidad

de la unión de los dos ejércitos enemigos don Fernando se vio obligado a desplazar una parte importante de sus tropas para frenar el avance francés.

Frederik-Hendrik formó un potente ejército de unos 20.000 hombres que descendió por el Mosela, pero cuando su flota se encontraba a la altura de Zelanda una fuerte tormenta dispersó los barcos holandeses. Ante este contratiempo el general holandés se vio obligado a cambiar sus planes y decidió marchar sobre Breda. Súbitamente Frederik-Hendrik desembarcó sus tropas en Bergen-op-Zoom y se dirigió hacia Breda con un fuerte contingente obligando a don Fernando a ordenar el regreso de parte de las tropas que había enviado contra los franceses. El retraso causado por la espera de este refuerzo y una total falta de decisión española permitieron que los holandeses pusieran sitio el 21 de julio a la emblemática plaza, espina clavada en la cabeza de la familia Orange desde su conquista por Spinola en 1625. Su pérdida había supuesto una importante derrota militar y un golpe moral, pues era lo que podríamos calificar de su «tierra sagrada» y, por consiguiente, su recuperación encerraba un profundo simbolismo. El momento era muy complicado para don Fernando, al tener que elegir un camino entre las posibilidades encontradas que se le ofrecían: la primera opción era acudir en socorro de Breda para tratar de mantenerla en manos españolas y la segunda era continuar el avance por el Mosa. Intentando aflojar el dogal del cerco y obligar a Frederik-Hendrik a distraer parte de sus tropas, el infante-cardenal realizó un movimiento de diversión con el que logró tomar dos importantes plazas (Venloo y Ruremonde). Su propósito de socorrer Breda se frustró cuando, ante el ataque francés por el sur, se sintió obligado a adoptar una tercera opción: en contra de la opinión de Roose, decidió hacer frente a esta amenaza y reunirse con las tropas de Piccolomini, pero sus esfuerzos no fueron suficientes y el ejército francés se apoderó de Landrecies, Maubeuge y otras plazas; tan solo la llegada a Mons del general imperial a principios de agosto logró frenar el avance por el territorio de los Países Bajos y recuperar las plazas perdidas.

La guarnición de Breda resistió valientemente, pero alcanzado el punto en que escasearon las municiones y los víveres, el gobernador de la plaza consideró (6 de octubre) que había llegado el momento de negociar las condiciones de la capitulación. Culminadas las conversaciones y tras lograr un acuerdo honroso, los defensores salieron de la ciudad el día 10 con las muestras de respeto que se concedían a quienes habían hecho todo lo posible por salvar el honor. Cabe recordar que cuando Spinola conquistó Breda había concedido a los holandeses unas condiciones tan sumamente generosas que motivaron críticas en su propio campo; pero si se respetaban las leyes

de la guerra, lo que no ocurría en algunos casos, parecía de justicia que los defensores españoles recibieran esta vez las mismas muestras de que habían sido objeto entonces los holandeses. Tras la recuperación de Breda por los holandeses quedó allí una importante guarnición holandesa y se restableció el culto protestante.

La situación era casi imposible y no hacía más que empeorar.[446] Don Fernando no había podido socorrer Breda ni levantar el asedio y temía lo peor. Las operaciones del enemigo en Luxemburgo, el Hainault y el Artois (es decir toda la frontera sur de los Países Bajos) estaban causando una tremenda impresión en la población y la única salvación parecía ser la ayuda inmediata del emperador, por lo que avisó a Castañeda del envío a Viena de Fernando de Tejada en otro intento de obligar a Fernando III a actuar.

446 Don Fernando a Castañeda, 24 de agosto de 1637, AGR, SEG, 320.

Todos estos acontecimientos no podían por menos que motivar las airadas protestas del rey [447] por la pérdida de Landrecies, el asedio a Breda, la mala situación de la Borgoña y los reiterados incumplimientos del emperador, a quien la suerte de sus parientes parecía dársele una higa. No era solo el rey quien se quejaba, también Olivares se quejaba[448] ante tantos reveses y, pidiendo a don Fernando castigo para los culpables para evitarle al rey tomar esta medida, confesaba que si bien los alemanes tenían una grave responsabilidad no eran los culpables del fracaso de Breda.

447 Felipe IV a don Fernando, 18 de agosto de 1637, AGR, SEG, 216.

448 Olivares a don Fernando, 15 de septiembre de 1637, BSB, *Codex hispanicus*, 22.

La pérdida de Landrecies constituyó un golpe inesperado para el rey, que criticó duramente a su hermano: «No se me dijo que estaba sitiada […] antes bien que no había que temer porque los franceses estaban muy flacos de gente».[449] No podía creer que se le hubiera dicho esto cuando la plaza estaba ya sitiada y se asombraba de que no se supiera lo que estaba ocurriendo a poca distancia de Bruselas. Ya antes de la pérdida de Breda el rey temía lo peor, visto el antecedente de Landrecies, y lo expresaba sin ambages a don Fernando: «Y en lo de Breda no hallo disculpa humana para que se tardase diez días en intentar el socorro». La tardanza «por descuido y negligencia de vuestros ministros» había propiciado una situación tal que el rey veía casi irremisiblemente perdida la plaza y Olivares, en el Consejo de Estado, también dejaba constancia de su alarma y de su crítica al infante-cardenal al afirmar que: «En ninguna [carta] se lee otra cosa que quejas y echar la culpa unos a los otros. Y lo peor es que creo que tienen razón todos porque no veo ninguna cabeza grande entre ellos […] Las órdenes de V. M no se obedece ninguna y Su Alteza dice que se obedecen todas, que aquí consiste el mayor daño».[450]

449 Felipe IV a don Fernando, 25 de agosto de 1637, British Library, Add. 140.007.

450 El conde-duque sobre los despachos de Flandes, 9 de septiembre de 1637, AGS, Estado, 2.052.

Cuando se produjo la capitulación de Breda, los ánimos alcanzaron su paroxismo y Olivares lanzó sobre la cabeza de don Fernando un tremendo chaparrón: «El rey nuestro señor (Dios le guarde) está como jamás le he visto porque, Señor, lo que se ha errado y lo que ha sido menester errar para que se pierda Breda y no se socorra son cosas jamás oídas en el mundo [V. A]. debe consolar al rey con algún gran suceso [ya que] lo ha menester, y todos, para respirar de semejantes desdichas».[451]

451 Olivares a don Fernando, 15 de septiembre de 1637, BSB, *Codex hispanicus*, 22.

Era evidente que no iba a ser solamente el valido quien pusiera al gobernador frente a su fracaso: el propio rey le escribió en el tono más duro que podía emplear. Nunca había usado este lenguaje con el hermano a quien quería tan tiernamente como tantas veces lo había demostrado. Pero era rey antes que hermano y la pérdida de la plaza y, sobre todo, las condiciones en que se había producido no le dejaban margen para reaccionar de otra manera: «Después que Flandes es Flandes no se ha obrado otra cosa tan desacreditada como esta», y sabía

> Ciertísimo, y no por avisos de ministros míos sino de otros de lo más estrechos de [los] holandeses, que de ninguna manera les pasó por el pensamiento sitiar a Breda ni pasar adelante con ello, sino solo tentarlo por cumplir con los franceses. Y viendo que no se trataba de vuestra parte de meter gente en la plaza y se iba tan despacio en el socorro [que] tomaron ánimo de pasar adelante […] Nada creo que será igual a Breda y perderla como se ha perdido quita la reputación de manera que con nada se pueda recobrar o, a lo menos, hijo, con grandísima dificultad y muchísimo tiempo […].[452]

452 Felipe IV a don Fernando, 16 de octubre de 1637, British Library, Add. 14.007.

Lo que más le dolía al rey no era la pérdida de una ciudad por importante que fuera. El mayor dolor lo producía la pérdida de la reputación, aquel valor y bien supremo sin el que un rey o una nación se encontraban desnudos ante la historia.

En octubre, se perdió La Capelle, tomada por el cardenal de la Valette, y también Damvilliers y otras plazas, mientras que los intentos españoles contra Rheinberg y Stenay fracasaron y Olivares suscribía en el Consejo de Estado la tesis de Roose que propugnaba emplear la mayor parte del ejército contra los rebeldes holandeses e intentar la toma de Maastricht o de Grave para compensar en cierto modo la pérdida de Breda. Conforme a estas ideas se ordenó al infante-cardenal asegurar Amberes y reforzar las guarniciones de numerosas plazas.[453] Paralelamente a los debates en Madrid, el mismo don Fernando hacía un balance sumamente pesimista de la situación: la inacción de Fernando III y la actitud de sus ministros, el fracaso del

acuerdo con Soissons, la falta de provisiones económicas, el retraso de Piccolomini que había hecho perder Landrecies, la pérdida de Breda, la necesidad de acudir hacia el sur para enfrentarse con los franceses, la situación en Borgoña.[454]

453 Felipe IV a don Fernando, 22 de octubre de 1637, AGR, SEG, 217.

454 Don Fernando a Felipe IV, 16 de octubre de 1637, *op. cit.*

Demasiados desastres se habían conjugado para hacer de 1637 un auténtico año infausto y era necesario enfocar la campaña del año siguiente desde nuevas bases, abandonar los proyectos anteriores y decidir enfrentarse con los franceses. La toma de Venloo y Ruremonde no había podido compensar las otras pérdidas y había sido necesario abandonar los proyectos de asediar Grave, Nimega o Maastricht ante los avances franceses. El rey se mostró de acuerdo[455] con la idea de su hermano de enfrentarse con Francia dejando un pequeño ejército en Flandes para parar a los holandeses y evitar la desesperación de la población y le ordenó atacar a los franceses, ejercer represalias por sus daños en el Hainault y el Artois e intentar dejar Landrecies bloqueada. Don Fernando debería visitar todas las tropas y asegurar el reclutamiento de modo que se pudiera iniciar la siguiente campaña el 1 de abril y tratar de lograr la rendición de Maastricht antes de la primavera.

455 Felipe IV a don Fernando, 22 de octubre de 1637, AGR, SEG, 217.

17. UN AÑO FAVORABLE

Al comenzar 1638 Olivares estaba dispuesto a utilizar todos los medios disponibles para la guerra con las Provincias Unidas y lo manifestó el 8 de enero en el Consejo de Estado. Pero unos meses más tarde modificó su estrategia y se inclinó por llevar a cabo una guerra ofensiva contra Francia y otra defensiva contra Holanda: «En la sazón presente de las cosas, que se encamine la mayor fuerza contra Francia, respecto de ser aquel rey el corazón de todos los disturbios del mundo y […] apretado él se podrá conseguir la mejor paz común que por otro medio».[456] El infante-cardenal compartía de antemano este enfoque pues, habida cuenta de la gran extensión de la frontera sur de los Países Bajos, consideraba que la mejor defensa era el ataque.[457] El Consejo de Estado confirmó el 22 de marzo la opción, aunque subrayando que no se dejara de lado la posibilidad de llevar a cabo alguna acción ofensiva contra el territorio holandés. Como consecuencia de estas decisiones, Felipe IV encomendó a su hermano la puesta en práctica del plan,[458] dejando en sus manos y las de sus consejeros perfilar los detalles. El problema radicaba en que don Fernando no estaba en condiciones de atacar en Francia a menos de recibir refuerzos por parte de Piccolomini y se temía que los enemigos pudieran tomar la delantera[459] si se decidían a atacar por ambas fronteras en cumplimiento del acuerdo franco-holandés.

456 Consulta del Consejo de Estado, 7 de marzo de 1638, AGS, Estado, 2.053.

457 Don Fernando a Felipe IV, 3 de marzo de 1638, AGR, SEG, 218.

458 Felipe IV a don Fernando, 7 de marzo, AGS, Estado, 2.287; ídem, 31 de marzo de 1638, 2.245.

459 Don Fernando a Felipe IV, 20 de mayo y 2 de agosto de 1638, AGR, SEG, 219.

No todo fue guerra pese a los reveses que se sufrieron en los primeros meses: los contactos entre Madrid y París no se habían interrumpido en ningún momento buscando algún arreglo que permitiera parar la carnicería y restablecer las agotadas haciendas. Al comienzo del año se renovaron las gestiones diplomáticas y el barón de Pujols (agente oficioso francés en Madrid) presentó una propuesta para una tregua general que fuera antesala de un acuerdo de mayor envergadura; pero no fue bien acogida por Olivares que prefería tratar de dividir a los aliados. Pese a ello, Pujols hizo llegar al cardenal su impresión de que parecía un buen momento para recibir a Miguel de Salamanca, que iría como enviado personal de Olivares. Richelieu

aceptó celebrar una entrevista que tuvo lugar en Compiegne en mayo, en condiciones más propias de una conspiración que de un intento de acuerdo: en absoluto secreto, en plena noche, en una iglesia y únicamente con la presencia de los dos interlocutores. Cada uno mantuvo unas exigencias que hacían muy difícil —o imposible— alcanzar algún acuerdo: Francia quería absolutamente conservar la Lorena, lo que España no podía aceptar al considerarse obligada a defender los derechos del legítimo propietario, Carlos IV, cuyas tropas luchaban al lado de sus banderas. La reciente ocupación de Brasil por las Provincias Unidas fue otro problema insoluble. Francia se negaba a dejar en la estacada a sus aliados pese a la presión que pudiera hacer Madrid para recuperar mediante la negociación lo que había perdido con las armas. Resultaba claro que era imposible lograr cualquier avance en las conversaciones y que lo más fácil era acusar al otro de mala fe alegando que la suya era buena pese al riesgo que la continuación de la guerra haría pesar sobre los recursos económicos de unos y otros.

Las hostilidades comenzaron en febrero cuando Bernardo de SaxeWeimar lanzó el ataque con el que trataba de realizar el plan que había fracasado el año anterior y con el que se quería asegurar la presencia de Francia al este del Rin. Subiendo el valle del río desde Alsacia, fue ocupando metódicamente las ciudades alemanas situadas en el curso inferior hasta llegar a la más importante, Rheinfelden, donde los soldados de Jean de Werth (el hombre que había hecho temblar París en 1636) estaban firmemente instalados. El primer intento de Bernardo (28 de febrero) se saldó con un resultado engañoso para los hombres de Werth: pensando que la derrota de los atacantes había sido total, descuidaron la defensa de la plaza y no se preocuparon de perseguirlos. De modo repentino, los weimarianos atacaron de nuevo con tal ímpetu que los desorganizados defensores no solo fueron incapaces de oponer la menor resistencia, sino que su derrota alcanzó unas proporciones inimaginables y el mismo Werth fue enviado a París encerrado en una jaula de hierro. Bernardo quería aprovechar tan importante victoria y se apresuró a poner sitio a Friburgo-en-Brisgau, que capituló el 11 de abril.

Tras estas conquistas quiso lograr el que sería el triunfo más importante de su expedición: Brisach. Situada frente a Alsacia, la fortaleza era un nudo de importancia crucial por su emplazamiento estratégico al encontrarse en el cruce de los dos grandes caminos: este-oeste (entre Francia y Alemania) y norte-sur (entre las posesiones españolas en Italia y en el norte de Europa). Los importantes refuerzos que recibió Bernardo le permitieron hacer frente con éxito durante el verano a las tropas de socorro enviadas por el emperador y por Maximiliano de Baviera. La ciudad estaba bien protegida y contaba

con una numerosa guarnición imperial, por lo que el asedio, iniciado el 12 de agosto, se prolongó hasta que el 17 de diciembre, forzados por el hambre, los 400 defensores que quedaban se vieron abocados a la rendición. Pese a que se les garantizó libre paso, Bernardo no respetó esta condición y les humilló sin piedad.

Ignorando todavía el resultado del asedio, Richelieu intentaba consolar a un moribundo Père Joseph, víctima de apoplejía, murmurando a su oído: «Père Joseph, père Joseph, Brisach est à nous!». La victoria garantizaba a Francia la seguridad de la Lorena y le permitía disponer de una «puerta» hacia el este, una de esas vías de expansión a las que se había referido en su famoso *Avis* de 1629. Para el cardenal, el triunfo era tan importante que lo recogió en su testamento político: «La fin couronna l'œuvre par la prise de Brisach, emporté après un long siège, deux batailles et divers combats tentés pour la secourir».[460] En cambio, para Olivares la pérdida de Brisach podía desvanecer los restos del poderío español en Europa y las escasas esperanzas de paz que todavía cabía albergar; era un nuevo desastre ya que, sin posibilidad de utilizar la Valtelina, se cerraba el camino para el envío de tropas desde Italia hasta un Flandes en grave peligro cuando España se enfrentaba a dos enemigos a la vez y, lo que quizá era aún más grave, Brisach en manos francesas podía impedir todo intento de incursión imperial en Alsacia, permitiendo que Francia se mantuviera allí de modo permanente.

460 Traducción: «El fin coronó la obra con la toma de Brisach, lograda tras un largo asedio, dos batallas y varios combates que se intentaron para socorrerla».

Cuando tuvo lugar el encuentro con Salamanca, Francia escondía dos importantes triunfos en la manga: Richelieu había firmado con Oxenstierna el Tratado de Hamburgo (15 de marzo), conforme al cual, y mediante el pago de un millón de libras cada uno de los tres años siguientes, el canciller sueco comprometió a su país a no concluir ninguna paz separada ni con España ni con el Imperio, y a coordinar mejor que antes los esfuerzos de sus ejércitos. Para cumplir el acuerdo Francia prometió atacar Austria a partir de sus posiciones en Alsacia y los suecos lanzaron una ofensiva sobre los Estados hereditarios de los Habsburgo. Además de este acuerdo Francia contaba también con haber arrancado a las Provincias Unidas el compromiso de continuar la guerra, aunque la provincia de Holanda se quejó por no haber sido consultada acerca del tratado de subsidios (de diciembre anterior) y ordenó abstenerse a sus diputados en su ratificación (8 de febrero). Estas disensiones hicieron que la planificación de la campaña no se pudiera hacer hasta finales de marzo, para desesperación de Frederik-Hendrik.

Richelieu podía contemplar el inicio de la campaña con cierta confianza ya que, además de aliados, disponía nada menos que de

cinco ejércitos bien equipados y con una intendencia mejorada. Sin embargo, había un fallo fundamental en este hermoso cuadro: el mando de las tropas era más que deficiente y quienes estaban al frente (Brézé, Châtillon, La Force…) no solo dejaban que desear, sino que en muchos casos su incompetencia solo era comparable a su arrogancia. La primera prueba de incompetencia se vio en el enfrentamiento entre Brézé y Châtillon cuando intentaron tomar Saint-Omer en un asedio que rápidamente, a pesar de contar con grandes medios, desembocó en operaciones inútiles, indisciplina y, finalmente, disentería… El 8 de junio Tomás de Saboya pudo introducir socorros en la plaza y poco después llegó Piccolomini. Ambos generales forzaron la retirada de las tropas francesas. Tras la destitución de Brézé, el mando fue asumido por el mariscal Du Hallier que, olvidando Saint-Omer, puso cerco a Le Catelet. La campaña quedó reducida a una guerra de asedios que, para mortificación de Luis XIII, se desarrolló en territorio francés y no español. Al fin Le Catelet volvió a manos francesas con un Richelieu establecido en Saint-Quentin en un intento de borrar (si fuera posible) el vergonzoso resultado de la derrota en Fuenterrabía.

Frederik-Hendrik también fracasó en sus intentos de tomar Amberes y Gueldres. En abril había reunido sus tropas en las orillas del Mosa, pero no inició el movimiento hasta fines de mayo. Bajando por el río alcanzó Bergen-op-Zoom con el propósito de atacar Amberes, pero chocó con una situación inesperada: los comerciantes holandeses llevaban muchos años tratando de arruinar el comercio de esa ciudad y la navegación por el Escalda. Durante la Tregua de los Doce Años el puerto había estado cerrado, pero muchos temían la conquista de Amberes y los comerciantes de Ámsterdam estaban dispuestos a impedir la competencia por todos los medios. Tanto era así que, cuando se preparaba para emprender la marcha contra Amberes, Frederik-Hendrik se enteró, para su indignación, de la desagradable noticia de que un mercader de Ámsterdam, de acuerdo con los españoles, había facilitado gran cantidad de pólvora a los defensores de la plaza.

Uno de sus generales, Guillermo de Nassau, recibió la orden de desembarcar en el fuerte de Liefkenskoek, cabeza de puente holandesa en la orilla izquierda del Escalda, y tomar el dique de Calloo (que se extendía hasta Hulst, al sudoeste de Amberes) como maniobra previa al ataque a la ciudad. Nassau alcanzó la posición con un ejército de 6.000 hombres y logró expulsar a los defensores. Pero la muerte en combate de su hijo le nubló el juicio de tal forma que, creyéndose amenazado por tropas superiores a las suyas, no esperó los refuerzos que se le anunciaban y el 20 de junio decidió la retirada de Calloo, que se transformó en una «fuga vergonzosa», como la calificó Frederik-Hendrik, y en una pesadilla, al verse atacado por la rápida

reacción española capitaneada por el gobernador de Amberes, Felipe de Silva. Los holandeses se ahogaron por centenares, hubo 2.000 muertos y otros 2.000 holandeses fueron hechos prisioneros. La derrota fue una de las más graves sufridas por las Provincias Unidas y significó el abandono de los intentos de apoderarse de Amberes. El infante-cardenal, que había acudido el día anterior a la batalla, pudo liberar parte de sus tropas para que acudieran en socorro de Tomás de Saboya que con el éxito indicado levantó el asedio de Saint-Omer. Tras tantos reveses, la victoria [461] se recibió con enorme alegría en Bruselas y en Madrid, y se la llegó a comparar con el gran triunfo en Nördlingen de don Fernando, que recibió las felicitaciones del rey.[462] El hecho fue inmortalizado en un cuadro en el que San Pedro le ofrecía una corona y un ramo de laurel en una representación que no podía ser «más elocuente del infante-cardenal combatiendo la herejía y protegiendo Flandes de las hordas calvinistas en ejecución de su misión divina».[463]

461 El éxito en esta batalla se conmemoró en un monumental cuadro de Peter Snayers que se encuentra en el Museo Real de Bellas Artes de Bruselas.

462 Felipe IV a don Fernando, 26 de julio de 1638, AGR, SEG, 219.

463 R. Vermeir, *op. cit.*, p. 224.

Frederik-Hendrik abandonó Bergen-op-Zoom y, en agosto, cruzando Brabante, se dirigió con 16.000 soldados hacia Gueldres con el propósito de tomar esa ciudad, defendida por una importante guarnición y rodeada de terrenos pantanosos que dificultaban la operación. Tan pronto se iniciaron los movimientos de cerco, el infante-cardenal, que por una vez contaba con apoyo alemán, atacó el cuartel general del estatúder de Frisia y lo batió por completo, obligando al ejército holandés a retirarse hacia Rheinberg y luego hacia Grave. Tras estos movimientos ambos contendientes decidieron interrumpir las hostilidades y acantonar las tropas para pasar el invierno.

Al tiempo que se desarrollaban las acciones anteriores, Felipe IV decidió al fin el envío a los Países Bajos de un contingente de tropas importante tratando de acabar de una vez por todas con la eterna guerra de Flandes y anunció[464] el envío de diez o doce mil soldados para lo que se ordenó la concentración en los puertos del Cantábrico de todos los barcos disponibles. Debido a una serie de contratiempos y a la propia complejidad de la operación la marcha se fue demorando y no fue hasta 1639 cuando pudo zarpar la flota que, bajo el mando del almirante Oquendo, se encaminó a una de las más desgraciadas tragedias militares de España.

464 Felipe IV a don Fernando, 2 de agosto de 1638, AGR, SEG, 219.

Con Inglaterra hubo también numerosas gestiones diplomáticas al

confluir una serie de acontecimientos que complicaron las ya de por sí difíciles relaciones con (y entre) las potencias continentales. El creciente peso político y militar de París causaba seria preocupación en Londres, donde Carlos I se veía sometido a la presión pro-francesa de la reina Henrietta-María, que siempre apoyaba a su madre en sus conflictos con Luis XIII y Richelieu, y a la que se sumaba la presencia de muchos exiliados, como el inevitable Gastón. Tras su paso por Holanda, María de Médicis llegó a Londres en octubre, con lo que el problema pasaba de las manos del infante-cardenal a las del yerno inglés, que procuró el acercamiento con Francia, pero cometió el error de intentar convencer a Luis XIII de que permitiera el regreso de María. Los Estados Generales holandeses habían caído meses antes en la misma equivocación con idéntico resultado. Ante la fría negativa con que fue acogida su propuesta, Carlos I no insistió más, pues necesitaba la buena voluntad francesa ante el problema planteado por una puritana Escocia furiosa por su intento de imponerle la Iglesia anglicana. Ante el riesgo de que Francia pudiera alentar la rebelión escocesa si se aproximaba a España tenía que buscar al menos una promesa de neutralidad. Cuando Carlos I le pidió su apoyo, Felipe IV instruyó[465] al embajador Alonso de Cárdenas en el sentido de que una revolución en Escocia no podía ser sino favorable a los intereses españoles, por lo que cualquier ayuda para reprimirla iría contra ellos y le encargó mantenerse en contacto con don Fernando.

465 Felipe IV a don Fernando, 13 de septiembre de 1638, AGR, SEG, 220.

El avance de la coalición franco-holandesa en los Países Bajos católicos era también un motivo de preocupación para Carlos I, ya que tenía que estimar el resultado para Londres de una victoria de esta y del consiguiente reparto del territorio. Para calmar su preocupación, Richelieu le aseguró que Francia no se instalaría en los territorios conquistados sin contar con su acuerdo e incluso le ofreció —según prefiriera— la creación de un estado tampón entre Francia y las Provincias Unidas, o la cesión de Dunkerque y la posibilidad de que ambas armadas controlaran la navegación por el Canal de La Mancha, impidiendo las operaciones navales españolas. Pero como ni Carlos quería una alianza formal con Francia ni Richelieu ignoraba la fragilidad de la posición del rey inglés, todo quedó en simples cortesías y no hubo más resultado que el alejamiento de Londres respecto a Madrid.

Otro gran tema de debate diplomático fue el problema de determinar quién quedaría como propietario del Palatinado, partido entre España y Baviera. Vermeir subraya[466] que se discutió la posible celebración en Bruselas de una conferencia para encontrar una solución, pero la perspectiva de ser el huésped de esta no era del agrado de don Fernando que, además de dudar de la bondad de la

idea, no quería verse abocado a adoptar decisiones que podrían ir en contra de los deseos y los intereses de su hermano.

466 R. Vermeir, *op. cit.*, p. 160.

Desde principios del año, Carlos I parecía haber cambiado su actitud y, en lugar de seguir negándose a encontrar una solución, preguntó si don Fernando disponía de poderes suficientes para negociar. Parecía que el inglés estaba dispuesto a enviar representantes a Bruselas y a Madrid, donde el infante-cardenal[467] prefería que se negociase. Subrayando la dificultad del asunto, pues una ruptura con Inglaterra serviría al emperador y a los príncipes alemanes para reforzar sus escasas intenciones de ayudarle, pidió que se le indicara «de forma exacta y precisa» qué compensación se debía pedir por la evacuación del territorio que estaba poco menos que en ruinas. Si en el congreso de Colonia se alcanzara una paz general excluyendo a Carlos I y el Palatinado, España podría permanecer en el territorio. Pero las probabilidades eran escasas y como Francia no quería la paz sería imposible excluir de la reunión al rey inglés, favorable a los enemigos de la Monarquía hispánica. Don Fernando insistió[468] en intentar evitar una negociación en Bruselas y recomendaba que se hiciera en Madrid, aunque, consciente de la dificultad en conseguirlo, solicitó de nuevo instrucciones sobre las condiciones exigibles y que para ayudarle se le enviara persona bien conocedora del asunto.

467 Don Fernando a Felipe IV, 22 de enero de 1638, AGR, SEG, 218.

468 Don Fernando a Felipe IV, 28 de febrero de 1638, AGR, SEG, 218.

Al fin hubo negociaciones en Bruselas y Felipe IV[469] parecía dar por perdido el Palatinado al facilitar instrucciones detalladas y aconsejar que se pusiese el asunto en manos de Villahermosa que, como embajador en Londres, era quien mejor podía ocuparse de un tema en el que se entremezclaron intereses no coincidentes con los de España. Por ejemplo, la princesa de Phalsbourg (hermana de Carlos IV) pretendía que Carlos I (que según ella estaría dispuesto a romper con Francia) sirviera de intermediario para la restitución de la Lorena a cambio del abandono del Palatinado. Esta intromisión alarmó a don Fernando[470] temiendo la reacción de Fernando III y Maximiliano si les enviaba alguien para discutir esta posibilidad, pero el rey le advirtió[471] que, llegando a un acuerdo con el emperador, era preferible un arreglo que ser expulsados por la fuerza y perder, además, parte de los Países Bajos. Don Fernando, muy escéptico sobre las ideas de la princesa de Phalsbourg, no interrumpió las negociaciones,[472] pues quería evitar que Carlos IV encontrase un motivo para retirar sus tropas, ante el peligro de que el exiliado Federico V se aliara con los holandeses para atacar los Países Bajos, y al mismo tiempo trataba de obtener alguna seguridad por parte del monarca inglés.

469 Felipe IV a don Fernando, 17 de marzo de 1638, AGR, SEG, 218.

470 Don Fernando a Felipe IV, 8 de abril de 1638, AGR, SEG, 218.

471 Felipe IV a don Fernando, 17 de mayo de 1638, AGR, SEG, 219.

472 Don Fernando a Felipe IV, 20 de mayo de 1638, AGR, SEG, 219.

Para su zozobra, Felipe IV le desautorizó totalmente[473] calificando de muy lamentables sus ideas sobre la transacción pretendida por la princesa de Phalsbourg, pues supondría perder todas las ventajas que esperaba obtener de un posible abandono y sería tanto como admitir que la restitución de la Lorena era una compensación a la evacuación del Palatinado. El rey parecía estar indignado con su hermano y le pidió explicaciones sobre las negociaciones en Viena para obtener la entrega a las tropas españolas de todo el Palatinado (el superior estaba en manos de Maximiliano de Baviera). Felipe IV remachaba su argumento afirmando que en ningún momento había contemplado el canje del Palatinado por la Lorena.[474] Como el emperador parecía actuar siempre en contra de los intereses de sus parientes españoles, don Fernando trasmitió al rey[475] el informe de Castañeda según el cual parecía que Fernando III y Trauttmansdorff estaban totalmente decididos a restituir el Palatinado y acusaban a Felipe IV de los inconvenientes que se producirían si se retrasaba este proyecto. Era una señal de alarma ante la que el infante-cardenal solicitó que se le facilitase toda la información necesaria para el caso de que se tuviese que negociar en Bruselas. Felipe IV[476] fue tajante en su respuesta: no tenía nada que añadir y el problema estaba definitivamente resuelto, ya que le había enviado instrucciones precisas para todas las eventualidades y, si hubiera una dificultad, el principio general que debía aplicar era que el Palatinado constituía la mejor garantía para la posesión de los Países Bajos e Italia por lo que había que conservarlo hasta el límite de lo posible y, entonces, se haría la entrega, pero con las ventajas que ya habían sido fijadas.

473 Felipe IV a don Fernando, 29 de junio de 1638, AGR, SEG, 219.

474 Felipe IV a don Fernando, 2 de agosto de 1638, AGR, SEG, 219.

475 Don Fernando a Felipe IV, 9 de septiembre de 1638, AGR, SEG, 220.

476 Felipe IV a don Fernando, 5 de noviembre de 1638, AGR, SEG, 220.

Francia abrió un nuevo frente de guerra al oeste de los Pirineos. Las tropas españolas habían evacuado San Juan de Luz en 1637 con lo que el límite del enfrentamiento estaba en la raya fronteriza. Para atender este frente Richelieu planeó una operación que se desarrollaría por mar y por tierra. La primera fase fue encomendada a la flota mandada por el cardenal de Sourdis, que atacó por sorpresa a la española cerca de San Sebastián (22 de agosto) y, tras dispersarla en la rada de Guétary, pudo desembarcar un importante contingente destinado a

unirse a las tropas de tierra del príncipe de Condé y el duque de La Valette,[477] que apresarían Fuenterrabía en una tenaza. El cardenal buscaba una victoria que le parecía necesaria para justificar el nuevo enfoque de la guerra. Puesto que las murallas no eran de importancia y su guarnición (unos 8.000 hombres) era muy inferior en número a los atacantes (12.000), el asalto a la ciudad parecía empresa fácil pero la realidad es que se prolongó durante dos meses. A diferencia de lo ocurrido años antes cuando Felipe IV quería marchar al frente de sus tropas, esta vez fue Olivares quien insistía en acudir al norte y fue el rey quien tuvo que disuadirle. El ataque en territorio de España provocó una oleada de fervor patriótico: la nobleza se presentó al rey como un solo hombre para tener el privilegio de ir a luchar contra el invasor y el ministro insistía una y otra vez para obtener el permiso regio. No lo logró, pero sus deseos quedaron inmortalizados en el impresionante cuadro en el que Velázquez le retrató frente a Fuenterrabía.

477 Este La Valette era hijo del duque de Epernon y hermano del cardenal de La Valette.

Cuando el 7 de septiembre los asaltantes lograron abrir una brecha en la muralla parecía que el triunfo estaba al alcance de su mano. Pero contra todo lo previsible no fueron los franceses los que entraron en la plaza, sino que, ante su incomprensible pasividad, fueron los defensores españoles los que contraatacaron con tal ímpetu que al primer repliegue francés siguió una desbandada en total desorden hasta cruzar la frontera dejando en el camino toda su artillería y numerosos muertos y heridos. Semejante fracaso provocó una indignación sin límites en París, hasta el punto de que para Luis XIII «le déplaisir que j'ai de cette affaire m'a failli faire retomber malade» y Richelieu exclamó «la douleur de Fonterabie me tue». El culpable de la derrota, Condé, fue convocado para que tratara de justificarse, pero como la derrota no tiene padres, el príncipe acusó a La Valette de haber sido quien se opuso al asalto contra la opinión de la mayoría de los oficiales. Al parecer La Valette pagaba a sus propias tropas y, para no exponerse a una grave pérdida económica y para que Condé no se apoderara del triunfo, prefirió no exponerlas en el asalto. La consecuencia no podía ser más que la orden a La Valette para comparecer en París y dar cuenta de sus actos, pero, temiendo lo peor, no dudó en embarcarse y huir a Inglaterra. Como era previsible, el rey convocó un tribunal extraordinario que presidió en persona para juzgarle y, por supuesto, condenarle a muerte que, ante la huída, solo se pudo ejecutar en efigie.

El resumen del año resultaba favorable al infante-cardenal y al rey: el primero había logrado defender Amberes, derrotado a los holandeses en Calloo y Gueldres y a los franceses en Saint-Omer. En España los franceses habían sido derrotados ampliamente en

Fuenterrabía. En Brasil había fracasado el intento holandés de apoderarse de Bahía. Y en Italia, el marqués de Leganés conquistó Brema y Vercelli. Las tornas parecían haber cambiado y cuando don Fernando escribió[478] a Olivares que las perspectivas de paz eran favorables de nuevo, el valido le respondió en el mismo sentido y si todo continuaba por el mismo camino 1638 podría ser el año más feliz de la historia de la Monarquía.[479] La perspectiva era un bálsamo para el espíritu, cada vez más perturbado, del ministro y quizá podría haber modificado su queja por la falta de «cabezas». La pérdida de Brisach le sumió de nuevo en la desesperación ya que, por la inacción del emperador, Francia podía transformarse en el dueño de Europa y solo veía como solución crear un fuerte ejército que fuera a Alemania y la invasión del territorio del enemigo por varios frentes.[480]

478 Archivo de la Casa de Miraflores, don Fernando a Olivares, 20 de julio de 1638, recogido por J. H. Elliott, *op. cit.*, p. 627.

479 BSB, *Codex hispanicus*, Olivares a don Fernando, 31 de julio de 1638, ibíd.

480 Consulta del Consejo de Estado, voto del conde-duque de Olivares, 8 de enero de 1639, AGS, Estado, 2.053.

Acabándose el año se produjeron dos acontecimientos que no podían por menos que ser considerados como altamente simbólicos: tras años de abandono y pésimas relaciones de Luis XIII con su esposa, la española Ana de Austria, el 5 de septiembre nació Louis-Dieudonné, Delfín de Francia y futuro Luis XIV; y tan solo con una diferencia de cinco días nació en Madrid la infanta María Teresa, hija de Felipe IV y su esposa, la francesa Isabel de Borbón. Para muchos esto eran signos de la voluntad divina que había que saber interpretar en favor de la paz. Olivares y Richelieu, empantanados en una guerra de la que ambos querrían salir, iniciaron rápidamente contactos para estudiar las posibilidades de una nueva unión entre ambas dinastías y Chavigny, secretario de estado para Asuntos Exteriores, se preguntaba meses después si «la coincidencia de esos dos nacimientos, ¿no podría producir un día una gran unión y un gran bien a la Cristiandad?». Ironía de la Historia, esa unión se acordó como prenda de paz y amistad en la Paz de los Pirineos, con la que se quiso dar fin a aquella eterna guerra iniciada en 1635. Pero desgraciadamente solo sirvió para detener temporalmente el carro de la guerra que Luis XIV reemprendió en 1667 al provocar la Guerra de Devolución, sembrando de nuevo muerte y desolación en los Países Bajos católicos.

18. UNA GRAN TEMPESTAD

No se engañaba Olivares cuando afirmó en el Consejo de Estado que una gran tempestad amenazaba a España aquel año.[481] Los nubarrones se acumulaban en todos los puntos del horizonte de la Monarquía hispánica. A la interminable guerra en los Países Bajos se había añadido la iniciada por Francia en 1635; la de Alemania parecía inextinguible y había cortado la comunicación entre Milán y Bruselas; no se podía contar con la ayuda del emperador; el peligro de que Carlos I de Inglaterra cediera a las presiones y terminara cortando el camino del mar, único para reforzar los Países Bajos; la inestabilidad en el norte de Italia desgarrado entre Francia, Saboya, Venecia y hasta el Papado por un lado y España y Génova por otro… En realidad, no había nada nuevo, pero cada vez resultaba más evidente que ni los medios humanos ni los económicos permitirían mantener el esfuerzo indefinidamente. No, el angustiado conde-duque no se había engañado y meses más tarde insistiría en la misma idea: «¡Tantas calamidades en todos lados!».[482]

481 Consulta del Consejo de Estado, voto del conde- duque de Olivares, 8 de enero de 1639, AGS, Estado, 3.349.

482 Olivares a don Fernando, 12 de julio de 1639, BSB, *Codex hispanicus*, 22.

El ministro, sintiendo a cada momento con mayor acuidad el declinar de sus fuerzas, estudiaba los caminos que podría seguir para luchar con las dificultades que se avecinaban. Además de la guerra con las Provincias Unidas y con Francia, había que asegurar el apoyo inglés frente a Francia, pero no bastaba con regar Londres con dinero, sino que era preciso resolver el problema del Palatinado, una permanente irritación en las relaciones con Carlos I de Inglaterra, que no podía dejar a su cuñado Federico y a su hermana Isabel dependiendo de la buena voluntad holandesa. También había que resolver el enfrentamiento entre Suecia y el Imperio, para lo que pensaba recurrir a la mediación de Dinamarca. Finalmente, para serenar la situación en Italia, flanco débil donde Milán se encontraba aprisionado entre las apetencias francesas y la enemistad de Venecia y el Papado, parecía imprescindible hacer algún gesto hacia estos últimos.

Apenas unos días más tarde de su admonición, el ministro remachó sus ideas en el Consejo de Estado[483] insistiendo en la necesidad de que Fernando III decidiese invadir Francia, petición tantas veces repetida y

a la que el emperador, y su ministro Trautmansdorff, prestaban oídos sordos pues su único objetivo parecía ser continuar recibiendo los fondos y soldados de España sin preocuparse por ayudar a sus parientes en Madrid y en Bruselas. Felipe IV pretendía disponer de dos ejércitos[484] y que ambos hicieran una guerra ofensiva, por lo que envió instrucciones a Castañeda para que convenciera a Fernando III de enviar un ejército a Westfalia. Pero la política vienesa era cada vez más imperial y el emperador seguía sus propios intereses, aunque no coincidieran con los de Felipe IV, al que parecía considerar solo como un generoso banquero y un proveedor de medios militares. Los intentos del rey, de Olivares, de don Fernando y de Castañeda eran la voz que clama en el desierto.

483 J. H. Elliott, *op. cit.*, p. 633.

484 Felipe IV a don Fernando, 9 de enero de 1639, AGR, SEG, 221.

Ante el nulo apoyo imperial, Olivares llegó a manifestar que Fernando III estaba mal aconsejado y que no veía otra solución para salvarle que continuar manteniéndole a flote a base del dinero que salía de las escuálidas arcas de la hacienda de Felipe IV: «Tenemos que salvar su reputación y eso no puede hacerse sino enviándole dinero».[485] La acusación de estar mal aconsejado parece una repetición de las vertidas tiempo atrás sobre los consejeros del infante-cardenal. Si parecía estimar que solo había dos hombres capaces de hacer frente a las circunstancias (él mismo y su fiel Roose) no parecía capaz de comprender que en política y en guerra cada cual actuaba según su mejor conveniencia y que los amigos y aliados lo eran mientras continuaran ayudando, pero sin pedir nada a cambio.

485 El conde-duque sobre despachos de Alemania, febrero de 1638, AGS, Estado, 3.860.

El envío de provisiones y de soldados a Flandes fue preocupación continua del conde-duque y, a lo largo del año, se revelaron las dificultades para componer una flota que hiciera llegar los socorros que tan angustiosamente reclamaba don Fernando. En su correspondencia hay otro aspecto que se repite una y otra vez: Olivares se sentía cansado y desbordado por los acontecimientos y, quizá sin darse cuenta, iba desvelando el mal que tras su salida de la corte acabó afectando a su salud mental. Desde principios de año hacía referencias a su salud,[486] a su fatiga[487] y hasta llegó a confesar[488] que le parecía sería útil para el servicio del rey que otro tomara su lugar pues se encontraba casi sin fuerzas y deseaba que, una vez que se alcanzara la paz, se le permitiera morir también en paz. «Justo es, Señor, que quien ha servido hasta perder la vida se le conceda morir en paz siquiera un año». ¡Cuántas veces se quejó de «estar atado al remo»! Pero Felipe IV, el «paralítico de la voluntad», como lo definió G. Marañón, necesitaba aún sus últimas fuerzas. El peso del gobierno

se le hacía cada vez más gravoso y, si en tiempos había causado la muerte por agotamiento de algunos de sus secretarios, ahora era él quien parecía marchar por la misma senda y ya un año antes había confesado a don Fernando que «ando tan malo que me parece que presto desocuparemos la carga».

486 Olivares a don Fernando, 19 de febrero de 1639, BSB, *Codex hispanicus*, 22.

487 Olivares a don Fernando, 24 de febrero de 1639, BSB, *Codex hispanicus*, 22.

488 Olivares a don Fernando, 9 de abril de 1639, BSB, *Codex hispanicus*, 22.

Don Fernando, agobiado por dificultades crecientes, no podía sino manifestar su malhumor y decepción crecientes al ver cómo se estrellaban todos sus esfuerzos en la política sinuosa de su pariente imperial, que quería tomarse el brazo cediendo, como máximo, una uña. A lo largo del año sufrió los vaivenes de sus presiones para forzar el regreso de Piccolomini abandonando al infante-cardenal a su suerte, y esto acabaría desembocando en la pérdida del dinero que con tanto esfuerzo Madrid enviaba a Viena. Elliott subraya que «Viena y Madrid se encaminaban inexorablemente hacia la separación que se produjo nueve años más tarde en Westfalia»,[489] cuando Fernando III, olvidando todo lo que debía, firmó una paz separada con Francia dejando a sus parientes españoles en la estacada durante un decenio más. El infante-cardenal se enfrentaba con una doble guerra y a las preocupaciones por la situación en Borgoña y el Franco Condado y, en lucha siempre con la falta de dinero y de hombres, veía cómo los Países Bajos estaban cada vez más amenazados.

489 J. H. Elliott, *op. cit.*, p. 636.

La política exterior y militar de España en este año siniestro se dislocó en una panoplia de escenarios que hacían cada vez más difícil atender a tantos frentes. Había que intentar… Había que intentar convencer al emperador para que invadiera el territorio francés al tiempo que Olivares pretendía hacerlo desde Cataluña. Había que intentar buscar algún acomodo con Inglaterra respecto del Palatinado, pero ello necesariamente chocaría con los intereses de Fernando III y de Maximiliano de Baviera. Había que intentar enviar a los Países Bajos los fondos y soldados que se necesitaban angustiosamente y el único camino era el mar y sobre él se cernía la amenaza de las flotas de Francia y las Provincias Unidas y, quizá, también la de Inglaterra. Había que proteger el Franco Condado y la Borgoña. Había que intentar… había que intentar…

Cabía la posibilidad de hacer una guerra ofensiva contra Francia (desde el norte y desde el sur) y limitarse a una defensiva frente a Holanda, pero esto exigía unas condiciones muy difíciles de garantizar. No solo se necesitaría mucho dinero, pues al dinero se

añadían dos incógnitas mucho más aleatorias: contar con el apoyo de Fernando III y de Carlos I. La dificultad de hacer la guerra en estas condiciones se pudo comprobar cuando ni uno ni otro hicieron lo más mínimo por ayudar a España. Pese a que el secretario francés de Finanzas, Bouthillier, había ofrecido a Salamanca una tregua y la promesa de intentar convencer a sus aliados para que se sumaran a ella, Francia y las Provincias Unidas renovaron su alianza el 10 de mayo con el compromiso mutuo de atacar inmediatamente los Países Bajos españoles.

El infante-cardenal contaba con escasas tropas y parecía ilusorio que el emperador enviase los regimientos que Tomás de Saboya reclamaba en vano, lo que dio lugar a las recriminaciones de Castañeda al acusar a Viena de ingratitud hacia Felipe IV, que había hecho tantos sacrificios en favor de sus familiares,[490] mientras Trautmansdorff acusaba a España de corromper a los generales imperiales y desviarlos de su deber. Pero esta acritud no bastó para cortar el flujo de las subvenciones a un Fernando III que resultaba tan poco fiable para los intereses de la casa de Austria como lo había sido su padre.

490 Castañeda a Felipe IV, 4 de enero de 1639, AGR, Secretaría Estado Española.

Viena estaba en muy mala situación y la victoria que los ejércitos suecos obtuvieron en abril en Chemnitz, en Sajonia, empujó al emperador a pedir ayuda de Leganés o, si no la recibía, exigir[491] el regreso de Piccolomini, lo que dejaría el territorio de los Países Bajos casi inerme ante la posibilidad de una invasión francesa en Flandes o Luxemburgo y un ataque holandés simultáneo. Las instrucciones de don Fernando a Leganés (de las que envió copia a Viena) para que atendiera las peticiones de Fernando III no eran más que un aplazamiento del problema y pretender «que se hacía algo», pero la maniobra le permitió mantener el imprescindible complemento de las tropas de Piccolomini, que hacía oídos sordos a las órdenes de Fernando III. Este, cansado de ser desobedecido, le autorizó a permanecer en los Países Bajos a condición de que se le enviase una parte de las tropas que enrolaba Melo en Italia.

491 Fernando III a Piccolomini, 29 de abril de 1639, AGR, Secretaría Estado Española.

La situación se había complicado para el Imperio cuando Bernardo de Saxe-Weimar invadió Borgoña,[492] cortando las comunicaciones con Suiza y completando la ruptura del frente renano que había conseguido al ocupar Brisach pocas semanas antes. Ante la imposibilidad de enviar tropas de ayuda desde Flandes, don Fernando ordenó a Leganés que le enviase 2.000 hombres desde Milán para defender el territorio,[493] asegurándole —con cierta exageración— que su mantenimiento era preferible a la conquista de todo el Piamonte. Si se perdía, los franceses podrían ocupar fácilmente Luxemburgo y, a

través de Alsacia y Westfalia, se unirían a los holandeses causando la ruina de los Países Bajos españoles. Saavedra marchó a Suiza para intentar hacer una leva de varios miles de hombres pues, tras la espantada del duque de Lorena, Borgoña estaba a merced del enemigo.[494] La suerte del territorio estuvo pendiente de un hilo durante todo el año y, aunque Felipe IV afirmara que la neutralización sería un insulto, pensaba que no convenía exagerar una negativa en esos momentos, pues más valía conservarlo neutralizado que perderlo por completo y, si había que llegar a esos extremos, debería hacerse con conformidad y con el reconocimiento de la soberanía.[495]

492 Don Fernando a Felipe IV, 27 de febrero de 1639, AGR, SEG, 221.

493 Don Fernando a Leganés, 2 de abril de 1639, AGR, SEG, 458.

494 Don Fernando a Felipe IV, 11 de mayo de 1639, AGR, SEG, 222.

495 Felipe IV a don Fernando, 12 de diciembre de 1639, AGR, SEG, 224.

Si el Imperio pudo celebrar algo fue la desaparición de Bernardo de Saxe-Weimar. El emperador trataba de resolver el problema de Alsacia concentrando allí la mayor parte de sus fuerzas contra Bernardo. En uno de los enfrentamientos, el 16 de julio, se produjo la muerte del hombre que tantas veces había derrotado a las tropas imperiales. El hecho fue motivo de tranquilidad no solo para el emperador, sino también para Luis XIII y Richelieu, ya que la ambición de Bernardo podía llevarle a reivindicar para sí los territorios que había ocupado en nombre de Luis XIII y negociar con el emperador para que le nombrara príncipe hereditario de los territorios conquistados.

Tomás de Saboya[496] había regresado a Italia a principios de año y en otoño Piccolomini se vio obligado a obedecer al emperador, cuya alarma crecía en proporción a los triunfos del sueco Baner, con lo que Luxemburgo quedaba indefenso ante un ataque francés. La pérdida del general imperial produjo un vivo resentimiento en Felipe IV que consideró imposible continuar pagando sin ninguna contrapartida: «El emperador reclama socorros y no quiere dar ni un solo hombre [...] no ha hecho nada, por así decirlo, con todo el dinero que se le ha dado y todo lo que se le dé en el futuro puede considerarse perdido».[497]

496 Don Fernando a Felipe IV, 27 de febrero de 1639, AGR, SEG, 221.

497 Felipe IV a don Fernando, 9 de octubre de 1639, AGR, SEG, 223.

Como si don Fernando no tuviera suficientes dificultades, el *Chef-Président* vino a unirse a ellas: Roose venía arrastrando desde 1638 las secuelas de sus enfrentamientos con los miembros del Consejo de Guerra, que culminaron cuando Melo (a la sazón virrey de Sicilia) presentó en Madrid las alegaciones de que el flamenco no solo parecía haber estado actuando contra don Fernando, sino que habría

prometido a Richelieu impedir mayores avances españoles en Francia. Incluso se había hablado de un tratado secreto, lo que sería un caso claro de traición. Verdaderos o falsos, los rumores habían minado la posición de Roose, que comenzó a dar pruebas claras de su aislamiento y de su mal humor al negarse repetidamente a cumplir las misiones que le incumbían. Alegando problemas de salud pidió ser exonerado de llevar a cabo con los negociadores belgas las conversaciones que habrían permitido contar con fondos para enfrentarse con la situación.[498] Esto, que posiblemente no fue sino una añagaza para reafirmar su autoridad, sirvió para que Felipe IV le escribiera asegurando que el origen de sus problemas era su celo por el servicio real y, para colmo, la carta se la envió por mano de don Fernando ¡que debía consolarle y protegerle![499] Ni siquiera este apoyo pareció suficiente a Roose y, ante su reiterada negativa, Felipe IV encargó la negociación de los asientos a Salamanca,[500] con lo que el flamenco quedó al margen de la operación. El «enfurruñamiento» del *Chef-Président* no fue pasajero y don Fernando tuvo que informar[501] de la absurda situación en que, habiendo él regresado de la campaña, Roose seguía negándose a participar en las tareas del gobierno y, con el pretexto de su mala salud y el mucho trabajo que pesaba sobre él, no había asistido a las juntas de estado en las que solo habían participado fray Juan y el conde de Fontana quienes, alegando que la importancia de los asuntos exigía más opiniones, habían acabado dejando al gobernador solo ante el peligro. Mal hubieran podido unos y otros quejarse si Olivares les acusara ahora de no cumplir con sus deberes o de ser malos consejeros del gobernador.

498 Don Fernando a Felipe IV, 26 de enero de 1639, AGR, SEG, 221.

499 Felipe IV a don Fernando, 27 de febrero de 1639, AGR, Mss. Diversos, 464.

500 Felipe IV a don Fernando, 10 de marzo de 1639, AGS, Estado, 2.245.

501 Don Fernando a Felipe IV, sin fecha, AGR, SEG, 560.

El primer intento francés de esta campaña se saldó con una sonora derrota cuando Feuquières atacó Thionville, que era la llave para continuar su avance por Luxemburgo. A mediados de junio Piccolomini le hizo frente con un importante ejército que puso en fuga a los franceses y Feuquières cayó prisionero y fue enviado a Namur. Aprovechando el éxito, Piccolomini planeó atacar Mouzon y Meizières pensando que la empresa le tomaría solo unos pocos días y podría acudir rápidamente en ayuda de don Fernando, que debía socorrer Hesdin,[502] amenazada por La Meilleraie, uno más de los puntos del territorio donde se encendían las luces de alarma y donde se presentó el mismo Luis XIII. Al no lograr tomar Mouzon, Piccolomini renunció a continuar su plan y se limitó a proteger Luxemburgo; al mismo tiempo, Fuentes rechazó la propuesta de ir con sus tropas a saquear la

zona de Boulogne, pues consideraba un deshonor dedicarlas a tal menester en lugar de luchar con las armas frente al enemigo.

502 Don Fernando a Felipe IV, 28 de mayo de 1639, AGR, SEG. 222.

A las decisiones de Piccolomini y de Fuentes se añadió la advertencia de un consejo de guerra que estimó que acudir en socorro de Hesdin era encaminarse a un desastre. Con la guarnición diezmada y escasa de pólvora, el gobernador de la plaza decidió rendirse si no se recibía ayuda en una semana. El 30 de junio los defensores salieron de las murallas con los tambores redoblando, banderas desplegadas, mechas encendidas por los dos extremos y con bala en la boca. La rendición[503] tuvo lugar tan solo cuatro días antes de la llegada del socorro de Piccolomini y con ella Francia pudo borrar en parte el pésimo sabor de boca dejado por el fracaso de Feuquières.

503 Don Fernando a Felipe IV, 13 de julio de 1639, AGR, SEG, 222.

En un intento de forzar al emperador a prestarle ayuda invadiendo Francia, Olivares planeó hacerlo desde la frontera catalana y con ello esperaba lograr un éxito similar al logrado en Fuenterrabía el año anterior. Pese a las advertencias del virrey Santa Coloma, que le recordó la escasa disposición de los catalanes a participar en la guerra y las pésimas relaciones del ministro con las instituciones del Principado, el conde-duque persistió en su propósito pese a la negativa de Leganés de enviarle tropas (que parecía seguir otra vez su propia política y, asociándose con Tomás, las lanzó con éxito a una campaña en Saboya). Fue este un momento en que las ideas del ministro español parecían coincidir con las de Richelieu, que, tratando de sacarse la espina de Fuenterrabía, esperaba poder aprovecharse del malestar creciente que se hacía patente en Cataluña y en Portugal.

De esta forma, un ejército de 16.000 soldados mandado por Condé (necesitado también de hacer olvidar su fracaso) y Schomberg penetró en junio en el Rosellón y, tras tomar Opol sin luchar siquiera, puso sitio a la fortaleza de Salses. El asedio pareció ser una llamada a rebato para los catalanes, que se aprestaron a defenderla, pero las escasas tropas españolas (no llegaban a 8.000 hombres) que España podía poner en juego no eran suficientes para enfrentarse con éxito al enemigo por lo que, tras escasa resistencia, Salses cayó el 19 de julio. Esto provocó la ira de Olivares contra lo que calificó de «extravagancia» de los catalanes,[504] pero no sirvió para conseguir mayor colaboración del Principado. Era cierto que se había manifestado una clara mala voluntad para defender unas posiciones tan próximas y parecía que la guerra no fuera con ellos. Quien no olvidaría esta actitud fue Richelieu y pudo aprovecharla cuando los catalanes fueron a París a ofrecer la soberanía del territorio a Luis XIII. Se hacía realidad lo que el ministro había anunciado a don

Fernando pocos días antes de la derrota: «Tantas calamidades por todos lados». Fue necesario realizar un enorme esfuerzo para recuperar la fortaleza y, al fin, se logró el objetivo el 6 de enero de 1640 gracias a la intervención de un potente ejército mandado por Felipe Spinola, el hijo del gran general genovés.

504 Olivares a don Fernando, 18 de septiembre de 1639, BSB, *Codex hispanicus*, 22.

En el continuo vaivén de las relaciones con las Provincias Unidas, don Fernando creía todavía a principios de año que existían posibilidades de alcanzar una tregua[505] basándose en los informes sobre la buena disposición de los Estados Generales que había estudiado con sus consejeros. Por eso encargó a Salamanca que les transmitiera una «respuesta condescendiente», pues pensaba que era el mejor momento tras los triunfos del año anterior y además se apoyaba en que el rey se había manifestado a favor de una tregua que podría servir por otra parte para dificultar un nuevo acuerdo de las Provincias con Francia. Sin embargo, los primeros meses del año fueron escenario de las negociaciones franco-holandesas para el nuevo tratado de subsidios y de guerra (24 de marzo) por el que Francia concedía un nuevo subsidio de 1,2 millones para mantener durante un año las tropas de las Provincias a las que se obligaba a llevar a cabo «alguna empresa considerable» —que se acordaría con Luis XIII— y, en un artículo adicional secreto redactado cinco días después, se fijó el volumen de las tropas de cada parte (entre dieciocho y veinte mil infantes y cuatro mil quinientos a cinco mil jinetes) que atacarían esas «plazas considerables». Además, los holandeses contribuirían con 30 barcos si Francia atacaba por mar alguna ciudad flamenca.

505 Don Fernando a Felipe IV, 17 de febrero de 1639, AGR, SEG, 221.

El propósito de Frederik-Hendrik era apoderarse de Hulst, pero perdió un tiempo increíble en marchas y contramarchas hasta que en junio descendió por el curso del Mosa. Considerando entonces que las defensas de Hulst eran demasiado importantes optó por dirigirse hacia Philippine para amenazar el Sas-de-Gante, pero, al acudir en socorro las tropas españolas, el general holandés permaneció de nuevo inactivo perdiendo mes y medio sin hacer ningún movimiento, para desesperación de Richelieu. Fracasado su intento, Frederik-Hendrik regresó a Bergen-op-Zoom, y luego se encaminó hacia Rheinberg sumido en continuas dudas: si Feria permanecía sin moverse de Hulst, entonces asediaría Gueldres, pero si Feria le perseguía esto significaría que Hulst había quedado desguarnecida, y entonces trataría de atacarla. Antes de llegar a Rheinberg tuvo noticias de que la guarnición de Gueldres había sido reforzada y de que el infante-cardenal avanzaba siguiendo el Mosa por lo que trató de replegarse hacia Bergen-op-Zoom, pero don Fernando se había adelantado a sus

propósitos y había establecido su campamento precisamente donde Frederik-Hendrik pretendía hacerlo. Ante este revés, no le cupo más que retirarse y acabó por enviar sus tropas a los cuarteles de invierno, provocando duras críticas en Francia, que veía que su dinero no había servido absolutamente para nada. Era el fracaso de los intentos holandeses de contar con un apoyo incondicional de Francia. Ni siquiera los planes que el estatúder había presentado en julio se habían plasmado en la realidad: había pedido más dinero para organizar un ejército que asediara Brujas, Blankenberg o Dunkerque y contaba con que los franceses lo hicieran en Gravelinas, Saint-Omer, Arras o Cambrai, pero para ello pedía un compromiso firme por el que Francia financiaría a las Provincias con 1,6 millones. Las negociaciones avanzaron a buen paso y en enero de 1640 se firmó el acuerdo definitivo gracias al que los holandeses recibirían 1,5 millones para la campaña de ese año.

Cerrado el Camino Español no quedaba más posibilidad de enlace entre la Península y los Países Bajos que el mar, pero la empresa estaba llena de dificultades casi insalvables pues, además de las dificultades habituales del clima para la navegación por esa derrota, los barcos franceses la hacían sumamente peligrosa hasta el Canal de La Mancha donde los buques españoles se enfrentarían con los holandeses. Por tanto, era necesario contar con la ayuda, o al menos la neutralidad, de Carlos I, aunque para ello existía el problema no resuelto de la posesión del Palatinado. Estaba claro que el rey inglés no iba a ceder en sus intentos de recuperarlo, pero cualquier negociación con España produciría reacciones negativas del emperador y del duque de Baviera. Pese a todo, don Fernando era razonablemente optimista sobre la posibilidad de encontrar una solución[506] sabiendo (o creyendo saber) que Fernando III negociaba con Maximiliano (que mantendría su condición de Elector) la compensación si cedía su parte del territorio y pensando que Carlos I, enfrentado con la rebelión escocesa, preferiría llegar a un acuerdo con España y eso podría inclinar a los holandeses a aceptar una tregua y Francia seguiría sus pasos. Felipe IV se manifestó deseoso de deshacerse del Palatinado, pero obteniendo una indemnización proporcionada a la cesión, y encargó[507] a su hermano que continuara los contactos con el inglés. Carlos I pidió a don Fernando que le enviase cinco o seis mil hombres. Súbitamente surgió un nuevo peligro: las posibles apetencias de Bernardo de Saxe-Weimar sobre el Palatinado y, para que no se hundiesen las negociaciones con Londres, había que conseguir que Maximiliano de Baviera le atacase y evitar que pudiera apoderarse del territorio.[508] Por fortuna para unos y otros, la muerte de Bernardo obvió esta nueva dificultad.

506 Don Fernando a Felipe IV, 27 de febrero de 1639, AGR, SEG, 221.

507 Felipe IV a don Fernando, 9 de abril de 1639, AGR, SEG, 221.

508 Don Fernando a Felipe IV, 27 de mayo de 1639, AGR, SEG, 221.

Si bien Felipe IV se mostraba abierto a la cesión, ni el emperador ni Maximiliano parecían dispuestos a ello, por lo que don Fernando[509] renovó sus gestiones en Alemania ante el problema de que, si fracasaba la operación, el riesgo cierto era que Carlos I acabara por aliarse con Francia y las Provincias Unidas, dejando así a los Países Bajos aislados por mar y por tierra. Para evitarlo, y ante el peligro de que Francia y sus aliados ocuparan el Palatinado y tuvieran a Carlos I sometido a sus decisiones, el infante-cardenal propuso a su hermano que, además de un tratado sobre el Palatinado, se firmara con el inglés una alianza ofensiva y defensiva, lo que obligaría a los holandeses a aceptar la tregua.

509 Don Fernando a Felipe IV, 22 de junio de 1639, AGR, SEG, 222.

Carlos I, sometido a la presión de Escocia y de su propio Parlamento, necesitaba soldados y dinero. Por ello propuso que los negociantes españoles y flamencos le concedieran un préstamo de medio millón de escudos a cambio de facilitar el tránsito de sus barcos hasta Dunkerque. Antes de dar una respuesta, don Fernando[510] pidió más detalles sobre esta propuesta que transmitió al rey, pues él no podía tomar la decisión sin contar con su hermano. Según transcurrían los meses se hacía más evidente que era inútil esperar cualquier cooperación desde Alemania. Felipe IV autorizó la negociación de un préstamo a Carlos I a cambio del permiso para realizar una leva de diez mil irlandeses, encargando de estas gestiones a Cárdenas, recientemente llegado a Londres como nuevo embajador.

510 Don Fernando a Felipe IV, 22 de julio de 1639, AGR, SEG, 222.

Como centro de todas las dificultades, Flandes era ahora donde se hacía necesario volcar toda la ayuda posible. Había que allegar los medios que permitieran que la Monarquía hispánica siguiera asentada firmemente en ese centro neurálgico de la política continental. Pero la situación no se podía cambiar y no quedaba más solución que arriesgar barcos, hombres y fondos en la peligrosa travesía para procurar los socorros que tan perentoriamente se necesitaban en los Países Bajos. A lo largo del año Felipe IV y Olivares desplegaron incontables esfuerzos para reunir barcos procedentes de todas las flotas e incluso hacer venir desde Flandes regimientos valones que se reclamaban a don Fernando para la ofensiva contra Francia. Culminando todos los esfuerzos, el 5 de septiembre zarpó de La Coruña una enorme escuadra compuesta por 77 barcos fuertemente artillados y en la que iban 14.000 hombres de marinería e infantería embarcada, más otros 8.500 infantes destinados a reforzar las tropas

del infante-cardenal. Además, llevaba tres millones de escudos en plata para el mantenimiento del ejército. La flota estaba mandada por el mejor marino de que disponía el rey: el almirante Oquendo, hombre de gran experiencia y probado valor, y sus órdenes eran no rehuir los posibles enfrentamientos y procurar hundir la mayor cantidad posible de barcos franceses y holandeses.

La navegación por el Cantábrico y el Atlántico no presentó dificultades, al haberse retirado a sus puertos los barcos franceses. El 10 de septiembre la flota se aproximó al Canal de La Mancha, avistando el 15 las naves holandesas mandadas por el almirante Tromp. Dos días después, Oquendo ordenó el ataque, pero su armada se desorganizó y solo unos pocos barcos pudieron perseguir a los holandeses que se retiraban en buen orden mientras cañoneaban a los españoles. Al día siguiente, Tromp recibió refuerzos y pese a ellos, aunque continuó combatiendo, fue cediendo hasta quedar atrapados sus barcos en la costa de Boulogne.

Oquendo, con muchos barcos dañados y escaso de pólvora, llegó a la altura de Calais el 19 y, sin tratar de rematar la escuadra holandesa, fue arrastrado por las corrientes hacia la costa inglesa, hasta encontrarse cerca de Ramsgate frente al fondeadero de The Downs, muy peligroso por los numerosos bancos de arena. Tras un inicial problema de protocolo planteado por las autoridades inglesas, obtuvo autorización para fondear en la protección de la rada. Pero esta situación significaba la imposibilidad de hacer llegar los refuerzos a los Países Bajos y no le quedaba otra solución que ponerse en manos de la posible buena voluntad inglesa para aprovisionarse y reparar daños, mientras que su adversario consiguió esto en Francia con toda facilidad.

The Downs se transformó en una ratonera y, mientras Francia apremiaba a Carlos I para que no impidiera el ataque de la flota holandesa, Richelieu ordenó al embajador en La Haya que convenciera a Frederik-Hendrik, a Tromp y a los Estados Generales para avivar la guerra:

> C'est une affaire de telle importance d'achever de ruiner l'armée navale d'Espagne et d'empêcher les trajets qu'ils veulent faire de Flandre en Espagne et d'Espagne en Flandre pour rapporter des soldats, qu'il n'y a rien qu'on ne doive faire pour en venir à bout… Pressez-en Monsieur le Prince d'Orange, Messieurs les États et l'amiral…[511]

511 M. Carmona, *Richelieu*, p. 632. Traducción: «Es asunto de tan enorme importancia acabar de arruinar la armada de España e impedir los trayectos que quieren hacer de Flandes a España y de España a Flandes para llevar soldados que no hay nada que se deba omitir para conseguirlo… Insistid al príncipe de Orange, a los señores Estados Generales y al almirante…».

En tal aprieto Oquendo tenía que resolver toda una serie de problemas: hacer llegar los refuerzos hasta los Países Bajos, recoger a los soldados valones con los que debía regresar para la campaña

contra Francia, realizar las imprescindibles reparaciones en sus barcos y, finalmente, negociar un aprovisionamiento que se le hacía pagar a precios desmesurados. Todo un cúmulo de problemas a los que don Fernando trató de ayudar enviando a Cárdenas el dinero del préstamo solicitado por Carlos. En las semanas siguientes, gracias a arriesgadas operaciones nocturnas, pequeños barcos de la flota de Dunkerque y hasta barcos de pesca hicieron posible enviar 3.000 soldados a Mardyck hasta fines de septiembre.[512] Cuando terminó la batalla y se retiró la flota holandesa, se pudo hacer balance[513] de los refuerzos llegados a tierra firme (5.000 hombres, más los 3.000 anteriores) que permitirían reforzar los antiguos tercios y crear dos nuevos.

512 Don Fernando a Felipe IV, 25 de septiembre de 1639, AGR, SEG, 223.

513 Don Fernando a Felipe IV, 2 de noviembre de 1639, AGR, SEG, 224.

Las semanas transcurrieron sin que la situación mejorase para Oquendo, encajonado en una ensenada que le protegía escasamente y que alimentaba la impaciencia de Frederik-Hendrik y Tromp por entrar en combate, mientras que la «neutralidad» inglesa era difícil de apreciar. La decisión holandesa era clara: atacar a los españoles y mantener alejados a los ingleses. La situación no podía eternizarse: el 21 de octubre, Oquendo decidió salir a mar abierto con parte de sus barcos, dejando otros en la rada, y Tromp, sin el menor respeto por la (supuesta) neutralidad inglesa, los fue cañoneando a placer mientras muchos encallaban en los bajos fondos, siendo objetivo de los brulotes holandeses. Para colmo de males, al día siguiente se desató una fuerte tormenta que parecía dar al traste con la misión de la armada española. De repente, Tromp se retiró permitiendo que Oquendo, con la nave capitana, pudiera acogerse en el puerto de Dunkerque.

La ambigua posición inglesa se refleja en el comentario de Cárdenas[514] sobre la irritación de Carlos I, que —según el embajador— si no rompía con los holandeses era indicio del poco caso que hacía del honor. Los esfuerzos del embajador no servían para gran cosa y, aunque había protestado ante el propio rey, este se había limitado a las buenas palabras[515] y a pedirle que le diera por escrito el nombre de los ingleses que habían animado a los holandeses a este ataque. Cárdenas aseguraba que Carlos I no podía haber autorizado en secreto el ataque, pues los ingleses no habrían pensado nunca que los holandeses, que tanto los necesitaban, se pudiesen atrever a tanto. Siguiendo las instrucciones de don Fernando de no insistir en exceso en las quejas,[516] intentaría conseguir que el inglés rompiera con las Provincias Unidas, pero esto le parecía poco menos que una quimera si se tenía en cuenta la influencia de sus ministros, de los puritanos, de los agentes holandeses y franceses y hasta la de la reina Henrietta-María, la más ferviente defensora de las negociaciones con Francia.

514 Cárdenas a Salamanca, 22 de octubre de 1639, AGR, SEG, 370.

515 Cárdenas a Salamanca, 29 de octubre de 1639, ibíd.

516 Cárdenas a don Fernando, 4 de noviembre de 1639, ibíd.

El descaro inglés llegó hasta la entrega por Gerbier a don Fernando[517] de un memorándum en el que se quejaba de los comentarios adversos a Carlos I y su postura en esta crisis. El embajador no dejaba de desconfiar de la buena voluntad inglesa[518] y consideraba que, pese al préstamo y a todas las expresiones de buena voluntad, Carlos I no estaba en condiciones de garantizar la libertad de tránsito por el Canal, como lo probaba su actuación en la derrota de la flota española, y comunicó al rey que don Fernando se negaba a recibir a Gerbier que si no era retirado de su puesto en Bruselas (como había pedido Oñate dos años antes) no sería recibido nunca más, pero se encontró con una negativa firme del rey inglés.

517 Don Fernando a Cárdenas, 12 de noviembre de 1639, ibíd.

518 Cárdenas a don Fernando, 25 de noviembre de 1639, ibíd.

La victoria había sido suficiente para los holandeses y no quisieron dejarse arrastrar por las propuestas de Richelieu de continuar la guerra contra España en el Atlántico y en las Indias. Pero para España había sido una catástrofe y Olivares solo podía ofrecer a don Fernando palabras de consuelo y de ánimo. Poco consuelo podía caberle cuando el Franco Condado se encontraba aislado frente a las tropas de Luis XIII y Fernando III había obligado a Piccolomini a regresar a Alemania. Olivares acusaba de complicidad[519] a Carlos I y el rey aconsejaba a su hermano[520] que disimulase el resentimiento causado por la actitud inglesa. Aunque el ministro hubiera recibido las noticias del desastre con «extremo cuidado y pena» y predicara a don Fernando que no cabía más que someterse a la voluntad de Dios,[521] esto no fue obstáculo para tratar de reaccionar y, aunque dolido por el desastre, Felipe IV insistió[522] en la orden de hacer regresar a La Coruña los buques y las tropas que habían escapado con el propósito de equipar una nueva flota y ordenó comprar todos los barcos disponibles en Holanda, en las ciudades hanseáticas o donde fuera posible, para lo que enviaba una provisión extraordinaria de 300.000 ducados.

519 Olivares a don Fernando, 26 de noviembre de 1639, AGR, SEG, 224.

520 Felipe IV a don Fernando, 29 de noviembre de 1639, AGR, SEG, 224.

521 Olivares a don Fernando, 29 de noviembre de 1639, BSB, *Codex hispanicus*.

522 Felipe IV a don Fernando, 26 de noviembre de 1639, AGR, SEG, 224.

De todos modos, tras la pérdida de Brisach y la derrota de Oquendo todos los caminos por los que España podía socorrer a los Países Bajos

habían ido quedando definitivamente cerrados. Decididamente 1639 fue un año en el que la Monarquía hispánica sufrió una gran tormenta.

19. Y SUS TERRIBLES CONSECUENCIAS

Tras el magro resultado de la campaña anterior parecía evidente que los puntos de vista de Madrid y de Bruselas no iban a coincidir al diseñar la estrategia a seguir en 1640. Felipe IV y Olivares seguían insistiendo en la idea de lanzar un ataque a Francia con la esperanza de que las dificultades internas de Luis XIII y Richelieu permitieran aflojar la presión sobre los Países Bajos y las otras posesiones españolas. En cambio, el infante-cardenal era partidario de mantener la lucha con las Provincias Unidas para despejar ese frente antes de concentrarse en el enfrentamiento con Francia. El rey, pidiéndole que el ejército estuviese listo a principios de marzo, optó por dejar la decisión en manos de su hermano. Pero este no quería ser considerado único responsable de la situación, que para él se debía principalmente a la irregularidad y la tardanza en el envío de fondos y la falta de ayuda imperial.

Para Olivares la paz era posible solamente llevando la guerra a Francia: «Si no se mete la guerra dentro de sus entrañas, todo será nada»[523] y reconocía que, aunque la Monarquía se encontraba en una gran dificultad, la situación del emperador era aún peor al encontrarse sin gobierno, sin orden y sin confiar en la fidelidad de sus vasallos. En el filo entre 1639 y 1640 la lucha contra los holandeses no le parecía prioritaria estimando que lo que se hiciera contra ellos «no abreviaría la paz tanto como lo que se ejecutare contra Francia». En su desesperación clamaba que «en realidad todo está perdido» y se había visto obligado a lo largo de los años a ir adaptando su política a lo que dictaban los acontecimientos militares y transfiriendo el esfuerzo de la prioridad italiana de los años de la Guerra de Mantua, a la defensa de un Flandes cada vez más amenazado y ahora a la guerra con una Francia que aspiraba con fuerza creciente al protagonismo europeo.

523 El conde-duque sobre una carta del marqués de Leganés que trata de lo que se puede obrar el año de 1640, AGS, Estado, 3.352.

Don Fernando dudaba de que el ataque contra Francia pudiera arrojar el resultado esperado y prefería enfrentarse con los holandeses para tratar de recuperar Maastricht, desde donde las tropas enemigas hostigaban continuamente los Países Bajos («cosa que al país tiene muy disgustado e impaciente») y estar en mejor posición para sitiar Wesel y Rheinberg. Además, teniendo en cuenta que parecía casi imposible que Fernando III permitiera el regreso de Piccolomini, temía

que, si no disponía de nuevos refuerzos, «sería milagro no perder V. M. el año que viene estos Estados». Cumpliéndose los temores del infante-cardenal, el emperador no solo no autorizó la vuelta de Piccolomini, sino que siguió incumpliendo el acuerdo de abril de 1639 para atacar Francia y tampoco colaboró en la formación de un ejército hispano-alemán en Westfalia para proteger Alsacia, Lorena y el Franco Condado.[524] Bajo el mando de Francisco de Melo, este ejército se compondría de 12.000 infantes y 3.000 caballos (la mayoría aportados por España) para la campaña siguiente.

524 Felipe IV a Melo, 21 de diciembre de 1639, AGR, SEG, 224.

Y si España dudaba entre una guerra ofensiva o defensiva contra las Provincias Unidas, Francia debía resolver el problema que en ellas le planteaba el enfrentamiento entre el partido de la paz (los Estados Generales y la enriquecida burguesía, que quería seguir en paz con sus productivos negocios) y el partido de la guerra (encabezado por Frederik-Hendrik. apoyado en los beneficiados por la ocupación de las colonias brasileñas). Con su habilidad para conseguir el apoyo de cualquier enemigo de España, Richelieu consiguió a principios de año librarse del peligro de que los holandeses decidieran llegar a un acuerdo con España, al aprobar en enero un nuevo convenio de subsidios que abría paso a la continuación de la guerra en el territorio de los Países Bajos. Ni las inútiles gestiones de paz de Pujols en Madrid, ni la decisión de conceder pasaportes nominales a los holandeses, ni la vacuidad del congreso de Colonia servirían para nada. El partido de la guerra, confortado en sus posiciones por el éxito de Trump y por los nuevos fondos que prometía Francia, había triunfado y la guerra iba a encenderse una vez más.

Para la gran decepción de Richelieu, la campaña de 1640 pareció una simple reproducción de la del año anterior. Inmovilizado por la gota, enfermedad tan frecuente en esa época, Frederik-Hendrik no pudo atender a los problemas militares y no fue hasta mediados de mayo cuando sus tropas, formadas por unos 20.000 hombres, desembarcaron cerca de Philippine y de La Esclusa. El propósito era atacar Brujas y trataron de realizar un movimiento de cerco para lo que debían cruzar el canal Gante-Brujas, maniobra que corrió a cargo del estatúder de Frisia, Groningen y Drenthe, Hendrik-Casimir de Nassau. Pero el retraso holandés en iniciar las hostilidades había permitido a don Fernando realizar los movimientos necesarios y enviar al conde de Fontaine a defender Brujas, Gante y el canal que unía ambas ciudades, con lo que, tras varias escaramuzas, el intento holandés quedó abortado. Al fracasar en sus objetivos, las tropas empantanadas en un terreno inundado por fuertes lluvias quedaron fijas (como el año anterior) en el norte de los Países Bajos, a pesar de que d'Estrades (embajador francés que era la voz de Richelieu) les

urgía a mantener las hostilidades.

El príncipe de Orange intentó sorprender a los españoles y, a finales de junio, decidió ir a tomar Hulst (también como el año anterior) y en un primer intento logró apoderarse del fuerte de Nassau, aunque fracasó en la toma el de Moervaert, en cuyo asalto murió Hendrik-Casimir. Tras este nuevo revés Frederik-Hendrik renunció (de nuevo como el año anterior) a atacar Hulst lo que le enfrentó con d'Estrades, que ya desconfiaba decididamente de la capacidad de los holandeses para conseguir algún resultado práctico si continuaban con la campaña. Repitiendo de nuevo las acciones del año anterior, el Orange se retiró por Brabante hacia Bergen-op-Zoom y Bolduque con la idea de asaltar Gueldres, donde llegó a principios de agosto. Al ver que la plaza disponía de una guarnición muy fuerte (5.000 hombres) y que los alrededores estaban totalmente inundados, no intentó el asedio y se contentó con retirarse hacia Rheinberg para dirigirse más tarde hacia Grave, donde acabó poco después por considerar terminada la campaña. Eran otros los intereses que tenía en esos momentos y el menor no era suceder como estatúder a su pariente Hendrik-Casimir. Por su parte el infante-cardenal, que había establecido su cuartel general en Gante para hacer frente a los holandeses, al recibir información sobre el posible ataque francés en el sur abandonó la ciudad para ir a hacer frente al nuevo peligro.

Hacia finales de año, y con la rebelión de Cataluña en las manos, la posición negociadora de España se hacía cada vez más débil y hacía más acuciante la necesidad de alcanzar la paz (o por lo menos una tregua) con los holandeses para lo que se quería aprovechar las dificultades de Frederik-Hendrik. Luis XIII y Richelieu no podían permitirse perder un aliado y, visto el poco ascendiente que había logrado d'Estrades, enviaron un nuevo representante, La Thuillerie, que se enfrentó con las pretensiones de la provincia de Holanda que pretendía conseguir que se licenciasen las tropas contra los deseos de Frederik-Hendrik. Como de costumbre, los comisarios holandeses que se relacionaron con el francés exigieron nuevos subsidios cuya ausencia haría que las Provincias Unidas no continuarían la guerra. Pese a la mala situación de la hacienda francesa, en febrero de 1641 se firmó un nuevo tratado de subsidios por importe de 1,2 millones en el que, como era habitual, se determinó el número de las tropas y los objetivos (Hulst, Gueldres o Amberes) en los que los holandeses habían fracasado los dos años anteriores.

Como si copiara la «guerre du renard» con la que Enrique IV apoyó a los moriscos y a todo lo que pudiera dañar a España, Richelieu vigilaba el malestar en Cataluña y en Portugal y animaba bajo cuerda todo lo que pusiera en dificultad al ministro español y le obligara a alejar sus tropas de los objetivos franceses. Por su parte Olivares

trataba de servirse de las rebeliones provinciales, conjuras o intentos de asesinato en Francia y no se privaba de alentar cualquier proyecto de conspiración. Todo valía en la carrera entre ambos ministros para desestabilizar al otro.

Ni la intervención del papa ni el congreso de Colonia habían producido fruto alguno, y las poblaciones, que al fin y al cabo eran las que soportaban la guerra con sus hombres y sus impuestos, daban muestras crecientes de desasosiego en España y en Francia. Ante el hartazgo por la inacabable guerra parecía necesario dar muestras exteriores de deseos de paz, pero París no aceptó un primer intento español de enviar una misión de tres emisarios encabezados por Joseph de Bergaigne (obispo de Bolduque y arzobispo de Cambrai). Hubo que enviar separadamente a este y a Jacques de Bretch (secretario del Consejo de Flandes), que presentó a Richelieu las condiciones de Felipe IV: devolución a Fernando III de Brisach y Alsacia, a Carlos IV de su ducado de Lorena y a España de Maastricht y los pasos del Rin; además las Provincias Unidas debían evacuar Brasil (mediante compensación de tres millones de libras, una oferta que luego se aumentaría hasta cinco) y disolver la Compañía de las Indias Orientales. Como era de esperar, el cardenal rechazó de plano las propuestas, pues ya preparaba el asedio de Arras, la plaza más importante de la presencia española en la región del Artois desde que Francia había recuperado Corbie.

La pérdida de Arras constituyó el punto crítico de la campaña de 1640 y, pese a su importancia, su valor material fue menor que la pérdida de reputación que supuso. Pese a ser una de las plazas más importantes al sur de los Países Bajos las fortificaciones se encontraban en mal estado y su guarnición se había visto recortada cuando el conde de Issembourg (gobernador de la provincia) tuvo que retirarse con parte de esta para proteger otros lugares (Bapaume, Béthune o Aire-sur-Lys) que consideraba se encontraban en mayor peligro. Cuando se produjo el asedio Issembourg se encontraba en Béthune y le fue imposible regresar a Arras para dirigir la defensa. En los últimos meses Francia había logrado constituir fuertes ejércitos con los que esperaba asestar un golpe definitivo a España y situarse en condiciones satisfactorias para negociar la paz. En la zona del Artois disponía de 27.000 hombres y además podía contar con otros 20.000 en la Champagne, 9.000 en Lorena y otros tantos en Borgoña. Difícilmente podía la Monarquía hispánica hacer frente a estas fuerzas teniendo que luchar en el frente francés, el holandés y hasta en el italiano.

Aprovechando las circunstancias favorables Luis XIII se instaló en Amiens y Richelieu asentó su cuartel general cerca de Doullens para seguir de cerca el sitio. Mientras parte de sus tropas llevaban a cabo

movimientos de diversión en Béthune y Aire para dispersar el esfuerzo de las españolas, los sitiadores recibieron refuerzos provenientes del frente de Champagne, con lo que La Meilleraye (al que acompañaba un jovencísimo Luis de Borbón, duque de Enghien) pudo disponer de 23.000 infantes y 9.000 caballos. Las obras de circunvalación fueron enormes y no se dejó nada al azar: a partir del 4 de julio se inició la obra con la construcción de fosos de 18 pies de ancho y 12 de profundidad, reductos y fortines defendidos también por fosos.

El peligro había hecho comprender a don Fernando la necesidad de modificar su consideración de la situación. Hasta entonces parecía haberse preocupado solamente de proteger la frontera norte de los ataque de las Provincias Unidas, pero ahora comprendió que era necesario acudir en socorro de los asediados y se encaminó hacia Arras con un ejército bajo el mando de Felipe de Silva como gobernador de las armas y Cantelmo como maestre de campo general.[525] A estas fuerzas se le unieron poco después Carlos de Lorena y otros aliados, con lo que las tropas del infante-cardenal rondaban los 30.000 hombres, aunque temía[526] que después de Arras se perdieran también el Artois y Flandes. Una vez más, exhortó a Fernando III a prestarle una ayuda que no vino, pues tanto el emperador como Trautmansdorff hicieron oídos sordos[527] a sus peticiones como a las de Saavedra.[528]

525 Cantelmo había sido responsable de la pérdida de Schenk en 1636, por lo que su presencia se veía con desconfianza.

526 Don Fernando a Castañeda, 28 de junio de 1640, AGR, SEG, 328.

527 De la Fuente a Salamanca, 24 de julio de 1640, AGR, SEG, 231.

528 Saavedra a Felipe IV, 6 de agosto de 1640, AGR, SEG, 342.

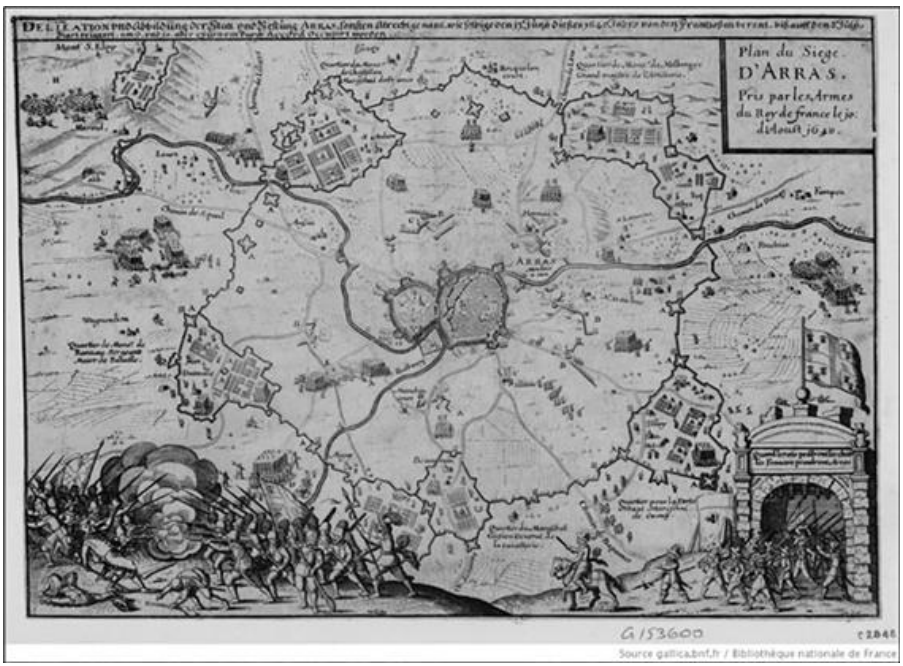
Hubo un intento de socorro a cargo de las tropas del conde de Lamboy, que trató de romper las líneas francesas, pero ni esto ni las salidas desde la plaza lograron impedir la culminación de los trabajos de asedio, con lo que Arras quedaba imposibilitada para recibir ninguna ayuda del exterior. Cuando el ejército de don Fernando apareció en las alturas del monte Saint-Eloi, provocó las perplejidad de los sitiadores, haciendo que sus generales se encontrasen en las mismas dudas en que se debatían sus homólogos españoles: atacar a las tropas del socorro abandonando las líneas de cerco o fortificarse en ellas y continuar los trabajos del asedio, una opción que fue finalmente adoptada.

De nuevo se reprodujo el eterno mal de la dirección de los ejércitos españoles y los enfrentamientos entre los mandos pusieron en peligro la operación de socorro: de Silva y Roose (siempre opinando sobre asuntos que no le incumbían) eran partidarios de «cercar a los cercadores» formando un anillo de contravalación para impedirles el

aprovisionamiento y asfixiarles por hambre; la posición contraria era sostenida por Lorena, Cantelmo y Lamboy, que pedían atacar a los franceses. El ejército quedó en la expectativa sin decidirse al ataque, pero estableciendo un cerco al cerco que impedía que los franceses pudieran recibir avituallamientos. Y, mientras unos y otros discutían si eran galgos o podencos, los franceses lograron abrir la brecha en las defensas y, aunque la guarnición y los civiles hicieron una salida, no lograron su propósito de rechazar totalmente a los atacantes.

Intentando romper el anillo español, Luis XIII envió un convoy de aprovisionamiento y parte de las tropas de La Meilleraye acudieron a darle escolta. Don Fernando prefirió no atacar el convoy a cambio de hacerlo contra las fuerzas que habían quedado en el cerco, contando con la intención del gobernador de Arras (el irlandés Eugene O'Neill) de hacer una salida para reunirse con las tropas de socorro. Esta operación se planeó con idea de realizar tres ataques simultáneos a cargo de tres generales respectivamente. Aunque todos estuvieron en sus posiciones durante la noche, Cantelmo se retrasó hasta el nuevo día y ni él ni Carlos de Lorena hicieron llegar la artillería que habría sido necesaria para abrir brecha en la circunvalación francesa y permitir el ataque de la caballería, que quedó entonces expuesta al fuego francés sufriendo muchísimas bajas. La puesta en práctica de la operación fue lamentable y así lo reflejó Cevallos y Arce: «Fue cosa lastimosa que hubiese tan mala disposición en este día porque era grandísimo el valor con que los soldados estaban».[529]

529 Cevallos y Arce recogido por H. Lonchay, *op. cit.*, p. 100.



Grabado del asedio de Arras, 1640.

Ni los defensores pudieron llevar a cabo la salida ni las tropas españolas pudieron salvar la ciudad, limitándose a saquear el cuartel general de La Meilleraye, que regresó poniéndolas en fuga y haciendo llegar el convoy de aprovisionamiento a sus tropas. Ya no cabía nada más que ordenar la retirada y esperar la rendición de la ciudad, que se firmó el 9 de agosto, concediendo todos los honores de la guerra a los defensores que pudieron abandonarla con «bala en boca, tambor batiente, mechas encendidas y banderas desplegadas, como acostumbran a marchar a la guerra». España perdió definitivamente la ciudad pues, como también escribió Arce, «nuestro ejército no era bastante ni nuestros cabos capaces para sitiar una villa y un ejército al mismo tiempo». Pero Francia salió también esquilmada tras este duro enfrentamiento, pues había perdido muchos hombres y estaban muy escasos de víveres, por lo que Richelieu se vio obligado a autorizar el repliegue a la otra orilla del río Somme.

Ante aquel fracaso, don Fernando manifestó el propósito de intentar la recuperación de Arras y encargó al marqués de La Fuente[530] que renovara a Fernando III el peligro en que se encontraba el territorio español, cuya conservación se suponía que debería interesarle. Los holandeses habían intentado atacar Gueldres y habían sido rechazados, pero el infante-cardenal temía que se lanzasen de nuevo al ataque, ya que sus fuerzas parecían superiores a las que España podía disponer. Pero tuvo que confesar a de La Fuente[531] que sus deseos eran imposibles y había que dar por perdida la plaza, aunque mantuviera el propósito de reconquistarla. Felipe IV ordenó [532] el envío inmediato de una provisión extraordinaria y proyectó enviar a Flandes cuatro o seis mil soldados españoles (los que daban más confianza), para cuyo traslado don Fernando debía enviar a España una veintena de fragatas. Felipe de Silva y el conde de Fontana prepararon informes sobre las posibilidades de conseguir esta recuperación. Para Silva era misión imposible y alegaba que los franceses disponían de fuerzas muy superiores que se habían incrementado con las tropas llegadas de la Lorena, mientras que las propias estaban sin provisiones, sin recibir sus pagas, enfermas y descorazonadas. Además, como de costumbre, no había que contar con el emperador y ante la potencia del enemigo había que poner las plazas fronterizas en condiciones de defensa con vistas a la campaña de 1641. Esta actitud de derrotismo resultó difícilmente aceptable y, posiblemente, provocó que, privado más tarde de su castellanía de Amberes, acabara por ser encarcelado y acusado de traición.

530 Don Fernando a Fuente, 8 de agosto de 1640, AGR, SEG, 340.

531 Don Fernando a Fuente, 10 de agosto de 1640, AGR, SEG, 340.

532 Felipe IV a don Fernando, 3 de octubre de 1640, AGR, SEG, 226.

Todavía algunos alentaban la ilusión de revivir la alianza con Inglaterra, pero la poco clara actitud de Carlos I en el desastre de The Downs, sus problemas con las camarillas pro francesa y pro holandesa y con la revuelta de la High Kirk escocesa parecían hacer cada vez más improbable esta posibilidad y a estas circunstancias se añadía siempre el problema no resuelto del Palatinado. Cárdenas, demostrando cierta candidez, creía en la buena disposición del monarca inglés,[533] ya que no había querido dar respuesta a los holandeses hasta conocer las propuestas españolas, pero tenía que jugar sus cartas en dos planos diferentes: por un lado, debía continuar esforzándose en reanudar los lazos entre ambos países buscando un nuevo tratado de alianza que permitiera hacer levas de irlandeses y conseguir barcos para enfrentarse a Francia y a las Provincias Unidas. Por otro lado, poniendo una vela a Dios y otra al diablo, mantenía conversaciones con el duque de Soubise, el huido La Valette, María de Médicis y la inevitable duquesa de Chevreuse, puntas de lanza de todo complot contra Richelieu. Los eternos intrigantes pretendían obtener la ayuda española para apoderarse de La Rochelle, desalentado proyecto al que don Fernando dio su aprobación.[534] No eran los únicos dolores de cabeza para Richelieu y en el propio territorio otros conspiradores como el conde de Soissons y el duque de Bouillon podían en algún momento servir para desestabilizar Francia, aunque a la hora de la verdad todos estos planes fueran abandonados.

533 Cárdenas a don Fernando, 6 de enero de 1640, AGR, SEG, 371.

534 Don Fernando a Felipe IV, 30 de diciembre de 1639, AHN, 971.

Carlos I, envuelto en sus graves problemas con la iglesia de Escocia, al intentar imponerla el *Book of Common Prayer*, temía que Francia estuviera ayudando bajo mano a los rebeldes. Esto podía ser para España la oportunidad de prestarle ayuda y conseguir un acercamiento que la protegiera de los holandeses. Pero el peligro de un reforzamiento de los lazos de Inglaterra con las Provincias Unidas era bien real, como sabía Cárdenas,[535] al haber obtenido información sobre las ofertas holandesas: ante el temor de que Inglaterra pudiera llegar a un acomodo con España, los holandeses ofrecían renovar mediante una alianza perpetua el viejo acuerdo de 1625 y conceder a Carlos I las plazas de seguridad que tuvo Isabel I, donde podría establecer guarniciones. Pero, aunque los ministros ingleses se manifestaron en contra de las propuestas prefiriendo mediar en una tregua entre Holanda y España, con lo que quedarían en buen lugar ante Felipe IV, estimaban que si los holandeses la deseaban lo probable es que la buscaran en Colonia. Para Cárdenas[536] estas fintas no buscaban más que quedar en buen lugar tanto con España como

con Holanda y evitar romper con esta. Cárdenas no dejaba de tener razón, pues ante la pujanza de la rebelión escocesa, el primer interés de Carlos I era la solución de ese problema antes que la de cualquier otro en el continente. Enfrentado con su acuciante falta de dinero el monarca inglés trató de obtener en el Parlamento el llamado *Ship money*, pero se encontró con la total negativa de los Comunes, capitaneada por John Pym, que acabó provocando la disolución de Parlamento y obligándole a buscar por otros caminos el dinero que tanto necesitaba.

535 Cárdenas a don Fernando, 14 de enero de 1640, AGR, SEG, 371.

536 Cárdenas a don Fernando, 20 de enero de 1640, AGR, SEG, 371.

Las conversaciones parecían estar empantanadas y España decidió enviar a Londres nuevos embajadores que prestaran apoyo a Cárdenas. Don Fernando[537] le avisó de la inminente llegada como embajador extraordinario del marqués de Velada, cuyas instrucciones eran continuar con todos los asuntos que venía tratando. Pocos días después Felipe IV comunicó a don Fernando la decisión de enviar otro embajador extraordinario, el marqués Virgilio Malvezzi, que formularía nuevas propuestas a Carlos I, por lo que Velada debía aplazar sus negociaciones hasta saber cuáles eran estas nuevas ideas.[538] En las instrucciones a Malvezzi se incluía un plan para ayudar a los conspiradores franceses en su intento de tomar La Rochelle, pero al carecer España de barcos tras el desastre de The Downs había que hacer entrar en juego a Carlos I, ofreciéndole incluso un tratado secreto con la promesa de concederle territorios en Zelanda o en el Palatinado (a su elección) y facilidades comerciales en España para sus mercaderes. Además, si enviaba 20.000 soldados a Flandes, España aportaría 8.000 contra los escoceses. Como escribió Olivares, «a Inglaterra se endereza toda la artillería de nuestra negociación».[539]

537 Don Fernando a Cárdenas, 9 de marzo de 1640, AGR, SEG, 371.

538 Don Fernando a Velada, abril de 1640, AGR, SEG, 374.

539 Olivares a don Fernando, 24 de marzo de 1640, BSB, *Codex hispanicus*, 22.

Don Fernando recibió copia de la declaración a los embajadores[540] del conde de Strafford, virrey de Irlanda (que se erigió en el interlocutor habitual): cuando terminara con la rebelión escocesa, Carlos I estaba decidido a aliarse con España, romper con los holandeses y autorizar la leva solicitada de 8.000 irlandeses. Además, facilitaría escolta para los transportes de hombres y fondos de España a los Países Bajos, en el caso de que se produjera un ataque holandés contra Dunkerque u otra plaza de la costa flamenca acudiría en su ayuda y utilizaría también su flota para asegurar la protección del comercio hispano-inglés. Evidentemente todo ello no sería *gratis et*

amore: España debía concederle un préstamo de 1,2 millones de escudos y, si Inglaterra rompía con las Provincias Unidas, el préstamo se descontaría de la subvención (que ascendía a 100.000 escudos mensuales) a conceder por la alianza.

540 Declaración del virrey de Irlanda a los ministros españoles Cárdenas, Velada y Malvezzi, 25 de mayo de 1640, AGR, SEG, 378. A fines de año Strafford fue arrestado y ejecutado.

La propuesta no satisfizo a don Fernando, al considerarla[541] no solo inadecuada al objetivo perseguido, sino también porque creía que su hermano no la aceptaría por vaga y por incluir unas pretensiones desmesuradas de dinero. Tampoco resultaba eficaz el ofrecimiento de proteger Dunkerque,[542] porque los holandeses pondrían en juego fuerzas considerables y, si atacaban por tierra, la oferta inglesa no serviría para nada. A su vez Felipe IV no creía en la buena voluntad inglesa,[543] pues estaba convencido que la preferencia de Londres era ver a España en una guerra permanente con las Provincias Unidas. Y sobre las pretensiones económicas no estaba dispuesto a admitirlas; si se podía alquilar a un precio razonable una escuadra inglesa para proteger la costa flamenca, admitiría conceder un préstamo de doscientos a quinientos mil escudos y, si los ingleses actuaban satisfactoriamente, esta suma podría aumentarse al año siguiente, ya que si las flotas española e inglesa se organizaban bien bastarían para cerrar el Canal a los franceses y los holandeses (cuyo importante comercio se vería en dificultades).

541 Don Fernando a Velada, 10 de junio de 1640, AGR, SEG, 378.

542 Don Fernando a Velada, 17 de junio de 1640, AGR, SEG, 378.

543 Felipe IV a Malvezzi, 25 de junio de 1640, AGR, SEG, 376.

La llamada Segunda Guerra de los Obispos en Escocia se resolvió con la derrota de Inglaterra y, en octubre, los escoceses firmaron la Paz de Ripon, que obligaba al rey inglés Carlos I a pagar 50.000 libras en dos meses mientras sus tropas permanecieran en Escocia. Esto dejaba al rey nuevamente ahogado de un dinero que el Parlamento le seguiría negando. La grave situación de Escocia había hecho crecer el rumor de que existían negociaciones entre Londres y La Haya lo que, después de la actitud inglesa en el desastre de la flota de Oquendo, podía abrir la puerta a una alianza con la excusa de la negativa española a conceder el préstamo. Las fintas diplomáticas continuaron y españoles e ingleses las mantenían entre protestas de buena voluntad. Buena voluntad que para Strafford empezaba por la concesión del famoso préstamo a cambio del cual se autorizaría la leva de irlandeses; hasta llegó a ofrecer que si se facilitaban 400.000 escudos no se pedirían los otros 800.000 restantes.

Cottington no perdía la esperanza y continuaba presionando en

Madrid en el intento de obtener 200.000 ducados[544] de la exhausta hacienda española que, además de la guerra en Europa, se enfrentaba desde junio con la rebelión de Cataluña, a la que se añadió en diciembre la de Portugal. A esto se unían los rumores[545] de que Frederik-Hendrik pretendía casar a su hijo con una hija de Carlos I para lo que, se suponía, habían llegado a Londres tres diputados holandeses. Había que hacer bien patente al rey inglés que semejante proyecto significaría el abandono de cualquier posibilidad de contraer matrimonio con una infanta española, pues Felipe IV nunca aceptaría tener parentesco, por lejano que fuera, con semejante rebelde y enemigo. Parecía inútil continuar unas conversaciones que no llevaban a ninguna parte. Velada y Malvezzi recibieron orden[546] de presentarse en Bruselas, desde donde el segundo asistiría a don Fernando, especialmente en lo que se refería a las negociaciones con La Valette y demás conspiradores. La escasa confianza que se podía depositar en Carlos I quedó en evidencia una vez más cuando recibió formalmente a los emisarios del duque de Braganza, Antonio de Almada y Francisco de Andrada Leitao, con los que dos años más tarde acabaría firmando un tratado que haría olvidar cualquier intento de acercamiento entre Madrid y Londres.

544 Felipe IV a don Fernando, 10 de noviembre de 1640, AGR, SEG, 226.

545 Don Fernando a Velada, 29 de diciembre de 1640, AGR, SEG, 378.

546 Felipe IV a don Fernando, 17 de diciembre de 1640, AGR, SEG, 226.

Pero no todo acabó aquí: a los terribles golpes que significaron el desastre de la flota de Oquendo y la pérdida de Arras se unieron los incendios de las rebeliones en el propio territorio peninsular que acabarían por poner de rodillas al coloso que hasta entonces había sido España. Tras la revuelta del Corpus de Sangre, la decisión de enviar un mensajero a Luis XIII para pedirle ayuda militar ante la probable ofensiva del ejército castellano encontró eco en el monarca francés que vio así abrirse los puertos catalanes a los barcos franceses. La toma de Tortosa en noviembre por las tropas de Felipe IV impulsó a Francia a enviar un primer contingente de tropas y el 16 de diciembre se firmó en Barcelona el Pacto de la Fraternidad, que se confirmó un mes después cuando las Cortes catalanas proclamaron a Luis XIII como conde de Barcelona y soberano de Cataluña con el nombre de Luis I.

Aunque Olivares se proclamara campeón de la paz en el Consejo de Estado,[547] afirmando que ofrecía «paz y más paz» y que para lograrla se habían enviado poderes a todas partes, esta declaración parecía más un grito de impotencia que una posibilidad política verdadera. Era preciso negociar una tregua con las Provincias Unidas y prolongar el alto el fuego con Francia durante uno o dos años. Felipe IV envió instrucciones a Bruselas para que se buscase con las Provincias Unidas

la tregua que ahora resultaba vital; estaba dispuesto a autorizar la concesión inmediata de pasaportes a los delegados holandeses para la conferencia de Colonia y, aunque pretendía dejar de lado el problema de Brasil, no podía obviarlo y llegó a manifestarse dispuesto a que se estudiara en Colonia o dejarlo incluso para más tarde.[548] Había que utilizar el argumento del peligro que para los holandeses supondría la ambición desmedida de Francia que, si derrotaba a los Países Bajos, se convertiría en un vecino excesivamente incómodo.

547 Consulta del Consejo de Estado, 17 de noviembre de 1640, AGS, Estado, 2.055.

548 Don Fernando a Felipe IV, 11 de diciembre de 1640, AGS, Estado, 3.869.

Todavía le quedaba a Felipe IV otro golpe que soportar: en Portugal, donde los agentes de Richelieu llevaban tiempo soplando las brasas del previsible incendio, se produjo el 1 de diciembre un golpe de estado que pareció coger por sorpresa a Madrid: la virreina, Margarita de Saboya fue conducida a la frontera y el día 15 el duque de Braganza fue proclamado rey con el título de Juan IV. Fueron inútiles los intentos militares de recuperar el reino, al que no dudaron en unirse sus colonias. El inmediato reconocimiento por Francia, Inglaterra, Dinamarca y Suecia del nuevo rey cerró la puerta a cualquier posible solución. Juan IV firmó con las Provincias Unidas y con Francia una tregua de diez años comprometiéndose a no negociar la paz con España sin contar con estos nuevos socios.

En cumplimiento de las instrucciones, don Fernando había ofrecido a Frederik-Hendrik bien una tregua bien la paz (según prefirieran los Estados Generales),[549] pero la rebelión portuguesa encendió de tal modo las alarmas que el gobernador recibió nuevas instrucciones para que buscase a todo precio una tregua ya no solo con los holandeses sino también con los franceses, admitiendo que cada parte mantuviera los territorios que ocupaba en aquel momento en Europa y en Brasil. Poco después[550] la angustia pareció haber llegado al límite cuando, a cambio de la neutralidad de Francia y Holanda respecto de catalanes y portugueses durante un año o año y medio, Felipe IV se mostró dispuesto a repartirse el Brasil con las Provincias Unidas. Se trataba de un gesto inútil, al desgajarse aquel territorio junto con Portugal de la corona española. Hasta este último cerrojo saltaba. El rey envió instrucciones a don Fernando en ese sentido, y de paso le reclamó más tropas valonas, lo que dejaba al gobernador casi indefenso, al no poder contar con la ayuda de las tropas imperiales de Piccolomini.

549 Don Fernando a Frederik-Hendrik, 6 de diciembre de 1640, AGS, Estado, 3.680.

550 Consulta del Consejo de Estado, 16 de enero de 1641, AGS, Estado, 3.860.

20. EL ÚLTIMO ACTO

Tras las campañas del año anterior parecía que todos los contendientes, España, Francia y las Provincias Unidas, habían quedado exhaustos y trataban de encontrar un punto de equilibrio que les permitiera respirar. En España la rebelión de Cataluña, la rebelión fracasada de Medina Sidonia y Ayamonte en Andalucía y el golpe de estado de Portugal hacían que para Felipe IV y Olivares la prioridad absoluta se hubiera desplazado de los campos de batalla en Flandes a la solución de la grave crisis planteada dentro de las fronteras propias. Francia, pese a gastar enormes sumas en formar ejércitos, solo había conseguido (aunque no fuera poco) tomar Arras y asentarse en el Artois. Y las Provincias Unidas, tras dos años de campañas repetidas, tenían por resolver en su seno el problema planteado por el enfrentamiento entre belicistas y pacifistas.

Con los problemas en la península y las exigencias de Felipe IV, que reclamaba el envío de pertrechos y tropas valonas a España para hacer frente a estos movimientos, el infante-cardenal no disponía más que de un ejército mermado y desmoralizado, en el que la infantería carecía de víveres, la caballería de forraje y las enfermedades y deserciones reducían cada vez más los efectivos. Solo podía contar con los soldados españoles y con los valones (cuyos regimientos habían quedado reducidos a simples compañías), pues las tropas alemanas de Lamboy estaban formadas por soldados inexpertos y las de Carlos de Lorena eran siempre un enigma en cuanto a fidelidad y un peligro cierto para las poblaciones.

Parecía que Roose estaba por fin en disposición de ayudar y había aceptado ocuparse de las negociaciones[551] con los Estados para conseguir subsidios de los belgas en contra de su anterior postura cuando se había negado a hacer gestiones con los hombres de negocios. Don Fernando se veía así aliviado en cierta forma y esperaba ver cerrado el frente del mal humor del flamenco. Pero esta nueva actitud no fue obstáculo para que subrayara a su hermano que, aun reconociendo sus méritos, era cierto que había sido el propio Roose el que con sus negativas a tomar parte en las Juntas no había contribuido precisamente a serenar el ambiente. Los enfrentamientos con los jefes militares o los rumores de un posible acuerdo secreto con Richelieu habían pasado factura y dejado, se quisiese o no, un poso de desconfianza.

551 Don Fernando a Felipe IV, 8 de enero de 1641, AGR, SEG, 227.

Resultaba inevitable que el flamenco no repitiera sus críticas[552] y se quejara directamente a Olivares de la escasez de tropas, de la mala organización de la justicia, de las protestas por los desórdenes militares y viera con aprensión lo que creía era la intención de las Provincias Unidas de firmar la paz no con el rey sino con los Estados Generales belgas. La justicia militar y los Consejos eran también motivo de sus críticas, pero, sobre todo,[553] protestaba porque había recibido informaciones de que se intentaba hacer solo una guerra defensiva en la que se gastarían los fondos en fortificaciones, de modo que no habría ni tropas ni dinero. Tan feroces eran sus críticas que tuvo que pedir al ministro que guardara su carta y no permitiera verla a nadie, pues su divulgación le atraería odios y dificultades. En estas condiciones era imposible que el gobierno de los Países Bajos pudiera desenvolverse en un mínimo de condiciones de serenidad para hacer frente a los múltiples peligros que le acechaban. Las críticas del *Chef-président* se repitieron a lo largo del año arguyendo[554] la necesidad de hacer una reforma militar y suprimir gastos inútiles (pero sin mencionar a quién se refería) para —como siempre había deseado Olivares— hacerse apóstol de la guerra ofensiva y «entrar en país enemigo y en particular en Francia».

552 Roose a Olivares, 8 de enero de 1641, AGR, Consejo Privado Español, 1.502.

553 Roose a Olivares, mayo de 1641, AGR, Consejo Privado Español, 1.502.

554 Roose a Felipe IV, 8 de diciembre de 1641, AGR, Consejo Privado Español, 1.502.

Pese a haberse recibido cuatro millones de escudos como provisiones para aquel año, estaba claro que más adelante no habría posibilidades de hacer frente a los gastos del ejército y, además, se había perdido el crédito ante los banqueros con los que habría sido posible contemplar el futuro con menos angustia. A mediados de año se reiteraron los problemas cuando no fue posible hacer efectivos los documentos con los que se querían cubrir las provisiones, porque los banqueros se negaban a pagar efectos que ya habían aceptado previamente; a estas negativas parecían haber contribuido la quiebra de los hermanos Piquenotti, banqueros italianos establecidos en Amberes que, desde hacía años, venían pagando regularmente las provisiones militares, y para los que hubo que arbitrar un acuerdo con sus acreedores para restablecer su crédito.[555]

555 Don Fernando a Felipe IV, 13 de julio de 1641, AGR, SEG, 280.

Intentando buscar condiciones que permitieran una negociación con las Provincias Unidas se decidió a principios de año conceder a sus delegados los famosos pasaportes cuya expedición se había demorado desde tanto tiempo antes. El infante-cardenal había incluido en ellos (a petición del embajador de Venecia en París) la fórmula «la paz» en

lugar de «la tregua»,[556] y trató de reanudar los contactos, para lo que envió una carta suya para Frederik-Hendrik y otra de Salamanca para el secretario Musch, viejo conocido por su participación en contactos anteriores. Pero fue en vano, porque Musch se negó a tomar las cartas de manos del mensajero y afirmó que no era el momento adecuado para intentar nuevas conversaciones.

556 Don Fernando a Felipe IV, 8 de enero de 1641, AGR, SEG, 227.

Felipe IV aprobó los intentos de su hermano para buscar un acomodo[557] y trataba de conseguir una suspensión de armas durante año y medio o dos años con Francia, lo que podría extenderse a las Provincias Unidas. Tratando de colaborar, el emperador envió al conde de Auersperg, cuya misión para intentar un acuerdo para la paz o, al menos, de una tregua debía llevarse a cabo cerca de los Estados Generales preferiblemente con el príncipe de Orange. Para ello contó con el concurso de Jean Friquet, designado por don Fernando, aunque este no creía[558] que aquella fuera la mejor solución, convencido como estaba de que, a diferencia de los Estados Generales, Frederik-Hendrik quería la guerra y no quería una paz separada que no incluyera a Francia. El intento descarriló ante el imprevisto ataque de orgullo de los Estados que se negaron a recibir a Auersperg, con el pretexto de que en el escrito del emperador que le acreditaba no se les daba el tratamiento de «ilustrísimos».[559] Pese a ello, don Fernando siguió manifestando su disposición a negociar en algún lugar neutral, como Lieja o Colonia, ya que Friquet había informado que el príncipe deseaba la paz por su edad, el miedo a una derrota y el deseo de asegurar la sucesión en su hijo y que, si se había negado a una tregua, era únicamente por la presión francesa, y sugirió la mediación del rey de Dinamarca, con la esperanza de que el gobierno y el pueblo seguirían los consejos de Frederik-Hendrik pese a que algunas provincias pretendieran oponerse.

557 Felipe IV a don Fernando, 27 de enero de 1641, AGR, SEG, 227.

558 Don Fernando a Felipe IV, 9 de marzo de 1641, AGR, SEG, 227.

559 Don Fernando a Felipe IV, 28 de abril de 1641, AGR, SEG, 227.

La campaña de este año fue de escasa entidad y reflejó el agotamiento de los combatientes. Cambiando la táctica que había seguido los dos años anteriores, Frederik-Hendrik decidió esta vez dirigirse por tierra hasta el Mosa, en lugar de intentar otra vez un desembarco en la costa flamenca que tan escasos resultados le había dado. Las hostilidades comenzaron el 10 de junio con el asedio de Genappe antes de que las tropas españolas pudieran llegar a tiempo para impedirlo y culminaron con éxito para los holandeses el 27 del mes con la rendición de la plaza. La importancia de esta radicaba en

que permitía controlar el curso del Mosa y, como consecuencia, del Waal y el Rin, así como del ducado de Clèves. La guarnición pudo abandonar Genappe con todos los honores e incluso se le facilitaron barcos y carromatos para facilitar su evacuación.

Pero en lugar de continuar con la nueva táctica, repitiendo lo hecho en los dos años precedentes el ejército permaneció durante varias semanas sin moverse de sus posiciones, hasta que Orange se dirigió hacia Flandes en un intento de apoyar la ofensiva de La Meilleraye en el Artois. La maniobra fue inútil y, una vez más, Frederik-Hendrik estacionó simplemente sus tropas en las cercanías de Assenede sin hacer ningún movimiento hasta que, ya en octubre, las retiró hacia Bergen-op-Zoom para invernar.

El infante-cardenal se sentía angustiado[560] por la falta de medios para hacer frente a la guerra con Francia y las promesas de los *malcontents* no le parecían suficiente garantía, pues sabía que, aunque prometieran mucho, no disponían de capacidad para hacerlas realidad. Hubo un momento de esperanza cuando pareció que Francia estaba dispuesta a negociar una suspensión de armas por un periodo de diez o doce años,[561] pero ni el rey ni su hermano confiaban seriamente en semejante posibilidad[562] y la prueba de que se trataba de una maniobra de distracción fue la concentración de tropas francesas en la frontera, el comienzo de las hostilidades en la zona de Béthune y la aproximación de Châtillon a Sedán, que ponía en peligro la intervención de los *malcontents* (descontentos). Frente a esto don Fernando se encontraba[563] sin medios, por lo que únicamente podría defenderse y trató de empujar a Soissons y Bouillon a la acción.

560 Don Fernando a Felipe IV, 9 de marzo de 1641, AGS, Estado, 2.056.

561 Felipe IV a don Fernando, 13 de abril de 1641, AGR, SEG, 228.

562 Don Fernando a Felipe IV, 23 de abril de 1641, AGR, SEG, 228.

563 Don Fernando a Felipe IV, 20 de mayo de 1641, AGR, SEG, 229.

A los problemas planteados por las rebeliones de Cataluña y Portugal se había añadido el frustrado intento en Andalucía, que obligó a Olivares a atender a demasiados frentes en el interior y en el exterior. Pero su homólogo francés no se encontraba en situación más sencilla: al escaso resultado de la guerra, los problemas de las revueltas fiscales y el levantamiento en Normandía de los *Nu-Pieds* se añadieron los intentos de esos *malcontents* que tantos problemas venían causando. Desde el año anterior Olivares había intentado atraerse a Soissons, Bouillon y el duque de Guisa, que creían contar con el apoyo, o al menos la simpatía, del entonces favorito de Luis XIII, Henri Effiat, marqués de Cinq-Mars, e incluso de la reina Ana. Influidos por Bouillon, creían que la solución era deshacerse del cardenal, pero para ello necesitaban la ayuda de España. En sus planes

se preveía que mientras Bouillon y Cinq-Mars redactarían un proyecto de tratado, Gastón debía refugiarse en Sedán, hacerse reconocer como teniente general del reino por España y obtener de ella un ejército y fondos. Una vez descartado Richelieu se firmaría la paz con España, volviendo a las fronteras anteriores a la guerra y Francia abandonaría a sus anteriores aliados, Suecia y los príncipes protestantes alemanes.

Luis XIII ordenó a Guisa comparecer en París y a Bouillon que cesara en la hospitalidad que daba a Soissons en su feudo de Sedán. Al sentirse amenazados, pidieron protección a don Fernando que en marzo les envió a Salamanca para obtener garantías y que, a continuación, debía viajar a Alemania en otro fútil intento por conseguir ayuda del emperador. Se les exigía la entrega de una plaza fuerte que asegurara el paso de las tropas, la constitución de depósitos de municiones y víveres y la garantía de que pondrían el Hainaut y el Artois a cubierto de una invasión francesa. Estas condiciones fueron aceptadas, e incluso se comprometieron a tomar Péronne y el monte Olympe, junto a Meziéres, pero al no recibir el dinero que se les había prometido acabaron acusando al gobernador de haberles abandonado y amenazaron con reconciliarse con Richelieu. Había que evitarlo a toda costa y el infante-cardenal envió ahora a Sarmiento, que logró firmar un acuerdo[564] para cuya puesta en práctica era necesaria la ayuda de Fernando III y disponer de fondos suficientes para que la operación no cayera en el vacío.[565]

564 Acuerdo concluido por don Antonio Sarmiento con los condes de Soissons, Bouillon y de Guisa, 30 de abril de 1641, AGS, Estado, 2.056.

565 Don Fernando a Felipe IV, 21 de mayo de 1641, AGR, SEG, 229.

Aunque, como era de temer, el emperador no permitió el regreso de Piccolomini, si se recibió el concurso de las tropas de Lamboy (7.000 hombres), con lo que quedaban reunidas las condiciones para la entrada en territorio francés, pero el cardenal estaba al tanto de estos proyectos y había enviado las tropas de Châtillon a la región de Champagne para enfrentarse al intento que se produjo en julio. El día 9 se enfrentaron ambos ejércitos en el bosque de La Marfée y, aunque la victoria de los invasores fue completa[566] y consiguieron un importante botín de cañones y estandartes con muy escasas pérdidas, Soissons murió en la batalla, quizá por su imprudencia al levantar la visera de su casco con una pistola cargada. Cuando don Fernando ordenó el regreso de Lamboy a la zona del Artois, la alianza de los conspiradores quedó rota y Bouillon logró el perdón de Luis XIII a condición de permitir libre paso por Sedán a sus tropas.

566 Don Fernando a Felipe IV, 18 de julio de 1641, AGR, SEG, 230.

También en julio las tropas de La Meilleraye entraron en acción asediando la estratégica plaza de Aire-sur-la-Lys. Tras semanas de

asedio e infructuosos intentos de don Fernando y Carlos de Lorena por romper el cerco,[567] la ciudad fue tomada el 27 de julio y la guarnición salió (en palabras francesas) «cubierta de gloria y honor por una defensa tan vigorosa». Por una triste coincidencia esto se produjo exactamente el mismo día en que los holandeses se apoderaron de Genappe y la única y mínima compensación fue la toma de Lillers por Fuensaldaña a principios de agosto. A ello siguió la pérdida de Lens y La Bassée, puestos mucho más importantes y que permitían a los franceses abrirse camino hacia Lille. El peligro era inmenso y, con el infante-cardenal enfermo, hubo que apresurar la llegada de Melo desde Alemania, lo que permitió salvar Lille y Douai y recuperar Aire a finales del año. Pero Melo no llegó a tiempo para evitar la pérdida de Bapaume (18 de septiembre). La gravedad del estado de salud de don Fernando hizo que Salamanca le ocultara la inminencia de esta última derrota, pues temía que la pesadumbre que ello le iba a causar empeoraría su enfermedad.[568]

567 Don Fernando a Felipe IV, 20 de agosto de 1641, AGR, SEG, 230.

568 Salamanca a Melo, 17 de septiembre de 1641, AGR, SEG, 361.

La llegada de Melo a Bruselas no se había logrado sin dificultad dada su muy alta opinión de sí mismo y sus aspiraciones a ostentar un puesto que fuera solo inferior al de don Fernando.[569] Arguyendo la necesidad de su presencia en la Dieta de Ratisbona solo estaba dispuesto a ir a Flandes si se le aseguraba por escrito esta preeminencia y exigía seguridades sobre su autoridad tanto en el campo militar como en el civil, pretensiones que motivaron una agria correspondencia con Miguel de Salamanca. Tras tantas exigentes maniobras llegó a Flandes a fines de agosto y se presentó al infante-cardenal, que le entregó el mismo día el mando supremo del ejército.

569 Melo había estado en Flandes en 1637 y en 1638 fue designado para el congreso de Colonia y nombrado gobernador de las armas de Milán. En 1640 representó a España en la Dieta de Ratisbona y fue nombrado capitán general del ejército de Alsacia.

Con la toma de Bapaume no acabaron los problemas de Richelieu que, desde hacía meses veía crecer las ambiciones del joven Cinq-Mars, al que había colocado junto a Luis XIII tratando de hacerle olvidar a *mademoiselle* de Hautefort, su último amor platónico. La criatura se rebelaba contra su mentor, llegando incluso a pretender suplantarle como ministro y consejero principal del rey y, ofuscado al no lograrlo, no había dudado en entrar en el juego del complot que impulsaba Soissons, cuya muerte le causó tal impresión que bastaba ya poco para hacerle entrar en una nueva conjura. El invierno de 1641-1642 fue penoso para la salud del rey y del ministro y Cinq-Mars acusó al cardenal de mantener la guerra para aumentar su poder. Se alimentaba el fuego de la conjura y a finales de año los conspiradores

(Bouillon, Cinq-Mars, De Thou, el inevitable Gastón y Fontrailles) prepararon un borrador de tratado con España que el último de estos discutiría con Olivares en enero siguiente en Madrid. Al final fueron Luis XIII y Richelieu, dos enfermos cercanos a la muerte, los que triunfaron de nuevo, mientras Cinq-Mars y De Thou pagaron con su cabeza.

El infante-cardenal tuvo que hacer frente no solamente a las eternas dificultades de la escasez de provisiones económicas, de la composición de las tropas o de las amenazas de Francia o de Holanda, sino que también se le plantearon complicados problemas respecto de diversos personajes: el anuncio de la llegada a Bruselas[570] de Antonio Sarmiento le había dejado perplejo, pues no sabía bien en qué podría emplear a una personalidad de tanto peso que exigía un destino donde se trataran asuntos de envergadura. También se planteó la posibilidad de que el inconstante Tomás de Saboya decidiera regresar a los Países Bajos y los rumores de su posible entendimiento con Luis XIII eran una incógnita que hacía contemplar su vuelta con alarma.[571] El portugués Felipe de Silva, que a sus cargos de castellano de Amberes y maestre de campo general unía la mala fama de gustarle demasiado el dinero, podía transformarse en un serio problema puesto que al ser portugués cabía que (como lo había hecho su hermano, el marqués de Govea) se pusiera del lado de Juan IV. A título preventivo el rey quiso desposeerle de sus cargos y ordenó[572] que se le enviase a Castilla para «asegurarse» de él. También se creía que el hermano de Juan IV, el infante don Duarte, que servía como oficial en el ejército imperial, podía ser uno de los culpables del golpe portugués y podía transformarse en un foco de dificultades. Felipe IV ordenó apoderarse de él y matarle si trataba de escapar e incluso Olivares insistió en que era preciso detenerle «Vivo o muerto […] que esto nos daría Portugal sin golpe de espada».[573] Acusado de haber conocido y no denunciado la preparación del golpe de estado fue encarcelado en Alemania y trasferido más tarde al castillo de Milán, donde falleció en 1649.

570 Don Fernando a Felipe IV, 8 de enero de 1641, AGR, SEG, 227. Salamanca fue destinado en 1636 a la casa de Tomás de Saboya, cuando el rey prohibió que estuviera formada por sus compatriotas. Realizó misiones diplomáticas y trató de controlar a Carlos de Lorena en Borgoña interviniendo en los debates sobre su neutralización.

571 Don Fernando a Felipe IV, misma fecha, AGR, SEG, 227.

572 Felipe IV a don Fernando, 24 de enero de 1641, AGR, SEG, 227.

573 Olivares a don Fernando, 23 de marzo de 1641, BSB, *Codex hipanicus*.

El caso más complicado fue el de Carlos IV de Lorena. Desde tiempo atrás don Fernando y el Consejo de Estado venían calificándole de «terrible», «peligroso y ligero», «de extravagante de condición», «inútil para todo bien y ocasión de infinitos males, gastos y descomodidades» y los repetidos intentos de asegurarse de sus buenos propósitos fueron

tan inútiles que Sarmiento había llegado a decir que «contra toda regla de los hombres ni los beneficios le hacen amigo de quien los da ni los agravios enemigo de quien los recibe […] España no ha omitido nada para obligarle ni Francia para destruirle y con todo sigue con violencia el partido de S. M. y solicita al contrario aunque no le admiten».[574]

574 Voto de Antonio Sarmiento, 10 de febrero de 1640, AGR, SEG, 652.

Pese a las múltiples deferencias que se le habían mostrado siempre alentaba en un segundo plano la sospecha de su infidelidad, que se vio confirmada al recibir noticias de sus encuentros con Richelieu.[575] Tan ciertas eran las informaciones que el 29 de marzo Carlos IV firmó con Luis XIII un tratado en Saint-Germain por el que, para recuperar su ducado, prometía fidelidad al rey de Francia y aceptaba dejarle Nancy en depósito hasta que se firmara la paz. Pura palabrería, porque el día antes de firmar este tratado había tenido buen cuidado de hacer constar en un documento notarial que lo haría forzado y que no era esa su voluntad. Una y otra vez Carlos de Lorena cambiaba de bando con más facilidad que de ropa.

575 Don Fernando a Felipe IV, 9 de marzo de 1641, AGR, SEG, 228.

Sus protestas de querer seguir sirviendo en el bando español no podían por menos que provocar un sano y total escepticismo en don Fernando,[576] que al mismo tiempo veía la casi imposibilidad de prescindir de las tropas de semejante condotiero, por lo que le ofreció ser el capitán general de un ejército de 12.000 hombres, e incluir sus peticiones en un futuro tratado de paz con Francia. El rey podía aprobar en principio (solo en principio) las propuestas de su hermano, pero, además del continuado escándalo público que suponía la bigamia de Carlos de Lorena con Béatrix de Cantecroix, manifestó muchas reservas sobre la idea de incluirle en el tratado, porque le parecía evidente que sus aspiraciones constituirían un obstáculo para la paz. Felipe IV desconfiaba tanto que ordenó[577] al infante-cardenal que le detuviera si llegara a sospechar de la honradez de su palabra.

576 Don Fernando a Felipe IV, 21 de mayo de 1641, AGR, SEG, 229.

577 Felipe IV a don Fernando, 19 de junio de 1641, AGR, SEG, 229.

No es que se sospechara, es que la realidad era que, mientras parecía estar negociando las propuestas españolas, Lorena lo hacía al mismo tiempo con Richelieu[578] y, pese al acuerdo de principio con don Fernando, se negó a cruzar el río Mosela con el pretexto de que su primera obligación era ir a defender su ducado. Es fácil imaginar la airadísima reacción del gobernador ante semejante duplicidad, que envió en embajada a Sarmiento,[579] aunque sin resultado alguno. Ante la insistencia de Carlos IV en ocuparse de «defender» sus tierras, el

infante-cardenal retuvo el pago de 50.000 escudos que se habían previsto para él y, harto ya de contemplaciones, el rey aconsejó[580] que se le detuviera de una vez por todas.

578 Don Fernando a Felipe IV, 20 de julio de 1641, AGR, SEG, 230.

579 Don Fernando a Felipe IV, 20 de agosto de 1641, AGR, SEG, 230.

580 Felipe IV a don Fernando, 3 de septiembre 1641, AGR, SEG, 230.

El resultado del año fue muy doloroso: se habían perdido Genappe, Lens, La Basseé y Bapaume. Francia se adentraba por el Artois. Los intentos de aprovechar las frustraciones de los *malcontents* no habían fructificado. El gobernador se había visto obligado a enviar a su hermano soldados, ingenieros y pólvora que buena falta le hacían en los Países Bajos. Y Cataluña y Portugal hacían ver claramente que el frente de Flandes ya no era prioritario y se vería privado de unos recursos que España tenía que emplear en su propio territorio.

La salud de don Fernando fue siempre un motivo de seria preocupación. Baste recordar que una de las razones del retraso en abandonar Milán para acudir a Bruselas y que tanto disgustó a doña Isabel Clara Eugenia había sido precisamente su estado, y durante las campañas en Flandes se había visto obligado a solicitar autorización al rey para abandonar el frente y poder cuidarse. A mediados de 1641 la posibilidad de su fallecimiento era un problema sobre el que había que meditar y el Consejo de Estado[581] elevó a Felipe IV una propuesta de candidatos que podrían reemplazarle en el gobierno civil y militar.

581 Consulta del Consejo de Estado, 5 de julio de 1641, AGS, Estado, 2.056.

Las campañas de 1640 y 1641 no habían contribuido precisamente a mantenerle en buena salud. Además de la tensión que suponía la guerra en tan malas condiciones y el trato con unos aliados de dudosa fidelidad, había hecho numerosos desplazamientos con las tropas, compartido sus penalidades y participado en casi todas las operaciones de asedio. Tras los reveses del verano no le cabía más remedio que regresar a Bruselas para intentar reponerse, pero el mal era más grave de lo que los terribles médicos de la época podían sanar. Roose, siempre atento a todo lo que pudiera resaltar su propia importancia, manifestó[582] su seria preocupación por el estado del gobernador y urgió la necesidad de tomar una pronta decisión en cuanto a quién debía sucederle.

582 Roose a Olivares, 8 de noviembre de 1641, AGR, Consejo Privado Español.

No se conoce con exactitud el mal que afectó a don Fernando. Al parecer se trataba de unas fiebres tercianas, de viruela o del tifus, enfermedades tan corrientes entre las tropas debido a las escasas condiciones sanitarias. Los galenos no hicieron más que agravar la enfermedad con sus conocimientos y remedios habituales: sangrías

(que debilitaban aún más a los enfermos) y purgas (que los deshidrataban hasta la muerte). Fuese culpa de los médicos, que le asestaron ochenta y dos bárbaras sangrías, como escribió Aldea, o que el organismo del infante-cardenal ya no podía aguantar más, el resultado fue su fallecimiento el 9 de noviembre a la temprana edad de treinta y dos años. Cuando Felipe IV recibió la noticia no pudo mantener su característica impasibilidad y rompió a llorar amargamente. Había perdido a sus hermanos Carlos y Fernando y sus hermanas Ana y María habían dejado España para contraer matrimonios políticos. Solo quedaban a su lado, y eso desgraciadamente fue por poco tiempo, su esposa Isabel de Borbón y su idolatrado hijo Baltasar Carlos.

Tras el fallecimiento, el gobierno de los Países Bajos fue ejercido durante un corto tiempo por la junta que había sido dispuesta por el rey,[583] compuesta por Melo, Velada, Fontaine, Cantelmo, Boonen, arzobispo de Malinas, y (¡cómo no!) el inevitable Roose. Pero esto no satisfizo las ambiciones de Melo, que confió a Roose que consideraba esto por debajo de su dignidad, por lo que permaneció en el Artois en espera de ser designado gobernador general. La conveniencia de que el gobierno estuviera en manos de una sola persona jugó a favor de Melo, que en este caso se vio apoyado por Roose y Salamanca. El Consejo de Estado aceptó esta idea[584] y propuso al rey el nombramiento de Melo. Sin perder un minuto, Felipe IV decidió la supresión de la junta de gobierno y el nombramiento de Melo como gobernador general *ad interin*, «hasta que podamos enviar persona de nuestra sangre»,[585] con lo que dejaba el gobierno de los Países Bajos en manos de dos «hechuras» de Olivares. El Consejo de Estado había pospuesto este análisis de los posibles candidatos al gobierno y rápidamente la decisión recayó en la persona del hermano de Fernando III, el archiduque Leopoldo Guillermo.

583 Carta de comisión para el gobierno interino, 19 de julio de 1641, AGR, Consejo de Estado belga, 150.

584 Consulta del Consejo de Estado, 3 de diciembre de 1641.

585 Felipe IV al Consejo de Estado, 6 de diciembre de 1641, AGR, Papeles de la Audiencia.

El féretro de don Fernando fue depositado temporalmente en la catedral bruselense de Santa Gúdula hasta que año y medio después Melo pudo organizar el cortejo fúnebre que a través de Francia llegó a España. En el siglo XVII la guerra podía tener muestras de cortesía que hoy causarían asombro: cuando se efectuó el traslado de los restos mortales de don Fernando a través de Francia las hostilidades quedaron interrumpidas como muestra de respeto a quien había sido su enconado adversario.

Contra sus deseos de ser inhumado en la catedral toledana, de la

que había seguido siendo siempre el arzobispo, don Fernando de Austria, infante de España, cardenal de la Santa Iglesia, arzobispo de Toledo, gobernador y capitán general de Milán y de los Países Bajos, reposa en el panteón de infantes del Real Monasterio de San Lorenzo de El Escorial.

En su tumba figura este epitafio:

FERDINANDVS, PHILIPPI III FILIVS
(1609-1641)

Dilatavit gloriam populo suo et induit se loricam sicut gigas et protegebat castra gladio suo

(Dilató la fama de su pueblo y vistió la coraza como un gigante protegiendo sus campamentos con la espada)
(1Mac 3, 3)

A MODO DE EPÍLOGO

Revisando en los archivos las últimas carpetas de documentos relativos al gobierno del infante-cardenal don Fernando, entre las viejas hojas amarillentas sobresalía un papel de varias páginas escrito con cuidada letra, aunque juraría que con mano insegura. Se puede decir que esto es un recurso fácil para hacer revivir la historia, pero me limito a dejar constancia del hecho:

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Que yo no tenía, ni he tenido nunca, vocación religiosa estaba bien claro desde el principio. Que el papa me nombrara cardenal fue algo que, a mi edad, no me produjo ninguna satisfacción. Los intereses contrapuestos de mi padre, su ministro el todopoderoso Lerma y el confesor fray Luis de Aliaga (que lo había sido de Lerma y que muchos motivos debían tener para odiarle tanto) me habían hecho juguete de sus intereses políticos. Nunca trataron ni de saber qué podía pensar yo de semejante despropósito ni de tener en cuenta lo que yo quisiera. A mí me atraían las armas, los caballos, la guerra y los juegos propios de mis años, pero me encontré encerrado en la jaula de oro de aquella Casa que pronto me pusieron y que era una muralla que me impedía desarrollar mi personalidad y me encerraba en una maraña de intereses de los que no lograba zafarme.

Así pocos amigos podía tener. Los más cercanos en aquellos años fueron los hermanos Moscoso, hijos de mi querida doña Leonor de Sandoval que, tras la temprana muerte de la reina Margarita que Dios haya en su gloria, fue quien se ocupó con amor de mi educación como si realmente fuera hijo suyo. Fue la madre que nunca pude tener. Mi padre era un hombre bueno pero débil y, por desgracia para él y para España, estaba siempre bajo la influencia del duque de Lerma cuyas preocupaciones principales eran alejarle de todo y de todos y aumentar su fortuna y sus posesiones. Debo admitir, en su descargo, que intentó que España se mantuviese en paz y renunciase a las guerras heredadas, aunque fuese en pérdida de reputación, el valor supremo que todos respetábamos y que había llevado a nuestra Monarquía hasta el lugar que ocupaba.

Mi vida fue una búsqueda de amigos en quien confiar y a los que pudiera abrirme, contarles mis penas y pedir ayuda en mis dudas. Felipe y Carlos fueron mis primeros confidentes, pero cuando Felipe accedió al trono su obligación fue entonces verme no como hermano

sino como una pieza más del ajedrez que estaba obligado a jugar. Con Carlos mantuve la cercanía más fácilmente pero su fallecimiento, encontrándome yo en Cataluña, me dejó un enorme vacío.

Me quedaba Antonio Moscoso, pero nuestra amistad era vista con malos ojos por quien había reemplazado a Lerma como consejero, confidente o favorito de Felipe. Fue el conde de Olivares quien se opuso a que Antonio me acompañase a Barcelona o a mis futuras misiones. Hasta llegó a hacerle regresar a Madrid cuando intentó reunirse conmigo y, cuando al fin fue autorizado a acompañarme a Flandes, le sorprendió la muerte en Alemania y una vez más me sentí solo y sin apoyos.

Olivares había sido para mí un enemigo ya que discutía una y otra vez con Felipe acerca de mi futuro sin contar conmigo, mis deseos o mis esperanzas y me sentía un simple peón en el tablero. En sus planes entró enviarme a Orán haciéndome espejear en el futuro el solio romano, enviarme a Flandes para asistir a nuestra tía Isabel, enviarme a un obispado en Alemania y acabar allí mis días, hacerme casar con Dios sabe qué princesa que pareciera conveniente… Nadie puede extrañarse de la inquina con que yo veía sus manejos que culminaron cuando, durante la enfermedad de Felipe que estuvo a punto de costarle la vida, pretendió ocupar mis aposentos en el Alcázar para estar más cerca y ser el único camino posible hacia el rey.

Camino de Barcelona para reanudar las Cortes tuve ocasión de hacerle bien patentes mis sentimientos y echarle en cara sus manejos. Pese a que le hablé airado escuchó mis quejas y me dio honrada cuenta de las razones por las que hacía todo lo que yo consideraba una intromisión imperdonable en mi vida. Fue una explicación de un hombre a otro hombre y comprendí que sus esfuerzos se encaminaban a tratar de que Felipe fuera el gran rey que todos deseábamos y que España siguiera siendo el centro del mundo. Desde entonces aprecié sus consejos y, aunque en ocasiones me hizo muy patente su disgusto por lo que consideraba mis errores como gobernador en Flandes, siempre estuvo lleno de respeto hacia mí y mis misiones. Sin embargo, hubo momentos en que su presión se hizo demasiado fuerte y nunca olvidaré su oposición a que se me concediera el título de Vicario General de Italia además del de gobernador general de Milán. El título era muy importante pues el de simple gobernador para un hermano del rey desmerecía de la autoridad misma de Felipe. No podía encontrarme en inferioridad ante nuestros virreyes siendo un simple gobernador y me parecía una afrenta que un infante de España pudiese tener que cederles la prioridad. Por eso mi enfado fue profundo e incluso amenacé con regresar a la corte y dejar Milán para otro. Mis esfuerzos por enderezar lo que yo consideraba una afrenta fueron vanos y tuve que aceptar la situación y renunciar a seguir

batallando por el título. Mi derrota fue total ya que no solo no obtuve satisfacción sino que además tuve que aceptar tener a mi lado al duque de Feria cuyos consejos y orientaciones debía seguir como si no fuera capaz de adoptar decisiones. Pese a mi sentimiento de humillación comprendí que mi obligación era obedecer a mi rey. Y así lo hice.

La estancia en Milán no estuvo exenta de dificultades pese a su brevedad. Mi delicada salud me retuvo más tiempo del deseado para desesperación de la infanta doña Isabel que me reclamaba con insistencia en Bruselas. Recuerdo siempre con una sonrisa el consejo que hizo llegar a Felipe: no debía presentarme en los Países Bajos revestido de la ropa talar en la que, lo confieso, nunca me había sentido a gusto. Siguiendo su sabio consejo desterré para siempre tal vestimenta y adopté la ropa civil, la armadura y el amplio sombrero emplumado con los que me sentí inmediatamente identificado y que ya no abandonaría nunca.

Con la ayuda de Feria debía ocuparme de la organización y la puesta en camino del ejército con el que se me protegería a mi paso por los territorios alemanes. Fueron meses de mucho trabajo que exigió toda nuestra capacidad para encontrar los soldados, el dinero necesario, organizar la logística del largo camino, lograr la conformidad de los rectores de los territorios por donde debíamos pasar… El trato diario con él me llenó de alegría al encontrar a mi lado un amigo fiel y un consejero avisado que me ayudó siempre, pero su muerte en Alemania poco después me dejó otra vez sin el amigo en quien confiar mis proyectos, mis dudas y mis esperanzas.

Si el paso por los territorios alemanes fue largo y penoso me trajo una gran alegría al poder reunirme, aunque fuera solo por breves días, con mi hermana María. No la había vuelto a ver desde que partió de España para casar con Fernando de Estiria, futuro emperador Fernando III que tantos disgustos nos causó más tarde pese a la ayuda que le prestaba Felipe.

Hubo muchos y difíciles problemas que resolver para asegurar el paso de las tropas y el mío propio. El emperador Fernando II estaba muy condicionado por aquel a quien había encomendado los ejércitos y su defensa frente al rey sueco. El bohemio Wallenstein no atendía sino a sus propios objetivos y a su ambición por lo que muchas veces actuó contra los intereses del emperador y los nuestros causando dificultades que solo se desvanecieron cuando fue asesinado por sus propios oficiales.

Al lado de esas dificultades el destino puso en mi camino un hecho que me permitió cumplir con lo que había sido siempre mi sueño: el triunfo como soldado. La batalla que tuvo lugar en Nördlingen fue el cenit de mi carrera militar y, junto con nuestro primo Fernando, el

enemigo fue totalmente roto dejando huella en la guerra alemana. Esta batalla me abrió las puertas de la gloria con la que yo había soñado tanto.

Llegué al fin a Bruselas en un frío y lluvioso día de noviembre de 1634. Nuestra tía, la infanta Isabel, q. D. h. g., había fallecido meses antes y al frente del gobierno me esperaba el marqués de Aytona, de cuya gran lealtad, amistad y consejo también pude gozar solo durante corto tiempo. Había gobernado con habilidad y se había ganado la simpatía de los belgas al tratar siempre de estar cerca de aquellos súbditos que sufrían la guerra desde hacía tantos años. Me propuse seguir su ejemplo y no ser solo el gobernador general sino quien tratara de comprenderles y de lograr que reinara la paz, pero se diría que cada vez que encontraba una mano amiga y un apoyo firme el destino se gozaba en arrebatármelos.

Bruselas era un nido de intrigantes y exiliados que dificultaron mi tarea. Desde la reina madre de Francia, María de Médicis, su hijo Gastón, el duque de Lorena, Tomás de Saboya, el abate Scaglia hasta una multitud de ministros o criados de unos y de otros y cuya única ocupación parecía ser la intriga. También estaba quien ha sido una de mis cruces en esos años: el *Chef-Président* del Consejo Privado, Roose, que siempre actuó contra mí cerca de mi propio hermano y de Olivares, que parecían no veían sino por sus ojos. A la presencia de estos personajes se sumaban la guerra con las Provincias Unidas a las que Inglaterra y Francia apoyaban con más o menos descaro, los desbordamientos de la guerra en Flandes o el Franco Condado y la angustia continua por la falta de fondos y de soldados. A todo esto, tuve que enfrentarme.

Francia me declaró la guerra (a mí, no a mi hermano Felipe) y desde entonces tuve que luchar con sus ejércitos y las intrigas de nuestro cuñado Luis y su implacable ministro Richelieu. Durante años mis éxitos militares eran contrarrestados por los de los enemigos y por momentos parecía que el mundo entero se conjuraba contra la Monarquía. Las preocupaciones por la falta de dinero y de soldados, la escasa ayuda de los emperadores y las disensiones que soportaba en mi propio gobierno fueron minando mi salud.

Habíamos llegado a un punto en el que todos estábamos agotados y ni los franceses conseguían derrotar por completo a mis tropas ni los holandeses apoderarse del territorio de los Países Bajos, mi salud se fue resintiendo tras los años pasados en campamentos, velas de armas, asedios y batallas bajo este clima inclemente de Flandes en que la lluvia y el frío son la norma y el sol (¡ay, el sol de Madrid!) es rara excepción. Había acudido a intentar defender Bapaume, pero al agravarse mi estado hube de retirarme a este frío palacio de Bruselas

en el que la humedad y las frías corrientes de aire me han dañado más de lo que había creído.

Veo ahora que el fin está cercano y que los esfuerzos de los médicos no sirven de nada. Estoy aprovechando estos mis últimos días para hacer balance de mi vida y ponerme a bien con Dios. Si nunca tuve vocación religiosa nadie podrá dudar de mi fe y de Sus Manos espero la absolución.

En Bruselas en el mes de noviembre de 1641

ANEXOS

DRAMATIS PERSONAE

AERSCHOT, duque de, Philippe Charles de Cröy, príncipe-conde de Aremberg (1587-1640), caballero del Toisón de Oro, era el noble más importante de los Países Bajos. Intervino activamente en la reunión de los Estados Generales (1632) y fue uno de los negociadores con los holandeses. En 1633 viajó a Madrid para presentar en la corte los deseos de los belgas. Tras entrevistarse primero con Olivares y luego con Felipe IV fue detenido (1634) acusado de haber conspirado contra la Monarquía. Falleció muchos años después en prisión sin que hubiese terminado su proceso.

ALDRINGEN, Johan (1588-1634). De familia muy modesta originaria de los Países Bajos católicos entró en 1606 al servicio del archiduque Alberto. En 1618 se incorporó como simple soldado al ejército imperial donde fue ascendiendo debido a su valor (coronel en 1622 y general en 1629) hasta ser nombrado general mayor. Su triunfo en la batalla de Desau (1626) permitió a Wallenstein enfrentarse con éxito con las tropas protestantes de Ernesto de Mansfeld. Intervino en la Guerra de Sucesión de Mantua (1630) derrotando a los franceses. Tras ello, regresó a Alemania como general de la artillería de Tilly, a cuya muerte le sustituyó como mariscal de campo de la Liga Católica. En 1634 expulsó a los suecos del Alto Palatinado. Tras el asesinato de Wallenstein mandó las tropas imperiales contra las suecas falleciendo en la batalla de Landhut.

AUSTRIA, Ana de, infanta de España, reina de Francia (1601-1666). Hija de Felipe III y Margarita de Austria. Contrajo matrimonio con Luis XIII en 1615. Prácticamente ignorada y despreciada por su marido, y por Richelieu, a la muerte del rey (1643) desempeñó la Regencia durante la que tuvo que hacer frente a la insurrección de La Fronda. Secundada por el cardenal Mazarino y pese a la continua guerra con España, trató en todo momento de acercar ambas naciones, logrando en la Paz de los Pirineos concluir el matrimonio de Luis XIV con la infanta María Teresa.

AUSTRIA, Felipe III de (1578-R.1598-1621) Durante la primera etapa de su reinado delegó la dirección de la política en el marqués de Denia (pronto duque de Lerma) promotor de la Pax Hispanica y del traslado de la corte a Valladolid. Se limitó a dejar la política en manos de su valido, ratificó la Paz de Vervins, logró la paz con Inglaterra (1604) y aceptó la Tregua de los Doce Años en 1609, año en el que

decretó la expulsión de los moriscos. Tras el asesinato de Enrique IV, se alcanzó la paz con Francia (1615) mediante el doble matrimonio del príncipe Felipe con Isabel de Borbón, y de la infanta Ana con el rey Luis XIII. No aceptó nunca la cesión de la soberanía de los Países Bajos a los archiduques y trató siempre de minar su autoridad y de recuperar el territorio. El fin de su reinado estuvo marcado por el comienzo de la Guerra de los Treinta Años y la decisión de reanudar la guerra contra las Provincias Unidas.

AUSTRIA, Felipe IV de (1605-R. 1621-1665) Durante la primera etapa de su reinado descargó el peso del gobierno en su valido, el conde-duque de Olivares, que impulsó una activa política exterior que trataba de mantener la hegemonía española. Olivares fue objeto de numerosas críticas y acabó por solicitar y obtener su alejamiento en 1643. Fue reemplazado por don Luis de Haro que buscó la paz con Francia, que se consiguió con la Paz de los Pirineos (1659). Felipe IV ha sido duramente criticado por su vida frívola y sus numerosas amantes, pero ello no debe hacer olvidar que fue mucho más trabajador de lo que se piensa habitualmente y fue hombre de gran cultura. Casado en primeras nupcias (1615) con Isabel de Borbón (fallecida en 1644) en el marco de la política de aproximación a Francia. Su segundo matrimonio fue con su sobrina María Ana de Austria que quedó como regente a la muerte del rey. Desgraciadamente los hijos de Felipe IV fallecieron quedando como único heredero de la corona el lamentable Carlos II. El rey tuvo numerosos hijos naturales, pero solo reconoció a uno de ellos, Juan José de Austria, que fue un mediano militar y un hábil político durante la minoría de su hermanastro Carlos II

AUSTRIA, Fernando de, cardenal-infante de España (1609-1641). Quinto hijo de Felipe III. Nombrado arzobispo de Toledo y cardenal a muy temprana edad se vio obligado a seguir una formación eclesiástica muy alejada de su verdadera vocación militar. Representó a Felipe IV en Barcelona como presidente de las Cortes y virrey de Cataluña (1632). Gobernador general de Milán (1633) desde donde se encaminó hacia los Países Bajos con un potente ejército atravesando Alemania, donde obtuvo un resonante triunfo en la batalla de Nördlingen con la que se rechazaba la invasión sueca. Gobernador general de los Países Bajos (1634) sucediendo a la infanta Isabel Clara Eugenia. Tras la declaración de guerra por Francia (1635) lanzó una ofensiva hasta Corbie (1636) que llegó a amenazar París, pero tuvo que replegarse a Bruselas. En 1640 perdió Flandes y el Artois. Su muerte en plena madurez fue un duro golpe para la Monarquía hispánica.

AUSTRIA, Isabel Clara Eugenia de, infanta de España, archiduquesa

de Austria, soberana y, luego, gobernadora general de los Países Bajos (1566-1633). Hija de Felipe II e Isabel de Valois. Fue el gran apoyo y la confidente de su padre, especialmente en los últimos años del rey. Fracasaron los proyectos para que sucediera en las coronas de Francia o de Inglaterra. Frustrado sus proyectados matrimonios (con el emperador Rodolfo II o con el archiduque Ernesto de Austria) casó con el archiduque Alberto en 1598, recibiendo ambos en dote la soberanía de los Países Bajos hasta que a la muerte de Alberto (1621), al no haber tenido sucesión, revirtieron a la corona de España. Por sentido del deber Isabel aceptó permanecer en Bruselas como gobernadora general haciendo frente hasta su muerte a la guerra con las Provincias rebeldes.

AXPE, Martín de (1594-1640). En 1631 fue enviado cerca del duque de Saboya como residente en Turín. Ocupó la Secretaría de Estado y de Guerra de los Países Bajos (1631-1636) con el cardenal-infante. En 1636 mantuvo conversaciones con un representante holandés siendo criticada su actuación por Felipe IV tras lo que regresó a España. En 1638 fue designado como residente en Londres, sucediendo a Necolalde, pero no llegó a tomar posesión de este destino.

AYTONA, marqués de. *Vid.* Moncada, Guillermo Ramón de.

BAVIERA, Maximiliano de, duque de Baviera y elector imperial (1573-1651). En 1607 recibió el encargo imperial de ocupar la ciudad de Donauwörth y restaurar el catolicismo. Participó en la creación de la Liga Católica (1609) para hacer frente a la Unión Protestante, pero manteniendo una política solo defensiva. Se alió con el emperador Fernando II (1619) ocupando la Alta Austria y tomó parte en la batalla de la Montaña Blanca (1620) en que fue derrotado Federico V y tomando el Alto Palatinado lo que le valió la calidad de elector imperial. Al ocupar Baviera las tropas suecas tuvo que pedir ayuda al emperador y someterse al mando de Wallenstein. Durante el avance de las tropas españoles del ejército de Alemania mantuvo una posición favorable a España, aunque con muchas reservas. De nuevo Baviera fue devastada por franceses y suecos hasta que la Paz de Westfalia terminó con la guerra logrando que el Alto Palatinado fuera incorporado a Baviera.

BORBÓN, Luis XIII de (1601-R 1610-1643). Hijo de Enrique IV y María de Médicis. Declarado rey en 1610 y mayor en 1614. La Regente, apoyada por el «Parti dévot», buscó la alianza con España dejándose influir en exceso por sus favoritos, Leonora Galligai y Concino Concini (asesinado en 1617). María negoció el «doble matrimonio» con España (1615) por el que Luis XIII casó con Ana de Austria, y el futuro Felipe IV con Isabel de Borbón. Su relación con

Ana de Austria fue tormentosa y ni siquiera el nacimiento de dos hijos logró suavizar la enorme distancia que siempre hubo entre ambos. Pese a sus discutidas tendencias homosexuales, Luis XIII fue un profundo cristiano y consagró Francia a la Virgen (1638) para obtener la paz. En 1624 el cardenal Richelieu (protegido por María) entró en el Consejo transformándose pronto en el ministro principal.. Entre el partido pro-español (de su madre) y el de la «grandeur» (del cardenal), eligió este último enfrentándose con España en numerosas guerras. La muerte de Richelieu (diciembre de 1642) antecedió en pocos meses a la suya, que tuvo lugar días antes de la victoria francesa en Rocroi.

BUCQUOY, conde de. *Vid*. Longueval, Charles Bonnaventure.

CANTELMO, Andrea (1598-1645). De ilustre familia italiana, se dedicó a las armas desde muy joven participando en distintas campañas (La Valtelina, Palatinado, Monferrato, entre otras). General en el ejército de Flandes perdió la fortaleza de Schenk (1636) por lo que fue enviado a Luxemburgo como gobernador al año siguiente. Miembro del Consejo de Guerra de los Países Bajos (1638) y pese a su fracaso en el socorro de Arras fue nombrado miembro del Consejo de Estado de los Países Bajos (1640). Nombrado por Felipe IV comandante supremo del ejército de Cataluña (1644) tuvo éxitos iniciales, pero terminó siendo derrotado por los franceses (1645). Poco antes de su fallecimiento había sido nombrado miembro del Consejo de Guerra y gentilhombre de Cámara.

CASTAÑEDA, marqués de, *Vid*. Monroy y Zúñiga, Sancho.

CASTEL RODRIGO, marqués de. *Vid.* Moura y Corterreal, Manuel.

COLOMA Y SAA, Carlos, marqués de Espinar (1565-1637). Tras ser virrey de Mallorca (1611-17) sirvió en Flandes como gobernador de Cambrai y posteriormente como maestre de campo en el Palatinado (1620). Embajador en Londres (1622, en ausencia de Gondomar y luego en 1630) regresó a Flandes (1631) como maestre de campo general y de nuevo gobernador de Cambrai. Gobernador general de Milán (1635). Miembro del Consejo de Estado (1636). Es autor de unos *Comentarios a las guerras de Flandes*.

COTTINGTON, Francis (1579-1651). Llegó por primera vez a España como asistente del embajador Cornwallis (1609) y luego fue cónsul en Sevilla (1612). Participó en las negociaciones para el frustrado matrimonio con la infanta española y sobre el Palatinado. Por su hispanismo se ganó la enemistad de Buckingham siendo relegado hasta que Carlos I le nombró consejero privado y canciller de Hacienda (1629). En 1630 volvió a España para firmar la paz (Tratado de Madrid) y negoció un acuerdo de paz (1637) que fue rechazado en

Londres acusándole de haber sobrepasado sus instrucciones. Posteriormente residió en Valladolid hasta su muerte.

ESPINAR, marqués de. *Vid.* Coloma y Saa, Carlos.

ESTUARDO, Carlos I (1600- R. 1625- 1649). Desde el comienzo de su reinado su impopularidad y sus enfrentamientos con el Parlamento fueron en aumento debido a su matrimonio con una princesa católica francesa y por mantener como favorito al duque de Buckingham. Tras los fracasos de guerra con España (1625) y en la expedición a La Rochelle (1627-1628) disolvió el Parlamento actuando como un rey absoluto. La rebelión escocesa y la derrota de los ejércitos del rey le obligaron a recurrir de nuevo al Parlamento, que acabó por presentar la «Grand Remonstrance» (1641) que desembocó en la guerra civil y el juicio y ejecución del rey.

FERIA, duque de. *Vid.* Suárez de Figueroa, Gómez.

FERNÁNDEZ DE CÓRDOBA Y CARDONA, Gonzalo, príncipe de Maratea (1585-1635). Hijo del duque de Sesto (antiguo embajador en Roma y famoso bibliógrafo). Entre 1618 y 1623 sirvió en los Países Bajos y en la Guerra del Palatinado a las órdenes de Ambrosio Spinola. Obtuvo un resonante triunfo en la batalla de Fleurus (1622) contra las tropas alemanas de Mansfeld y Brunswick y mantuvo la presencia española en el Palatinado (Heidelberg, 1622) al regresar Spinola a Bruselas. Gobernador general del Milanesado (1625-1629) su carrera militar terminó de triste manera por su fracaso ante Casal en la Guerra de Sucesión de Mantua por lo que fue destituido y procesado en España, salvándole únicamente la intervención del propio rey. Posteriormente fue nuevamente enviado a Flandes y dirigió el ejército español en el Rin (1632).

FUENSALDAÑA, conde de. *Vid.* Pérez de Vivero, Alonso.

GALARRETA, Francisco de (1602-1659). Durante muchos años ocupó la Secretaría de Estado y de Guerra de los Países Bajos en la que comenzó con la infanta Isabel Clara Eugenia y seguidamente (1634-1641) con el cardenal, infante don Fernando y siendo nombrado secretario de Felipe IV (1638), durante una estancia en Madrid. En 1643 fue enviado de nuevo a Flandes como veedor general de la artillería, pero con la misión secreta de entablar una negociación con Frederik-Hendrik de Orange. Nuevamente ocupó la Secretaría de Estado y de Guerra entre 1647 y 1649. Nombrado secretario del Consejo de Guerra de España (1649).

GALLAS, Mathias (también llamado Gallazzo y Galasso) (1584-1647). Tras servir en Flandes intervino en la guerra entre Friuli

y Venecia (1615-1617) en el bando de Fernando de Estiria (futuro emperador). Posteriormente se integró en el ejército de la Liga Católica y, desde 1629, en el de Wallenstein. Participó en la Guerra de Sucesión de Mantua y en Nordlingen (1634) estuvo al mando de las tropas imperiales.

GAMARRA, Esteban de (1593-1671). Sirvió en Flandes desde 1621 siendo nombrado gentilhombre de boca del cardenal-infante (1635). General de la Artillería de la frontera con Francia (1646) y general de la Caballería (1648). Embajador cerca del duque de Lorena (1649). Castellano de Gante (1653). Primer Embajador de España en La Haya (1654-1670). Miembro del Consejo de Guerra.

GAMBACORTA, Geraldo. Desde muy joven estuvo al servicio de España en los Países Bajos y en la guerra del Piamonte (1604). Posteriormente fue general de la caballería napolitana y participó con Spinola en el asedio de Casal y en la batalla de Nordlingen.

GERBIER, Baltasar (1592-1663). Nació en Holanda y por recomendación de Mauricio de Nassau fue a Londres donde fue protegido por Buckingham a quien acompañó (junto con Carlos de Inglaterra) a Madrid en el viaje del Spanish Match. Personaje que mezclaba las gestiones diplomáticas con la pintura (tuvo gran relación con Rubens) y con la intriga, fue residente inglés en Bruselas desde 1631 hasta 1641 y desempeñó un papel bastante poco digno cuando, a cambio de una sustancial cantidad de dinero, transmitió a España los nombres de los participantes en la fracasada rebelión de los nobles en 1632, para la que había prestado su residencia (amparada por la inmunidad diplomática) a los conspiradores.

GUZMÁN Y PIMENTEL, Gaspar de, conde-duque de Olivares (1587-1645). Hijo del virrey de Sicilia y embajador en Roma. Desde su puesto como gentilhombre de Cámara del futuro Felipe IV se transformó en el confidente y valido indispensable al acceso del nuevo rey, especialmente tras la muerte de Baltasar de Zúñiga. Dotado de gran inteligencia y de enorme capacidad de trabajo, trató de devolver a España el esplendor del siglo XVI. Gran protector de las artes y de las letras y dedicado a nombrar en la administración a hombres que no procedían de la nobleza, sus intentos de modernizar la administración, el ejército, la hacienda y procurar unificar España le granjearon enemigos en todos los estamentos, especialmente entre los Grandes. La reanudación de la guerra en los Países Bajos, la equivocada decisión de implicar a España en la Guerra de Sucesión de Mantua, el apoyo al emperador, las rebeliones de Portugal y Cataluña, así como revueltas interiores en Aragón y Andalucía y su fallido proyecto de la Unión de Armas acabaron por provocar su caída al aceptar el rey (1643) una de

sus renovadas peticiones para abandonar sus cargos. Retirado a Loeches y luego a Toro, su estado psíquico se fue agravando hasta fallecer prácticamente demente. Lamentablemente, gran parte de los documentos de Estado que llevó a su destierro se han perdido en incendios posteriores.

HABSBURGO, Fernando II de, emperador (1578-E.1619-1637). Archiduque de Austria, duque de Estiria, Carintia y Carniola (1590), rey de Bohemia (1617), rey de Hungría (1618-1625), emperador del Sacro Imperio Romano Germánico (1619) a la muerte de su hermano Matías. La Defenestración de Praga (1618) abrió el camino a la Guerra de los Treinta Años. La rebelión de Federico V, elector Palatino, arrastró la ocupación del Palatinado y la derrota de Federico y los protestantes checos en la batalla de la Montaña Blanca (1620). Con ello logró imponerse a Bohemia y Hungría y contuvo la invasión danesa entre 1625 y 1629, año en que por el Edicto de Restitución proclamó la supremacía del catolicismo. El triunfo sueco en Lützen (1632), las disensiones en el bando católico y la intervención francesa en la guerra pusieron Alemania en peligro, ante el cual recurrió a los servicios de Wallenstein, hábil general pero de conducta tan dudosa que el emperador ordenó su asesinato (1634). Colaboró en la victoria alcanzada en Nordlingen (1634) por el cardenal-infante y logró la Paz de Praga con Francia (1635) dejando abandonada a la rama española de la Casa, aunque la Guerra de los Treinta Años continuó bajo su sucesor hasta 1648.

HABSBURGO, Fernando III de, emperador (1608-E. 1637-1657). Rey de Hungría y de Bohemia. Debió hacer frente a la continuación de la Guerra de los Treinta Años y a los ataques turcos, con los que firmó un tratado de paz en 1640. En 1644 Transilvania atacó al Imperio con ayuda de las tropas suecas firmándose la paz en Linz el año siguiente. En 1648 la Conferencia de Westfalia alcanzó la paz por los tratados de Munster (con Francia y abandonando a España en su guerra con aquella) y Onsnabrück (con Suecia).

HORN, Gustav (1592-1657). General sueco y yerno del canciller Oxenstierna. En 1625 fue nombrado miembro del Consejo Real. Al invadir Alemania el rey Gustavo Adolfo le nombró su lugarteniente alcanzando (1628) el grado de mariscal de campo. Tras triunfar en Breitenfeld (1631) ocupó Franconia y, a continuación, Coblenza y Tréveris. Tras la muerte del rey compartió el mando de las tropas con el general Baner y, aliado con Bernardo de Saxe-Weimar, ocupó parte de Suabia pero ambos fueron derrotados en Nördlingen (1634), siendo hecho prisionero hasta 1642. Tras ser liberado participó en las guerras de Suecia contra Dinamarca (1644) y Polonia (1655).

LEGANÉS, marqués de. *Vid.* Messía Felípez de Guzmán, Diego.

LONGEVAL, Charles Bonnaventure, conde de Bucquoy (1571-1621). Sirvió desde muy joven en el ejército español donde ocupó los más altos cargos. Participó en la batalla de Las Dunas (1600) y en la toma de Ostende. General de la Artillería durante la campaña de Frisia. En 1618 pasó al servicio del emperador e intervino en la Guerra de los Treinta Años participando en la batalla de la Montaña Blanca (1620). Falleció el año siguiente en acción de guerra.

LORENA, Carlos IV, duque de (1604-1675). Titular del ducado de 1624 a 1634 y de 1661 a 1675. Casó con Nicole de Vaudemont (1621) y posteriormente (1637) con Beatriz de Cusance, princesa de Cantecroix, incurriendo en bigamia. Luchó en el bando imperial en la batalla de la Montaña Blanca (1620). El ducado fue repetidamente invadido por Francia (1631, 1632, 1633 y 1670). Exiliado, sobrevivió alquilando sus tropas al mejor postor. Envuelto en muchos complots contra Richelieu. Luchó en el bando español durante años, aunque su fidelidad siempre fue dudosa. Si por el Tratado de Saint Germain (1641) pareció reconciliarse con Luis XIII, acto seguido volvió al bando español. Su fluctuante política acabó por hacerle ser arrestado (1654) y transferido a Toledo, donde permaneció prisionero hasta la Paz de los Pirineos (1659). Continuó guerreando hasta su muerte.

MANSFELD, Ernesto de (1580-1626). Inició su vida militar en Hungría en las filas imperiales, pero años más tarde la ingratitud del archiduque Leopoldo le impulsó a aliarse con el bando protestante en la Guerra de los Treinta Años. Aunque inicialmente apoyó la revuelta bohemia sirvió en la obediencia del emperador Fernando II, pero volvió a ayudar a Federico V resistiendo en el Alto Palatinado, venciendo a Tilly y saqueando Alsacia. Tras unirse al ejército de Christian de Brunswick procedió a saquear la Lorena hasta ser vencido por Fernández de Córdoba en Fleurus (1622). Tras ser derrotado por Wallenstein en Passau (1625) trató de escapar y refugiarse en Venecia, pero falleció en el camino.

MÉDICIS, María de (1573-1642). Hija del gran duque de Toscana. Segunda esposa de Enrique IV, al que persiguió justificadamente con sus celos. Regente en 1610, abandonó el poder a su favorito Concini y buscó el acercamiento con España. Arruinado el tesoro constituido por Sully, convocó los Estados Generales (1614) en un vano intento de calmar el país. Tras el asesinato de Concini (1617), Luis XIII la exilió a Blois, dando lugar a las «guerras de la madre y el hijo» que acabaron con su reconciliación (1620) gracias a Richelieu. Ante el poder creciente del cardenal la reina trató de destituirle, pero el rey apoyó a su ministro en la «Journée des Dupes» (1630), provocando el exilio de

María en Bruselas, La Haya y Colonia, donde murió sin volver a encontrarse con su hijo.

MELO, Francisco de, marqués de Tordelaguna, conde de Assumar (1597-1651). Gentilhombre de cámara de Felipe IV (1621-1632) fue un gran protegido de Olivares. Embajador en Génova (1632-1636), virrey de Sicilia (1638), embajador en Viena (1640) fue enviado a los Países Bajos (1641) en apoyo del cardenal infante a quien sucedió como gobernador general a su muerte, en cuyo cargo triunfó en Honnecourt (1642) y fue derrotado por Condé en Rocroi (1643). Tras ello fue nombrado consejero de Estado (1646), virrey de Aragón (1647-1649) y de Cataluña (1645) cargo que tuvo que abandonar por sus enfrentamientos con los catalanes.

MESSÍA FELÍPEZ DE GUZMÁN, Diego, marqués de Leganés (1578-1655). Sobrino del conde-duque de Olivares. En 1600 servía ya en Flandes participando en la batalla de Las Dunas. Gentilhombre de Cámara del archiduque Alberto, intervino en la guerra del Palatinado. En 1621 regresó a Madrid bajo la protección de Olivares. Capitán general de la Caballería de los Países Bajos (1626). En 1628 acompañó a Spinola en su viaje a Madrid siendo nombrado ese mismo año presidente del Consejo Supremo de Flandes y Borgoña. Consejero de Estado. Estuvo al frente del ejército de Alsacia (1634) encargado de abrir paso al cardenal-infante. General de la Artillería. Durante la sublevación catalana mandó las tropas que reconquistaron Lérida (1646).

MIRABEL, marqués de. *Vid*. Zúñiga y Dávila, Antonio de.

MONCADA, Guillermo Ramón de, marqués de Aytona (1586-1635). Virrey de Aragón (1610-1615) y embajador en Viena. Enviado por Felipe IV en 1622 a Bruselas para testimoniar el pésame por la muerte del archiduque, continuó allí para apoyar a la infanta, a cuya muerte aseguró el ínterin en Flandes como gobernador general hasta la llegada del cardenal-infante. Miembro del Consejo de Estado (1626). Escribió una obra titulada *Expedición de los catalanes y los aragoneses contra turcos y griegos*. Su muerte inesperada durante la campaña de 1635 representó una gran pérdida para Flandes y para España.

MONROY Y ZÚÑIGA, Sancho, marqués de Castañeda (1576-1646). Licenciado en Artes y Leyes por la Universidad de Salamanca. En 1597 comenzó su vida militar en Flandes participando en la batalla de Las Dunas y la toma de Ostende. Gentilhombre de Cámara del archiduque Alberto. Intervino en la campaña de La Mármora (1617). Veedor general del ejército en Portugal (1616) y de las Galeras de España e Italia (1618). Embajador en Génova (1623), Londres (1630-1631) y Viena (1633-1640). Consejero de Estado.

MOURA Y CORTERREAL, Manuel. Marqués de Castel Rodrigo (1590-1652) Grande de España, miembro del Consejo de Portugal y veedor general de la Hacienda de Portugal (1623). Embajador en Roma (1630) y luego en Viena (1642-1643). Gobernador general de Flandes (1643-48). Regresó a Madrid donde falleció.

NECOLALDE, Juan de (1588-1660). Oficial de la Secretaría de Estado de Flandes (1625). Tras su regreso a España volvió a Flandes acompañando al marqués de Leganés para tratar del proyecto de la Unión de Armas. En 1628 se hizo cargo de la Embajada de España en Flandes ante la marcha prevista del cardenal de la Cueva y al año siguiente acompañó a Spinola en las negociaciones con los holandeses y fue nombrado veedor general a.i. y superintendente de finanzas. Gentilhombre del cardenal-infante (1630). Residente en Londres (1631-37) tras lo que regresó a Flandes como veedor general. Consejero de Hacienda (1657).

OLIVARES, conde-duque de. *Vid*. Guzmán, Gaspar de.

OÑATE, V conde de. *Vid*. Vélez de Guevara, Íñigo.

OÑATE, VII conde de. *Vid*. Vélez de Guevara y Tassis, Íñigo.

ORANGE NASSAU, Frederik-Hendrik, príncipe de Orange (1625-1647). Estatúder de las Provincias Unidas desde 1625 (1584-1647). Hijo de Guillermo I y nieto de Guillermo «el Taciturno» fue educado por su hermanastro Mauricio transformándose en un hábil político y militar. A la muerte de Mauricio tomó el mando de las tropas y logró importantes triunfos al conquistar Grol (1627), Bolduque (1629), Maastricht (1631) y Breda (1635), pero en la política no consiguió establecer la monarquía en favor de su familia. Aprovechó siempre las alianzas con Francia (a la que, sin embargo, trataba siempre de mantener alejada de su territorio) y en sus últimos años inició negociaciones con España, pero no pudo ver su fin al fallecer antes de la Paz de Westfalia. Más flexible que su hermano respecto de los Arminianos consiguió calmar los problemas religiosos. Favoreció de modo importante la política de expansión colonial.

ORLÉANS, Gastón de (1608-1660). Hermano de Luis XIII ostentó el título de duque de Anjou hasta 1626. Su vida es una sucesión de traiciones a su hermano, que le perdonó una vez tras otra y de complots fallidos contra Richelieu (Chalais en 1626, «Cabale» de 1632-1634, Soissons en 1641, Cinq-Mars en 1642). Casó sin permiso real refugiándose en Flandes (1631) desde donde organizó una revuelta en el sur de Francia con apoyo español y abandonando a sus cómplices. A la muerte del cardenal y de su hermano regresó a Francia apoyando a Ana de Austria y Mazarino. En sus campañas de 1644,

1645 y 1646 tomó Gravelinas, Courtrai y Bergues. Durante La Fronda estuvo del lado del Parlamento, lo que hizo que Mazarino le exiliara a Blois.

PÉREZ DE VIVERO, Alonso, conde de Fuensaldaña (1603-1661). Acompañó al cardenal-infante a los Países Bajos. Castellano de Cambrai (1635) y maestre de campo (1636). General de la artillería en el frente sur (1640) y maestre de campo general (1643). Gobernador de Extremadura (1646). Gobernador de las Armas en Flandes (1648) siendo derrotado en Lens (1648) y triunfando en Gravelinas (1652). Gobernador de Milán (1656-1658) y embajador extraordinario en París (1659). Nombrado gobernador general de los Países Bajos (1659), falleció cuando iba a tomar posesión.

PICOLLOMINI, Ottavio, duque de Amalfi, príncipe del Imperio, caballero del Toisón de Oro (1599-1656). Desde muy joven luchó con las tropas españolas y en 1618 acudió a Bohemia en auxilio del emperador, luchando en la batalla de la Montaña Blanca (1620). En 1624 pasó a Lombardía, siendo herido en el sitio de Casal en 1630. Sirvió en el ejército de Wallenstein (desde 1627) y participó en la conjura que acabó con su asesinato (1634) y en la batalla de Nördlingen (1634), donde desempeñó un importante papel. Luego sirvió en las tropas imperiales en los Países Bajos y derrotó a los franceses en Thionville (1639). Sirvió con el archiduque Leopoldo en la segunda batalla de Breitenfeld (1642) regresando al servicio de España y falleciendo tras una caída de caballo.

REBOLLEDO Y VILLAMIZAR, Bernardino de, conde de (1597-1676). Inició su carrera militar a los once años en la guerra contra el Imperio Otomano. Representó al rey en la Dieta de Ratisbona siéndole concedido el título imperial de conde de Rebolledo, confirmado por Felipe IV en 1638 tras lo que fue gobernador y capitán general del Palatinado inferior. En 1647 fue enviado a la conferencia de Westfalia y un año después como embajador a Copenhague, donde estuvo veinte años. Autor de numerosas obras poéticas y traducciones bíblicas.

RICHELIEU DU PLESSIS, Armand-Jean, duque de R., cardenal de (1585–1642). Obligado por su familia a abrazar la carrera eclesiástica para no perder las rentas del Obispado de Luçon, fue consagrado obispo en 1606. En 1614 participó en los Estados Generales, y en 1616 fue nombrado secretario de Estado para el Interior y para la Guerra. Tras el asesinato de Concini, siguió a la reina en su exilio reconciliándola con Luis XIII. Nombrado cardenal (1622) entró en el Consejo (1624) donde rápidamente se impuso y se transformó en el principal ministro, enfrentándose a las revueltas protestantes en el sur y el oeste y de la nobleza. Su enemistad creciente con la reina madre

culminó con su triunfo en la «Journée des Dupes». Protector de las artes y las letras (creó la Academia en 1635), su preocupación principal fue afirmar la primacía de Francia y debilitar a la casa de Austria, pero los gastos de estas guerras produjeron revueltas implacablemente reprimidas. Fuera de Europa plantó las bases de un imperio colonial.

ROOSE, Pierre (1586-1673). Jurista de formación por la universidad de Lovaina. Fiscal del Consejo de Brabante (1616), miembro del Consejo Privado de Bruselas (1622). Enviado al Franco Condado (1627) para luchar contra la corrupción existente en las salinas del territorio. En 1628 viajó a España logrando la confianza del rey y de Olivares. Nombrado miembro del Consejo Supremo de Flandes (1630) participó en la redacción de las Instrucciones para el cardenal-infante en su gobierno en los Países Bajos. Regresó a Flandes como *Chef-Président* del Consejo Privado (1632) donde actuó frecuentemente a espaldas de la infanta Isabel y luego tuvo muchos problemas con don Fernando, fray Juan de Santamaría y los otros ministros españoles, tanto civiles como militares.

SABOYA, Carlos Manuel, duque de (1562-1630). Duque de Saboya desde 1580. Contrajo matrimonio con la hija de Felipe II, la infanta Catalina Micaela (1567-1597). Adversario de Enrique IV, invadió el Marquesado de Saluces (1588) teniendo que ceder parte de sus territorios a Francia por la Paz de Lyon (1601). En 1610 se alió con Francia contra España y casó a su hijo Víctor Amadeo con Chrétienne de Francia (hermana de Luis XIII). Durante la Guerra de Sucesión de Mantua (1628-1631) se alió alternativamente con España o con Francia o declarándose neutral.

SABOYA, Tomás de, príncipe de Carignano (1596-1656). Hijo de Carlos Manuel y la infanta Catalina Micaela. Tras la firma del Tratado de Cherasco (1631) ante el peligro de la anexión de Saboya por Francia decidió marchar a Flandes y aliarse con España. Luchó en el Milanesado a las órdenes de Leganés y tomó Turín (1626), pero marchó de nuevo temiendo por el acuerdo de Saboya con Richelieu. Creyendo que España le abandonaba pasó al servicio de Francia, y aunque en 1641 se reafirmó en su apoyo a España al año siguiente volvió a cambiar de bando. Intervino en una expedición contra Nápoles (1648) aprovechando la sublevación contra España y en 1651 invadió la Lombardía tomando Pisa, aunque hubo de retirarse de la plaza fijando su residencia definitiva en Turín.

SALAMANCA, Miguel de (1596-1666). Veedor y contador de la artillería en Flandes (1634). Encontrándose en España recibió el encargo (1637) de realizar negociaciones secretas con el duque de

Braganza y, en su regreso a Flandes, también con Richelieu. Como secretario de Estado y de Guerra de los Países Bajos desarrolló su actividad en los campos militar y diplomático. Como regente del Reino de Italia fue designado miembro del Consejo de Italia (1645-1652) y, posteriormente, de los Consejos de Castilla (1652) y de Hacienda, del que fue gobernador desde 1663 hasta su fallecimiento.

SAXE-WEIMAR, Bernardo de (1604-1639). Participó en la Guerra de los Treinta años a las órdenes de Ernesto de Mansfeld y otros generales luchando en la campaña de Dinamarca contra el emperador y, al retirarse Christian IV, marchó a las Provincias Unidas tomando parte en el asedio de Bolduque (1629). De vuelta a Alemania y bajo el mando de Gustavo Adolfo luchó en Breitenfeld (1631) y Lützen (1632). Invadió Baviera (1633) pero, pese a sus victorias iniciales, fue derrotado en Nördlingen (1634) tras lo que pasó al servicio de Francia tomando el mando de las tropas protestantes de la Liga de Heilbronn. En 1638 tomó Rheinfelden, Friburgo y Brisach falleciendo mientras preparaba el sitio de Neuenburg.

SCAGLIA, Alessandro Cesare (1592-1641). Hombre de iglesia actuó como embajador de Saboya en París y Londres entre 1624 y 1627. A continuación viajó a Madrid para tratar de la paz entre España e Inglaterra consiguiendo ganarse la confianza de Olivares. Posteriormente se instaló en Flandes, donde actuó como informador del valido facilitando todo tipo de informaciones sobre la política europea. Pretendió —sin éxito— ser acreditado por Felipe IV como embajador ante la exiliada María de Médicis.

SERBELLONI, Giovanni, conde de Castiglione (1590-1638). Comenzó su carrera militar en el Milanesado con las tropas españolas en las que su hermano era general de la artillería. Gobernador del Monferrato (1628) sirvió con Spinola en el sitio de Casal. Más tarde fue general de la artillería en el ejército de Alsacia.

SUÁREZ DE FIGUEROA, Gómez, III duque de Feria, II marqués de Villalba, conde de Zafra, Grande de España (1587-1634). Embajador extraordinario en el Imperio (1605-06), en Francia (1610) y embajador de Obediencia ante Paulo V. Virrey de Valencia (1615-1618) de Cataluña (1629-1630) y gobernador general de Milán (1618-1626 y 1630-1633). Organizó el «Ejército de Alsacia» y en la campaña de 1633 marchó hacia Austria protagonizando el «socorro de las tres ciudades del Rin» (Rheinfelden, Constanza y Brisach) recogido en los cuadros del Salón de Reinos del Palacio del Buen Retiro. Falleció a consecuencia de la peste en la retirada hacia Baviera.

TILLY, Johan T'Serclaes, conde de (1559-1632). Inició muy joven su carrera militar en los Países Bajos bajo el mando, entre otros, de

Alejandro Farnesio y a continuación fue a Hungría a luchar contra el Turco. Pese a su avanzada edad tomó parte muy activa en la Guerra de los Treinta Años como jefe del ejército de la Liga Católica y obtuvo numerosas victorias hasta que fue derrotado por los suecos en Breitenfeld (1631). Murió al frente de sus tropas en la batalla de Rain.

TOLEDO Y OSSORIO, García, marqués de Villafranca del Bierzo, duque de Fernandina, príncipe de Montalbán, Grande de España (1585-1649). Caballero Trece de Santiago. Capitán general de las galeras de España, teniente general de la Mar (1631). En 1663 fue nombrado consejero de Estado, pero este nombramiento fue anulado a continuación. Encarcelado por orden de Olivares (1642).

TORDELAGUNA, Marqués de. *Vid.* Melo Francisco de.

VAN DER BERGH, Henri, conde de Van den Bergh (1573-1638). Prestó servicio en el ejército español de los Países Bajos durante muchos años y participó en la guerra en Juliers, Breda, Grol o Bolduque. General de la Caballería, sucedió en el mando a Spinola cuando este viajó a Madrid (1629), pero pronto comenzó a conspirar con los holandeses y demostrar una sospechosa pasividad que llevó a la pérdida de Bolduque, por lo que fue relevado del mando. A punto de ser arrestado por su implicación en la Rebelión de la Nobleza (1632) huyó a las Provincias Unidas con cuyas tropas logró tomar Maastricht, Venloo y Roermond.

VÉLEZ DE GUEVARA, Íñigo, V conde de Oñate, III conde de Villamediana, «Oñate, el Viejo» (1565-1644). Heredó en 1618 de su madre, Mariana de Tassis y Acuña, los títulos de esa casa (el Condado de Villamediana y el oficio de Correo Mayor del Reino) y ostentó el Condado de Oñate por matrimonio. Grande de España. Sirvió en los Países Bajos a las órdenes de Alejandro Farnesio, siendo hecho prisionero. Embajador en Turín (1603-1613) y en el Imperio (1616-1624 y 1633-1637) donde negoció un acuerdo (1617) por el que Felipe III, renunciando a sus derechos sucesorios sobre Bohemia y Hungría recibiría Alsacia a cambio de su apoyo a Fernando de Estiria. También fue embajador ante la Santa Sede (1626-1628). Miembro de los Consejos de Estado y de Guerra. Presidente del Consejo de Órdenes. No hay que confundirle con el VIII conde de Oñate, «Oñate el Joven», del mismo nombre y que desempeñó similares misiones diplomáticas.

VÉLEZ DE GUEVARA Y TASSIS, Íñigo, VIII conde de Oñate, conde de Villamediana, «Oñate el joven») (1597-1658). Correo Mayor del Reino. Sirvió como embajador en Viena (1633-1636) y Londres (1636-1638) Tras participar en las conspiraciones contra Olivares en 1644 fue enviado como embajador a Roma (1646-1648) tras lo que

fue virrey en Nápoles durante el levantamiento de Masaniello (1648-1653). Nombrado gobernador general en Milán (1657) falleció antes de tomar posesión.

VILLAFRANCA, marqués de. *Vid.* Toledo y Ossorio, García.

WALLENSTEIN, Albretch von, duque de Frieldand, caballero del Toisón de Oro (1583-1634). Participó en la Guerra de los Treinta Años al servicio del emperador formando un importante ejército que constituye una auténtica «privatización de la guerra» al correr por su cuenta los elevados gastos. Tras la batalla de la Montaña Blanca se apoderó de numerosas tierras con las que consiguió que el emperador le concediera el título ducal. Ayudó con sus tropas a Tilly en la guerra contra Dinamarca, pero debido a su no disimulada ambición fue destituido del mando (1631), aunque tuvo que ser restituido en su cargo triunfando en la batalla de Lützen. De nuevo debido a su actitud y sus negociaciones con los enemigos del Imperio volvió a ser despojado de su condición de generalísimo hasta que, finalmente, harto de sus infidelidades y cambios de postura, el emperador ordenó su asesinato en 1634.

WITTELSBACH-SIMMERN, Federico V de, elector palatino (1596-1632). Hijo de Federico IV a quien sucedió (1610) como príncipe elector del Palatinado del Rin. Casó (1613) con Isabel Estuardo (hija de Jacobo I), con la que tuvo numerosa descendencia. En 1618 Bohemia se rebeló contra Fernando II y ofreció la corona a Federico por su condición de protestante. Su aceptación y coronación en Praga desencadenaron la Guerra de los Treinta Años. Sin apoyo ni de la Unión Protestante ni de otros enemigos del catolicismo, fue derrotado (1620) en la Montaña Blanca cerca de Praga, iniciando apenas tras año y medio de «reinado» (por lo que se le conoció como «el rey de un invierno») un exilio en La Haya que duraría hasta su muerte. Maximiliano de Baviera al sur y Spinola al norte invadieron el Palatinado, del que Federico fue formalmente desposeído (1623). La ocupación española fue un tema de permanente irritación en las relaciones de España e Inglaterra, pues Jacobo I intentó siempre recuperar el territorio para su hija y sus nietos.

ZÚÑIGA Y DÁVILA, Antonio de, III marqués de Mirabel (¿?-1650). Miembro de los Consejos de Estado (1633) y de Guerra. Embajador en Francia (1620-1629 como ordinario y hasta 1632 como extraordinario). Durante su embajada recibió inicialmente órdenes para apoyar a los hugonotes. El Tratado de Monzón (1627) parecía poder facilitar su gestión al abandonar la política de enfrentamiento con Francia en Italia, pero de nuevo se vio en dificultades con motivo de la Guerra de Sucesión de Mantua. Consejero de Estado (1627). En

1629 desempeñó una misión de apoyo a la infanta Isabel Clara Eugenia en Bruselas. También tuvo que enfrentarse con el problema planteado por la huida a Bruselas de María de Médicis (1631) y Gastón de Orleans (1632).

ABREVIATURAS UTILIZADAS

AGR Archives Générales du Royaume, Bruselas
AGS Archivo General de Simancas
AHN Archivo Histórico Nacional, Madrid
BL. Mss British Library, Manuscritos
BNM Biblioteca Nacional, Madrid
BRB Bibliothèque Royale de Belgique, Bruselas
BSB Bayerische Staatsbibliothek, Múnich
CODOIN Colección de documentos inéditos para la historia de España
SEG Secrétairerie d'État et de Guerre

BIBLIOGRAFÍA

ADAMS, Simon, «Spain or the Netherlands? The Dilemmas of Early Stuart Foreign Policy», *Before the English Civil War*, Howard Tomlison, Nueva York, 1984.

AEDO y GALLART, Diego, *El memorable y glorioso viaje del Infante Cardenal don Fernando de Austria*, Amberes, 1635.

AGUADO BLEYE, Pedro y ALCÁZAR MOLINA, Cayetano, *Manual de historia de España*, 3 vols., Espasa Calpe, Madrid, 1964.

ALBI DE LA CUESTA, Julio, *De Pavía a Rocroi. Los tercios españoles*, Desperta Ferro, Madrid, 2017.

—, *Entre Nördlingen y Honnecourt. Los Tercios españoles del cardenal-infante. 1637-1641*, Almena, Madrid, vol. I (2015) y II (2016).

ALBERI, Eugenio, *Relazioni degli ambasciatori veneti al Senato*, Tipografia alla Insegna di Clio, Florencia, 1839-1863.

ALCALÁ-ZAMORA, José, *España, Flandes y el Mar del Norte*, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 2001.

—, «Razón y crisis de la política exterior de España en el reinado de Felipe IV», Fundación Universitaria Española, Madrid, 1977.

—, «La Monarquía de los Felipes», *Revista de la Universidad de Madrid*, vol. XIX, n. LXXIII, p. 57-106.

—, «La política exterior (siglo XVII)», *Historia 16*, Año IV, Extra XII, pp. 63-78.

—, «La política exterior del reinado», en Alcalá Zamora (coord.), *Felipe IV, el hombre y el reinado*, Real Academia de la Historia y Centro de Estudios de Europa Hispánica, Madrid, 2005.

ALDEA VAQUERO, Quintín, *España y Europa en el siglo XVII*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas y Real Academia de la Historia, Madrid, 2008, vols. II y III.

—, «El ejército de Felipe IV», en Alcalá-Zamora, José (coord.), *Felipe IV, el hombre y el reinado*, Real Academia de la Historia y Centro de Estudios Europa Hispánica, 2005.

—, «El cardenal-infante don Fernando o La formación de un príncipe de España», Real Academia de la Historia, Madrid, 1977.

ALLEN, PAUL C., *Felipe III y la Pax Hispanica. 1598-1621*, Alianza, Madrid, 2000.

ALMIRANTE, J., *Bosquejo de la historia militar de España*, Sucesores de Rivadeneyra, Madrid, vol. III, 1923.

ALONSO BAQUER, Miguel, «El ejército», en *La crisis de la hegemonía española*. *Historia General de España y América*, vol. VIII, Rialp, Madrid, 1986.

ALVAR, Alfredo, *Felipe IV, el Grande*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2018.

ANES, Gonzalo, «La España de Felipe IV. La decadencia», en Alcalá-Zamora, José (coord.), *Felipe IV, el hombre y el reinado*, Real Academia de la Historia y Centro de Estudios Europa Hispánica, 2005.

ARNDT, Johannes, *The Emperor and the Reich. 1600-1648*, Publicaciones con motivo del centenario de la Paz de Westfalia.

AVILÉS, Miguel *et. al.*, *El ocaso de la hegemonía española*, Col. «Nueva Historia de España», EDAF, Madrid, 1984.

—, *Historia de España. La crisis del siglo XVII bajo los últimos Austrias*, Gredos, Madrid, 1988.

BAROZZI, Niccolo y BERCHET, Guglielmo (eds.), *Relazioni degli stati europei. Lettere al Senato degli ambasciatori veneti nel secolo decimosettimo*, *Serie I. Spagna*, Società Editrice, Venecia, 1856.

BARRIOS, Feliciano, «El gobierno de la Monarquía en el reinado de Felipe IV», en Alcalá-Zamora, José (coord.), *Felipe IV, el hombre y el reinado*, Real Academia de la Historia y Centro de Estudios Europa Hispánica, 2005.

BAYROU, François, *Henri IV. Le Roi libre*, Flammarion, París, 1994.

BELENGUER, Ernest, *Del oro al oropel*, Ariel, Madrid, 1997.

BÉLY, Lucien, *La France au XVIIe siècle. Puissance de l'État, contrôle de la société*, PUF, París, 2009.

—, *L'art de la paix en Europe*, PUF, París, 2007.
BENASSAR, Bartolomé, *Un siécle d'or espagnol*, Robert Laffont, París, 1982.
—, *Histoire des espagnols*, Robert Laffont, París, 1985.
BENAVIDES, José I., *Milicia y diplomacia en el reinado de Felipe IV. El Marqués de Caracena*, Akron & CSED, León, 2012.
—, *Spinola, Capitán General de los Tercios*. *De Ostende a Casal*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2018.
—, *El Archiduque Alberto y Felipe III. Una soberanía bajo tutela*, Akron & CSED, 2014.
BERCÉ, Yves-Marie, *La naissance dramatique de l'absolutisme. 1598-1661*, Ed. du Seuil, París, 1992.
BERMÚDEZ Aznar, Agustín, «Las Instituciones. El rey y los reinos», en *La crisis de la hegemonía española. Historia General de España y América*, vol. VIII, Rialp, Madrid, 1986.
BERTIÉRE, Simone, *Les reines de France au temps des Bourbons. Les deux régentes*, Ed. de Fallois, París, 1996.
BETEGÓN Díez, Ruth, *Isabel Clara Eugenia. Infanta de España y soberana de Flandes*, Plaza & Janés, Barcelona, 2004.
BOGDAN, Henry, *La Guerre de Trente Ans. 1618-1648*, Perrin, París, 2006.
BORDONOVE, Georges, *Louis XIII*, Pygmalion, París, 1981.
—, *Richelieu tel qu'en lui même*, Pygmalion, París, 1997.
BORREGUERO, Cristina, *La Guerra de los Treinta Años*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2018.
BROCKLISS, L. y ELLIOTT, J. (coord.), *El mundo de los validos*, Taurus, Madrid, 1999.
CALVO POYATO, José, *Felipe IV y el ocaso de un imperio*, Planeta, Barcelona, 1995.
CÁNOVAS DEL CASTILLO, Antonio, *Bosquejo histórico de la Casa de Austria en España*, Urgoiti Editores, Pamplona, 2004.
—, *La Casa de Austria*, Marte, Barcelona, 1971.
—, *Historia de la decadencia de España desde el advenimiento de Felipe III hasta la muerte de Carlos II*, Librería Gutenberg de José Ruiz, Madrid, 1910.
CARMONA, Michel, *La France de Richelieu*, Fayard, París, 1984.
—, Richelieu», Fayard, París, 1983.
Cartas de Sor María de Ágreda y de Felipe IV, Ed. Carlos Serrano, Biblioteca de Autores Españoles, Madrid, 1958.
CARRASCO MARTÍNEZ, Adolfo, *Sangre, honor y privilegio. La nobleza española bajo los Austrias*, Ariel, Madrid, 2000.
CARTER, Charles Howard, *The secret diplomacy of the Habsburgs, 1598-1625*, Columbia University Press, Nueva York, 1964.
CASTELOT, André, *Marie de Médicis. Les désordres de la passion*, Perrin, París, 1995.
CERROLAZA, Antonio, *Spinola. Un genovés en Flandes*, Ed. Gran Capitán, Madrid, 1946.
COMELLAS, José Luis, «El pensamiento español en el siglo XVII», en *La crisis de la hegemonía española. Historia General de España y América*, vol. VIII, Rialp, Madrid, 1986.
CRESPO SOLANA, Ana y HERRERO SÁNCHEZ, Manuel (coord.), *España y las 17 Provincias de los Países Bajos. Una revisión historiográfica, XVI-XVIII*, Universidad de Córdoba, Córdoba, 2002.
CRUZADA VILLAMIL, Gregorio, «Rubens, diplomático español», *Revista Europea*, Madrid, 1 de marzo de 1874, año I, vol, I, n. I, pp. 6-13.
CUVELIER, Joseph y LONCHAY, Henri, *Correspondance de la Cour d'Espagne sur les affaires des Pays-Bas au XVIIe siècle*, Académie Royale d'Histoire, Bruselas, vols. I (1923), II (1927), III (1930) y VI (1937).
CHAMORRO, E., *La vida y época de Felipe IV*, Planeta, Barcelona, 1988.
DEFOURNEAUX, Marcelin, *L'Espagne au siècle d'or*, Hachette, París, 1996.
DELEPLANCHE, René, *Un légiste anversois au service de l'Espagne. Pierre Roose*, Éditions Universitaires, Amberes, 1948.
DENYS, Catherine y PARESYS, Isabelle, *Les anciens Pays-Bas à l'époque moderne. 1404-1815*, Ellipses, París, 2007.
DESCOLA, Jean, *Histoire d'Espagne*, Fayard, París, 1979 (edición española, Juventud, 1988).
DE SCHEPPER, Hugo, «La guerra de Flandes. Una sinopsis de la Leyenda Negra (1550-1650)», *Foro Hispánico*, n. III, 1992, pp. 67-86.
DÍAZ PLAJA, Fernando (editor), *La historia de España en sus documentos. Siglo XVII*, Cátedra, Madrid, 1987.
—, *El Antiguo Régimen: los Reyes Católicos y los Austrias*, Alianza, Madrid, 1996.

DOMÍNGUEZ ORTIZ, Antonio, *Crisis y decadencia de la España de los Austrias*, Ariel, Madrid, 1989.
—, *La sociedad española en el siglo XVII*, 2 vols., 1963-1970.
—, «Guerra, economía y comercio extranjero en el reinado de Felipe IV», *Hispania*, vol. XXIII, pp. 71-110, 1963.
DUERLOO, Luc y WERNER, Thomas (eds.), *Albert et Isabelle. 1598-1621*, Brepols, Turnhout, 1998.
DURÁN-LORIGA, Juan, *El Embajador y el Rey. El Conde de Gondomar y Jacobo I de Inglaterra*, Ministerio de Asuntos Exteriores y Cooperación, Madrid, 2006.
ECHEVARRÍA, Miguel Ángel, *La diplomacia secreta en Flandes, 1598-1643*, Universidad del País Vasco, Vitoria-Gasteiz, 1984.
—, *Flandes y la Monarquía Hispánica. 1500-1713*, Sílex, Madrid, 1998.
ELLIOTT, John H., *España y su mundo. 1500-1700*, Taurus, Madrid, 2007.
—, *La rebelión de los catalanes (1598-1640)*, Siglo XXI, Madrid, 1999.
—, *Olivares,* Robert Laffon, 1992 (hay edición española, *El conde-duque de Olivares*, Crítica, Barcelona, 1990).
—, *Imperial Spain, 1469-1716*, Penguin, Londres, 1990 (hay edición española, *La España imperial, 1469-1716*, Vicens Vives, Barcelona, 2012).
—, *Richelieu y Olivares*, Crítica, Barcelona, 1984.
—, DE LA PEÑA, José y NEGREDO, Fernando (eds.), *Memoriales y cartas del conde-duque de Olivares*, 2 vols., Centro de Estudios Europa Hispánica y Marcial Pons, Madrid, 2013.
ERLANGER, Philippe, *Louis XIII*, Gallimard, París, 1946.
—, *Cinq-Mars. La passion et la fatalité*, Perrin, París, 1962.
ESSEN, A. VAN DER, *Le Cardinal Infant et la politique européenne de l'Espagne, 1609-1641*, Les Presses de Belgique, Bruselas, 1944.
ESTEBAN ESTRÍNGANA, Alicia, *Madrid y Bruselas. Relaciones de gobierno en la etapa postarchiducal (1621-1634)*, Avisos de Flandes, Leuven University Press, Lovaina, 2005.
—, *Guerra y finanzas en los Países Bajos católicos. De Farnesio a Spinola. 1592-1630*, Ed. del Laberinto, Alcorcón, 2002.
—, «Deslealtad prevenida, deslealtad contrariada. La obediencia en Flandes en la década de 1640», *en La declinación de la Monarquía hispánica en el siglo XVII*, Actas de la VII Reunión Científica de la Fundación Española de Historia Moderna, Ciudad Real, 2002.
—, «Tensiones entre ministros olivaristas. "Desuniones" y "arbitrajes" en la Corte de Bruselas (1634-1641)», Actas de la IV Reunión Científica de la Asociación Española de Historia Moderna, Alicante, 27-30 de mayo de 1996.
—, «La crise politique de 1629-1633 et le début de la prééminence institutionnelle de Pierre Roose dans le gouvernement général des Pays Bas catholiques», *Revue belge de philologie et d'histoire*, n. 76, p. 939-997, 1988.
FERNÁNDEZ ALBADALEJO, Pablo, *La crisis de la Monarquía*, Cátedra, Marcial Pons, Madrid, 2009.
FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, Manuel, *La sociedad española en el Siglo de Oro*, Ed. Nacional, Madrid, 1983.
FEROS, Antonio, *El duque de Lerma. Realeza y privanza en la España de Felipe III*, Marcial Pons, Madrid, 2002.
GALLEGO, José Andrés (coord.), «La crisis de la hegemonía española. Siglo XVII», *Historia General de España y América*, vol. VIII, Rialp, Madrid, 1986.
GARCÍA CÁRCEL, Ricardo (coord.), *Siglos XVI y XVI. La España de los Austrias*, Cátedra, Madrid, 2003.
GARCÍA DE CORTÁZAR, Fernando y GONZÁLEZ VESGA, José Manuel, *Breve historia de España*, Alianza, Madrid, 1994.
—, *Atlas de historia de España*, Planeta, Barcelona, 2005.
GARCÍA GARCÍA, Bernardo José, «Pacifismo y reformación en la política exterior del Duque de Lerma», *Cuadernos de Historia Moderna*, n. XII, Universidad Complutense de Madrid, Madrid, 1991.
—, «La *Pax Hispanica*. Política exterior del duque de Lerma», Avisos de Flandes, Leuven University Press, Lovaina, 1996.
GARCÍA RODRÍGUEZ, J. M., *Ambrosio Spinola y su tiempo*, Ed. Olimpo, Madrid, 1942.
GIL NOVALES, A., «La crisis central del siglo XVII», *Revista de Occidente*, n. CXV, 1972, pp. 32-50.
GONZÁLEZ CUERVA, Rubén, *Baltasar de Zúñiga. Una encrucijada de la Monarquía Hispana*

(1561-1622), Ed. Polifemo, Madrid, 2012.
GOSSART, Ernest, *L'auberge des princes en exil*, Goemaere, Bruselas, 1943.
HAUSER, Henri, *La prépondérance espagnole (1559-1660)*, PUF, París, 1948.
HILDESHEIMER, Françoise, *Richelieu*, Flammarion, París, 2004.
—, *Richelieu, la raison de l'État,* Le Figaro´L'Express, 2012.
HUGO, Hermann, «Sitio de Breda», Balkan Editores, Madrid, 2001.
HUGON, Alain, *Au service du Roi Catholique. «Honorables ambassadeurs» et «Divins espions*, Biblioteca de la Casa de Velázquez, Madrid, 2004.
—, *Philippe IV. Le siècle de Velasquez*, Payot, París, 2014.
ISRAEL, Jonathan I., *La República holandesa y el mundo hispánico. 1606-1661*, Nerea, Madrid, 1997.
—, «The Dutch-Spanish war and the German Empire. 1568-1648», Publicaciones con motivo del centenario de la Paz de Westfalia, vol. I.
JOVER ZAMORA, José María, *1635. Historia de una polémica y semblanza de una generación*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 1959.
—, «El sentimiento de Europa en la España del siglo XVII», *Hispania*, vol. IX, 1949, pp. 263-307.
KAMEN, Henry, *Una sociedad conflictiva: España, 1469-1714*, Alianza, Madrid, 1989.
—, *Imperio. La forja de España como potencia mundial*, Aguilar, Madrid, 2003.
KENYON, J. P., *The Pelican history of England. Stuart England*, Penguin Books, Londres, 1990.
—, *The Stuarts*, The Fontana Library, Collins, Londres, 1966.
KLINGENSTEIN, L., *The great Infanta: Isabel, sovereign of the Netherlands*, Methuen, Londres, 1910.
LEFÈVRE, Joseph, *La secrétairerie d'État et de Guerre sous le régime espagnol. 1594-1711*, Académie Royale de Belgique, Bruselas, 1934.
—, *Spinola et la Belgique*, La Renaissance du livre, Bruselas, 1947.
—, *L'Angleterre et la Belgique a travers les cinq derniers siècles*, Les Presses Universitaires, Bruselas, 1946.
LEMAN, Auguste, *Richelieu et Olivarès. Leurs négociations secrètes de 1636 à 1642 pour la rétablissement de la paix*, Facultés Catholiques, Lille, 1938.
LESAFFER, R., «Defensive Warfare, Prevention and Hegemony: The Justifications for the Franco-Spanish War of 1635», *Journal of the History of International Law*, vol. VIII, pp. 1-2, 2006.
LIBERT, Louise-Marie, *Dames de pouvoir. Régentes et gouvernantes des anciens Pays-Bas*, Editions Racine, Bruselas, 2005.
LINDE, Luis M., *Don Pedro Girón, Duque de Osuna. La hegemonía española en Europa a comienzos del siglo XVII*, Ed. Encuentro, Madrid, 2005.
LONCHAY, Henri, *La rivalité de la France et de l'Espagne aux Pays Bas (1635-1700)*, Académie Royale des Sciences, des Lettres et des Beaux–Arts, Bruselas, 1896.
LOSADA, Juan Carlos, *Los generales de Flandes*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2007.
LOZOYA, marqués de, *Historia de España*, vols. IV y V, Salvat, Barcelona, 1969.
LYNCH, John, *Los Austrias. 1516-1700*, Crítica, Barcelona, 2003.
MARAÑÓN, Gregorio, *El conde-duque de Olivares. La pasión de mandar*, Planeta, Barcelona, 1959.
MARRADES, Pedro, *El camino del Imperio. Notas para el estudio de la cuestión de La Valtelina*, Espasa Calpe, Madrid, 1943.
MARTÍN SANZ, Francisco, *La política internacional de Felipe IV*, edición del autor, 1998.
MARTÍNEZ CAMPOS, Carlos y SERRANO, C., *España bélica: el siglo XVII*, 1968.
MARTÍNEZ HERNÁNDEZ, Santiago, «Los más infames y bajos traidores…: el desafío aristocrático al proyecto olivarista de regencia durante la enfermedad de Felipe IV (1627)», *Investigaciones históricas*, n. 34, Universidad de Valladolid, 2014.
MARTÍNEZ LAÍNEZ, Fernando, *Una pica en Flandes. La epopeya del Camino Español*, Edaf, Madrid, 2007.
MASCAREÑAS, J. de, *Sucesos de la campaña de Flandes del año 1635 en que Francia rompió la paz con España*, Colección de libros raros o curiosos, vol. XIV, M. De Rivadeneyra, Madrid, 1880.
NAVARRO BONILLA, Diego, *Cartas entre espías e inteligencias secretas en el siglo de los validos*, Ministerio de Defensa, Madrid, 2007.
NOVOA, Matías de, *Historia de Felipe IV, Rey de España*, Colección de Documentos Inéditos para

la Historia de España, vols. LXIX, LVII, XXC, XXCVI, Imprenta Miguel Ginesta, Madrid, 1879.
OCHOA BRUN, Miguel Ángel, *Historia de la diplomacia española. La Edad barroca*» vol. VIII, Ministerio de Asuntos Exteriores y Cooperación, Madrid, 2006.
—, «Los Embajadores de Felipe IV», en Alcalá Zamora (coord.), *Felipe IV, el hombre y el reinado*, Real Academia de la Historia y Centro de Estudios de Europa Hispánica, Madrid, 2005.
—, *Historia de la diplomacia española. Repertorio diplomático. Listas cronológicas de representantes*, Apéndice 1, Ministerio de Asuntos Exteriores, Madrid, 2002.
—, *Embajadas y embajadores en la historia de España*, Aguilar, Madrid, 2002.
PAGÉS, Georges, *La guerre de Trente Ans*, Payot, París, 1972.
PALACIO ATARD, Vicente, *Derrota, agotamiento y decadencia en la España del siglo XVII*, 1956.
PARKER, GEOFFREY, *El siglo maldito. Clima, guerras y catástrofes en el siglo XVII*, Planeta, Barcelona, 2017.
—, *El ejército de Flandes y el Camino Español, 1567-1659*, Alianza, Madrid, 1991.
—, *The Dutch revolt,* Penguin books, 1990 (Hay traducción española: *España y la rebelión de Flandes*, Nerea, Madrid, 1989).
—, *Spain and the Netherlands. 1559-1659*, Collins, 1979.
PAYNE, STANLEY G., *La España imperial*, Globus, Madrid, 1994.
PÉREZ, Joseph, *Historie de l'Espagne*, Fayard, París, 1996.
PÉREZ BUSTAMANTE, Rogelio, *El gobierno del Imperio español. Los Austrias. 1517-1700*, Comunidad de Madrid, 2000.
PETITFILS, Jean-Christian, *Louis XIII*, Perrin, París, 2008.
REDWORTH, Glyn, *El Príncipe y la Infanta. Una boda real frustrada*, Taurus, Madrid, 2004.
REEVES, L. J., *Charles I and the road to personal rule*, Cambridge University Press, 1989.
REGLÁ, Juan, «Spain and his Empire», *The New Cambridge Modern History*, vol. V, Londres, 1961.
REYES BLANC, Luis, *El cardenal-infante. Biografía en siete retratos*, Endymion Ensayo, Madrid, 2012.
RICHELIEU, cardenal de, *Testament politique* (ed. de A. Teyssier), Les Mémorables, Perrin, París, 2011.
RIVERO RODRÍGUEZ, Manuel, *El Conde-duque de Olivares. La búsqueda de la privanza perfecta*, Ed. Polifemo, Madrid, 2017.
RÓDENAS VILLAR, R., *La política europea de España durante la Guerra de los Treinta Años. 1624-1630*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 1967.
SAMSOEN, Guillaume, *Le comte de Tilly. Général de la guerre de Trente ans. Sa vie et son époque*, O.E.I.L., 1993.
SÁNCHEZ AGESTA, Luis, «España y Europa en la crisis del siglo XVII», *Revista De Estudios Políticos*, n. XCI, 1957.
SANZ CAMAÑES, Porfirio, *Diplomacia hispano-inglesa en el siglo XVII*, Editorial de la Universidad Castilla-La Mancha, Cuenca, 2002.
STRADLING, R. A., *Felipe IV y el gobierno de España*, Cátedra, Madrid, 1989.
—, *Europa y el declive de la estructura imperial española, 1580-1720*, Cátedra, Madrid, 1992.
—, *La armada de Flandes. Política naval española y guerra europea, 1568-1668*, Cátedra, Madrid, 1992.
TERLINDEN, Charles, *L'archiduchesse Isabelle*, La Renaissance du livre, Bruselas, 1944.
THOMAS, Werner y THOMPSON, I. A., «El reinado de Felipe IV», en *La crisis de la hegemonía española. Historia General de España y América*, vol. VIII, Rialp, Madrid, 1986.
TOMÁS y VALIENTE, Francisco, *Los validos en la Monarquía española del siglo XVII*, Siglo XXI, Madrid, 1990.
VALDEÓN, Julio, PÉREZ, Joseph y JULIÁ, Santos, *Historia de España*, Espasa Calpe, Madrid, 2003.
VAN DER ESSEN, Alfred, *Le Cardinal-Infant et la politique européenne de l'Espagne. 1609-1641*, vol. I, Editions Universitaires. Les Presses de Belgique, Bruselas, 1944.
VERMEIR, René, *En estado de guerra. Felipe IV y Flandes (1629-1648)*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 2006.
VINCART, J. A., *Relación y comentario de los sucesos de las armas de Su Majestad [Felipe IV] mandados por Don Fernando, Infante de España, Lugarteniente, Gobernador y Capitán General de los Estados de Flandes y de Borgoña de esta campaña de 1636*, Colección de Documentos

Inéditos para la Historia de España, vol. LIX.
WADDINGTON, A., *La République des Provinces Unies, la France et les Pays-Bas espagnols*, G. Masson, París, 1895.
WILLAERTS, J., «Négociations entre l'Angleterre et les Pays-Bas catholiques», *Revue d'Histoire Ecclésiastique*, n. 8, Bruselas, 1908.
WILLIAMS, Patrick, «El reinado de Felipe III», en *La crisis de la hegemonía española. Historia General de España y América*, vol. VIII, Rialp, Madrid, 1986.
WILSON, Peter H, *Europe's tragedy,* Penguin books, 2010. (Hay traducción española: *La Guerra de los Treinta Años. Una tragedia europea*, 2 vols., en Desperta Ferro, 2018).

Table of Contents

PRÓLOGO
PRIMERA PARTE. LA JUVENTUD ESPAÑOLA
1. MADRID. AÑOS DE JUVENTUD Y DE FRUSTRACIÓN
2. LA PUERTA HACIA EL FUTURO
3. INTERMEDIO EN CATALUÑA
4. ¿REBELDE CON CAUSA?
SEGUNDA PARTE. DE ESPAÑA A FLANDES
5. EL AVISPERO EUROPEO
La Guerra de Sucesión de Mantua
La Guerra de los Treinta Años
Los vaivenes con Inglaterra
Francia: de la «guerre du renard» a la guerra abierta
El problema de la Valtelina
6. PREPARANDO EL PASO POR ALEMANIA
7. MIENTRAS TANTO, EN FLANDES
8. UN INTERREGNO: EL GOBIERNO DE AYTONA
9. EL CAMINO HACIA LA GLORIA
TERCERA PARTE. FLANDES, MI SEPULTURA
10. BRUSELAS: REFUGIUM PECCATORUM
11. EL GOBIERNO DEL INFANTE-CARDENAL. ROOSE
12. 1635. LA QUIEBRA DE LA HISTORIA
13. Y LA GUERRA SE AÑADIÓ A LA GUERRA
14. 1636. EL AÑO DE CORBIE
15. MANIOBRAS DIPLOMÁTICAS
16. 1637. UN AÑO DE REVESES
17. UN AÑO FAVORABLE
18. UNA GRAN TEMPESTAD
19. Y SUS TERRIBLES CONSECUENCIAS
20. EL ÚLTIMO ACTO
A MODO DE EPÍLOGO
ANEXOS
DRAMATIS PERSONAE
ABREVIATURAS UTILIZADAS
BIBLIOGRAFÍA